



FLACSO
MÉXICO

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Sede Académica de México

Maestría en Ciencias Sociales
XXII Promoción
2018 – 2020

Del deber ser a la elección: la experiencia frente a la maternidad entre profesionistas

Tesis que para obtener el grado de Maestro en Ciencias Sociales

Presenta

Lic. Bertoni, Guido

Directora de tesis

Mtra. Guzmán Gallangos, Flérida

Lectoras

Dra. Martínez Pérez, Liliana

Dra. Herrera, Cristina

Seminario de Tesis: Sociología e Historia Cultural

Línea de investigación: Discursos e identidades en América Latina y el Caribe

*Esta Maestría fue realizada gracias a una beca otorgada por el Consejo Nacional de Ciencia y
Tecnología (CONACYT, México)
Ciudad de México, Agosto 2020*

RESUMEN

En este trabajo se analiza las formas en que la experiencia de vida de trece profesionistas capitalinas, en edad reproductiva, en pareja y sin hijos/as, incide en cómo llegan a tomar una decisión frente a la maternidad. Dado que este trabajo busca enmarcarse en la sociología cultural, para lograr este objetivo, las categorías analíticas de experiencia, marcos de referencia primarios y experiencia negativa permiten distinguir la forma en que dos dimensiones del proceso de experiencia, su experiencia como hija y el proceso de autonomía de la tutela familiar, posibilitan una reconfiguración del margen de acción frente a la maternidad que las han llevado a tomar decisiones que se alejan, modifican o discuten los supuestos anclados en la maternidad tradicional.

Palabras clave: experiencia, maternidad, marcos de referencia primarios, experiencia negativa, mujeres profesionistas.

ABSTRACT

This work analyzes how the life's experiences of thirteen professionals living in México City, in reproductive age, in a relationship, and without children, influences how they make a decision regarding motherhood. Since this work seeks to be framed in cultural sociology, to achieve this objective, the analytical categories of experience, primary frames of reference and negative experience would allow distinguishing the way in which two dimensions of experience process, her experience as a daughter and the process of autonomy of family guardianship, enable a reconfiguration of the margin of action against motherhood that have led them to make decisions that move away, modify or discuss the assumptions anchored in traditional motherhood..

Key words: experience, motherhood, primary frames of reference, negative experience, professional women.



FLACSO
MÉXICO

*A Fina, por ese necesario hábito de
haber vivido incomodando cuando
ninguna la tenía fácil*

*A los rincones entrañables de ciertos
boliches porteños... donde la agencia
es un requisito de admisión*

AGRADECIMIENTOS

Como leía en otra tesis hace poco, lamentablemente el momento que toca acordarnos de aquellos y aquellas que aportaron a esta trayectoria, por dicha o por desgracia, están inmersos en una seguidilla de días mal dormidos, estrés, dedazos y lagunas.

Sin embargo, primero que nada, agradecer a mi familia. Porque a la distancia dejan saber que este esfuerzo vale y por estar siempre presentes haciendo que los frutos de este exilio académico sean también de ustedes.

A Marietha por su incondicional apoyo, por opinar, por criticar, por sugerir, por las sesiones mutuas de terapia, por simplemente... estar y escuchar.

A los y las marplatenses, porteños/as, juninenses, montevideanos/as y sureños/as que nunca van a leer esto, pero reconforta saber que siempre me esperan con unas carnes crepitando en la parrilla y un vaso lleno.

A Gerardo, Rafa, Mauri e Ivonne, Eyhnar, Isra, Gallo, la Kelpi por las noches de conciertos, antros, bares, cantinas.

A los pibes y pibas de la maestría, por los asados, las birras, los partidos/escuela de truco, el fuchi, por gritar esa corrida que en Madrid selló un **3 a 1 histórico**. Por debatir y discutir en clase, en las comidas, en las pedas... por ayudarnos, por hacer de esta tortura voluntaria algo más pasajero.

A la Dra. Liliana Martínez Pérez, por confiar desde un primer momento en mi propuesta y brindar siempre un apoyo, una sugerencia, una crítica constructiva y más de un comentario pertinente. Más que nada, por hacer más que lo que correspondía como coordinadora de seminario o lectora. Al Dr. Santiago Carassalle, por los comentarios más que pertinentes al momento de “atajar” mis malabares

teóricos de última hora. A la Dra. Cristina Herrera por los comentarios y las sugerencias en el último tramo de este trabajo.

A los compañeros y compañeras del seminario Sociología e Historia Cultural. Especialmente, a Camilo, a Alejandro, a la Ruby y al Danny Daniel por todas las sugerencias, críticas e intercambios durante este año y medio.

A Paty, Lupe, Belén y Elsa de la Biblioteca René Zavaleta, por su disposición, por poner la mejor onda en cada momento que precisé contar con su apoyo. Ya que mucha de la información que utilicé tanto para las materias de la maestría como para la tesis no estaba a la mano en FLACSO y siempre recibí su ayuda.

A la piba que creó Sci-Hub, que sin ella más de uno o una que estuvo realizando trabajos de investigación durante esta pandemia le debe su titulación o más.

Al metal (en sus amplias variantes) por acompañarme en las jornadas de lectura, reflexión, edición, angustia y bronca que derivaron en lo que aquí queda escrito.

A las trece entrevistadas, por animarse a contar su historia, compartir sus intereses, anhelos, dudas, miedos, crisis y recuerdos conmigo. Por darme la oportunidad a mí, un total desconocido para ellas, de poder plasmar su experiencia. También a Maye, la Dra. Chloé Constant y la Elis por gestionar mi acercamiento a cada una de ellas.

Y a vos... como el Diego a Paskan.



CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	1
I. La maternidad, una elección.....	1
II. La experiencia de vida frente a la maternidad tradicional.....	13
III. Estrategia metodológica.....	17
CAPÍTULO I: LA ELECCIÓN FRENTE A LA MATERNIDAD TRADICIONAL COMO PRODUCTO DE LA EXPERIENCIA	25
1.1. El proceso de experiencia.....	27
1.2. La experiencia organizada para la acción.....	32
1.3. La experiencia se transforma en la interacción.....	37
1.4. La dimensión clasificatoria de la experiencia.....	39
1.5. Esquema analítico: la elección frente a la maternidad tradicional como producto de la experiencia	42
CAPÍTULO II: LA EXPERIENCIA COMO HIJA	45
2.1. Valores tradicionales en familias disímiles	47
2.1.1 Los valores tradicionales en la vida cotidiana.....	48
2.1.2 Las madres educan damas.....	52
2.1.3 La maternidad como conflicto.....	56
2.2. La relación entre trabajo productivo, reproductivo y maternidad tradicional.....	62
2.2.1 La imposición del rol de madreposa.....	63
2.2.2 La separación y la reconfiguración de la doble jornada.....	65
2.2.3 Madre, esposa y trabajadora.....	69
2.2.4 La re-incorporación al mercado de trabajo.....	74
2.3. La experiencia frente a la maternidad siendo hijas.....	76
CAPÍTULO III: LA TRANSFORMACIÓN DE LOS ESQUEMAS INTERPRETATIVOS	78
3.1. La salida del seno doméstico.....	80
3.1.1. La elección y el margen de acción ante la tutela familiar.....	81
3.1.2. La salida del hogar como proceso de (re) negociación.....	85
3.1.3. La salida del hogar en la reconfiguración de la experiencia cotidiana.....	90
3.2. La profesión en el proceso de autonomía.....	93
3.2.1. La trayectoria hacia la profesión.....	94
3.2.1.1. La resistencia a la formación femenina.....	95
3.2.1.2. El acompañamiento de la elección.....	96



3.2.2. Trayectorias académicas.....	98
3.2.2.1. La profesión como realización personal.....	98
3.2.2.2. El enmarque instrumental de la profesión.....	101
3.2.2.3. La experiencia como profesionista.....	103
3.3. Conclusión: la transformación de los esquemas interpretativos.....	106

CAPÍTULO IV: EL ENMARQUE PRESENTE DE LA MATERNIDAD.....109

4.1. La elección frente a la maternidad.....	111
4.1.1. Profesionistas indecisas ante la maternidad.....	111
4.1.2. Profesionistas que deciden postergar la maternidad.....	116
4.1.2.1 Las razones de la postergación.....	116
4.1.2.2 El proceso de elección.....	121
4.1.2.3 La pareja y la elección de la postergación.....	124
4.1.3. Profesionistas que deciden no ser madres.....	128
4.1.3.1 Entre la identidad y el rol de madre.....	128
4.1.3.2 La consciencia feminista.....	132
4.1.3.3 La pareja y la decisión de no ser madres.....	137
4.2. El efecto de sus elecciones	140
4.2.1 Las redes y la elección.....	140
4.2.2. El reloj biológico frente a la experiencia.....	147
4.3. Conclusión: la elección frente a la maternidad como producto de la experiencia.....	151

CONCLUSIONES.....153

REFERENCIAS.....160

ANEXOS.....168

INTRODUCCIÓN

*The journey begins with curiosity
and involves into soul-felt
questions. On the stones that we
walk, and choose to make our path.*

Chuck Schuldiner¹

I. La maternidad, una elección

Históricamente la maternidad se ha configurado social y culturalmente como un elemento fundamental de los procesos de constitución de la subjetividad femenina, lo cual puede verse condensado en una suerte asimilación entre ser mujer y ser, usualmente caracterizada como un binomio mujer=madre que busca determinar la vida de cada mujer y toda forma de identidad femenina no por aquello que hace o aspira a ser o realizar, sino a partir de la dimensión maternal alojada en una capacidad reproductiva de su cuerpo. Binomio que iría dando paso a una caracterización social y cultural de la mujer identificada y objetivada tanto en el rol materno por su capacidad de gestar y reproducir la especie, mientras, por otro lado, la identidad del varón sería definida por ciertos atributos, funciones, características en los cuales su rol de padre no ocupa un lugar significativo.

Esta causalidad entre ser mujer y ser madre que se daría desde mediados del siglo XIX (Molina, 2006), llegaría a legitimarse como la maternidad tradicional (o en su forma tradicional) en las sociedades occidentales sin realizar distinción alguna entre las formas sociales en las cuales *sucede* la vida cotidiana y cómo se refleja ello en la dimensión biológica de la reproducción de la especie, lo cual, a su vez, opacaría y/o limitaría toda posibilidad de constitución de identidad femenina escindida de la capacidad generadora (Tubert, 1996) su cuerpo², dado que se estipula que, porque la atención y cuidado de los hijos y las hijas, “corresponde única y exclusivamente a

¹ Extracto de la canción “Perennial Quest” compuesta por Chuck Schuldiner.

² La concepción de la maternidad que aquí se propone implica, si o si, la capacidad de una mujer para gestar un ser vivo. Asimismo, no por ello se propone invisibilizar, opacar y/o negar todo tipo de ejercicio maternal o de maternidad que se condiga con éste, sino que su análisis excede el propósito de este trabajo.

las mujeres madres” (Castañeda Rentería, 2015: 7), la crianza será el principal rol que deba realizar la mujer, sino el único.

Por lo anterior, a lo largo de este trabajo se entenderá a esta forma tradicional de maternidad como una “construcción cultural cuya base hunde sus raíces en un hecho biológico general y universalizable” (Moncó, 2009: 359), como lo es la capacidad del cuerpo femenino de reproducir la especie y por la cual se desprende la mitificación del rol maternal como un instinto (Badinter, 1980) innato en cada mujer. Construcción que implica incide a lo largo de la vida de toda mujer sea o no sea madre, dado que esta maternidad tradicional da lugar a la producción y reproducción de formas de relación signadas por interpretaciones, símbolos, representaciones, valores, significados y discursos de aquello que *se precisa* para llegar a ser mujer en diferentes contextos sociales.

Motivo por el cual, esta forma “tradicional” de configurar y practicar la maternidad³ intenta opacar su identificación como hecho social y cultural al legitimar una forma “esencializada” (Ferro, 1991) por la que se espera que toda mujer entable una relación particular con una forma de interpretar la maternidad (tradicional) que mayoritariamente reproduce la naturalización y universalización de un hecho biológico como el equivalente a la razón de ser de cada mujer, al negar toda forma posible de identificación femenina en otro rol que no se conjugue o condiga con la “equivalencia” entre ser mujer y toda identidad femenina condensada en el deber de ser madre.

Sin embargo, las acciones por las que se va consolidando y reproduciendo la legitimidad de esta maternidad tradicional inciden de forma particular en la forma de convertirse en madre, de serlo o practicarlo. En este sentido, toman cierta relevancia a lo hora que una de ellas llega a convertirse en madre, por el hecho que conllevan una serie de supuestos que tratan de imponerse al ser propuestos como consecuencias de dicho instinto maternal. Así, la maternidad tradicional puede ser entendida como un proceso bifacético: entendido como hecho biológico, a partir de sus procesos de gestación, embarazo y parto y, por otro lado, su carácter como hecho social y cultural a través del cual se llegan a reproducir y tornar eficaces ciertos mecanismos estructurales por los cuales se delega o imponen prácticas y procesos anclados en el cuerpo e identidad de la mujer, tales

³Cada vez que se remita a la maternidad tradicional a lo largo de este trabajo, no sólo estaré haciendo referencia a la maternidad como hecho (tener una niña o un niño), sino todo lo que engloba este hecho y que se ha desarrollado en esta introducción.

como la figura de buena madre (Villani y Ryan, 1997) que ejerce las labores de lactancia⁴, crianza, trabajo doméstico y de cuidados y debe asumirlos como parte de su naturaleza y ejercerlos de forma abnegada, sacrificada, servicial e incondicionalmente.

Por lo anterior, proponer la existencia de una esencia que guía a toda mujer a elegir “naturalmente” la maternidad y asumir el rol de madre como su única prioridad y responsabilidad, oculta que la pervivencia de una equivalencia entre ser mujer y ser madre, se gesta dentro de un proceso de modificación de la estructura y los roles familiares propio de la modernidad (Molina, 2006). Así, esta valoración histórica de la maternidad opera en los procesos de constitución de creencias, normas y expectativas colectivas sobre la mujer que es madre, dando lugar a la constitución de una dicotomía público-privado (Jelin, 1984; Pateman, 1996) que exterioriza lo masculino y recluye en el ámbito privado toda identidad femenina al equiparar la feminidad con ciertos roles, símbolos y signos que hacen al rol maternal.

Por otro lado, este proceso de disolución del carácter productivo del trabajo reproductivo (Picchio, 2012), tiene como contracara no la negociación, sino la imposición de una serie de responsabilidades y labores a las mujeres inscriptos en los márgenes de la maternidad tradicional, la cual, (fundamentalmente) subsume la identidad o la subjetividad femenina al rol de madreposa (Lagarde, 2005). Esta forma de ejercer la maternidad, puede identificarse en la figura de la madre abnegada que sacrifica (Montecino, 1992) y/o cohibe toda posibilidad de concretar cualquier objetivo o interés propio que se interponga en el desarrollo de esta labor reproductiva.

Cuestión que se evidencia en la forma en que la mayoría de las culturas de occidente cuidan “el amor entre la madre e hijo/[a] como su bien más precioso” (Muraro, 1994: 13), ya que la maternidad debe ser asumida por la mujer como un “segundo nacimiento” que la “despoja de sus prerrogativas” (p.18) y de toda aspiración que pueda interponerse con su rol materno, porque así lo dicta su instinto maternal innato. A su vez, el anclaje cultural que poseen estas figuras en el universo simbólico y normativo de ciertas culturas en Occidente, termina legitimando formas de violencia o acciones que buscan limitar actitudes de la mujer que no sean supeditar su vida a lo que dicta dicho instinto o al ejercicio maternal.

⁴ Si bien la lactancia remite hecho biológico, es un acto que se encuentra condicionado por múltiples valores o símbolos culturales. Así como también señalaba Elisabeth Badinter (1980), en ciertos sectores sociales no fue la madre quien se encargase de amamantar a sus hijos e hijas, sino que lo hacía una nodriza. Quien, además, debía amamantar a las o los suyas/os.

Sin embargo, desde mediados del siglo pasado se gestó un desarrollo teórico que no sólo logró “situar las conductas maternas en el campo de la cultura” (Saletti Cuesta, 2008: 172) permitiendo vislumbrar que, esa forma ejercer la maternidad que a lo largo de este trabajo se identifica como tradicional, no es ni ha podido ser la única posible e, incluso, que la división de roles sexuales puede llegar a ser modificada (o al menos) flexibilizada.

En este sentido, si **existen maternidades y no una sola maternidad** (tradicional), la irrupción en la escena pública de la flexibilidad y (relativa) heterogeneidad de estos supuestos, permitió que se lograra entrever, visibilizar y/o analizar distintas experiencias de maternidades que se inscriben en la esfera pública como parte de un proceso de cuestionamiento y debate en la arena política y el espacio público, sobre cómo transformar o modificar las inequidades entre varones y mujeres que se derivan de la plenitud de la maternidad tradicional y el deber de ser madre.

Parte de estos trabajos que analizan el carácter cultural y político de la maternidad⁵, en los que predominan enfoques propios del feminismo⁶, han abordado modos de hacer, de experimentar o de padecer el complejo entramado que surge de la relación entre la maternidad y la vida de una mujer. Principalmente, la postura dominante en estos estudios ha organizado estos textos en dos grandes significados adjudicados a la maternidad: como experiencia o “la relación potencial de cualquier mujer con los poderes de la reproducción y con los hijos; y [como] la institución cuyo objetivo es asegurar que este potencial —y todas las mujeres— permanezcan bajo el control masculino” (Rich, 2019: 57).

De entre aquellos textos que proponen que la maternidad es una institución que oprime a la mujer en todas sus dimensiones y, por ello, la única forma de romper con la sumisión femenina a la voluntad del hombre es negarla, destaca el trabajo pionero de Simone de Beauvoir “El segundo sexo” (1975), donde la autora buscó identificar el lugar al que se ha confinado a la mujer en la vida

⁵ Los cuales no necesariamente se acotan a aquellos que Andrea O’Reilly (2010) propone como estudios de la maternidad.

⁶ No por ello propongo que estos sean los trabajos más relevantes ni tampoco pretendo aquí realizar un análisis extenso y minucioso de los trabajos que fueron configurando los distintos debates, olas, escuelas, posturas, etc., que los feminismos aportaron para complejizar el estudio de la maternidad como fenómeno cultural, social, político, económico, etc., porque, como se verá más abajo, este trabajo **no busca enmarcarse dentro de los estudios que toman al género como enfoque o categoría analítica** (Scott, 2008).

Por otro lado, sobrados son los trabajos que han llevado a cabo una clasificación de estas propuestas a uno u otro “lado” del principio clasificatorio propuesto por Adrienne Rich (2019) o por otras teóricas feministas. Para un análisis de las distintas discusiones dentro del feminismo sobre las formas de interpretar la maternidad, se recomienda consultar: De Miguel, Ana (1995); Dietz, Mary (2005); Freedman, Jane (2004); Gargallo, Francesca (2004) y Luengo, María y Gutiérrez, Prudencia (2011), entre otros.

social y en la cultura occidental, construido o anclado en la capacidad reproductora de su cuerpo. A su vez, distintas autoras como Shulamith Firestone (1971), entre otras, retomarían la propuesta beavoiriana para profundizarla y, así, clamar y postular que no habrá otra forma de libertad para la mujer que no partiera de negar la maternidad.

Por otro lado, de entre los trabajos que entienden a la maternidad como una relación potencial, puede citarse a autoras que detallan experiencias de las mujeres que han logrado negociar con sus parejas⁷ tanto la forma de elegir ser madre a pesar que interpreten que ello es una elección exclusiva de la mujer, así como realizar la división del trabajo reproductivo (Imaz, 2015). Entre otras, estas autoras se diferencian de las anteriores porque proponen que la forma de ejercer la maternidad debe tener como premisa inicial la diferencia entre mujeres (Cixous, 1995; Gilligan, 1993; Sendón de León, 2004) y varones (Fuller, 1997), dado que, al entenderla de este modo, da lugar a modos de negociar o imponer formas más equitativas de ser madre y ser padre, de entender que no es preciso negociar o supeditarse a la voluntad de un varón para llegar a ser madre, de no precisar de otra u otro para ser madre “sola” (Fernández Cordón y Tobio Soler, 1998; Uribe Díaz, 2007), entre otros casos posibles.

Empero, no se debe olvidar que entre estas mujeres que buscan y ejercen otras formas de ser y convertirse en madre por fuera de lo dispuesto por la maternidad en su forma tradicional, muchas de ellas entienden a la maternidad como una práctica eminentemente política (Glickman, 1995; Green, 2011; Sánchez Benítez, 2016), y de ello parte su búsqueda por vivenciar otras formas de ser madre que no conlleven la reclusión en el hogar y la supresión de toda subjetividad en el rol de madreposa, así como evidenciar que no existe instinto maternal alguno, dado que existen casos de mujeres que sienten culpa al manifestar que elegirían no haber sido madres si pudieran volver el tiempo atrás (Donath, 2016) por más que amen a sus hijas e hijos.

En otro orden, sin reparar en qué *lado* de la dicotomía dispuesta por Rich (2019) se encuentren, cabe destacar que gran parte de estos textos se centraron en lo que sucedía sólo a una parte de las mujeres y no a todas, por ello, una serie de autoras se propusieron dar evidenciar que convertirse en madre y ejercer la maternidad son hechos que conllevan situaciones cotidianas e “históricas específicas, en el marco de estructuras entrelazadas de raza, clase y género” (Hill

⁷ Si bien muchas parejas no heterosexuales, no binarias, individuos sin pareja, familias no nucleares, no binomiales, etc., han evidenciado que es posible concebir otras formas de maternidad y/o conformar una familia, son casos no forman parte del corpus de esta investigación. Entonces, cada vez que hable de parejas en las siguientes páginas, me estaré remitiendo a parejas heterosexuales.

Collins, 1994: 45), ya que no es lo mismo practicar la maternidad para una mujer si es negra (Davis, 2005), si la crianza se da dentro de una prisión (Tabush y Gentile, 2014) o que las formas en que la maternidad tradicional influye no sólo se cierne sobre mujeres y varones heterosexuales, dado que tiene ciertos efectos y desenlaces si una pareja no binaria elige y/o ejerce la maternidad (Tarducci, 2014; Mezey, 2008).

De este modo, otros trabajos buscaron evidenciar que la capacidad que la maternidad posee para condicionar la identidad femenina y tener efectos a nivel subjetivo, se extiende tanto a las mujeres fértiles como en las mujeres infértiles (Ariza, 2014; Sommer, 1993), dado que el deber de ser madre puja en la vida cotidiano de cada mujer sin reparar en que puedan o no gestar biológicamente. Así, se estigmatiza a aquellas mujeres infértiles, como a quienes ya no están en edad reproductiva, por lo cual, algunas buscan ser madres a partir de la intervención médica, como lo es el caso de la maternidad sustituta o subrogada (Baffone, 2013).

Sin embargo, a pesar de la extensa y disímil literatura que incluye experiencias que permiten poner en cuestión el componente político de la maternidad tradicional y cómo ello se refleja en la simbolización de una capacidad de reproducir como un instinto maternal innato tras el cual se puja, fuerza o impone a la mujer a “cumplir con un mandato natural” (Moncó, 2009: 259), los cambios culturales que posibilitaron una reconfiguración de los márgenes de acción entre varones y mujeres de forma relativa, pueden ser pensados como un fenómeno social o cultural y no como un cambio exclusivamente político.

Por lo anterior, si *lo político* que caracteriza a esta forma tradicional de ser y convertirse en madre no es la única dimensión que debe ser problematizada en pos de poner en cuestión su legitimidad, ciertos toman a la familia como un objeto desde el cual analizar estas formas de relación entre la maternidad y la mujer. Así, una serie de investigaciones pondrían de manifiesto que, en el análisis de las configuraciones familiares, se debía poner atención no sólo a la función sistémica de la misma (Parsons, 1986), sino también a las dinámicas intersubjetivas en cada familia (Flaquer, 1998) y las formas en que se relaciona con la cultura (Romo Morales, 2016) tanto en México (Gutiérrez Capulín et al., 2016) como en la región.

Desde la psicología, se han realizado distintos aportes en pos de comprender la relación entre la dimensión subjetiva y el ejercicio de la maternidad, por ello, Naomi Berne (1988) propone que el proceso de cambio en la subjetividad femenina parte desde el momento en que advierte está embarazada y se acentúa en los meses posteriores al parto (Celotta, 1982). En este sentido, en torno

a lo planteado, el ejercicio de la maternidad y la reclusión en el trabajo reproductivo también han sido estudiados como un proceso de “violencia invisible” (Fernández, 1992) que suprime la subjetividad femenina y torna conflictiva la vida cotidiana (Rodgers, 1993), dado que hay una distorsión en las aspiraciones subjetivas y el ejercicio maternal que, incluso, llega a ser advertido por sus hijas e hijos y su pareja (Lavee et al., 1996; Östberg y Hagekull, 2000). Cuestión que, en otros casos, se acentúa por la represión cotidiana para llegar a problematizar internamente y/o externalizar la necesidad individual de solucionar este conflicto interno por temor a que su ejercicio de la maternidad sea interpretado como el de una mujer que es una mala madre (Almond, 2011; Swigart, 1991) porque no desea supeditar todo deseo o interés propio al bienestar de sus hijos.

Así, sendas disciplinas, teorías y escuelas, de forma directa o indirecta, también han dado conocimiento sobre otras dimensiones de este fenómeno por fuera de lo político, dado que existen trabajos que permitieron advertir que, tener hijo/s o hija/s y conformar una familia, no era condición necesaria para que una mujer llegase a sentirse realizada en su vida, sino que generaría conflictos a nivel subjetivo (Burin, Moncarz y Velázquez, 1987) por producirse la sumisión de la identidad o subjetividad de muchas mujeres. Evento que tendría un efecto en las hijas, quienes verán o interpretarán este ejercicio de la maternidad como una suerte de imagen en la que empezarán a verse reflejadas como hijas y como mujeres (Muraro, 1994), dado que la vida cotidiana de su madre les daría indicios para plantearse que llegar a conformar una familia y convertirse madre no necesariamente asegurarían la felicidad en cada integrante de la pareja, ni la armonía en el seno doméstico (Vincent, 1987).

En otro orden, para los fines de esta investigación, resulta interesante nombrar los estudios que buscan analizar la relación entre la maternidad y la trayectoria escolar, dado que parece ser un vínculo clave para indagar la forma en que la profesión o determinado nivel de instrucción, se convierten en elementos determinantes para planificar cómo y cuándo ser madre, haciendo uso de determinados métodos anticonceptivos (González et al., 2015). Así, para algunas profesionistas la maternidad ha sido elegida en sus propios términos y bajo condiciones propuestas por ellas, dando a conocer experiencias en las que el acceso a un “nacimiento medicalizado” (Malacrida y Boulton, 2012) otorga la posibilidad de ser madres a profesionistas con un alto nivel de instrucción que priorizaron la proyección personal como satisfacción (Puyana Villamizar y Mosquera Rosero, 2005) y eligieron la maternidad tardía como “estrategia racional involuntaria” (Illic Vigil y Marchant Ruiz-Tagle, 2018: 290), dado que impusieron como aspiración previa obtener las

condiciones socioeconómicas que posibilitaran conciliar la relación entre trabajo y maternidad del modo más armonioso posible. Cuestión que se refleja en aquellas mujeres que llegarían a elegir ser madres una vez consolidada su carrera en el mercado laboral y, dado que fue a sus más de treinta y cinco años, su condición socioeconómica les permitiría tener acceso a métodos clínicos que garantizarían condiciones óptimas para su gestación (Pridmore-Brown, 2008), sin poner en riesgo su embarazo o su salud durante el mismo.

Sin embargo, a pesar de la relevancia de los análisis de las experiencias convencionales y no convencionales de la maternidad que aquí se han presentado, éstos acotan su estudio de la maternidad tradicional (desde sus característicos contextos, clase, raza, género y lugares) al análisis del ejercicio o la práctica de la maternidad. O sea, indagando las formas en que las mujeres que ya son madres ejercen dicho rol, más allá de cómo se relacionen (o no) con cierta identidad femenina anclada en este rol, la imposición de responsabilidades, etc.

En este sentido, por más que muchos de ellos sean un gran aporte para entrever las implicancias que la maternidad tradicional tiene sobre aquella mujer que llega a convertirse en madre o sobre su rol maternal, en la revisión de la literatura no se encontraron numerosos estudios que indaguen las **formas en que una mujer elige** la maternidad. De entre estos trabajos, un gran número analiza experiencias que permiten entrever que las limitantes que se asientan en la maternidad tradicional, no se acotan sólo a las formas de ser madre, sino que también se extienden a cómo las mujeres llegan a tomar elecciones sobre la maternidad: a planificarla, a negarla, etc.

En relación a lo planteado, parte de estos estudios han permitido visibilizar que el entorno jurídico legal es relevante a la hora de elegir porque, como bien se vislumbró en el caso de las profesionistas que pudieron acceder a una asistencia médica costosa, el marco normativo-legal se convierte en un factor determinante al caracterizar la brecha entre elegir y realizar esta elección (Gayet y Juárez, 2016) porque reduce las desigualdades de conocimiento y acceso a los métodos anticonceptivos y de interrupción del embarazo que posibilitan a una mujer elegir su relación frente a la maternidad. Estudios en lo que también debe destacarse la influencia de las campañas de salud reproductiva que desde mediados de la década de 1970 promovieron distintas iniciativas como producir ciertos efectos en la salud y las tasas de natalidad que tuvieran efectos en el desarrollo económico y social (González y Ramírez, 1979), buscando contener y/o reducir el crecimiento de la población alentando la caída de las tasas de fertilidad.

Empero, aun cuando estas hayan influido en crear el entorno que otorgue posibilidades a cada mujer de planificar su maternidad, reduciendo las brechas condiciones socio-económicas de acceso, el “efecto institucional” se ve restringido por el accionar de ciertos elementos y procesos culturales que influyen en que hoy en día no se produzcan los cambios necesarios para el pleno acceso de estos derechos. A partir de ello, existen trabajos que buscan generar consenso sobre la necesidad de que las mujeres puedan acceder a métodos legales de interrupción del embarazo (Chaneton y Vacarezza, 2011; Gutiérrez, 2018) o que se concrete la implementación plena de estos derechos conquistados (Mayans Hermida, 2019; Lamas, 2009) en aquellos países donde existe una normativa que lo avale. Así, estas investigaciones evidencian que las condiciones económicas, sociales y culturales se intersectan con las aspiraciones u objetivos individuales, dado que muchas mujeres pueden llegar a querer no ser madres o decidir abortar y planificar mejor su embarazo, pero concretar esta elección, es una acción que se encuentra condicionada por otros actores sociales como el Estado, instituciones religiosas, valores, costumbres, etc. (Zamberlin, 2015).

Sin embargo, así como sucede con aquellos trabajos que buscan indagar cómo se ejerce la maternidad, gran parte de esta literatura orientada a estudiar la forma en que la cultura, el Estado, la sociedad, etc., incide en cómo se concreta la elección sobre la maternidad, se centra en el componente político de la elección, en cómo las mujeres argumentan a nivel individual su acto. Así, este análisis se reduce a la forma en que ciertas mujeres, en su mayoría profesionistas o con altos niveles de instrucción, toman la decisión o eligen no ser madres. Entre estos trabajos, es posible identificar cómo la trayectoria escolar o la dimensión económica y laboral otorgan a estas mujeres cierto margen de acción ante la configuración tradicional de la maternidad, tal como lo son las experiencias de profesionistas que perciben que el trabajo desdibuja la dicotomía público-privado (Castañeda Rentería, 2015) advirtiendo que la maternidad no es el único proyecto posible en la vida de una mujer (Zicavo, 2013), a la par que resaltan la importancia de este *vínculo* no sólo en la capacidad de decisión, sino también para discutir o discernir frente a críticas sobre su condición de no-madre (Muñiz Gallardo y Ramos Tovar, 2019).

Entonces, en muchos de estos trabajos, la elección por la maternidad es abordada a partir de las formas en que la posición en el mercado laboral y/o el campo académico condicionan o detonan procesos de individualización (Montilva, 2008) que les permiten tomar decisiones y gestar experiencias de vida alejadas de la equivalencia entre ser mujer y ser madre (Avila González, 2005;

Asakura, 2005), opacando parte de las vivencias cotidianas que implican sobrellevar dicha elección o comunicarla, así como la relación entre fenómenos o experiencias en distintas dimensiones.

Aun así, un sesgo de este tipo de trabajos es generalizar las experiencias por las cuales mujeres de clase media o alta, urbana y con altos niveles de instrucción (Hooks, 2004) eligen frente a la maternidad, sin reparar en los procesos de elección que implican más que la elección y que parten de distintas experiencias de vida y contextos. Sesgo que no permite ver que la clase es un factor que incide en el margen de acción de las mujeres y, a su vez, deja de lado que las experiencias de relación entre las mujeres y la maternidad no debe reducirse a *procesos racionales* que parten de las condiciones de posibilidad sociales y económicas, porque el hecho que una mujer sea pobre y/o posea poco nivel de instrucción, no es la causa de que acepte la maternidad como único proyecto de vida (Climent, 2003), sino que existen experiencias que permiten vislumbrar que la elección y planificación de la maternidad por parte de muchas mujeres de sectores populares en su adolescencia, no responde a decisión como sujetas políticas, sino que convertirse en madre les permite la salida de un seno doméstico en situación de hacinamiento, en las que son proclives a que sean abusadas por algún familiar, a ser forzadas a tener que compartir los trabajos reproductivos con su madre, entre otras causas (Gogna, 2005).

Por lo anterior, cabe destacar que este recorrido permite vislumbrar que gran parte de la literatura que ha analizado la maternidad tradicional, se centra en los desenlaces y consecuencias que conlleva haberse convertido en madre, en padre, en hija o en hijo, los cuales, a su vez, en su mayoría reparan en la dimensión política de la relación entre experiencia e institución, dado que la caracterizan como la dimensión más relevante a la hora de indagar los modos de practicar la maternidad, elegir ser madre o transformar las imposiciones que caracterizan a una madreposa.

Empero, ello no niega la existencia de una serie de trabajos e investigaciones que buscaron indagar estos fenómenos desde otro tipo de abordaje. Particularmente, al no tomar a la política como eje rector para llegar a interpretar cómo una mujer ejerce la maternidad buscando problematizar el trasfondo social y cultural de ese ejercicio, algunos autores y autoras pudieron entrever que existen otras dimensiones de este ejercicio que no implican necesariamente la sumisión de la identidad femenina, dado que ser madres muchas veces se elige, planifica, negocia, rechaza, se interpreta como la realización individual, etc.

Por lo tanto, el siguiente trabajo retoma esta última propuesta al intentar analizar las formas que la maternidad tradicional toma una determinada forma sobre las mujeres que no se atienen a

los cánones, pasos, etapas dispuestos desde ella. Entonces, si parte de la literatura refleja que las formas en que se elige no deben remitirse a la elección frente a la maternidad sólo como un punto inflexión causado por la adquisición de cierto estatus socioeconómico o ciertas metas a nivel individual, sino que entre las formas en que estas elecciones son tomadas por cada mujer, así como los eventos que surgen como desenlace de ella, mayoritariamente exceden al efecto aislado de esta elección.

Motivo por el cual, si esta advertencia lleva a tener en cuenta el ejercicio cotidiano de otros/as individuos que buscan reproducir los cánones de la maternidad tradicional, aquí se pregunta por las formas en que el trayecto o experiencia de vida de cada mujer se embona o no con la adquisición de este estatus o cómo se ve reflejado en su vida cotidiana tomar esa decisión, si fue parte de un proceso o una epifanía, etc. Así, advertir que en el argumento de una decisión subyacen ciertas vivencias y/o hechos que se experimentan y experimentaron, permite entender mejor cómo una mujer llega a interpretar qué implica, a nivel subjetivo, tomar una decisión frente a la maternidad.

Entonces, **la justificación** de este trabajo parte de que, tal como se observó en la revisión de la literatura, existe una vacancia teórica en los trabajos que toman a la maternidad como objeto de estudio en dos sentidos: pocos realizan un estudio de la maternidad donde la cultura es un elemento que no se postula como una dimensión dependiente o supeditada a su dimensión política para comprender las formas de elegir la maternidad y/o ejercerla, mientras, por otro lado, existe una vacancia teórica en cuanto a los estudios que indaguen sobre las formas en que mujeres profesionistas toman decisiones que las alejan de la maternidad tradicional, sin centrarse el estudio en aquellas que no quieren ser madres y, particularmente, indagar en las decisiones de profesionistas mayores a treinta años donde esta elección no se tome como causa de una condición socio-económica que determina cierta identidad, sino como producto de una relación de relaciones.

En este sentido, se ha optado por enmarcar este trabajo en la **sociología cultural** tomando como referente el “programa fuerte” que propone Jeffrey C. Alexander (2005) luego de alejarse de una perspectiva multidimensional de corte neofuncionalista (Arteaga Botello, 2016). Este programa, al centrarse en la acción, permite realizar un estudio de la maternidad como hecho cultural en relativa autonomía de otras dimensiones como la economía, la política, lo social, etc.

De este modo, los cambios en el modo de producción o la emergencia de procesos políticos que dan lugar a reconfiguraciones en la arena política, en la sociedad, etc., no necesariamente son

los únicos procesos que logran producir una ruptura con la pervivencia o modificación en el orden simbólico y material que hace a una cultura y, por ende, a las formas de ser o convertirse en madre. En segundo lugar, dado que la sociología cultural no se remite a una teoría, sino a una forma de abordar los fenómenos culturales e históricos, “invita a repensar las disposiciones metodológicas que son necesarias para incidir en la espesura de la emocionalidad colectiva” (Monsivais Carrillo, 2001: 220) porque permite entrever que, tanto una acción como la vida social, pueden llegar a ser interpretadas como un texto cultural (Alexander y Smith, 2019).

Entonces, la sociología cultural permite entrever que las acciones individuales y colectivas expresan alguna dimensión de la cultura, ésta última puede ser comprendida como un “documento actuado” (Carassale Real y Martínez Pérez, 2016: 11) y, por ello, identificar en las narraciones que los sujetos hacen de su situación en el mundo, que “la agencia está inherentemente conectada a la capacidad representacional y simbólica” (Alexander, 1998; en Arteaga, 2019).

En este sentido, la sociología cultural resulta más que pertinente para indagar los procesos de elección de las mujeres frente a la maternidad tradicional, porque permite tomar a toda decisión como una acción entendida como un “texto social y simbólico, a la vez, producto de la combinación de códigos cotidianos, narrativas y configuraciones retóricas” (Alexander, 2005: 9) propios de sociedades “complejas”. Así, la elección que tome una mujer frente a la maternidad no se toma como el producto de un único proceso individual aislado del contexto en el cual se lleva a cabo, así como también permite discutir la reproducción de ciertos cánones que configuran aquella premisa determinista por la cual la cultura es entendida como una estructura⁸ omnipresente que imprime diseños de clase, raza y género sobre las subjetividades sin resistencia alguna.

De este modo, en las narraciones que las entrevistadas realizaron sobre aquello que creen que hicieron, hacen o harán frente a la maternidad, pueden encontrarse indicios o huellas (Verón, 1987) de diversos elementos, normas y símbolos culturales que las personas utilizan para otorgarle sentido a sus acciones, los cuales, por su carácter histórico y social caracterizan un momento específico de la cultura. Motivo por el cual, todo proceso subjetivo inscripto en una cultura particular se caracteriza no por ser efecto de esta estructura o una imposición lineal que no puede ser resistido o transformado, sino que debe ser comprendido como el resultado de una suerte de

⁸ La inclusión de este concepto teórico y analítico ha generado largos debates y discusiones en las ciencias sociales a partir de las propuestas de Louis Althusser en su trabajo “Contradicción y Sobredeterminación” (1967). En este sentido, la inclusión de este concepto a lo largo de este capítulo, tiene más una función operativa para el desarrollo del argumento, que conformarse como un posicionamiento o lectura ante dicha discusión.

“inercia” (Bourdieu, 2012), al resultado de la interacción heterogénea⁹ entre individuos¹⁰ que están en constante relación por verse inmersos en una cultura determinada.

II. La experiencia de vida frente a la maternidad tradicional

Las distintas experiencias de mujeres que han adoptado o configurado formas de ejercer la maternidad que llegarían a poner de manifiesto la existencia de un proceso de cambios y transformaciones que ensanchan la brecha entre la identidad femenina y la maternidad tradicional al dar evidencia de experiencias posible a partir de las cuales cuestionar la equivalencia entre ser mujer y ser madre (Ferro, 1991), tendrían como razón de ser en las formas en que las mujeres modificarían paulatinamente la forma de ocupar el espacio público, participar en el mercado de trabajo, establecer las jerarquías dentro del seno doméstico, responder a la violencia de género, etc.

Empero, las experiencias que le permiten a diversas mujeres elegir ser madre alejadas de lo dispuesto en los lineamientos de la maternidad tradicional o directamente elegir no serlo, no están exentas de las pujas, discursos, imposiciones o limitaciones que reproducen la naturalización y la universalización de un mandato. Entonces, si la influencia que estos fenómenos tienen en el devenir cotidiano de estas mujeres a entrevistar, el que ellas lleguen a ser caracterizadas más por su condición de no madres que su trayectoria profesional y el lugar que hoy ocupan en el mercado laboral o la academia, la **pregunta de investigación** que moviliza esta tesis es: *¿De qué forma la relación entre la experiencia de vida y la maternidad tradicional configura las elecciones que las mujeres toman sobre ser madre?*

La necesidad de dar respuesta a esta pregunta, dio lugar a que el **objetivo general** de esta investigación fuese indagar la experiencia de vida de trece profesionistas heterosexuales, en edad reproductiva y mayores a treinta años, sin hijos/as, con una pareja estable, para dar cuenta de la forma en que sus experiencias de vida les han permitido tomar diferentes elecciones en sendos ámbitos de su vida, *desobedeciendo* su mandato de género y modificando la relación esperada frente a la maternidad tradicional. A su vez, este objetivo permitiría validar o refutar la **hipótesis** por la cual se sostiene que, elegir frente a la maternidad de un modo que no se condice con las

⁹ Lo que no conlleva postular que cada interacción sea “original”.

¹⁰ Si bien se reconoce la existencia de distintos debates (Aquino Moreschi, 2013) sobre las diferencias entre los términos de agente, como los de individuo y sujeto/a (dejando de lado las discusiones psicoanalíticas), se ha optado por homologar estos términos de forma, si se quiere, operativa para facilitar la lectura.

prácticas y pasos proyectados en la maternidad tradicional (vínculo amoroso, matrimonio, familia, ama de casa), puede ser explicada como un producto de la experiencia de vida.

Por lo anterior, a lo largo de este trabajo se ha tomado como eje rector la categoría de experiencia propuesta por Raymond Williams (1985; 2000; 2001), la cual permite vislumbrar las formas en que se gestan las acciones, sentimientos y pensamientos, al distinguir aquellos hechos que logran imprimir ciertos rasgos a nivel subjetivo, de cada una de las vivencias banales, rutinarias y repetitivas que hacen a la vida cotidiana. Así, dado que la vida en sociedad fuerza a las personas a interactuar en su presente inmediato, todo evento que se experimenta en la interacción o contingencia permite ir configurando una “base experiencial”, desde la cual se interpretarán situaciones presentes proyectando un desenlace a futuro sobre cómo se proceda ante esta situación.

En este sentido, así como el autor identifica o advierte la existencia de vivencias que no forman parte de la base experiencial, no toda experiencia que constituye la base se vive de la misma forma, lo cual lleva a clasificarlas desde un doble juego: aquello que se vive como protagonista o como espectador/a, implica un proceso interno de la experiencia (Williams, 1985), mientras, aquello que ha sucedido a otras personas y se tiene conocimiento, se constituye como una “experiencia externa”. División que permite entrever que no sólo aquello que se vive a nivel subjetivo permite interpretar lo que pasa en la vida cotidiana, sino que este proceso implica aquello con lo que se llega a tener conocimiento de forma mediada.

Por otro lado, aun cuando Williams (1985) brinda elementos para identificar los componentes que permiten analizar la experiencia como un proceso que se da siempre en relación a una cultura signada por un devenir histórico (Williams, 2000), su propuesta se basa en un esquema de la experiencia en tanto totalidad que no permite vislumbrar que un individuo no utiliza todo el conocimiento que posee para actuar ante cada situación. Así, el concepto de “marcos de referencia primarios” propuesto por Erving Goffman (2006) permite distinguir que la experiencia tiene una organización lógica para su aplicación para la acción que desgrana la base experiencial en “esquemas interpretativos” utilizados en situaciones específicas.

Esta relación entre ambas propuestas, se complementará con un aporte central que Joan W. Scott (1991) realiza a la categoría de experiencia williamsiana: la base experiencial se constituye y/o configura en relación a las características genéricas y raciales intrínsecas a cada individuo. Entonces, la forma en que se vivencian distintas situaciones como “cosas dadas” y potencialmente homogéneas en términos subjetivos, implican dar cuenta que ciertos desenlaces o enmarques de la

acción individual que otras personas realizan del uso de un marco específico no depende sólo de la experiencia de la persona, sino también de su raza, el género, la etnia y otras características identitarias que, en el proceso de la experiencia, también forman parte de los “esquemas interpretativos” (Goffman, 2006) por los que se pone en acción una porción de la base experiencial. Así, las formas en que la acción propia se torna eficaz al hacer previsible la respuesta de otros/as, depende de las emociones, pensamientos y acciones pasadas en gestadas en dichas experiencias.

En este sentido, se retoma otro aporte central de Goffman (2006) que permite complejizar la categoría de la experiencia williamsiana, al vislumbrar que ciertas experiencias vividas no sólo llegan a formar parte de la base experiencial, sino que “desbordan” a una persona en su capacidad para interpretar una situación y actuar en ella. Por lo tanto, es preciso advertir la existencia de experiencias que llegan a ser “negativas” para a nivel individual, no por una carga valorativa en ellas, sino porque permiten modificar una porción de la base de la experiencia presente y el uso cotidiano de marcos de referencia primarios.

Empero, si bien se propuso que existen diversas formas de vivir, asumir y experimentar la maternidad y, por ende, que la experiencia por la cual las mujeres toman una decisión sobre ella no se acota a una sola de sus dimensiones, así como no es posible que este fenómeno tenga las mismas configuraciones en cada contexto o persona, en las siguientes páginas interesa indagar la forma en que la experiencia de vida de las mujeres entrevistadas les otorga cierto margen de acción para “ejercer presión sobre los verdaderos procesos culturales” (Williams, 2000: 143) en su vida cotidiana, alejándose de lo estipulado en el binomio mujer=madre.

Por lo anterior, se ha **estructurado la tesis** buscando partir de la confección del marco teórico a lo largo del primer capítulo. Por lo tanto, en este primer momento se desarrollarán los supuestos que caracterizan a la categoría de experiencia enmarcada en la propuesta teórico-metodológica de Raymond Williams (1985; 2000; 2001), la cual se complementará desarrollando los citados aportes de Joan Scott (1991) y Erving Goffman (2006). Este desarrollo teórico, permitirá enmarcar el mapa analítico a partir del cual se realizará un recorrido diacrónico por ciertos eventos en la experiencia de las entrevistadas, para llegar a indagar su relación frente a la maternidad a lo largo de su vida, buscando explicar de mejor forma su elección.

En este sentido, dado que es imposible acceder o identificar cada una de las vivencias pasadas que forman parte de su base experiencial y son puestos en acción a la hora de elegir frente a la maternidad, en los capítulos restantes se optó por dividir el análisis de la información

recolectada en las entrevistas en dos grandes dimensiones de análisis: mientras en el segundo y tercer capítulo se abordan dos dimensiones o dos conjuntos de vivencias que hoy en día forman parte de su base experiencial, en el cuarto capítulo se desarrolla el segundo eje de análisis, donde todo el arsenal teórico es puesto en acción para llegar a identificar la forma en que se enmarca y actúa la base experiencial ante una situación particular, responder a la pregunta “¿quiero ser madre?”.

Entonces, en el segundo capítulo se realiza un recorrido por la experiencia en tanto que hijas dentro de un seno doméstico caracterizado por la pervivencia de ciertos valores, roles y jerarquías entendidos como valores tradicionales o elementos propios de una tradición selectiva del sistema de creencias (Williams, 2000) que caracteriza a una cultura. Aquí, particularmente interesa indagar su interacción primera con una forma de ejercer la maternidad a partir de cómo interpretan e interpretaron aquello que experimentaba su madre y ellas siendo hijas, para advertir cómo estas experiencias dieron lugar a ciertos esquemas interpretativos. A su vez, también se buscará entrever en qué medida esta experiencia dentro del seno doméstico se consolida como una dimensión en la que pueden advertirse formas de subordinación, frustración, resistencia, cambio, negociación, reflexiones, etc.

El tercer capítulo se analiza el proceso de experiencia a partir del cual ellas han elegido otra proyección personal que se aleja de los lineamientos de la maternidad tradicional. Entonces, si en el segundo capítulo se busca vislumbrar la forma en que su trayectoria como hijas les permite identificar diversos hechos que hoy en día forman su experiencia, en este capítulo se busca identificar distintas vivencias en relación a dos eventos que han permitido modificar la base presente de la experiencia (Williams, 1985), al dar inicio a un proceso de autonomía de la tutela familia sobre sus acciones y elecciones en la vida cotidiana.

Así, tanto las formas en que se dio su salida del seno doméstico como la finalización de una trayectoria académica en el nivel superior y su consecuente carrera como profesionista en el mercado laboral, son dos experiencias en su vida que les han permitido no solo restarle injerencia a la influencia que su familia tiene en sus elecciones, sino también enmarcar otro modo de desarrollar su vida cotidiana y tomar ciertas decisiones frente a la búsqueda por la imposición en la vida de toda mujer de cualquier tipo de condicionamientos, limitaciones, prácticas y configuraciones que caracterizan a la maternidad tradicional.

El último capítulo lo compone la segunda dimensión de análisis, la cual podría entenderse como la puesta en acción de la experiencia ante una situación particular. Así, aun cuando el objetivo de la propuesta goffmaniana no resida en la esquematización de la organización de la experiencia para construir tipologías, el enmarque que cada una realiza de su elección frente a la maternidad resulta muy útil para vislumbrar la forma en que la base experiencial es puesta en acción. Por lo tanto, se ha organizado el análisis de estas elecciones a partir de un orden que implica, desde la indecisión o decisión ambigua frente a la maternidad, siguiendo por la postergación en tanto forma de elección “abstracta”, llegando a la respuesta más concreta que ellas han dado frente a pregunta por la maternidad: no ser madres.

Por último, en este capítulo se busca advertir la forma en que deben enfrentarse a otros y otras personas que, al momento de conocer su elección, la cuestionan, la apoyan, la ponen en duda, etc. A su vez, se indaga la forma en que un proceso interno de experiencia, como lo es entrar en relación frente al reloj biológico o experimentar en su vida el inicio del período de pérdida de fertilidad, puede llegar a producir ciertas emociones y pensamientos que influyen en la forma en que interpretan su relación frente a la maternidad, llegando a modificar el enmarque de dicha relación con su proyección de la maternidad.

III. Estrategia Metodológica

Por otro lado, para recolectar la información, el diseño metodológico estuvo organizado por la elección de un método cualitativo de investigación enmarcado en la corriente interpretativista (Lin, 1998), elección que se basó en una caracterización de las mujeres a entrevistar como sujetas actantes e interactuantes (Archenti y Piovani, 2018) que otorgan diferentes sentidos a las realidades sociales en las cuales están inmersas y desarrollan su vida cotidiana.

En este sentido, se optó por un diseño abierto o flexible (Guber, 2011) que se construya (Mendizábal, 2006) a medida que avanzaba el proceso de investigación, abriendo la posibilidad a modificaciones del mismo. Particularmente, esta decisión se debió a que se buscó puntualizar más en el proceso de construcción de la experiencia de vida de las entrevistadas y no aplicar un modelo analítico que pueda llegar a forzar o “ajustar” la variable dependiente al mismo (la elección frente a la maternidad). Empero, dadas las características del objeto de estudio y otras dificultades, resultó

ser un diseño acorde a las necesidades de esta investigación, por el hecho que los hallazgos surgidos en el trabajo de campo demandaron readecuar el marco analítico en más de una ocasión.

Por otro lado, el marco teórico-analítico se ha conformado por los aportes de una serie de referentes teóricos que provienen de una serie de disciplinas o escuelas que no comparten en su totalidad perspectivas y formas de abordaje de un mismo objeto de estudio. Aun así, ello no impidió que conjugaran¹¹ dentro de un diseño metodológico que permitiese reparar en más de un aspecto de la cultura (Guber, 2011: 31), dejando de lado posturas que interpreten a la cultura como una especie de caja negra (Snow et al., 2003) o una dimensión dependiente de los procesos sociales, políticos y económicos (Alexander, 2005).

Entonces, si un análisis de la experiencia de vida enmarcado en los límites de la sociología cultural no implica buscar indicios de procesos macro en situaciones totalmente aisladas, sino que se caracteriza por tratar de reparar en los sentidos que personas diversas otorgan a su acción ante situaciones idénticas, **la muestra intencional** estuvo compuesta por una serie de mujeres que comparten distintas características.

En este sentido, la investigación se basó en el análisis de los testimonios de la experiencia de vida de trece profesionistas mexicanas, no madres¹², heterosexuales, con grado de licenciatura o más, en edad reproductiva (de entre treinta y cuarenta años), formando parte de un vínculo amoroso estable y en unión consensual, libre o casadas (por matrimonio civil y/o por un acto religioso) y habitando en la Ciudad de México. Sin embargo, aun cuando compartan una serie de características, sus experiencias de vida, de niñas, de adolescentes, como estudiantes y como profesionistas han sido muy disímiles no sólo por sus condiciones socioeconómicas, sino por haberse criado o nacido en distintos lugares de México.

En cuanto a la relación con su familia, a pesar que ninguna alegó profesar alguna religión, en su mayoría, en algún pasaje de la entrevista comentó que sus familiares predicaban la religión católica apostólica romana en mayor o menor grado. A su vez, todas alegan haber nacido en una familia con roles tradicionalmente sexuados a pesar que hubiese jefatura compartida, cuestión que,

¹¹ Esta conjugación y el hecho que se hayan tomado referentes de distintas disciplinas, tampoco implica plantear un abordaje desde niveles contrapuestos y/o contradictorios.

¹² Se habla de mujeres no-madres, no por utilizar este concepto operativo para “definir a las mujeres que eligen voluntariamente no ser madres, y tener que describirlas desde el prefijo adjetivado, que enfatiza la falta, la ausencia o la negación, al referirse a las mismas como ‘mujeres sin hijos’, ‘mujeres no madres’” (Ávila González, 2005: 117), sino porque se busca advertir que, a partir de su experiencia de vida, al momento de ser entrevistadas, estas mujeres han enmarcado (Goffman, 2006) de una forma particular su relación frente a la maternidad.

en la mayoría de los casos, pervive como tal hasta estos días. Sin embargo, tres de sus madres se han divorciado y sólo una de ellas conforma hoy una familia reconstituida, aunque luego de un tiempo habiendo configurado una familia monoparental con jefatura femenina luego de la ruptura con el padre de las entrevistadas. Por otro lado, ninguna de las entrevistadas es hija única y, exceptuando una de ellas, todas tienen hermanos varones, no así hermanas.

Todas las entrevistadas nacieron en México durante la década de 1980 y sus edades oscilan entre los treinta y los cuarenta años, lo cual, permite postular que (relativamente) todas forman parte de una misma generación. Exceptuando una de ellas, todas conviven con su pareja al menos cinco días de la semana, con la cual poseen un vínculo amoroso no menor a dos años en cada uno de los casos. Seis de ellas han contraído matrimonio tanto por civil como por iglesia y, entre las seis que mantienen una unión consensual, una se ha divorciado de su anterior pareja.¹³

Su origen socioeconómico podría ubicarlas en el sector medio y medio-bajo, exceptuando una proveniente de una familia de bajos recursos y otra de clase alta. Sus padres y madres, mayoritariamente ejercen labores como empleados/as en rubros de comercio y gastronómicos, aunque otras/os se desempeñan en el sector público o en servicios. Exceptuando dos padres (antropólogo y sociólogo) y dos madres (dentista y socióloga), ninguno/a de estos/as familiares supera la preparatoria como nivel de instrucción, incluyendo casos en los que su nivel primario está incompleto. Sin embargo, dos de las madres han realizado cursos en instituciones privadas (gastronomía ambas) a entrada edad y realizan labores en este rubro en el mercado informal.

De entre las entrevistadas, siete son migrantes internas desde el sur y el oeste del país, mientras seis de ellas nacieron en la ciudad de México, añadiendo que una de ellas retornó a la Ciudad a vivir con sus padres antes de cumplir sus dieciocho años, dado que su familia delegó su crianza en sus tíos cuando nacieron sus hermanas menores. En el caso de las migrantes, cuatro llegaron a la capital para realizar sus estudios de licenciatura y decidieron quedarse a vivir aquí, mientras, las dos restantes migraron de localidades mexiquenses del área metropolitana junto a sus parejas, en pos de tener mayor cercanía con su empleo, ya habiéndose recibido de su licenciatura e independizado económicamente.

Dado que se buscó realizar una muestra lo más heterogénea posible, como se observa en el cuadro descriptivo¹⁴, las profesiones elegidas en sus estudios universitarios son bastante variadas

¹³ Actualmente ella y él conviven con la su madre de ella debido a problemas de salud de esta última.

¹⁴ Ver anexos.

e incluyen las ramas sociales, informáticas y económicas, entre otras. Parte de esta variación, tuvo como fin ampliar lo mayor posible la diversidad de respuestas e interpretaciones. En este sentido, si bien se procuró que no todas fueran parte de una agrupación, partido o movimiento político, y aun cuando dos de ellas se autodefinan como feministas, ninguna narró alguna situación o anécdota que permitieran advertir una participación actual o pasada de militancia política.

Como en la Ciudad de México las mujeres profesionistas forman conforman el 6% de la población ocupada (Observatorio Laboral, 2018), podría pensarse que esta muestra intencional estaría sesgada, dado que se está entrevistando a mujeres con características muy específicas y, por ello, que los resultados que arroja esta investigación inducirían la formulación de generalizaciones. Cuestión totalmente falsa. Aquí, cabe advertir que sólo tres de ellas han optado por una carrera laboral en la academia o se encuentran realizando estudios de posgrado, siendo el resto empleadoras o empleadas en el sector público o privado.

Así, si se repara en los distintos tipos de profesión que ejercen, es posible advertir un punto importante, dado que no sólo han elegido la carrera o incluso modificado su trayectoria escolar en el nivel superior en alguna ocasión, sino que, en su mayoría, han podido acceder a empleos que reflejan una movilidad social o la reproducción de las condiciones materiales de origen, en tanto cada una posee un empleo en el cual ejercen la profesión que han estudiado: dos trabajan en el sector público (investigadora y administrativa), dos se encuentran becadas por el CONACyT en sus estudios doctorales, cinco trabajan en el sector privado en diversas ramas (valuadora de arte, analista de mercado y en consultoras) y otras cuatro gestionan su propia empresa o son freelancers.

En otro orden, como se ha buscado vislumbrar variaciones o diferencias en las trayectorias de experiencias de vida que llevan a tomar elecciones idénticas, la técnica de recolección de la información (Vasilachis, 2006) utilizada fue la realización de una serie de entrevistas semi-estructuradas presenciales en profundidad (Piovani, 2018). Así, la elección del tipo de entrevistas, se debió a la especificidad del tema y la necesidad de acceder a recuerdos, emociones, sentimientos y pensamientos que hacen a su experiencia de vida y que llevan a una mujer a elegir qué hacer o será de su vida cuando ellas mismas argumentan qué tipo de relación entablan (o interpretan que entablan) frente a la maternidad.

En este sentido, realizar entrevistas semi-estructuradas con preguntas abiertas, fue una elección pertinente para identificar las variaciones en el tiempo y las decisiones que toman y fueron tomando sobre el devenir de su vida sin direccionar la pregunta ni acotarla a un sí o un no.

Particularmente, porque interesaba distinguir qué tipos de experiencias pasadas y qué elecciones presentes implicaría o no implicaría elegir frente a la maternidad. A su vez, este tipo de entrevistas también permitió generar las condiciones o el ambiente en el cual surgiera una conversación o diálogo fluido, al entablar un vínculo apropiado (Vasilachis, 2006) con cada entrevistada.

Entonces, interesaba identificar sus aspiraciones pasadas, presentes y futuras como hijas, como mujeres profesionistas, como parte de un vínculo amoroso, en cómo advierten las formas, consecuencias y desenlaces que guiaron su elección por *salirse* del seno doméstico, etc. Así, para llegar a entrever cómo estas decisiones, en tanto acción simbólica, fueron producto de experiencias que han tenido a lo largo de su vida, se analizaron ciertos procesos que atraviesan la cultura como urdimbre (Geertz, 1992) y como texto capaz de ser leído (Alexander y Smith, 2019) en dicha acción, en pos de encontrar elementos recurrentes en las narrativas que permitieron identificar recurrencias en la diversidad de experiencias.

Por otro lado, el contacto con cada una de las entrevistadas se logró a partir de personas cercanas a mí y a ellas actuaras como intermediarias en un primer momento. Una vez que la persona intermediaria me facilitó una vía de contacto (mail, teléfono, WhatsApp), para establecer el “rapport” (Vela Peón, 2013) o un primer paso que diera lugar a la complicidad (Weiss, 1994) entre el entrevistador y las entrevistadas, se estableció un primer contacto para comunicar a las entrevistadas sobre las razones, forma, lineamientos y fines de la entrevista. En dicha presentación, también se les comunicó que los encuentros tendrían un tiempo mínimo de cuarenta minutos, así como se les dio la opción de realizar las entrevistas en un sitio de su preferencia o elección. Esto último, responde a que se esperaba que todos los encuentros se dieran en un lugar donde ellas pudieran sentirse libres de emitir cualquier opinión y comentario. Sobre todo, buscando evitar que la presencia de terceros/as o la incomodidad de ciertos lugares, generaran sensaciones de inseguridad, limitaran o cohibieran sus testimonios.

Las trece entrevistas realizadas se efectuaron entre los días 31 de enero de 2020 y 26 de marzo de 2020 y se llevaron a cabo en un único encuentro, lo cual cerró la posibilidad de realizar una segunda entrevista luego de una revisión del primer encuentro transcrito y, así, llegar a complejizar y enriquecer los testimonios. Durante la planificación de esta estrategia metodológica, se dio lugar a dos proyecciones en relación a las entrevistas que se vieron constreñidas por el devenir del trabajo de campo. Por un lado, se propuso que, a medida que se fuesen realizando las primeras entrevistas, se realizara un muestreo tipo bola nieve. Sin embargo, una vez finalizada la

entrevista, a pesar que se sugirió que las entrevistadas pudieran contactarme con otra persona, sólo una de las entrevistadas (Ad.) se ofreció a contactarme con otra. Motivo por el cual, doce de las trece entrevistadas, fueron contactadas por la gestión de personas cercanas a mí que se ofrecieron a realizar la mediación.

Por otro lado, se estipuló que el número de profesionistas a entrevistar no fuese definido previo al trabajo de campo, sino que estuviera supeditado a alcanzar el punto de saturación de la información, aunque esta proyección debió enfrentarse a dos limitantes: una circunstancial, generada por la pandemia mundial Covid-19 y las dificultades para realizar las entrevistas presenciales, y otra del orden “logístico” ligada a la dificultad para acceder a mujeres que aceptaran ser entrevistadas debido a la limitación en las redes que hicieran en tanto que mediadores/as y el citado desenlace del muestreo en bola de nieve.

De las trece entrevistas, diez de ellas se realizaron en un encuentro cara a cara en lugares públicos y privados sugeridos o avalados con cada una de las entrevistadas (oficinas, aulas, hogares, cafés, parques), mientras las tres entrevistas restantes, debido a las medidas de contingencia implementadas para contener la expansión de virus Sars-cov2 (Covid-19), se realizaron a través de videollamada por tres plataformas (Bluejeans, Skype, OoVoo) y dos dispositivos distintos (Computadora y Smartphone). Aunque en un primer momento se pensó que la realización de las entrevistas de forma mediatizada limitaría o dificultaría el desarrollo de las mismas, por esperar que el dispositivo limitase el uso de ciertos recursos que se ponen en juego en un encuentro cara a cara (como medir los tiempos o el clima de la conversación a partir de ciertos gestos y/o actitudes de quien se está entrevistando), las mismas tuvieron resultados más que fructíferos. Incluso, la situación de confinamiento producto de las medidas sanitarias, permitió que muchas de las entrevistas tuvieran una duración más extensa de la estipulada.

Por otro lado, si bien la entrevista presencial o cualitativa como técnica de recolección es un instrumento que permite “una lectura de lo social a través de la reconstrucción del lenguaje, en el cual los/as entrevistados/as expresan los pensamientos, los deseos, y el mismo inconsciente” (Vela Peón, 2013: 67), este tipo de entrevista se diferencia de una conversación espontánea de la vida cotidiana, porque involucra un guion¹⁵ o una serie de preguntas confeccionadas con el objetivo de conocer su interpretación sobre un tema determinado. Entonces, en un primer momento, se confeccionó un guion permitiera orientar la entrevista dado que estuvo compuesto por una serie

¹⁵ Ver en anexos.

de preguntas agrupadas en ejes que posibilitaran organizar la recolección de la información y que, a medida que se fuese afianzando el vínculo de confianza en el desarrollo de la entrevista, se fuese profundizando sobre la experiencia de vida de la entrevistada.

Sin embargo, la misma especificidad de la investigación dio lugar a la necesidad de realizar una entrevista “piloto” con la primera profesionista que accedió a ser entrevistada. El fin de realizarla en este formato, por un lado, tuvo como objetivo dar cuenta de posibles fallas o falencias en la formulación de las preguntas o en el orden de las mismas. Por lo cual, su realización permitió reformular, agregar y/o eliminar ciertas preguntas que no parecieron pertinentes para la recolección de los datos esperados o entorpecían la dinámica de la entrevista. A su vez, esta entrevista piloto permitió advertir elementos que, dada mi condición de extranjero y varón, pudieran reducir todo tipo de sesgo cultural y genérico en la formulación de cada pregunta, así como vislumbrar la forma en que una repregunta pudiera reorientar las respuestas de las entrevistadas y/o añadir otras cuestiones que atañen a esta problemática y que no han sido advertidas en la revisión de la literatura.

En otro orden, si uno de los objetivos es “dar voz” (Ragin, 2007) a las experiencias de estas mujeres, se tuvo en cuenta el tiempo de una persona que acepta “contar sus vivencias, sus intimidades” (p. 6) y poder reconstruir sus experiencias. Particularmente, porque se está preguntando sobre experiencias pasadas y ello implica recordar no sólo una acción, sino también la dimensión emocional de la experiencia, aun cuando este guion se haya confeccionado para orientar el testimonio y *pre-organizar* la información que se fuera recolectando, ciertos recursos como las preguntas espontáneas cuando la entrevistada se viese compenetrada o interesada en emitir su opinión sobre un tópico particular, llegar a reformular la pregunta cuando rechazaba u oponía cierta reticencia a responder, así como modificar el orden preestablecido según la forma en que se desarrollase la entrevista, fueron estrategias que permitieron gestar una mayor riqueza en el intercambio que signó cada una de las entrevistas.

En este sentido, las pausas, los espacios y silencios para que reflexione y construya sus respuestas, fueron herramientas bisagra para hacer que “la gente hable sobre lo que sabe, piensa y cree” (Spradley 1979: 9, en Guber, 2011), porque, en más de una ocasión, la entrevistada llegó a responder alguna de las preguntas pautadas sin que se las haya realizado e, incluso, algunas de sus intervenciones o respuestas alteraron el orden establecido en el guion al responder más de una pregunta o incluir en una respuesta tópicos que no estaban agrupados en los mismos ejes.

En cuanto al procesamiento de la información, si bien se vislumbró la posibilidad de utilizar software específico para el análisis de entrevistas cualitativas (Atlas.ti), ello fue descartado, porque la cantidad de entrevistas que conforman este corpus no conllevó el procesamiento de una gran cantidad de información ni, por otro lado, fuese ello una exigencia del marco teórico analítico propuesto. Porque, como ya se propuso, la especificidad del abordaje elegido no precisó encontrar regularidades en cada testimonio, sino de un análisis minucioso que permitiera advertir particularidades sobre sus anécdotas, experiencias y vivencias en base a los mismos tópicos.

Por lo tanto, la organización de la información y su procesamiento, se realizó clasificando o categorizando las variaciones y matices de sus vivencias frente a momentos particulares de su vida que se constituyen como argumentos de peso al producir una descripción densa (Geertz, 1992) de sus elecciones y los procesos que las llevaron a ellas, permitiendo agrupar sus elecciones en torno a tres grupos para el análisis cualitativo de sus decisiones: mujeres indecisas frente a la maternidad, mujeres que están postergando la maternidad y mujeres que han elegido no ser madres.

Dado que varias de las entrevistadas han pedido preservar su identidad en el anonimato, se ha decidido ampliar esta solicitud a todas las entrevistadas y reservar no sólo sus nombres sino toda referencia a lugares, ciudades, etc. Así, al momento de citar fragmentos de sus testimonios, para diferenciar a cada una de ellas se optó por nombrarlas a partir de la inclusión de la primera letra de su nombre y alguna consonante del mismo. A su vez, en dicha cita también se podrá vislumbrar la inclusión de la edad de cada una de ellas al momento de la entrevista.

CAPÍTULO I: LA ELECCIÓN FRENTE A LA MATERNIDAD TRADICIONAL COMO PRODUCTO DE LA EXPERIENCIA

Si la experiencia de vida de trece mujeres distintas incide en su elección frente a la maternidad tradicional, en un primer momento, es preciso plantear que las formas en que ellas han llegado a tomar una misma elección no ha sido producto de una trayectoria de vida homogénea ni responde a un mismo sentido. Entonces, si existe una heterogeneidad en cómo se configura y/o lleva a cabo esta elección, la misma puede ser comprendida como el producto de una experiencia de vida y no como producto de una imposición de un mecanismo estructural o el efecto de un instinto maternal.

Sin embargo, para poder a indagar cómo cada una de las experiencias de vida ha llevado a las entrevistadas a tomar su elección, primero es preciso desarrollar la propuesta que permita indagar las dinámicas o lógicas a partir de las cuales esta experiencia de vida se ha llega a organizar y/o estructurar en pos de poder ser *canalizada* en una acción individual específica (la elección frente a la maternidad). En este sentido, la categoría de experiencia presente en la obra de Raymond Williams (1985; 2000; 2001) permitirá analizar la forma en que, a través de la interacción, distintas vivencias van trascendiendo su carácter efímero o inmediato para producir ciertos sentidos, razonamientos, esquemas, etc., que van configurando aquello que el autor galés llama “base experiencial” (1985) o base de la experiencia presente¹⁶, la cual permite a cada individuo tomar ciertas decisiones frente a eventos de la vida cotidiana.

A su vez, entiendo que esta categoría es pertinente para este trabajo por el hecho que, si es en la interacción donde cada uno/a llega a experimentar o vivenciar con formas materiales y simbólicas que son anteriores a cada individuo y caracterizan a la cultura en la cual se está inmerso o inmersa, a partir del análisis de las experiencias de vida se podrá vislumbrar cómo estas *formas* expresan alguna dimensión de la cultura al identificar las relaciones con ciertos elementos culturales (materiales y simbólicos).

Empero, dado que en este trabajo se intentará advertir la forma en que la experiencia de vida permite a ciertas mujeres tomar decisiones que distan de aquello estipulado en la equivalencia entre ser mujer y ser madre, se retomarán dos aportes para complementar esta categoría. Los mismos, se refieren a dos aspectos procesuales en los cuales no repara la propuesta williamsiana:

¹⁶ Cada vez que me refiera a cualquiera de estos dos conceptos, que asumo como equivalentes, me estaré refiriendo a la propuesta de Williams.

por un lado, desarrollar cómo la base de la experiencia presente se aplica o se pone en juego por parte de cada individuo para interpretar y actuar ante situaciones particulares o específicas y, por el otro, advertir la forma en que las características raciales, genéricas o étnicas condicionan y diversifican la forma en que se experimenta a nivel individual.

Entonces, dado que la categoría de experiencia en la propuesta de Williams (1985) se toma como una suerte totalidad cambiante a partir de ciertas interacciones, emociones o pensamientos, no toma en cuenta las situaciones que hacen a la vida cotidiana donde cada individuo llega a relacionarse, a actuar, a pensar o sentir ante un mundo en el cual ha sido arrojado/a. Así, la propuesta de marcos de referencia primarios de Erving Goffman (2006) será pertinente para enriquecer esta categoría porque este autor logra realizar un bosquejo sobre cómo toda acción, aun cuando parte de una experiencia organizada como totalidad, tiene su propia lógica para la acción ante situaciones específicas sin importar si modifican o no la base experiencial.

En principio, importa resaltar que ambos aportes se entrelazan en un punto: cada uno de estos autores entiende a **la experiencia como un proceso** en el cual se produce una relación entre lo individual y lo social. Y será en esta relación donde aparece una organización estructural que se produce, reproduce y modifica a partir de la relación entre las y los individuos en su vida cotidiana, dado que allí es donde la base de la experiencia de la experiencia presente se materializa en la acción a partir de una organización lógica. Aplicación en la que se hará uso de los marcos de referencia primarios (lo social), en base a una porción de esa experiencia entendida como esquemas interpretativos (lo individual).

Será por ello que, el poder analizar esta aplicación parcial de la base de la experiencia a partir de la utilización de marcos de referencia, complejiza la propuesta teórica tomada para desarrollar este trabajo porque permite distinguir que en cada acción individual (forme o no parte de una acción colectiva) la base de la experiencia no se aplica en su totalidad, no se aplica todo lo que se sabe o ha experimentado para interactuar, sino que esta base se desgrana en tanto que totalidad para ser aplicada ante situaciones y/o interacciones particulares.

Sin embargo, como la base de la experiencia tiene una forma de configuración diferenciada a partir de la identidad de cada persona, se retoman los aportes de Joan Scott (1991) para advertir que la constitución de la base experiencial debe ser entendida como un proceso en el cual se halla un componente generizado, sexuado y sexuante (Bonder, 1998) que condiciona cada interacción, y, por ende, condiciona todo tipo de interpretación de una situación y el consecuente uso de los

marcos de referencia primarios. Entonces, si en la interacción se aprehende una forma de relación con lo social o lo característico de una cultura y se ciertas vivencias se transforman en experiencias que trastocan la subjetividad, lo propuesto por la autora estadounidense permite advertir que la forma en que se experimenta una situación específica difiere si se es varón, mujer, gay, lesbiana, transexual, etc.

Por otro lado, como las narraciones presentan los hechos como el producto de un ejercicio de rememoración de escenas específicas y no una forma objetiva de describir la situación en su totalidad, al igual que Goffman y Williams pensaron sus propuestas, aquí no se buscará ni partir de un ejercicio clasificatorio de cada experiencia o de cada marco, ni asumir que la forma en que una persona vive la vida cotidiana se da en términos de marcos o tipos de experiencia. Entonces, a lo largo de estas páginas se buscará vislumbrar cómo ciertas experiencias fueron incorporando elementos a la base de la experiencia presente que posibilitan cierto uso de marcos de referencia primarios para responder ante una situación específica: la decisión sobre la maternidad y cómo su experiencia de vida les ha permitido establecer una relación con ella que no se da en los términos propuestos o alejada de la influencia de lo que se ha llamado maternidad tradicional.

1.1. El proceso de la experiencia

Como en este trabajo se tomará como eje central la categoría de experiencia desarrollada por Raymond Williams en distintos momentos de su trayectoria (1985; 2000; 2001), en primer lugar, se debe advertir que esta propuesta permite advertir que, dada la contingencia misma que caracteriza a las sociedades complejas, la experiencia individual y colectiva debe interpretarse como un proceso que se gesta dentro de un contexto socio histórico determinado. Así, como propone uno de sus colegas de la Escuela de Birmingham al rechazar toda aspiración teórica al acceso del estado puro de las estructuras y/o de los procesos sociales que caracterizan al espacio y tiempo en el cual las y los individuos están inmersos/as, la experiencia es el producto de una relación “encarnada en [y por] gente real y en un contexto real” (Thompson, 2012: 27).

Sin embargo, antes de continuar, creo que quien lea estas hojas se estará preguntando: “entonces ¿qué es la experiencia?”, por ello, he optado por definir a la experiencia como aquella vivencia o hecho que produce un efecto que “marca a fuego” tanto afectiva como intelectualmente la subjetividad de una persona o individuo. Caracterizarla de este modo, permite reparar en un tipo

de experiencia que es más “amplio” (Williams, 2000), porque incluye no sólo la acción como motor de la experiencia, sino también a los sentimientos y pensamientos. De este modo, esta categoría incluye un proceso “abierto y activo” porque permite entrever que no siempre la historia social e individual se da en términos mecanicistas, sino que es el resultado de una relación que incluye tanto eventos de ruptura como procesos de modificación frente a los mecanismos estructurales que tienen lugar en la vida cotidiana.

Este punto, permite a Williams a dar cuenta que los postulados y abordajes desde los cuales se propone una recepción pasiva de los fenómenos sociales por parte de los sujetos, no hacen más que “subsumir (a menudo con arrogancia) toda experiencia vívida, práctica, formativa y desigualmente formada” (1985: 108) a una condición de efecto estructural. Incluso, esta forma de entender a la experiencia también permite discutir frente a propuestas totalmente inversas la citada, dado que un proceso cambio estructural no está inherentemente ligado a un cambio individual o aislado. Así, al verse cada una y cada uno inmersos en “una experiencia histórica activa y consciente” (p.107), se puede llegar a entrever que la contingencia condiciona todo proceso social, dado que, ni todo lo que piensa y hace una persona es producto de su propia voluntad, porque cada acto o evento no se lleva a cabo tajantemente en base a lo que él o ella ha estipulado, ni tampoco sucede lo inverso, dado que nadie es una marioneta de hablada por la ideología o las estructuras.

Entonces, como cada análisis de la experiencia de vida parte de entender que la vida cotidiana individual y colectiva se encuentra inmersa en el “verdadero proceso social” (Williams, 1985) y éste no se constituye como el efecto de una estructura omnipresente, esta propuesta da lugar a interpretar que cada individuo transcurre su vida relacionándose de forma particular (no única) con los procesos estructurales que dan vida a la cultura a partir de la forma en que condicionan el modo en que las personas comparten su día a día.

Por otro lado, esta categoría también permite diferenciar las vivencias sin más, producto de la interacción con aquellos hechos que forman parte de lo rutinario, lo banal, lo irreflexivo, etc., de aquellos sucesos o vivencias que logran producir una (re)configuración en la forma en que se interpretan las acciones de otra persona, se realiza una lectura de la propia situación en el mundo o se indaga en cómo llegan a operar ciertos códigos y símbolos que hacen o caracterizan a la cultura en la cual cada individuo está inmerso/a. Así, para Williams (1985; 2000) debe realizarse una

división entre aquellos sucesos que no afectan sustancialmente a los y las individuos, de aquellos que se convierten en actos que influyen en la identidad¹⁷ individual y colectiva de las personas.

De este modo, si la experiencia implica aquellos sucesos que tienen un impacto o influencia en la base de la experiencia, se debe reparar en tres puntos inherentes a este proceso a través del cual, una vivencia, logra incorporarse a la subjetividad (Williams, 1985). En primer lugar, no todo hecho o vivencia con la que se interactúe es factible de convertirse en parte de la experiencia de vida de una persona; en segundo lugar, no existen efectos fijos o inmanentes a cada acto porque será a partir de la base experiencial que cada quien llega a interpretar cada situación en la cual se encuentre inmerso/a; por último, dado que todo hecho tiene la capacidad para ejercer más de un efecto en diversas personas, ninguna experiencia tiene un mismo efecto a nivel subjetivo.

En este sentido, mientras existen situaciones que llegan a producir un “shock” (Schutz, 1945, en Goffman, 2006) en ciertas personas y las lleva a reconfigurar la forma en que se desenvuelven en su vida diaria, para otras se interpretan como hechos banales o que no llegan a rozar el anecdótico. En aquellas/os que sí tiene impacto una determinada vivencia o un hecho, lo hace de una forma tal, que llega a consolidarse como un límite que se traspasa sin posibilidad de retorno, porque consiste en un evento que tiene la capacidad de modificar completamente el modo de ver, percibir e interpretar el mundo por parte de cada individuo.

Empero, el proceso de constitución de identidad que va moldeando la base de la experiencia presente y que permite a un individuo sobrellevar una situación dada, no implica que la experiencia sea entendida sólo como aquello que cada quien ha vivenciado de forma subjetiva, sino que se va constituyendo al relacionarse frente a vivencias de otras personas con las que se llega a interactuar. Así, aun cuando una vivencia particular puede llegar a tener diversos efectos o formas de relación en la experiencia individual, Williams (1985) otorga una pista elemental para indagar los procesos de toma de decisión frente a los mecanismos estructurales que inciden en la constitución subjetiva: la experiencia tiene una doble constitución o puede ser entendida desde sus dos dimensiones, dado que existen experiencias que se aprehenden mediante un proceso subjetivo o “interno”, mientras,

¹⁷ En éste punto, quiero advertir que he decido dejar de lado una serie de debates en torno a la constitución identitaria que tiene gran relevancia y recorrido dentro de las ciencias sociales. Por lo tanto, creo que *Las subjetividades en la era de la imagen de la responsabilidad de la mirada* (2006) de Leonor Arfuch; *Los contrabandistas de la memoria* (1996) de Jacques Hassoun; *Las Cuestiones de la Identidad Cultural* (2003) de Stuart Hall y Paul Du Gay; así como *Modernidad-Mundo e Identidades* (1997) de Renato Ortiz, entre otras, son obras que permiten vislumbrar de una mejor forma lo trabajado y debatido sobre la identidad.

por otro lado, las vivencias ajenas pueden llegar a internalizarse como una “experiencia externa” mediante una interacción indirecta con lo sucedido.

Entonces, si la base de la experiencia presente tiene dos vías por las cuales llega a constituirse y/o modificarse, en las formas en que se interpreta la situación en que un individuo se encuentra inmerso, se pone en juego tanto aquello que se ha llegado a ser protagonista o espectador, como los sucesos que son transmitidos o comunicados a cada una/o. Siendo esta experiencia externa no sólo aquello transmitido por la/s persona/s protagonista/s, sino también con lo que se interactúa mediante una lectura, un relato oral, etc.

Por lo anterior, esta propuesta constituye un aporte central para entrar en contacto con el sentido subjetivo que subyace en cada acción por dos razones: en primer lugar, permite vislumbrar la existencia de un proceso basado en la interacción en y por la cual se llega a materializar el encuentro entre ciertos “tipos de conciencia” (Williams, 1985) que son “personales”, “subjetivos” o “emocionales”; mientras, en segundo lugar, entender de esta forma los procesos de experiencia, posibilita ver cómo cada individuo logra interactuar con aquellos y aquellas que forman parte de su entorno cotidiano al configurarse un “énfasis en la integridad” donde la identidad se convierte “en una forma de exclusión de otras parcialidades nominadas como externas” (p. 128).

Asimismo, si existe una estructura histórica y anterior a las interacciones que dan lugar a experiencias internas y/o externas, la experiencia se caracteriza por ser parte de un proceso social al constituirse como “producto de condiciones sociales, de sistemas de creencias o de sistemas fundamentales de percepción” (Williams, 1985: 127) que se postulan como “verdades” a la hora que los individuos llegan a interactuar entre sí, a pensar o sentir lo que viven. Entonces, si las experiencias pueden ser vistas “como evidencia de condiciones o sistemas que, por definición, no pueden explicarse por sí mismos” (p. 128), es porque la relación con estos sistemas que posibilitan la interacción entre personas al otorgar sentido la acción de las y los individuos se inscribe de forma relativa en cada base experiencial.

De este modo, toda interpretación sobre un determinado fenómeno, individuo o acción se constituye a partir de una forma de relación entre la experiencia subjetiva y un “sistema de creencias” (Williams, 2000) que permite a las y los individuos interactuar entre sí, realizar distintas actividades, etc. Este sistema, puede entenderse como un conjunto de reglas, normas, prácticas y símbolos que caracterizan a cada cultura y/o contextualizan toda acción individual o colectiva. Así, la relación con este sistema no se da sino a partir de la interacción con otros/as, donde los individuos

hacen uso de “una versión del pasado con el objeto de ratificar el presente y de indicar las direcciones del futuro”.

Sin embargo, para desenvolverse en un mundo que ya está articulado previamente a la aparición de cada una o uno, se precisa de distintos elementos, símbolos y otros elementos que caracterizan a una determinada cultura, dado que validan su eficacia al posibilitar que las personas se relacionen y desenvuelvan su vida a medida que se relacionan con las personas en una interacción particular y/o dentro de diversas “instituciones educativas” (Williams, 2001) como lo son la escuela, la iglesia o la familia.

Entonces, para caracterizar la forma en que lo social se conjuga en la acción individual, Williams (1985) propone que toda vivencia logra ser traducida en una “experiencia presente” en la cual el pasado social e individual forma parte de la subjetividad al configurar una “base (inmediata y auténtica)”¹⁸ que actúa como una suerte de filtro o tamiz entre aquellos razonamientos y análisis sobre la situación en la cual una persona se encuentra inmersa y la proyección de aquello que puede llegar a suceder según cómo se desenvuelva en dicha situación.

La base de la experiencia no es una entidad o estructura estática, sino que se caracteriza por ser vulnerable y cambiante, por ello, se modifica en la interacción frente a ciertas situaciones, fenómenos, individuos, etc. Empero, el hecho que se encuentre conformada y condicionada por un pasado (individual y social), permite tener en cuenta que no se constituye en el preciso instante en que una persona interactúa frente a otra persona o en una situación específica, precisando de ciertos elementos para interpretar qué es lo que sucede frente a él o ella, sino que se entiende como una suerte de totalidad o reservorio de las experiencias (sean externas o internas) que han logrado producir un impacto a nivel subjetivo.

En este punto, es posible advertir la capacidad que tiene la cultura para producir “conexiones activas y selectivas” (Williams, 2000) entre los individuos, porque la interacción mediante la cual se llega a tener conocimiento y hacer uso de los elementos culturales, no implica que la base de la experiencia se constituya en relación con todo elemento que caracteriza a una cultura en la cual se encuentra inmersa una persona, sino que, para que cada individuo pueda dar sentido a sus acciones, precisa de una “selección” de elementos de la cultura y no de su totalidad. Esta selección de elementos propios del sistema de creencias, inspiran los principios que influyen en lo que los individuos han experimentado como verdadero o falso, deseable o indeseable, útil o

¹⁸ De aquí en adelante, cada vez que se hable de base de la experiencia, me estaré refiriendo a este concepto.

inútil y condicionan las formas de opinar, creer, tener convicciones y, a su vez, de elegir la forma por la cual expresarse mediante acciones, emociones y pensamientos. De este modo, la tradición selectiva no es sólo un mecanismo estructural sin más, sino que su *validez* reside en la capacidad que posee para tornar “operativa y eficaz” cada interacción que se inscribe en un “proceso de definición e identificación de lo cultural y social” (Williams, 2000: 138).

Entonces, poder distinguir que existe una relativa incidencia de cada vivencia en la subjetividad, parte del momento en un individuo llega a hacer una definición “prosaica de la cultura como un modo de vida” (Cevasco, 2003: 52) en el cual la versión selectiva de una “‘tradición viviente’ se halla siempre ligada, aunque a menudo de un modo complejo y oculto, a los explícitos límites y presiones contemporáneos” (Williams, 2000: 39). Así, en cada interacción o relación, puede haber tensiones entre la interpretación recibida sobre un efecto estructural determinado y su puesta en práctica, porque la experiencia de vida es un proceso inmerso en la contingencia, así como una tensión que “se manifiesta, a menudo, como una cierta incomodidad, una presión, un desplazamiento, una latencia” (Williams, 2000: 153).

Por lo anterior, dado que en este trabajo interesa vislumbrar la forma en que esta “experiencia práctica” (Williams, 2000) materializa ciertas vivencias que hacen a la base experiencial y cómo la relación con distintos elementos culturales da lugar a una acción determinada, para entrever la forma en que la experiencia de vida les ha permitido a las entrevistadas generar nuevas formas de relación entre un fenómeno social e individual, creo que será preciso continuar desarrollando esta propuesta teórico-analítica al proponer la forma en que la base de la experiencia se pone en acción permitiendo actuar a cada individuo.

1.2. La experiencia organizada para la acción

Tal como se advirtió en varios pasajes, la propuesta marcos de referencia de Goffman (2006) da ciertas claves para esquematizar la organización de la experiencia para su aplicación en situaciones o contextos determinados, permite complejizar la categoría williamsiana de experiencia al distinguir que existen lógicas a la hora que la experiencia da lugar a la acción.

En su texto, Goffman propone hacer un “amplio uso” (2006) del “marco” (frame) creado por el referente de la Escuela de Palo Alto, Gregory Bateson. Particularmente, resulta un concepto útil para Goffman porque le posibilita ver que “las definiciones de una situación se elaboran de

acuerdo con los principios de organización que gobiernan los acontecimientos -al menos los sociales- y nuestra participación subjetiva en ellos” (2006: 11). Entonces, marco será el concepto que permita hacer referencia a los “elementos básicos” que pueden identificarse en una situación y por los cuales se puede llevar a cabo un “examen de la organización de la experiencia”.

Sin embargo, “difiere” de la propuesta de Bateson, dado que para éste los marcos operan a nivel individual al ejercer una función metacomunicativa (1998) entre un emisor y un receptor, lo cual da pie a interpretar que existe una suerte de linealidad en las formas de interpretación ante ciertas situaciones. Sobre todo, porque mientras para este último el mensaje está inscripto en el marco a través del cual se lleva a cabo una interacción, Goffman postula que los marcos remiten a las formas en que se interpreta una situación en particular y no a un código¹⁹ que se constituye como una extensión de la situación misma.

Entonces, así como para Williams (1985) la experiencia puede ser estructurada en la base experiencial mediante una relación entre procesos creativos individuales y procesos históricos objetivos, la organización lógica de la experiencia para la acción que Goffman (2006) realiza puede ser entendida como la relación entre un componente social expresado en marcos de referencia primarios y un componente individual caracterizado como esquemas interpretativos.

Por lo anterior, los marcos de referencia primarios (MRP) no determinan actitudes, sino que permiten establecer un “contexto interpretativo y significativo en el que se desarrollará una actividad (...) un conjunto de premisas de organización de la experiencia que delimitan y restringen” (Amparán, 2018: 103) la forma en que cada individuo interpreta toda “la franja [strip]” de actividades sociales que le permiten desenvolver su vida cotidiana al enmarcar una situación particular y su acción en ella, a partir de los esquemas interpretativos que permiten a cada individuo ordenar y “comprender el sentido, dirección, orientación e intencionalidad” (p.102) de su acción.

Así, si toda acción no puede estar escindida de ciertos elementos de la cultura o de un “sistema de creencias -framework- constituido por una serie definida de modelos (...) que los individuos asumen como la base relativamente estable de su representación de la realidad” (Herrera

¹⁹ Bateson hace una utilización del código en términos jakobsonianos: en tanto esa función metalingüística compartida y externa al individuo que permite establecer un marco interpretativo entre aquello que vincula al emisor y el receptor y posibilita la comunicación. En este sentido, el uso de la lengua castellana en tanto sistema de signos, nos permite a usted, lector o lectora, y a mí, establecer un canal de comunicación.

y Soriano, 2004: 70), estos marcos son primarios²⁰ porque, al anteceder a la aparición de los individuos en el mundo, forman parte del mundo social en el cual tiene sentido su uso.

A cada uno de los MRP disponibles en una cultura, Goffman los divide en dos grandes clases: naturales y sociales. Los marcos de referencia naturales son aquellos que involucran acciones que son no dirigidas o ninguna razón reside en su origen, sino que, al ser inintencionados, son “puramente físicos” (2006) y motivados por determinantes “naturales” porque involucran la acción de las leyes o las “fuerzas de la naturaleza”, siendo un ejemplo de ellos la salida del sol o la lluvia. Por otro lado, los marcos de referencia sociales serán aquellos que se “usan” cuando un individuo llega a interpretar aquello que sucede frente a él o ella y le posibilitan incorporar “la voluntad, el objetivo y el esfuerzo de control de una inteligencia, de una agencia viva -siendo el ser humano la más importante de ellas” (Goffman, 2006: 24).

En tanto, estas acciones en las cuales un marco natural se relaciona con uno o más marcos sociales e “implican las intenciones humanas, incorporan la voluntad, el esfuerzo y el control de una agencia” (Amparán, 2018: 103) puede ejemplificarse en relación al objeto de estudio de este trabajo: la maternidad puede ser entendida como marco de referencia natural por su carácter en tanto que hecho biológico (o la capacidad para reproducir), mientras, por otro lado, las formas en que se ejerce, los roles sexuales que devienen de ella, etc., pueden entenderse como distintos marcos de referencia sociales.

Por otro lado, como cada marco está condicionado por una relación de relaciones en la cual los marcos de referencia sociales llegan a estructurarse “de acuerdo con su momento histórico y sujetos a cambios y alteraciones” (Amparán, 2018: 102), ello remite a la forma en que Williams advertía cómo cada cultura llega a organizarse en un contexto determinado, a cómo un sistema de creencias, o framework en la propuesta goffmaniana, toma forma en y por las acciones de individuos particulares. Por lo tanto, así como la base de la experiencia permite distinguir el modo en que un individuo llega a experimentar una situación presente, para Goffman, los marcos “guían” la acción individual en el momento en que cada persona apela a ellos “en la búsqueda de la respuesta” (2006: 8) que le permita traducir y/o interpretar qué es lo que sucede ante sus ojos.

²⁰ Existe una clase de marcos de referencia secundarios que se describe más abajo.

²¹ De aquí en adelante, cada vez que me refiera a un marco de referencia primario, me estaré refiriendo a los marcos de referencia sociales. Cuando se precise retomar el concepto de marco de referencia natural, se especificará.

Sin embargo, aun cuando las actrices y actores sociales se encuentran ante situaciones “ya definidas por su entorno”, la experiencia “es esa mezcla de lo que la escena habitual le aporta [al individuo] y de lo que él [o ella] a su vez aporta a la escena” (Goffman, 2006: 393), permitiendo ver que la interacción entre las personas se convierte en el escenario desde el cual cada uno/a llega a aprehender y organizar rasgos particulares para desarrollar su vida cotidiana. Entonces, los marcos se encuentran en la memoria individual de una forma particular, porque, si llegar a “conocer algo es más bien reconocerlo, incluirlo dentro de alguno de los marcos que componen el bagaje cultural de cada individuo” (Amparán, 2018: 112), es porque cada persona hace uso de los diferentes MRP mediante los esquemas interpretativos que se han constituido en su experiencia de vida, dando lugar a un repertorio particular de modos de interpretar una situación en la que se está inmerso/a y se elige cómo actuar en ella.

Por lo anterior, la propuesta que Goffman (2006) realiza para esquematizar la organización de la experiencia en el uso de los marcos, no implica que cada individuo construya un MRP propio para interpretar una situación particular, sino cada uno/a escoge un MRP específico del reservorio de marcos que es la cultura y, a partir de los esquemas interpretativos, se logra no sólo hacer un uso determinado de los marcos sino una organización de los mismos de forma yuxtapuesta y jerarquizada de uno o más marcos, dependiendo las exigencias que él o ella atribuyan como las precisas para actuar ante una situación particular.

Entonces, si en el devenir cotidiano en y por una cultura se llega a decidir qué tipo de MRP se debe escoger para actuar o interpretar una situación específica, Goffman (2006) propone que cada cultura puede entenderse como un marco más amplio de significación que actúa como una suerte de “reservorio” de MRP desde el cual los individuos “escogen” un marco de referencia primario específico que les permite interpretar y actuar ante una situación particular porque cada marco contrae inscritos ciertos mensajes que permiten gestar una acción o interacción de forma *eficaz*. De este modo, a medida que cada individuo va interactuando en una cultura, escoge determinados marcos de referencia sociales que le permiten, de una forma específica, asignar a su acción un sentido que posiblemente en otra situación no podría tenerlo.

Por su parte, así como Williams (1985) resalta la importancia de la interacción para la constitución de la base experiencial, para Goffman (2006) la interacción es un elemento más que relevante porque en ella no sólo se llega a hacer uso de ciertos MRP, sino que también se llega a tener conocimiento de distintos MRP que un individuo puede llegar a escoger. A su vez, aun cuando

las reglas que permiten hacer uso de un marco específico no necesariamente se limitan a éste, posiblemente se encuentren en más de un marco y no solamente en ante el cual se interactúa, es posible pensar que cada acción puede caracterizarse como un acto que involucra “toda la estructura del marco de acción” (Lastra, 2010: 41) porque implica poner en juego tanto la experiencia como una proyección de las consecuencias de la acción. Así, las formas de interpretar, organizar y utilizar las reglas internas de cada marco, se irán configurando por los esquemas interpretativos y no, tal como postulaba Bateson, por la esencia misma de un marco.

Por lo tanto, en la interacción o superposición de MRP, también puede vislumbrarse que existe un juego simbólico que excede la lógica de los marcos y puede advertirse desde la experiencia williamsiana: aun cuando la propuesta de Goffman permita vislumbrar cómo una situación llega a ser traducida al definir qué es lo que sucede allí y, para actuar en ella, se puede llegar a hacer uso de más de un marco, en su propuesta el autor no se detiene a pensar que esta definición delimita una brecha entre aquello que sucede “ahí” y lo que no sucede, lo que es propio de una situación y lo que no, qué cosas implica y qué cosas no; cuestión en la que sí reparó Raymond Williams (1985; 2000). Por lo tanto, se debe advertir que, al momento que los MRP permiten a un individuo delimitar y definir la situación ante la cual se ve enfrentado/a, también se está cargando de cierto “significado” o caracterizando a esa situación y a las personas involucradas en ella, porque los marcos definen y cualifican “a los sujetos según el tipo de rol y personaje que encarnan en esa ocasión” (Amparán, 2018: 112).

Entonces, si la yuxtaposición de MRP permite analizar “concretamente las imágenes del mundo, las ideas relativas a la naturaleza y las facultades humanas” (Herrera y Soriano, 2004: 69), las vivencias propias y ajenas en la vida cotidiana llegan a tornarse comprensibles para las personas, porque estos MRP entran en relación con una base experiencial compuesta de interacciones previas a la hora interpretar los hechos ante los cuales se ven arrojados/as. Así, la forma en que la experiencia permite actuar frente a ciertos acontecimientos, no reside exclusivamente en los acontecimientos, pero tampoco en la mente de cada individuo, motivo por el cual puede entenderse como producto de una interacción en la que se ponen en juego los conceptos principales de esta propuesta teórica: mientras los marcos permiten a un individuo traducir la situación en la cual se está inmerso/a, los esquemas interpretativos permiten poner en acción una experiencia de vida o una base experiencial a partir de la cual se escoge un MRP específico para llegar a traducir esta situación y actuar en ella.

1.3. La experiencia se transforma en la interacción

Aun cuando todo enmarque de una situación tiene cierto desenlace, a veces, un individuo llega a experimentar que los esquemas que utiliza para desenvolverse en una situación particular “de repente se disuelven y es probable que al menos de momento, quede absorbido sin reservas por no poder mantener un comportamiento apropiado” (Goffman, 2006: 394). Entonces, la pérdida de la eficacia de su experiencia para hacer uso de un MRP específico, en ciertas ocasiones, se refleja en la imposibilidad de actuar en una situación en la cual una persona se encuentra desorientado/a porque se encuentra ante una pérdida de la “distancia y la reserva que pudiese tener respecto a los acontecimientos anteriores, y también parte del control consciente que pudiese tener sobre lo que estaba ocurriendo” (p. 393), impulsando a cada individuo a “tirar por la borda” todo esquema interpretativo.

Para caracterizar a todas aquellas vivencias que producen un desenmarque a nivel individual de una experiencia, Goffman introduce el concepto de “experiencia negativa” (2006). Así como sucede con el proceso de experiencia en la propuesta williamsiana, este concepto permite analizar a aquellas vivencias que logran modificar la base de la experiencia, por el hecho que llegan a “desbordar” a una persona y quitarle la certeza sobre el devenir la situación en la cual se encuentra inmerso/a.

En este sentido, la experiencia negativa puede verse o interpretarse a partir de la propuesta de experiencia externa e internas de Williams: mientras una experiencia negativa en tanto parte de un proceso interno puede comprenderse como aquellas experiencias en las que, “por la razón que sea, el individuo rompe el marco y percibe que lo ha hecho, súbitamente cambia la naturaleza de su absorción y su creencia” (Goffman, 2006: 393) para actuar ante una situación que supone conocer; las experiencias negativas vistas como experiencias externas pueden verse como aquellas en las que ciertos individuos hacen un tipo uso de los MRP que no se condice con aquello esperado por otros/as personas y se produce una ruptura de la eficacia de dicho marco.

Por lo tanto, la complejización del esquema williamsiano de experiencia a partir de la introducción del concepto de experiencia negativa no implica incorporar al análisis un ejercicio valorativo de cada experiencia, donde ciertas experiencias pueden entenderse como positivas o buenas a nivel individual y colectivo, mientras otras experiencias deben ser catalogadas como negativas porque no se condicen con ciertas normas o códigos inscriptos en el sistema de creencias. Al contrario, el concepto de experiencia negativa refiere a aquellas vivencias que tienen la

capacidad para modificar la base experiencial porque los símbolos y significados que utilizan las personas para orientarse en una situación dada a partir de los lineamientos inscriptos en ciertos marcos, no son eficaces en términos individuales, ya sea como producto del propio enmarque de la situación o por la acción de otros/as personas.

Entonces, si las rupturas de la relación individual con un marco dislocan momentáneamente al individuo “de lo que acontece en el espacio inmediato y convocan su acción hasta que logra reacomodarse” (Lastra, 2010: 41), este concepto también permite ver que el uso de los MRP se da mediante un proceso de complejidad y artificialidad progresivo (Goffman, 2006). Donde la forma en que hace uso de un MRP y sus normas, al no ser eficaces ante ciertas situaciones, deben modificarse o extinguirse por no ser útiles para interpretar una situación dada.

En este sentido, si las personas pueden llegar a modificar los marcos de referencia primarios y/o crear marcos de referencia nuevos o secundarios (Goffman, 2006) para reposicionarse en el desenlace de distintos eventos en los que ciertos marcos ya no parecen ser eficaces, la acción de los individuos permite dar paso a la emergencia de marcos secundarios a partir de la modificación de marcos previos o por la creación de nuevos marcos, los cuales, Goffman (2006) divide en dos tipos: la “transformación en clave” (*keying*) y la manipulación o “fabricación” (*fabrication*).

En primer lugar, las transformaciones en clave son entendidas como el cúmulo de “convenciones mediante las que una actividad dada, dotada ya de sentido en términos de cierto marco de referencia primario, se transforma en algo pautado sobre esta actividad, pero considerado por los participantes como algo muy diferente” (Goffman, 2006: 46). En este sentido, los cambios generados al interior de un marco de referencia específico o la creación de un nuevo marco para dar sentido a una situación en la que el uso de otro MRP ya no resulta eficaz, son llevados a cabo por una serie de individuos que “están al tanto” de aquello que se modifica. Por lo tanto, una transformación en clave es el producto del consenso de cada persona implicado/a por el uso un marco ante una situación dada.

Por otro lado, Goffman advierte que, ante ciertas situaciones en las que se encuentran inmersos/as las personas, llevan a que realicen un “esfuerzo deliberado” (2006) al interior de un marco para modificarlo dado que su eficacia no se valida a nivel individual. Sin embargo, esta modificación se diferencia de las transformaciones en clave porque su razón de ser reside en un “proyecto inicuo” a través del cual se llega a “engañar” a otros u otras participantes, ya que la “fabricación” de un nuevo marco implica una “franja de actividad” que puede sembrar el “desorden

en el mundo”, dado que es una acción en la que uno o más individuos engañan a otras/os en pos de “manejar una actividad de modo que se induzca a otros a formarse una creencia falsa de lo que está sucediendo” (p. 89). Motivo por el cual, parte de los y las implicadas en una situación se ven desorientados al advertir de forma inesperada que un marco (o su uso) ya no es útil para hacer previsible el desenlace de esta situación, porque se han modificado las reglas del juego y ellos/as no están al tanto de qué se ha modificado.

Entonces, si la experiencia permite hacer usos distintos de los MRP o realizar una elección acotada o ampliada de ellos, “los individuos también pueden introducir intencionalmente una confusión en el marco” (Goffman, 2006: 7) con el cual están interactuando. Por lo tanto, la distinción más relevante entre ambos conceptos, reside en la forma en que se transforman o se crean marcos de referencia: mientras en las transformaciones en clave cada uno/a de las y los involucrados/as interpreta de una misma forma la modificación de la estructura interna de cada MRP, en las fabricaciones algunas/os individuos crean “falsos marcos” para engañar sobre lo que realmente está sucediendo a aquellas personas con las que hace uso de un mismo marco.

1.4. La dimensión clasificatoria de la experiencia

Dado que se ha explicado la forma en que la experiencia llega a organizarse (Goffman, 2006) posibilitando que una persona pueda realizar una interpretación de una situación específica guiando su acción, no escapa a la eficacia que puedan tener ciertos elementos culturales inscriptos en la tradición selectiva para producir y reproducir la vida cotidiana. De modo que, la interacción entre dos personas no se lleva a cabo solamente porque se hace uso de un marco metalingüístico como el idioma para entenderse entre sí, sino que en esta interacción se ponen en juego características que hacen a la posición de clase, la forma en que se autodefinen genéricamente, la profesión que ejercen, etc. Motivo por el cual, no siempre existen mismos usos de un marco ante situaciones en las que dos o más personas se encuentran inmersas, porque estas características también condicionan la forma en que dicha situación se torna previsible.

A su vez, aun cuando existe un juego entre lo instituido y lo instituyente que caracteriza a cada cultura e influye en la forma en que la experiencia permite a un individuo actuar, sentir o pensar, no se debe olvidar que su carácter relacional da lugar a lecturas y acciones desviadas de

dichos límites, que amplían o modifican la forma en que se llega a interactuar e interpretar la vida cotidiana.

Punto que importa porque, si la experiencia permite “actuar de maneras que mantienen y renuevan el modo social del que se trate” (Williams, 2000: 107), los MRP pueden llegar a ser modificados individual y colectivamente, dando lugar a que personas de diversos géneros, razas, etnias o clases realicen “su historia a partir de condiciones objetivas heredadas” (Segura, 2008: 8) y, aun así, que no perdure esta forma de relación heredada frente al sistema de creencias, sino que la misma relación da lugar a “procesos creativos” e “históricos” (Williams, 2000) de acción que pueden modificar el margen de acción a través del cual ejercer presiones en los mecanismos estructurales.

Interpretar la experiencia en estos términos, permite ver que existen vivencias que no suceden como se esperaba o en las que sucede aquello proyectado o más. Entonces, si para Joan Scott (1991) una experiencia particular permitió a Samuel Delany producir una ruptura o tener una experiencia originaria (Kosseleck, 1988; en Carassale Real y Martínez Pérez, 2016: 19) que diera lugar a la transformación o creación de nuevos MRP al internalizar un encuentro entre cuerpos, la autora da cuenta que ello se debe a que esta vivencia posibilitó una transformación en clave de un marco referencial junto a otras y otros individuos, al ver que la “aprehensión de los cuerpos en masa” (Scott, 1991: 774) les otorgaba la posibilidad de “visibilizar” la existencia de un gran número de personas que estaban siendo estigmatizadas en sus formas de hacer uso de los MRP en su vida cotidiana en sociedad, porque ese uso no era el *apropiado*.

En este punto, Joan Scott (1991) señala la posibilidad de que ciertas vivencias como la sucedida a Delany pueden modificar la base de la experiencia. Particularmente, interesa su ejemplo porque en él, el impacto visual que produce una vivencia, tiene la capacidad para entrever la existencia de un margen desde el cual se producen otras formas de vivir, interpretar y utilizar MRP que permiten tomar conciencia de cómo el sistema de creencias tiene “vinculaciones entre lo personal y lo político” (p. 775). Sobre todo, porque no autoidentificarse como heterosexual, en muchas situaciones de la vida cotidiana implica que otras personas enmarquen esta elección como negativa o desviada, dado que el sistema de creencias condiciona las formas en que las personas se desenvuelven en una sociedad, influyendo en que se profesen formas apropiadas e inapropiadas de ser en el mundo y, particularmente, establecer aquello que se puede y no puede hacer en una cultura.

Entonces, porque existe una dimensión “social” (Williams, 1985) que caracteriza toda forma de experiencia dentro de una cultura particular, en el ejemplo de Scott reside un punto central: la base de la experiencia va enmarcando y caracterizando no sólo formas de actuar ante determinadas situaciones, sino que también permite clasificar a quienes forman parte de dicha situación mediante una división racial, clasista y genérica o sexuada, por lo cual, también existe una caracterización de otros/as que se encuentra condicionada por un sistema de creencias que inciden en el uso de los MRP al condicionar las formas de interpretar una determinada situación. Así, advertir que las formas de experimentar ciertas vivencias poseen un componente, si se quiere, identitario que signa la relación individual con las normas, símbolos y valores que caracterizan a una cultura, ayuda a develar la incógnita sobre la forma en que llegan a ponerse en cuestión las formas de experimentar la vida cotidiana, porque repara en una condicionante de la acción individual y colectiva que está ligada al género con el que se autoidentifican y desde el cual experimentan las personas. Punto que permite ver que la experiencia difiere en muchos y amplios sentidos si, quien experimenta es un miembro de un pueblo originario, una transexual, etc.

De modo que, tanto en la práctica histórica que preocupa a Scott y a Williams, así como en la interacción en la vida cotidiana, la pregunta sobre las formas en que “las concepciones de los seres (de los sujetos y de sus identidades) se producen” (Scott, 1991: 777), se responde no sólo al indagar este producto, sino que esta respuesta precisa tener en cuenta también el proceso por el cual se llega a producirla. Por lo tanto, Scott advierte que en las formas de tipificación y clasificación en torno a pares de oposición desde los cuales se configuran internamente los MRP, llevan a que en el uso de éstos muchas veces se invisibilice o condene cualquier forma de acción por fuera de la que sea tipificada y tipificante, así como sexuada y sexuante debido a una división generizada (Bonder, 1998) que signa el reservorio de MRP y el uso de éstos. Sobre todo, porque no existe una horizontalidad en la capacidad para expresar o experimentar temas o generar conductas simbólicas hacia una acción propia o ajena en la interacción, sino que la forma en que utilizan y modifican los MRP, posiblemente se rija por una jerarquía y una organización vertical.

De este modo, las formas por las cuales cada persona llega a interpretar o traducir qué es lo que pasa frente a sus ojos, delimita modos de actuar frente diversas situaciones como lo es llegar a relacionarse con la maternidad a partir de lo dispuesto en su concepción tradicional, elegir tener hijos, una profesión, conseguir un determinado empleo, relacionarse con personas de ciertos estatus socio-económicos, etc. Así, **si en este trabajo se pretende analizar cómo la experiencia de**

ciertas mujeres condiciona su forma de interpretar y elegir sobre la maternidad, advertir que la base de la experiencia tiene diferencias genéricas y que la aplicación de los marcos de referencia también tiene un “uso” diferenciado genéricamente, permite ver que los modos de vivir, interpretar y hasta sentir el devenir cotidiano, no son llevadas a cabo de una única forma por más que se ejerzan los mismos roles o que se tengan las mismas rutinas.

En síntesis, toda forma de experiencia y su aplicación en el uso de distintos MRP, da lugar a que ciertas acciones tiendan más a reproducir la capacidad jerarquizante entre los marcos y el uso que se tenga de ellos. Entonces, si los “marcos de referencia disponibles [que] en nuestra sociedad sirven para dar sentido a los eventos” (Goffman, 2006: 10), la acción y la experiencia en la cual se materializa aquella tradición selectiva (Williams, 2000), también tiene la capacidad de condicionar la acción individual por la forma en que se llega a clasificar o encasillar a una persona dependiendo cómo los valores, prácticas y símbolos tradicionales traducen las características intrínsecas a su género, su raza o su clase.

1.5. Esquema analítico: la elección frente a la maternidad tradicional como producto de la experiencia

Una vez dispuestas las piezas que formarán parte del marco teórico analítico, sólo resta su *ensamble*. De este modo, si para el análisis de las entrevistas realizadas a las trece profesionistas se ha postulado que su experiencia de vida puede ser entendida como un texto capaz de ser leído (Alexander, 2005), se debe a que el abordaje de los testimonios posibilitará encontrar ciertos indicios sobre cómo, en la forma en que la experiencia expresa ciertos rasgos de una cultura, se puede establecer una relación con las elecciones que estas mujeres hoy en día realizan frente a la maternidad que no se condicen con lo esperado en su forma tradicional.

Por lo tanto, si el eje ordenador de este trabajo es la categoría de experiencia propuesta por Raymond Williams (1985; 2000; 2001), la cual ha sido interpretada y entendida como una suerte de tejido significativo cultural, tanto como un conjunto de prácticas y vivencias que se relacionan con una tradición selectiva, para advertir cómo ciertos elementos culturales son materializados en la acción de las entrevistadas, se buscará entrever en los relatos de vida la forma en que expresan, sienten y piensan parte de esta experiencia en torno a su elección frente a la maternidad.

En este sentido, la utilización de la categoría de experiencia permitirá indagar la forma en que las mujeres entrevistadas fueron interactuando con la maternidad, a partir del análisis de distintas vivencias que constituyen la base de la experiencia presente atendiendo a las tres formas posibles de experiencia: interna, externa y negativa. Así, en sus testimonios se buscará vislumbrar cómo las experiencias internas en las que fueron protagonistas o espectadoras, así como aquellas experiencias externas con las que llegaron a tener contacto por medio de terceros/as o aquellas experiencias negativas que llevaron a distintas mujeres a replantear su relación con la maternidad o las formas de ejercerla, les permitieron ir incorporando ciertos elementos por los cuales interpretar aquello estipulado en la maternidad tradicional de distintas formas.

A su vez, si la aplicación de la base de la experiencia en situaciones específicas no se realiza mediante “la aplicación” de la totalidad de experiencias vividas, sino que partir del uso de una porción de esta totalidad para responder a una situación determinada, se retomarán los conceptos de esquemas interpretativos, enmarque y marcos de referencia primarios propuestos por Goffman (2006). Así, al indagar la forma en que cada esquema interpretativo permite hacer un uso particular de uno o más marcos al enmarcar una situación determina o, en este caso, una forma específica de entablar una relación entre un marco natural (capacidad de gestar) y uno social (la maternidad tradicional). Motivo por el cual, si los marcos de referencia pueden entenderse como las reglas del juego, los esquemas interpretativos, en tanto aquella porción de la base de la experiencia puesta en acción, pueden entenderse como la forma en que se hace uso de las reglas del juego.

Por otro lado, se retomará el concepto de “tradicción selectiva” propuesto por Williams (2000) para vislumbrar que, dichas reglas del juego, responden o están en estrecha relación con un “sistema de creencias” que limita y posibilita la capacidad de una persona para hacer uso de un marco, permitiendo no sólo interpretar qué es lo que está frente a sus ojos, sino también clasificar esta situación y elegir actuar (o no) y la forma en que debe actuar (si es que lo hace). Cuestión por la cual se advierte que, retomando la propuesta de Joan Scott (1991), la experiencia que va constituyendo la base a partir de una clasificación de la vida cotidiana y los elementos de una cultura que configura los esquemas a partir de los cuales se hace uso de los MRP, conlleva inscripto un elemento clasista, genérico, étnico y racial.

De este modo, al advertir o interpretar que la influencia del sistema de creencias en las formas de ejercer la maternidad y paternidad no tiene las mismas consecuencias o implicancias si se es mujer o varón, las experiencias frente a más de una forma de ser madre y ser mujer,

adolescente o niña, les permitieron ir modificando los esquemas interpretativos para el uso de los distintos MRP que conllevan la relación de una mujer frente a la maternidad condicionada por dicho sistema de creencias.

En este sentido, tomar las narraciones de parte de sus experiencias de vida como textos que pueden ser leídos, no conlleva postular que cada entrevistada explicita los sucesos en términos de marcos pudiendo detallar cuáles se utilizan y de qué forma los han jerarquizado, porque la puesta en acción de la experiencia mediante MRP específicos, no siempre se gesta de una forma en la que cada uno/a está completamente consciente de aquello que está haciendo porque cada MRP aparenta no poseer una “forma articulada visible” (Goffman, 2006). Entonces, los marcos de referencia primarios que un determinado grupo social utiliza constituyen un elemento central de su cultura, especialmente en la medida en que emerge una comprensión relativa a los principales tipos de esquemas” (p.29), aun cuando no todo “usuario/a” es capaz de detallar qué elementos componen estos marcos o describir qué está haciendo al usar dicho marco, ello no le impide aplicarlos de forma consciente o inconsciente.

Por último, estas propuestas teóricas permitirán indagar la forma en que la elección que toma cada mujer frente a la maternidad pueden ser entendidas como el producto de su experiencia de vida, por un lado, parte de entender a la cultura como repertorio a partir del cual se constituye la “base” de la experiencia, mientras, por otro lado, si “los significados y valores comprendidos en una determinada forma de vida afloran desde la experiencia común y las actividades de todos” (Trigueros, 2014: 19), el hecho que los MRP puedan ser modificados por la acción individual y colectiva, permite entrever el carácter procesual de la cultura.

CAPITULO II: LA EXPERIENCIA COMO HIJA

La caracterización de la maternidad que hoy en día realizan las mujeres que se ha entrevistado, implican más que su una relación entre el presente donde se elige (por ser no madres) y su relación con el futuro (por la capacidad de serlo), sino que estas elecciones pueden ser entendidas como parte de una historia individual, principalmente, porque han logrado tomar ciertas decisiones frente a la maternidad que las alejan de lo pautado en el modelo tradicional de maternidad. Sin embargo, si el pasado se manifiesta en el presente en pos de proyectar el futuro y, por ello, se ha propuesto que estas elecciones pueden ser explicadas como un producto de la experiencia de vida, en primer lugar, interesa distinguir qué tipo eventos de su pasado pueden dar indicios sobre la forma en que argumentan su elección.

En este sentido, si en el capítulo anterior se propuso que las instituciones educativas son uno de los principales agentes involucrados en el proceso de socialización, interesa indagar cómo interpretan su experiencia siendo hijas dentro de un hogar o seno doméstico en y desde el cual han llegado a interactuar por primera vez con muchos de los elementos materiales y simbólicos propios de la maternidad tradicional. Principalmente, porque la influencia de estos elementos excede el rol maternal y comienzan a operar y reproducirse en un entorno signado por una configuración familiar en la cual se incluyen jerarquías, normas y roles que configuraban a su familia, su pueblo, etc.

En este sentido, interesa vislumbrar la forma en que sus actos, pensamientos y emociones están condicionados por esta experiencia, dado que su crianza será el período en el cual primeramente fueron aprehendiendo y configurando una porción importante de su base experiencial en relación con aquello que sucedía o con lo que hoy creen que sucedía en su hogar. Motivo por el cual, parte de su elección frente a la maternidad, se encuentra condicionada por la “la mención de sus madres o en sus propios recuerdos de hijas” (Moncó, 2009: 261).

Por lo anterior, para desarrollar esta propuesta se ha optado por ubicar en el primer apartado al análisis de ciertos elementos culturales (tanto materiales como simbólicos) que las entrevistadas han llamado “valores tradicionales” o “conservadores”, para entrever la forma en que influyeron e influyen no sólo en la dinámica cotidiana de su hogar, sino también en cómo se configuraba la división sexuada de la acción de cada una y uno de sus integrantes, las jerarquías al interior del hogar, las formas de limitar o prohibir acciones, etc.

De este modo, los conceptos de “sistema de creencias” y de “tradicción selectiva” de Raymond Williams (2000) serán útiles para analizar cómo una serie de diferencias que sus padres

y madres ejercían entre sus hermanos varones y ellas y sus hermanas (en caso que tuviesen) a la hora de limitar, fomentar o condicionar su acción en el espacio público o privado, dan indicios del modo en que estos valores se materializan en la acción individual y colectiva. Cuestión que resulta relevante, porque aquí será posible indagar en la forma en que se busca configurar o imponer a cada mujer una forma de ser y vivir que puede ser explicada desde la relación que tienen estos valores con la maternidad tradicional.

En un segundo momento, se indaga su primera interacción frente a un modo de ser mujer y ejercer la maternidad que les otorgó ciertos elementos o indicios a partir de los cuales fueron interpretando²² acciones, sentimientos y pensamientos ligados a este ejercicio, en base a cómo enmarcaron la vida cotidiana con su madre. Experiencia en la que importa reconocer cómo la forma de practicar la maternidad por parte de su madre repercutió en su proceso de crianza en un doble sentido: en tanto su hija entendía que ella se constituía como la figura de autoridad y principal agente de reproducción de los valores tradicionales en un escenario donde, a su vez, su hija enmarcaba la vida de una mujer que no siempre obtuvo de la maternidad la alegría innata o sentimiento de realización personal con la que se la caracteriza desde la maternidad tradicional, sino que en muchos casos se convirtió en una relación conflictiva.

El segundo apartado de este capítulo, tiene por fin identificar cómo algunas de las entrevistadas interpretan la división y distribución de las labores productivas y reproductivas entre su madre y su padre. En donde se vislumbra el carácter social de esta experiencia individual (Williams, 1985), buscando entrever cómo los valores tradicionales que se asientan en una búsqueda por imponer una forma tradicional de relación con la maternidad en dos sentidos: la capacidad reproductiva del cuerpo femenino como principio rector de la identidad femenina y el rol de madresposa²³ (Lagarde, 2005) como vocación natural de toda mujer (Ferro, 1991). En este sentido, para desarrollar este punto se analizará la forma en que las entrevistadas interpretan las experiencias maternas de sus madres a partir de la relación entre este rol (caracterizado por el trabajo reproductivo) y el margen de acción para desarrollar actividades en espacio público.

²² Aunque no se propone que sea lo que objetivamente hayan experimentado, vivido o sentido sus madres, ni tampoco se entiende que ellas sean las únicas mujeres ejerciendo la maternidad con las que han interactuado en esta etapa de su vida.

²³ Tanto a lo largo de este capítulo como en los siguientes, cuando me refiera a este término, me estaré refiriendo a esta conceptualización del mismo, propuesta por Marcela Lagarde (2005).

Por último, se abordan las interpretaciones que las entrevistadas realizaron sobre la relación que tuvieron sus madres con el mercado laboral, particularmente, cómo enmarcan la relación entre el trabajo productivo y reproductivo. Aquí, se buscará vislumbrar cómo la imposición del trabajo reproductivo condiciona tajantemente la capacidad para experimentar la vida cotidiana en tanto que mujer, madre y trabajadora. Donde se encuentran experiencias que permiten vislumbrar un cambio en la base experiencial de sus madres al modificar su situación de conflicto al ejercer sólo el rol de madreposa, a tomar diversas elecciones por las cuales gestarían un nuevo devenir cotidiano donde pudieran ejercer otra forma de ejercer su maternidad.

2.1 Valores tradicionales en familias disímiles

Las formas de socialización que se ven atravesadas por la influencia de distintos elementos de la cultura en una institución particular, en muchos casos conlleva un ejercicio clasificatorio de la realidad en términos dicotómicos. En cuanto a la familia, si bien esta capacidad clasificatoria de la vida cotidiana permitirá a los niños y niñas desenvolverse de una forma determinada en la cultura en la cual se encuentran inmersos/as, el hecho que estas clasificaciones se realizan en relación a un mundo que antecede a la experiencia como hija o hijo, tiene como consecuencia la influencia del sistema de creencias en la configuración de los esquemas interpretativos y uso de ciertos MRP a partir de una relación con una serie de códigos, normas, disposiciones que posibilitan la interacción tanto dentro como fuera del hogar.

Por lo cual, si al analizar la experiencia de vida una persona puede llegar a vislumbrarse la forma en que se ha relacionado con una tradición selectiva del sistema de creencias (Williams, 2000)²⁴ que caracteriza a la cultura en la cual se encuentran inmersos/as, en un primer momento se indaga en el modo en que los valores que forma parte de esta tradición selectiva inciden (de forma relativa) sobre la configuración de la vida cotidiana en el seno doméstico, reflejado por la interpretación que realizan las entrevistadas. Cuestión que da lugar al siguiente punto: analizar cómo su madre, en tanto figura de autoridad en el hogar, ha intentado (o intenta) reproducir una forma de relación con dichos valores por parte de sus hijas, dado que (en muchos casos) buscaron

²⁴ Se habla de tradición selectiva y no tradición porque, si la cultura es “todo el proceso social vivido, organizado prácticamente por significados y valores específicos y dominantes” (Williams, 2000: 130), los individuos no reavivan la totalidad de elementos que componen a la cultura en la cual se encuentran inmersos, sino que toman una parte de ese pasado inscripto en la cultura para traducir su situación presente y hacerla inteligible.

que sus hijas reprodujeran la legitimidad de ciertos mecanismos que condicionan las actitudes, pensamientos, sentimientos y acciones de cada mujer.

Por otro lado, el último sub-apartado permitirá identificar la forma en que la maternidad puede tornar la vida cotidiana como una “experiencia negativa” (Goffman, 2006), ya que, si la pervivencia de estos valores llega a condicionar tanto el rol maternal como la relación de la pareja y tornar al devenir cotidiano como una vivencia conflictiva, las experiencias de sus madres también permiten ver que la influencia de estos valores no necesariamente da sepultura a toda otra forma de ser mujer alejada del rol de madresposa. Por lo tanto, interesa indagar en las vivencias que permiten ver que la constricción de la subjetividad no siempre tiene imposiciones pasivas, sino que puede tornarse en motor de cambio o de reconfiguración del margen de acción individual.

2.1.1 Los valores tradicionales en la vida cotidiana

Si en el capítulo anterior se advertía que, en la superposición de marcos es posible identificar una serie de elementos o reglas internas en cada MRP que se postulan como propias de cada uno y permiten a las y los individuos hacer un uso de ellos, muchas veces estas reglas y elementos que atraviesan a cada uno de los marcos (aun yuxtapuestos y jerarquizados) pueden encontrarse en más de un marco. Cuestión que se debe a que, al estar inscripto cada MRP en la cultura, su eficacia para tornar previsible una situación depende tanto de lo dispuesto en ese marco específico, como de la relevancia que tienen cada uno de los elementos de la cultura en el uso que se hace de ellos.

Entonces, si la vida cotidiana en el seno doméstico da lugar a que la familia se convierta en la institución más relevante en el proceso de aprehensión y relación con distintos elementos culturales durante su infancia, debido a que la constitución de gran parte de su base experiencial y la configuración de los esquemas interpretativos (a partir de los que se hace uso de los marcos) tiene lugar en su experiencia como hijas, interesa identificar cómo las entrevistadas interpretan la configuración del hogar en el cual atravesaron esta experiencia.

En este sentido, resulta interesante advertir que cada entrevistada propuso que su familia y las dinámicas del seno doméstico en el cual se criaron se caracterizan por la primacía o la utilización de valores tradicionales:

Porque... no sé... por mi familia, como que... es muy... tradicional. Yo creo que es también por cómo son mis papas. Más que nada mi mamá (Is., 34 años).

(...) “el “ambiente” en mi casa era... súper... este... rígido, muy conservador y “tradicional” (...) todos éramos súper “bien portados” ¿no? (...) mi papá era como la figura de autoridad “a la mexicana” (Az., 36 años).

Me crié en V. (...) durante toda mi infancia estuve relacionada con gente muy conservadora. Que, de hecho.... también era porque nosotros lo éramos ¿no? (...) Allí, siempre estuve viviendo como en una “burbujita de cristal”. Siempre fui una niña “muy cuidada” (Cl., 38 años).

Este punto, resulta relevante no sólo porque permite vislumbrar que existen relaciones constantes entre las familias de las entrevistadas, sino porque aquello que ellas advierten como tradicional o conservador a la hora de hacer una caracterización de su familia, puede entenderse a partir de la forma en que su vida cotidiana se relaciona con los elementos dominantes de la cultura (Williams, 2000). Así, dado que lo tradicional o conservador puede identificarse en los modales, los valores, las normas, la ética, etc. que condicionan las acciones cotidianas, es debido a que estos elementos culturales condicionan el uso de los MRP al formar parte o tener una relativa influencia en el proceso de constitución de los distintos esquemas interpretativos a nivel individual.

Dado que la tradición selectiva se convierte en un elemento anclado o incrustado en la base de la experiencia que, “eficazmente” (Williams, 2000), da lugar a la estabilidad en el quehacer de la vida cotidiana de todo grupo social o, en este caso, de todo grupo familiar, puede verse en la relación que tiene con la forma en que condiciona o limita la concreción de actividades o en la externalización de emociones y pensamientos que se estipula o espera que haga un hijo y/o una hija, porque los valores se convierten en una limitante a nivel subjetivo que implica tener en cuenta que el proceso de constitución de los esquemas interpretativos conlleva una carga simbólica sexuada, étnica, racializada (Scott, 1991).

Estas expectativas, entonces, pueden verse como el efecto de una serie de elementos valorativos inscriptos en la tradición selectiva de la cultura que llegan a inculcarse o reproducirse

de forma relativa a nivel subjetivo y, por esta misma característica, llegan a conformarse como elementos primordiales en y por la base experiencial a partir de la cual cada agente interpreta el aquí y ahora. De este modo, será a través de ellos que cada individuo va aprehendiendo en el proceso de crianza un modo de relación con estos valores, dado que les permiten tipificar de una forma u otra, ciertas situaciones, del mismo modo en que influyen en las formas de actuar de cada persona (Figuroa et al., 2012). Entonces, las prácticas de tradición selectiva que condicionan de una forma específica la relación entre las personas, influyen en cómo, cuándo, quién y dónde se concretan ciertas prácticas o acciones.

Sin embargo, dado que “el orden moral de una sociedad no sólo se expresa en los rituales religiosos, como actos extraordinarios, sino también en la vida cotidiana” (Amparán, 2018: 102), la propuesta goffmaniana permite entender que estos valores conservadores o tradicionales apelan no tanto al uso (si se quiere) creativo de cada una de las normas que rigen el uso de cada marco y su propia lógica, sino a que se postulan como una suerte de guía que condicionan la experiencia y, a su vez, la conducta de cada individuo y grupo social al hacer uso de marcos específicos o interactuar entre sí. Entonces, si la tradición selectiva influye en las formas de interpretar, reproducir y configurar las dinámicas, jerarquías y roles que caracterizan a las distintas²⁵ familias, sus infancias y adolescencias, ello no evita u opaca que los valores tradicionales condicionaran su experiencia como niñas y el uso de MRP específicos a partir de los cuales llegaron a interpretar y actuar en su devenir cotidiano mediante.

Será por ello que en distintos fragmentos es posible identificar indicios de este ejercicio de producción y reproducción de actitudes, valoraciones, y/o formas de dar significado a eventos o identidades:

En mi casa había mucho... la escuela antigua de... la mujer es la ama de casa que cuida a los hijos, el hombre aporta... y ya (...) Cosas así. Sí, considero que todavía tengo muchos “valores” de esa educación que me dieron (Ed., 31 años).

²⁵ La caracterización de la composición familiar de cada una de las entrevistadas puede encontrarse en el cuadro descriptivo ubicado en el Anexo N° 2.

Éramos mis papás, yo, mis dos hermanos con sus esposas. Y cada uno de ellos tuvo dos hijos. Entonces ya éramos... diez y, luego, mis papás adoptaron a una de mis primas que es especial, ella tiene síndrome de down (...) Entonces, mi mamá cuidaba cinco niños que no eran de ella y, conmigo, seis (Ys., 40 años).

Por lo tanto, aun cuando importa vislumbrar en qué forma estos valores llegan a inculcarse y/o condicionar la acción de cada individuo, es importante recalcar su incidencia o capacidad para condicionar una forma de enmarque de la vida cotidiana en la que la identidad de una mujer relativamente depende de su relación frente a la maternidad tradicional. Donde se espera que los y las integrantes de cada seno doméstico reproduzcan los mecanismos por los cuales se produce la asunción, resignación o aceptación de la división de los roles y jerarquías sexuadas en la vida pública y privada.

Lo que lleva a pensar que, si en el capítulo anterior se advertía que no hay formas iguales de relación ante el reservorio de marcos que compone la cultura y, por ello, no todo MRP está “disponible” ni tampoco toda persona puede hacer el mismo uso de ellos, la interpretación o enmarque de las formas de relación frente a las imposiciones genéricas dentro y fuera del seno doméstico, no siempre da lugar a que haya una elección libre de los marcos o sus usos, dada la incidencia de estos valores en la configuración de los esquemas interpretativos. Entonces, si una experiencia se encuentra condicionada por el contexto en el cual se desarrolla, las dinámicas cotidianas de la vida familiar llevaban a que estas mujeres debían tener ciertas actitudes frente a sus padres, frente a sus madres, etc.

Sin embargo, como se verá a continuación, la reproducción de estas formas de relación frente a los valores y, por ende, a una forma de ser mujer e hija, da lugar a pensar que es preciso identificar el modo en que ellas interpretaron las prácticas cotidianas de inculcación de estos valores por las que buscaba reproducir las formas de interacción o relación frente a ellos, en las cuales su madre (y no su padre) tenía un papel fundamental.

2.1.2 Las madres educan damas

Como se ha propuesto arriba, en mayor o menor medida, los “valores tradicionales” tienen un rol preponderante en la configuración de las dinámicas familiares y la vida cotidiana, independientemente de cómo esté conformado cada seno doméstico. Sin embargo, es preciso advertir la forma que estos valores tradicionales tienen determinada injerencia en la configuración de facto o virtual de las jerarquías en existentes en cada una de las familias, dado que de ellas dependen la forma de división de los roles que implican tener las responsabilidades de los trabajos productivos y de los reproductivos (Pateman, 1996).

Donde, la influencia de los valores tradicionales tendrá también su parte, dado que, aun cuando distintos elementos culturales y la existencia de una jefatura masculina del hogar den lugar a que el padre “debiera” imponerse y autoidentificarse como la figura de autoridad ante sus hijas e hijos, en la práctica, pareciera suceder otra cosa:

Mira, yo soy de P. y allí son una sociedad muy... tradicional, muy conservadora y todo lo que pienses o creas “que es” una familia tradicional, eso es la mía. Y mi mamá, es que es... súper “mocha”, muy católica y muy conservadora en muchos aspectos (...) siempre opinando en cómo tengo que ser, cómo me tengo que comportar... así (Sr., 32 años).

Bueno, la que siempre “más pedo armó” con las cosas que yo quería hacer, fue mi mamá. Porque... no sé... como que mi mamá es muy... tradicional (...) Desde [que soy] niña que siempre “anda diciendo” ... siempre intenta decirme cosas sobre cómo tengo comportarme (Is., 34 años).

Y, después, sí... también estaban mis papás. Con la que siempre “tuve pedos” fue con mi mamá (...) Y por eso siempre tuvimos... como que siempre le llevé la contra. Algunas [veces] con razón, y otras sin razón. Pero... digamos... siempre quiso imponerme cosas (My., 37 años).

Entonces, si por ser la persona que se encarga de proveer económicamente a la familia, lo cual le otorga potestad al varón para consolidarse como la figura de autoridad frente a los hijo/as, a pesar de la influencia que tengan los valores tradicionales en ello, estos ejemplos invierten o diluyen este supuesto porque permiten ver que, mayoritariamente, en la práctica es la madre y no el padre quien tenga que encargarse de la transmisión de estos valores a sus hijos/as y debiera ejercer de forma cotidiana el rol de autoridad en el seno doméstico. Puntualmente, porque la responsabilidad de los trabajos reproductivos de cuidados que recae o se impone a la mujer, da lugar a una cercanía mayor en la vida cotidiana entre ella y sus hijas e hijos que la que tienen con su padre. Entonces, si (también) deben encargarse de imponer los límites en el seno doméstico y de enmarcar aquello no solo aquello permitido y no permitido, sino también aquello apropiado como una acción de un niño, como aquella acción apropiada para una niña.

Por otro lado, un elemento que surgió a la hora que las entrevistadas narraron su interpretación de la forma en que sus madres ejercieron, sintieron y experimentaron la maternidad, es que esta serie de símbolos culturales que condicionan al cuerpo femenino y designan formas plausibles de ser madre, catalogados como tradicionales, también tienen su reflejo en cómo fueron criadas. Dado que son recuerdos que las remite a situaciones en las cuales se ejercían sobre sus elecciones una serie de limitantes por parte de su madre (y en parte por su padre), buscando que tanto ellas como sus hermanas (en caso que las tuviesen), gestaran una relación particular con diversos intereses, actitudes o gestos que condicionaban un enmarque particular ante ciertas situaciones, en las que debieran internalizar que existen tanto esquemas interpretativos como acciones estipulados como apropiados para una mujer y, con ello, usos apropiados de su cuerpo, sus emociones y sus pensamientos en cada situación:

Y estaba esa contradicción, porque mi mamá me decía “tienes que ser una damita” y mi papá completaba “sí, tienes que ser una dama” (...) [pero] mis hermanos fueron siempre “un desmadre” y yo era la única estudiosa en la casa (Dn., 30 años).

Me sobreprotegían más a mí y a mi hermana que a mis hermanos. Bueno... a todos, pero más a nosotras. Posiblemente por ser mujeres (...) Pero, con mis hermanos, como que sí son... bueno, a lo mejor también porque mis hermanos son menores. A lo mejor

también influye eso (...) Entonces, como que me molesta [que haya esa diferencia].

Pero bueno, ya no digo nada (Sn., 38 años).

Yo vi lo que pasaba en mi casa con mis hermanos (...) a duras penas se “aventaron” a calentarse las tortillas (...) ellos no hacían nada. Porque si había que hacer algún quehacer doméstico, a la que le hacían hacerlo era a mí. Yo siempre me tenía que esconder o poner excusas como “tengo que salir” o “tengo que hacer mi tarea”.

Porque mi mamá les había enseñado que yo no podía decir que no porque era mujer (Ys., 40 años).

Como la relación que se tiene con la tradición selectiva del sistema de creencias característico de una cultura específica, resulta muy difícil de desentrañar, dado que logra enmarcar e interpretar aquello que sucede en la vida cotidiana, en estos fragmentos se puede ver las formas en que interpretaron las divisiones de roles y jerarquías que debían ocupar en su hogar, al describir una distinción que sus padres y sus madres hacían entre lo que permitían a sus hijas mujeres y a sus hijos varones. El evidenciar una suerte de sobreprotección sobre ellas, muestra una clara escisión entre la forma en que estos valores tradicionales limitan o condicionan la experiencia femenina y la forma en que limitan o condicionan la experiencia masculina.

En este sentido, también importa distinguir si fue su padre o su madre quien ejerciera el rol de autoridad en el hogar, porque cuando es la madre quien condiciona o limita (o no) las acciones e intereses de sus hijas, tiene otro grado de injerencia en las elecciones que hayan tomado a lo largo de su trayectoria “como niña” que si ello lo hubiese hecho su padre. Porque, si estas primeras interacciones con su madre ejerciendo la maternidad se consolidaron como el enmarque primario de una mujer y de una madre, estas actitudes, sentimientos y pensamientos en los que interpretaron cómo debe ser o actuar una mujer, se consolidaban como los primeros elementos en su base de la experiencia les permitiría ir traduciendo e interpretando qué significa ser mujer y cómo se llega a serlo.

Empero, que hayan atravesado este tipo de situaciones y que formen parte de su experiencia de vida, no implica que hoy en día continúen teniendo una recepción o relación “pasiva” con dichos valores. Sobre todo, porque esta experiencia diferenciada entre hijos varones e hijas mujeres citada

por estas entrevistadas, da lugar a pensar que, si la capacidad de reproducir la especie se postula como fundamento a partir del cual se puede llegar a discernir aquello que se “permite” hacer o no a una mujer en su vida, tiene su correlación con aquello que sucede desde temprana edad en el ámbito privado a partir de la reproducción de símbolos culturales que buscan legitimar que hay algo que “pueden” o no decidir las mujeres que, recurrentemente, se contradice con aquello que pueden o deben hacer los varones:

Y siempre estaba esta distinción entre mi hermano y nosotras... en las salidas él no tenía que avisar nada ¿no?, tenía mucha libertad y era dueño de sí, digamos. En cambio, nosotras no. Había que pedirle permiso a mi papá para tal cosa y así. Entonces, yo ya había terminado mi licenciatura, ya estaba trabajando y todavía tenía que pedirle permiso a él (Az., 36 años).

(...) mi mamá... imagínate ¿ves cuando ya empiezas a crecer y te vas de paseo con tus amigas y amigos? Y ya volvía como a las cinco o seis de la tarde. Y siempre eran “las regañitas” de mi mamá preguntándome dónde había estado y por qué no había vuelto más temprano. Y, si le decía que había hecho eso, me decía “es que tú no puedes andar como quieras por la calle, eres mujer” (Ys., 40 años).

Las diferencias entre varones y mujeres que se observan en estos testimonios, reflejan la existencia de una serie de condicionamientos que tratan de acotar el margen de acción de las personas de forma sexuada y sexuante. Entonces, esta búsqueda por limitar o condicionar su vida pública y privada, paulatinamente, va gestando una diferenciación en la tutela que se ejerce sobre la niña y la adolescente que (se estipula) llegará a embonar con su destino como mujer: la maternidad tradicional. Así, este ejercicio de limitación y condicionamiento sobre la acción de las hijas, materializa un supuesto o un valor tradicional por el cual se busca digitar un futuro de dependencia económica del varón por parte de la mujer.

Sin embargo, dado que aquí importa vislumbrar la experiencia que tuvieron estas mujeres frente a sus madres, se continuará este recorrido analizando la forma en que sus hijas interpretan la

experiencia de vida de sus madres ejerciendo, en la mayoría de los casos, la maternidad como un conflicto buscando identificar la forma en que estos valores acotaron o condicionaron el margen de acción de sus madres y, por ello, llegaron a consolidarse como una experiencia que, para todas las mujeres entrevistadas, es una vivencia que les permite llegar a poner en duda el supuesto que postula que la maternidad es el único canal o vía para la realización femenina, el cual conlleva, en relación a los valores tradicionales, que cada madre debe seguir el mandato mariano (Montecino, 1992) de sacrificar todo tipo de rasgo individual, interés propio o proyección de un futuro que no se condiga con su rol de madrespasa (Lagarde, 2005).

2.1.3 La maternidad como conflicto

Retomando lo planteado hasta aquí, se puede proponer que los valores tradicionales logran incidir en la experiencia al condicionar la lectura de una situación y, por ende, la acción de las personas en ellas, sin importar si sean protagonistas, receptores/as o espectadores/as de dicha situación. Entonces, el enmarque o interpretación del presente inmediato no siempre conlleva que el efecto de estos valores en el devenir cotidiano sea idéntico en cada persona porque, aun cuando en el uso de los MRP predominan más los juicios de valor o las normas que lecturas que conlleven una acción transformadora, la experiencia de vida no es un proceso lineal, sino el producto de una relación.

En este sentido, por más que la maternidad tradicional haya marcado gran parte de la experiencia de vida de las madres de las entrevistadas, no siempre conlleva una recepción pasiva de cada acción que puja a una mujer a aceptarla como su futuro predestinado, sino que el forzar a una mujer a esta forma de ejercer la maternidad bajo este modelo, puede desencadenar procesos en los cuales se ha experimentado como un conflicto y no como el goce o felicidad que predica por quienes buscan la reproducción de su efecto homogeneizante.

Por lo tanto, aun cuando se busque legitimar la metonimia mujer/madre y todo lo que ella implica, la reclusión femenina en el trabajo reproductivo y la imposición de una serie de formas de relación sexuada entre los cuerpos que se manifiesta mediante estereotipos, roles y símbolos culturales que estipulan o delimitan aquello que debe considerarse como una “buena madre” (Villani y Ryan, 1997), en las experiencias como hijas las entrevistadas, pueden encontrarse momentos en los que interpretaron que sus madres dieron sendos indicios de no estar siendo felices

ejerciendo dicho rol, ni que el mismo asegurara la “armonía en el seno doméstico” (Vincent, 1987), sino que estaba siendo experimentado por ellas como un conflicto.

(...) es que mi mamá nunca tuvo una estructura, muy... nunca estuvo “muy bien” como para educarnos, porque tuvo que “dejar de hacer muchas cosas” cuando nacimos. “Ora”, yo he visto a un montón de mujeres cómo tratan a sus niños y, la mayoría, “pos sí” ... están bien frustradas. Y... así como he visto a muchas que están contentas, también he visto... otras que... no están nada contentas ¿no? (My., 37 años).

Si la categoría de experiencia (Williams, 1985) no sólo involucra las capacidades para actuar o interactuar frente a situaciones dadas, sino que también implica los pensamientos y los sentimientos que, en estas situaciones, los individuos “ponen en juego”, este ejemplo permite ver que, ni la asunción de dicho rol está garantizada por la existencia de un deber de ser madre que tiene un efecto unívoco, ni este instinto se consolida como garantía del “correcto funcionamiento” (Lagarde, 2005) del rol de madrespasa, sino que puede tener el desenlace contrario.

Convertirse en madre no siempre implica que una mujer acepte producir una ruptura con su vida social, laboral, etc. al momento que comienza a gestar o previo a que se produzca el parto, dado que también puede ser producto de una imposición de su pareja. Así, aun cuando no sea posible asegurar que el alejamiento de cualquier tipo de actividad que no redujese su vida cotidiana a practicar la maternidad haya sido un deseo o aspiración²⁶ propia y, pues, la asunción del trabajo reproductivo no sea una consecuencia contraria a su voluntad, testimonios como el citado permiten entrever que existen mujeres que se desvían “de la norma” al momento en que llegan a expresar sentimientos o emociones por cuales dejan entrever que, ejercer el trabajo doméstico y de cuidados, posiblemente no fuera lo único que desearan experimentar en el devenir de su vida o, incluso, que no fuese la forma en que proyectaron que lo experimentarían dado que ven en ello una supresión de su subjetividad a las necesidades familiares.

Entonces, aun cuando cierta postura sostiene que toda mujer que es madre “sacrifica” (Montecino, 1992) cualquier tipo de acción o sentimiento que interrumpa el beneficio de sus hijos

²⁶ Como no se ha podido entrevistar a sus madres, gestar conjeturas en torno a cuál fue la causa de este hecho no forma parte de los objetivos de esta investigación, sino que interesa advertir la forma en que, las consecuencias de tal decisión o imposición influyeron en la experiencia de vida de las entrevistadas.

e hijas porque así lo dicta su instinto materno, este ejercicio no necesariamente es un goce o felicidad, sino un sacrificio, un conflicto:

Mi mamá jugó un papel muy importante, de pilar de la familia si quieres. Yo recuerdo que, cuando ella estaba mal, todo estaba mal en la casa. Porque se derrumbaba todo porque ella era la que lo sostenía. No económicamente, sino que ella nos hacía todo diario. Así que, cuando estaba mal, no funcionábamos ninguno. Al menos, yo así lo sentía de chica (Dn., 30 años).

La forma en que sus madres ejercían la maternidad, no siempre era dictada por un instinto maternal que limitaba consciente o inconscientemente toda acción, experiencia o aspiración propia de la madre como un sacrificio de cualquier tipo en pos del beneficio de sus hijos. Aun cuando la asunción (voluntaria o no) de este rol de “madresposa” (Lagarde 2005) muchas veces implica o conlleva una resignación o una recepción pasiva a dicha imposición por parte de la mujer, en otras ocasiones, la experiencia frente a estas imposiciones da lugar a la fabricación de un nuevo marco por parte de estas madres, produciendo una modificación en las formas en que ejerce dicho rol. Siendo un cambio que da lugar a la aparición de ciertas acciones que, si bien no son transformadoras o producen rupturas en su “condición”, le permitieron a algunas de estas madres gestar una reconfiguración la base experiencial propia, reinsertándose en el mercado laboral (ver siguiente apartado) o realizando algún tipo de actividad que la *sacara* de la situación en que si vida cotidiana se redujese al rol de madresposa.

Entonces, la supresión de la subjetividad femenina bajo este rol de madresposa, tiene importantes consecuencias en un elemento central que hace a la identidad de cada persona al supeditar a un rol cada uno de los intereses o aspiraciones propias de estas mujeres. Motivo por el cual, aun cuando estos intereses forman parte de la base de la experiencia y son suprimidos en el uso cotidiano de ciertos MRP, ello no impide que tengan un lugar en la forma en que se pone en juego un esquema interpretativo al momento en que una acción individual es limitada o reprimida por la acción ajena. De modo que, las consecuencias que en la dimensión emocional de la base de la experiencia tienen estas vivencias, impactan en el margen de acción o uso de ciertos MRP el así sucesivamente de la vida cotidiana.

En este último punto, la experiencia de estas mujeres pareciera proponer que la experiencia de vida o la capacidad para experimentar en lo cotidiano tiene una suerte de finitud (Martínez Pérez y Carasale Real, 2016), al advertir que las vivencias en su repetición cotidiana, rutinaria y constante, podrían desgastando la capacidad de asombro y, a su vez, acotando el margen de acción, dado que esta repetición rutinaria y constante, no sólo acota el margen de acción, sino que también da lugar a una suerte de acumulación o especialización por parte del agente de uso de un determinado marco.

Sin embargo, si bien el carácter procesual de la experiencia permite identificar tanto fabricaciones como transformaciones en clave, también implica distinguir que una vivencia que pareciera ser cotidiana o rutinaria, llegue a producir un “desborde” (Goffman, 2006) de la situación individual y de lugar a una “experiencia negativa”. En este sentido, ante los ojos de sus hijas, muchas de estas madres experimentarían un sentimiento de “frustración” al reflexionar sobre la situación en la cual se encuentran, ya que, la forma en que ella interpreta qué uso debe hacerse de un MRP específico, aun al enmarcarlo bajo la influencia de una tradición selectiva (Williams, 2000), da lugar a que estas vivencias que hacen a su vida cotidiana como madre, no necesariamente acoten la capacidad para experimentar vivencias y la supresión total de la subjetividad, aun cuando, el hecho de ejercer el rol de madrepasa de manera forzada, en muchas experiencias de vida se traduce como un conflicto que se produjo por la forma en que se ejerce el trabajo reproductivo al que se la ha forzado, porque ellas se reconocieron que “que las madres *suficientemente* buenas son ambivalentes y eso es perfectamente normal” (Almond, 2011: 23).

Este conflicto cotidiano que da paso a una experiencia negativa, puede devenir en ruptura frente la forma en que ciertos elementos y/o acciones simbólicas que acotaban el margen de acción de estas mujeres que enmarcaron su situación como conflictiva y/o contraproducente, remiten al carácter acumulativo y yuxtapuesto para la organización de las experiencias internas y externas de la base de la experiencia (Williams, 1985), porque, a la par que acotaba el margen de acción de estas madres, gestaba un proceso que permitiría a estas mujeres ir complejizando la forma en que era forzada a actuar de una forma particular y modificar su conducta frente a las vivencias que caracterizaban a su rol como madre al profesado desde la maternidad tradicional.

Por lo planteado hasta aquí, en un primer momento podría decirse que, si en el relato de su experiencia como hija, una de ellas (My.) advierte que la forma en que su madre ejerció la maternidad fue sentando las bases de una experiencia negativa que conllevó la frustración de su

madre al interpretar que la forma en que ejercía la maternidad respondía más a un forzamiento que a una armonía sus expectativas como mujer, se debe a que estas presiones o limitaciones que se dan de forma cotidiana, pueden tener no sólo impacto en el condicionamiento de las acciones, sino también modifican la base experiencial al detonar emociones en cada momento que su acción es cohibida.

Esta frustración en el ejercicio de la maternidad, dada la cercanía en lo cotidiano, implicaba que sea mayormente advertido y vivenciado por las y los hijos más que por sus parejas. Así, muchas de las entrevistadas interpretaron experiencia negativa como una proceso de *doble culpa* por parte de sus madres: por un lado, dio lugar a que la madre experimentase un sentimiento de culpa por no actuar como esperan el resto de personas con las que interactúa (hijas, hijos, esposo), mientras, por otro lado, si esta culpa o frustración, en tanto que experiencia, puede entenderse como una emoción o sentimiento que el entorno logra generar en ellas, el enmarque de este sentimiento como un fracaso de su deber de sacrificio como madre, se puede entender como el efecto de una práctica que busca o estipula volver imposible otra realidad posible para estas madres (Fernández, 1992) en la cual puedan pensarse como “sujeto de placer, productivo-creativo, histórico” (p.165), etc.

Es por ello que la maternidad llega a condensar simbólicamente determinadas prácticas, discursos y sentidos que condicionan la vida de toda mujer porque ocupa un rol central en la producción y reproducción de la sociedad, dado que, “sin la concurrencia de la mujer=madre, no es posible la vida, pero tampoco la muerte; es decir, la sociedad y la cultura (...) están a cargo de las mujeres y forman parte de su condición histórica” (Lagarde, 2005: 377) porque en ellas recae la total responsabilidad del trabajo reproductivo. Así, estos elementos que llegan a configurar lo que podría verse como la característica propia de toda mujer, prefiguran las condiciones y mecanismos por los cuales se van cerrando, limitando o condicionando los caminos (material y simbólicamente) para que el futuro de toda madre *sea* obrar en pos de reproducir las condiciones necesarias para el resto de la familia pueda desenvolverse en el espacio público (Mitchel, 1971).

Por otro lado, a pesar que estos casos posibilitan entrever que las hijas interpretan un conflicto entre la forma en que sus madres ejercían la maternidad y sus aspiraciones personales, también dan cuenta de la necesidad de rechazar una estigmatización distinta a la citada, por el hecho que una mujer elija la asunción de este rol y llegue a experimentar, a través del mismo, un sentimiento o instinto maternal (Badinter, 1980).

(...) sé que le ha gustado... no sé si le ha gustado genuinamente o terminó ya identificándose en ese rol del cuidado materno. Al menos ella dice que siempre le ha gustado. Siempre quiso tener bebés, primero me tuvo a mí y luego “salieron” mis hermanas, aunque sólo querían uno (Ad., 34 años).

En este sentido, por más que la mayoría de las madres de las entrevistadas han sido forzadas a ser amas de casa, no es posible proponer que todas ellas madres hayan experimentado esta imposición de una misma forma: mientras para algunas su experiencia frente al trabajo reproductivo da lugar a un enmarque de la maternidad como un proceso de una frustración a nivel subjetivo porque, en relación a experiencia como mujer previa al embarazo, toda aspiración o futuro que la pudiese alejar de su rol de madrespasa (Lagarde, 2005) debió ser negada o pospuesta, desde otro MRP (Goffman, 2006); por otro lado, para otras no se interpreta como una imposición o forzamiento que devenga en una frustración, sino que forma parte de sus intereses y/o aspiraciones o, incluso, sus hijas no advirtieron ninguna de estas situaciones.

Como se puede vislumbrar, las vivencias que ellas han tenido como hijas implican que, al momento de ser consultadas sobre la forma en que se criaron o cómo rememoran las dinámicas de los o el seno/s doméstico/s en cual se criaron, muchas de ellas alegan que, en la forma en que se llevó a cabo su crianza, hoy en día identifican ciertos rasgos por los cuales la caracterizan como una crianza cargada de elementos simbólicos y culturales en las cuales la forma en que su madre ejercía la maternidad puede ser caracterizada como un conflicto, así como también identifican una serie de prácticas impuestas o transmitidas que se pueden entender a partir de la existencia de una tradición selectiva.

Sin embargo, ello no niega que estos elementos o “valores tradicionales” que caracterizan a cada “cultura”, tengan la capacidad para imponer y/o imprimir al cuerpo femenino ciertos símbolos culturales a partir de búsqueda de, por un lado, llegar a equiparar toda forma de ser madre a la maternidad tradicional y, por el otro, reducir la amplitud de formas de practicarla y ejercerla, al rol de madrespasa. Así, la experiencia de estas madres sea interpretada por sus hijas como conflicto que ha dado lugar a la fabricación de un nuevo marco de referencia al poner de manifiesto que ellas ya experimentaban y evidenciaban que los mandatos e imposiciones que caracterizan a la maternidad tradicional no poseen un carácter natural. Donde dichos mecanismos que conllevan una

carga valorativa tanto sobre las formas en cómo debe ser y actuar una mujer pueden ser modificados, resistidos, modificados o ignorados.

2.2 La relación entre trabajo reproductivo, productivo y maternidad tradicional

Retomando la propuesta del párrafo anterior, si existe una brecha entre la forma en que la mujer interpretara cómo experimentaría su futuro al decidir ser madre y aquello que sucede luego de concretar tal elección, el carácter o dimensión cultural de estos hechos lleva a que haya legitimación y reproducción de una división sexuada *del tener hijos/as* por las cuales se puede vislumbrar que la enmarcación a nivel individual de una situación en que se involucra más de una persona, no necesariamente implica que se haga un mismo uso de un marco específico.

Sin embargo, así como en este capítulo se vislumbró que la proyección de la maternidad pocas veces se condice con cómo llega a ejercerse, resulta interesante vislumbrar que, la forma en que ella y su pareja realizan la distribución de las responsabilidades del trabajo productivo y reproductivo, no siempre es producto de un consenso entre ambos, sino que tiene relación con ciertos elementos que exceden lo que sucede en el seno doméstico y que ya han sido desarrollados (como el sistema de creencias).

Cuestión que puede vislumbrarse en base a dos aspectos: por un lado, el modo en que se llega al acuerdo sobre quien asume las responsabilidades de cada tipo de trabajo y en qué forma, se encuentra mediado simbólicamente por una serie de mecanismos y elementos culturales que conllevan que el uso de ciertos MRP para llevar a cabo la crianza, implique una división tajante entre un trabajo y otro y no pueda haber una suerte de reparto entre ambos; lo cual se enlaza a un segundo aspecto: dado que esta división posee una dimensión genérica, racial y clasista (Scott, 1991) que condiciona toda forma de experiencia, se puja o se impone a la mujer para que sea quien deba, “por instinto”, encargarse del trabajo reproductivo.

Entonces, si bien la proyección que sus madres realizaron antes de elegir tener hijos/as haya sido o no aquella que sucedió al convertirse en madres y, como se vio, tiene consecuencias a nivel subjetivo, en las siguientes páginas se analizará la forma en que las entrevistadas interpretan cómo la maternidad se convertiría en el inicio de un proceso de experiencia en la vida de sus madres, visto a partir del desfasaje y alejamiento del mercado laboral para *dedicarse* por completo a la crianza y al trabajo productivo. Donde se tratará de identificar si asumir la total o parcial

responsabilidad de los trabajos de cuidados y doméstico fue la única responsabilidad de cada una de sus madres, así como si ello fue producto de una imposición, una negociación entre la pareja o una elección basada en la propia voluntad de sus madres, así como si cada situación fue constante o se modificó en algún momento de su infancia y/o adolescencia.

2.2.1. La imposición del rol de madresposa

Un primer ejemplo de ello, reside en la forma de ser y ejercer la maternidad fuertemente ligada o condicionada por aquellos valores tradicionales o conservadores: el rol de madresposa (Lagarde, 2005). Se habla de madresposa y no de ama de casa, porque este concepto permite vislumbrar que el “cautiverio” o la reclusión hogareña se sustentan en dos características del cuerpo femenino: “su sexualidad procreadora, y su relación de dependencia vital de *los otros* por medio de la maternidad, la filialidad y la conyugalidad” (p. 36).

Como puede deducirse a partir de lo desarrollado, esta forma (impuesta o no) de ser madre y ejercer la maternidad, se caracteriza porque, en las familias nucleares o ampliadas en las que se criaron algunas entrevistadas, serían sus padres los responsables del trabajo productivo y ser sostén económico del hogar, mientras sus madres se encargasen del trabajo reproductivo y de cuidados en el hogar:

Y mi mamá no trabajó. Va, sí lo hizo. Pero dejó de hacerlo ni bien comenzamos a nacer. Según ella, quiso dedicarse a ser ama de casa (...) es que mi mamá se “quedó en casa” (...) no sé si estaba contenta o resignada. Como que fue por tradición o “lo que se esperaba” (Ir., 33 años).

(...) [mi mamá] trabajaba, pero es que (...) todos estos cambios comenzaron a surgir a partir de que nacieron mis hermanas gemelas. Antes no era así (...) Lo que pasa es que mi mamá “se dedicó” a ellas “completamente”. Porque son dos ¿no? (Ad., 34 años).

(...) mi papá trabajaba bastante, así que mi hermano y yo casi todo el tiempo estábamos con mi mamá, que era ama de casa. Todavía lo es (My., 37 años).

(...) Mi mamá trabajó un tiempo (...) como que siempre quiso hacer... como que se “quedó con la espina” de hacer algo, de estudiar algo... mejor. Como que siempre quiso hacer algo más y no le pudieron dar la oportunidad de tener otra educación (Sn., 38 años).

Para algunas de estas mujeres, según lo que han relatado sus hijas, la experiencia frente a la maternidad se convirtió en una ruptura con su pasado como trabajadora o en una limitante para el desarrollo de determinados intereses que no fueran aquellos que se condijeran con los deberes del mandato social de la maternidad tradicional o su destino de ser madre que sacrificase su vida (Muraro, 1994) negando todo posible porvenir que se interponga con ser una buena madre.

En este sentido, consultadas sus hijas sobre la forma en que interpretan que se gestó la división de los trabajos entre su padre y madre, algunas entrevistadas dan indicios para pensar que esta división no fue producto de un acuerdo entre su madre y su padre, sino que esta división pareciera asemejarse más a una imposición:

(...) cuando tuvo a mi hermana mayor, ella era educadora o maestra de primaria, y “se salió” para educarnos. Trabajó hasta los veinticinco que se casó con mi papá (...) va mi papá “la sacó” para que “se dedicara a nosotros”. Como que le debe haber dicho “dedícate a criar a nuestros hijos” ¿no? (...) como que la obligó (Dn., 30 años).

(...) cuando era soltera mi mamá sí trabajaba, era obrera en una fábrica de cierres. Pero después que se casó, fue como... tener que dedicarse plenamente a nosotros y la casa (...) fue como un acuerdo medio implícito entre ellos, de que “nos casamos y ya, tú quédate en la casa y yo trabajo”. Entonces... mi mamá “así quedó” (Az., 36 años).

Entonces, como se advertía en el testimonio de Ir., si ello era parte de lo que, por tradición, “se esperaba” que haga una pareja heterosexual luego de su boda o que tuvieran su primer hijo o hija, se debe a que se cruza un “límite” (Bourdieu, 1982) entre un estado y otro (soltería/unión libre y estar casado/a y/o entre ser madre y no serlo), que puede ser entendido como una experiencia compartida que o una transformación en clave (Goffman, 2006) que lleva a que se reconfiguren los roles dentro de la pareja. Ya que, si dichos valores tradicionales atraviesan en casi su totalidad a la cultura occidental, y en particular forma a una sociedad, estos actos o ritos no están exentos de su influencia.

Así, el tránsito que, en palabras de una entrevistada, forzó a sus madres a cumplir un “acuerdo” que se presenta como “implícito” e irrefutable por el lugar que ocupa en el sistema de creencias, revitaliza o refuerza la existencia de un (supuesto) instinto materno inherente a toda mujer, dicha transición hacia la reclusión en el hogar no puede ser experimentada por ella como una situación de desenmarque o una experiencia negativa por el hecho que está cumpliendo su destino biológico y por ello debe entregarse a estas tareas sin resistencia. Sin embargo, tras ello se oculta el impacto que esta división les genera en la experiencia al imponer una barrera que divide sus aspiraciones como mujer y de su ejercicio maternal, tomando una opuesta a la otra, produciendo una ruptura en la proyección y desarrollo de las aspiraciones como trabajadora asalariada, estudiante, empresaria, etc. de cada una de sus madres.²⁷

2.2.2. La separación y la reconfiguración de la doble jornada

No todas las entrevistadas testimoniaron que su familia poseía una configuración nuclear, sino que en su proceso de crianza, algunas experimentaron o atravesaron el desgranamiento de su familia al vivenciar, “con ojos de niña”²⁸, la ruptura del matrimonio de sus padres. Suceso que, si bien se consolidó como una “experiencia negativa” (Goffman, 2006) que produjo un “desborde” de su capacidad para interpretar muchas de las situaciones de su vida cotidiana en la sucesión a la separación, por otro lado, consistió en una reconfiguración de ciertos elementos de su forma de

²⁷ Lo que no implica que, por esencia, todo hombre quisiera casarse y/o tener hijos, ni toda mujer que siguiera estos “pasos”, lo hiciera de una manera totalmente naif y no pudiese ser producto de una decisión propia.

²⁸ Frase acuñada por una de las entrevistadas.

experimentar e interpretar la vida cotidiana al ver que su madre era quien tendría la total responsabilidad de ambos tipos de trabajo (productivo y reproductivo).

En esta transición entre formar parte de una familia nuclear a formar parte de una familia monoparental²⁹, no implica una ruptura con la reproducción de la división sexuada de los roles entre las figuras parentales y maternas. Sobre todo, la ruptura con la cotidianeidad enmarcada en y por la relación con una familia nuclear hacia otra configuración familiar en la que cuenta con sólo una de estas figuras parentales, produce una reconfiguración de las jerarquías, los roles, las normas y la responsabilidad en los trabajos al interior del seno familiar, en donde las madres tres entrevistadas debieron readecuar su vida para poder convertirse no sólo en el principal sustento económico de la familia, sino también continuar asumiendo la total responsabilidad de los trabajos reproductivos.³⁰

Por lo tanto, si aquellos valores conservadores o tradicionales implican que, como comentaba una de las entrevistadas, se espera que el padre esté trabajando y la mujer en la casa, esta transformación en clave entre ella, sus hermanas/os y su madre de un MRP en el cual la vida cotidiana en familia pasa a ser otra diferente a la que vivían con su padre, rompe o permite modificar la base de la experiencia desde la cual se puede vislumbrar que, ejercer la maternidad y ser madre, no siempre responde a esa clave nuclear de configurar una familia, ni al modelo tradicional de maternidad, ya que este proceso de interno de experiencia llega a producir una ruptura y desdibuja y/o rompe con la división sexuada de roles entre su padre y su madre.

(...) fue un padre ausente y mi mamá lo corrió (...) fue la típica imagen que puedas tener de la mamá soltera (...) [porque] se encargaba de “llevar” todos los gastos y cocinar. Como que hacía, tanto la actividad económica que, en teoría, debería o haría un padre, así como las “cuestiones” domésticas que, en teoría, haría una madre (...)
(Ct., 31 años).

²⁹ Aunque una de estas madres volvió a casarse luego de un tiempo de estar soltera o sin una pareja estable (según sus hijas). Ver cuadro descriptivo en anexos.

³⁰ En este punto, cabe advertir que, a menos que se le consultase por su padre, ninguna de las tres entrevistadas hizo mención a él durante el relato de su infancia o adolescencia.



(...) Había una señora que hacía todo (...) porque [mi mamá] trabajaba de dentista en el DIF, pero en G. ya “tuvo todo” para poner su propio consultorio. Comenzó con una dentista que conocía, como que se dividían los turnos (...) [pero] cuando yo estaba aquí [en CDMX], le empezó a ir mal con el consultorio y lo dejó. Hasta que consiguió entrar a una asociación de niños abandonados como voluntaria y ya “le siguió por ese lado” (Nz., 36 años).

(...) cuando “se viene el trueno” entre ellos, todos le dan la espalda a mi papá. En parte, por la sociedad conservadora en la que estábamos (...) [y mi hermano] se fue de muy chico de la casa. Y casi que me crie sola con mi mamá, porque se separó cuando yo estaba “bien” chica. Y yo, crecí con mi mamá (...) [que] estaba súper ocupada, tenía doble trabajo (...) [Y yo] tenía “nana” y tenía un chofer para mí (...) Es que... digamos... si no estaba mi mamá, siempre estaba acompañada por ellos (Cl., 38 años).

Entonces, aquí se puede vislumbrar la forma en que cada agente logra hacer uso de un marco específico para interpretar los significados de su situación social y, a través de dicho marco, ejecutar una acción basada en su experiencia, aun cuando esta experiencia pueda haber sido negativa o no para ellas. Donde, posiblemente, el MRP en el cual incluye la vida cotidiana en familia, ya no tuviera sentido en esta nueva familia, teniendo ellas que crear nuevas formas de enmarcar qué es la familia, qué vida cotidiana tenían y qué rol iría a cumplir su madre en ella.

Sin embargo, cabe destacar un punto que surge de estos testimonios: previo a la ruptura o “trueno” entre sus madres y sus padres, ninguna de las madres de estas tres entrevistadas tenía como única responsabilidad el trabajo reproductivo. Aun así, tal ruptura, las motivó o forzó a tener que ejercer la maternidad en relación con su trabajo en el mercado laboral. Entonces, aun cuando previamente ejercieron esta distribución de su tiempo entre el trabajo productivo y el reproductivo, la separación o divorcio produce una reconversión de los usos del tiempo diarios para poder

afrontar las demandas de un doble trabajo o doble jornada (De Olivera, Ariza y Eternod, 2001), dado que debieron consolidarse como el único o principal³¹ sustento económico del hogar.

Por lo tanto, si bien no se cuenta con la información para discernir la causa de la ruptura de la relación, el hecho que sus madres continuaran realizando su labor en el sector productivo, en algunos casos implicaba que, por la capacidad económica que tenía la familia, se debiera contratar a una “señora” o una “nana”³² que en la que su madre delegaría parcial o totalmente el trabajo reproductivo. Por el contrario, aun cuando las madres de Nz. y de Cl. pudieron hacerlo, la madre de Ct. no pudo concretar esta “delegación”, sino que debió continuar realizando la totalidad de las labores domésticas y de cuidados y yuxtaponerlas con la total responsabilidad del trabajo productivo que debió asumir luego de haberse separado o divorciado.

Asimismo, lo relevante de este punto, es que las entrevistadas no advierten que sus madres hayan experimentado la ruptura del vínculo amoroso como una experiencia que modificó su vida cotidiana llevándolas a estar doblemente exigidas o como una elección que profundizaría las consecuencias que implica ejercer la maternidad tradicional, sino todo lo contrario, dado que ven en esta elección que llevaría a una reconfiguración de la experiencia cotidiana y el tener que ejercer un nuevo rol dentro del hogar que demandaría mayor cantidad de trabajos afectivos y mayor dedicación al trabajo productivo, que no eran mujeres que continuaban (o aún más) frustradas o limitadas para llevar a cabo sus aspiraciones como mujer, porque, en esta nueva reestructuración familiar, enmarcan a su madre como una mujer esforzada y dedicada a sus hijas e hijos por “el amor que les tenía”:

La recuerdo trabajando. Siempre, siempre. No hacía otra cosa que atender “el puesto” en ese tiempo ¿sí? (...) Y, ahora que lo dices, la recuerdo como una persona que no podía dejar de hacer cosas, que se la pasaba todo el tiempo trabajando ¿no? Una mujer que amaba a sus hijos y se dedicaba a ellos. De repente, ahora pienso que

³¹ En ninguno de los casos, las entrevistadas hablaron sobre cualquier tipo de presencia del padre luego de la separación, ni siquiera haber aportado a la economía familia.

³² Aunque, si bien advirtieron que sus madres podían continuar con sus profesiones (ambas divorciadas), las tareas reproductivas eran realizadas por una mujer que se empleaba para ello o como “nana” (Cl. y Nd). En este sentido, Fernández Ossandón (2017), en sintonía con lo planteado por Marcela Lagarde (2005), propone que este trabajo, si bien no lo realiza la madre, al asentarse en el rol de “madre-esposa”, siempre lo termina realizando otra mujer y no un varón.

siempre debía hacer un gran esfuerzo para “hacerse” sus espacios para llevarnos al parque o estar con nosotros (Ct., 31 años).

(...) ¿Mi mamá? Yo la estimaba mucho. Ya de por sí, era raro que ella sea doctora. Porque los dos se fueron después del '68 a hacer su doctorado en Sociología en París, en la Sorbona (...) Pero sí, a mi mamá yo la estimaba y la quería mucho. Porque la veía todo el tiempo trabajando Siguió en una Secretaría, después se fue a otra. Hasta que se quedó con un cargo municipal alto y, también, entró en la universidad a dar clases (Cl., 38 años).

Entonces, aun cuando se hayan presentado algunas de las consecuencias que conlleva en la experiencia subjetiva ejercer la maternidad, la ruptura o el “trueno” para sus hijas implicó una reconversión (en clave o fabricación) de un nuevo marco de referencia primario, dado que, su madre ya no podría llegar a ser interpretada o enmarcada como una mujer sometida o sobre-exigida por sumir su subjetividad al ejercicio maternal, sino como una mujer que esforzaba por ellas y sus hermanas/os.

2.2.3. Madre, esposa y trabajadora

Por otro lado, el hecho que una madre deba asumir la responsabilidad del trabajo productivo y reproductivo y dividir el uso de tiempo diario en un doble trabajo o jornada (De Olivera, Ariza y Eternod, 2001), no siempre es producto de la ruptura del vínculo amoroso entre su madre y su padre. De este modo, así como se planteó que existe una serie de valores anclados en una tradición selectiva que influyen fuertemente en la experiencia y las vivencias que hacen a la vida cotidiana en familia de muchas personas, también se desarrollaron algunas experiencias que permiten enmarcar que, tanto el matrimonio como convertirse en madre, no necesariamente implicaba que la mujer deba *hacerse una* con su rol de madrepasa y que el trabajo doméstico y el cuidado de sus hijas e hijos se convierta en su única responsabilidad, debiendo transcurrir el resto de su vida recluida en el ámbito privado.

Si se propuso que la experiencia no implica una imposición, sino que es producto de un proceso que se lleva a cabo por la relación que tienen en lo cotidiano los individuos, en este sentido, algunas de las entrevistadas interpretan que, a pesar que sus padres hayan intentado imponer a sus madres que produjeran una ruptura con una serie de prácticas y experiencias que hacían a su vida cotidiana previa a ser madres, sólo por el hecho de haber parido, otras veces estas mujeres lograron “negociar” (De Certeau, 2009) con su pareja que, sin importar que se hubiesen convertido en madres, ellas continuarían trabajando en sus empleos o conseguirían alguno³³:

(...) quien se encargó de todas las labores de cuidados, fue mi mamá. Y ella, fue mucho tiempo ama de casa y trabajadora (...) mi papá nos dejaba a mi hermano y a mí en la escuela por la mañana, mientras ella se iba a la escuela a trabajar. Una vecina (...) nos llevaba a casa. Pero mi mamá siempre “iba llegando” o acababa de llegar. Y ella, ya tenía como la comida para nosotros lista (Sr., 32 años).

(...) mi mamá, tenía un puesto callejero, porque vivíamos en el centro histórico. Entonces, a la mañana salía a vender tortas, sándwiches, desayunos a los obreros y a los “Godínez”. Entonces, en la tarde vendía comida y en la noche vendía frutas, pepitas y dulces (...) Porque, cuando ya volvían de la escuela, ella andaba con “el nieterío” de aquí para allá. Y los fines de semana también estaba ocupada. Porque los sábados tenía que ir a hacer las compras para tener su mercadería en la semana y los domingos, ya se dedicaba a los quehaceres (Ys., 40 años).

Las experiencias de estas mujeres, complejizan las consecuencias o formas de división sexual del trabajo productivo y reproductivo porque, tal como se señalaba en el supuesto que se desarrolló en más de una ocasión, la asunción por parte de la madre de la jefatura del hogar o que compartiese con su pareja la jefatura doble, no conlleva una inversión en la división de tareas productivas y reproductivas, sino que es la madre quien realiza un doble trabajo. Motivo por el

³³ Aquí cabe advertir un punto importante: solo una de las entrevistadas (Ys.) advirtió que su madre trabajó por el hecho que el ingreso de su padre no era suficiente para sustentar los gastos del seno doméstico.

cual, por más que su esposo tuviera mayor disponibilidad de tiempo libre de su trabajo en el mercado laboral y pudiese estar más tiempo que ella en el hogar, en ninguno de los casos las entrevistadas propusieron que él hubiera sido quien más tiempo diario destinase al trabajo doméstico y de cuidados.

Por lo tanto, el hecho que su madre se insertase o reinsertase en el mercado de trabajo, no conllevaría que, tanto su esposo, como sus hijos/as y/o sus nietos/as, dejaran de ser dependientes de ella para realizar el trabajo reproductivo. De este modo, aun cuando algunas lograron conseguir un ingreso propio que las hiciera económicamente independientes, que lograran aportar *productivamente* a la economía familiar o reducir el grado de dependencia económica de su marido, en muchos casos, la carga horaria y el tipo de trabajo que conseguían estaba siempre condicionado o supeditado a que éste no entorpeciera las demandas del trabajo reproductivo:

Creo que no quería trabajar (tiempo completo) hasta que nosotras “fuéramos grandes”. Y ya no necesitábamos tanta educación y atención (...) Ya, luego, comenzó a tener ciertos tipos de empleos como “de oficina” o ventas de “cosillas”. De esos que no implican tanto tiempo (piensa) ¿Qué era que vendía? Como “cosas de bordados”, “cosas así”. En otra ocasión artículos de repostería. En general, [eran] de esas “chambas” que no le implicaran mucho separarse de la casa y cuidarlas (Ad., 34 años).

Como puede observarse en este fragmento, aun cuando su madre haya negociado trabajar en el mercado laboral (posiblemente informal), esta entrevistada alega que el reingreso de su madre al mercado laboral se dio por medio de empleos que se caracterizaban por ser un ingreso económico que se experimenta y/o enmarca como complementario (Espino, 2012) del que posee el hombre. En este sentido, si la relación con el mercado laboral de sus madres se negociaba sólo en estos términos, ello daba lugar a que el trabajo femenino siguiera legitimando la necesidad que la mujer *asumiese* el rol de madre esposa, porque su reingreso al mercado laboral se caracterizara por conseguir empleos precarios, con horarios flexibles, (seguramente) mal pagos, etc., reforzando por otro lado la dependencia de la familia de la madre para reproducir las condiciones óptimas que les

permitan desarrollar su vida cotidiana, ya que su desempeño en el trabajo productivo debe estar supeditado a su desempeño en el trabajo reproductivo.

Por lo anterior, mientras algunas de las madres de las entrevistadas lograron conseguir un empleo de tiempo completo que les permitía ser económicamente independientes, para otras, la inserción o reinserción se daba en estricta subordinación de este trabajo reproductivo, continuaron asumiendo la mayor responsabilidad del trabajo reproductivo, pero, en cuanto a las diferencias en las formas de negociar el acceso a un empleo, reside la mayor diferencia entre estas madres: algunas solamente lograron negociar su inserción temporal o parcial al mercado de trabajo y otras negociaron o impusieron su decisión de tener un empleo a tiempo completo y complementar su vida cotidiana con entre ambos trabajos (Pateman, 1996).

Entonces, si trabajar a tiempo completo, ser una mujer asalariada y económicamente independiente de la pareja, condiciona de una forma particular la enmarcación de la experiencia cotidiana y, por ende, el margen de acción y uso de ciertos MRP frente a maternidad tradicional y la implicancia que tienen en ella ciertos elementos y símbolos culturales a través de los cuales se limita la acción de una mujer que pretende subsumir su individualidad a su condición de madre, también se debe advertir que ello no implica un mismo proceso de experiencia para aquellas madres que no lograron negociar poder tener un trabajo que no sea parcial y/o precarizado, ya que, si en la mayoría de las ocasiones la dependencia económica del esposo se convierte en un elemento que produce y reproduce formas de limitar la experiencia y el margen de acción de las mujeres que son madres, en otros casos, esta subordinación o dependencia influye en los usos de determinados MRP que tienen lugar en la rutinaria relación entre un varón y una mujer heterosexuales.

De este modo, la experiencia práctica (Williams, 2000) tiene una dimensión creativa que puede llegar a ser potenciada dentro de las estructuras sociales donde se configuran las relaciones de subordinación. Entonces, la experiencia en el mercado laboral de una madre podría ser un ejemplo de estos proceso de relación entre lo instituido y lo instituyente que dan lugar a un margen de acción desde el cual es posible modificar la relación subjetiva frente a la incidencia de las estructuras y el sistema de creencias, dado que ella logró recurrir a un artilugio inicuo (Goffman, 2006) que le permitió llegar a limitar no sólo su confinamiento en el hogar, sino también la dependencia económica de su esposo al fabricar un cambio engañoso en un MRP frente a su pareja para conseguir su propio ingreso:

Porque mi papá se quedaba con un porcentaje muy bajo de su salario y el resto se lo daba a ella ¿no? Mi mamá la administradora absoluta “del dinero de la casa” (...) Aunque otras veces hizo “como trabajillos”, pero nada formal: tejía con un grupo de vecinas y vendían los suéteres en el centro de la ciudad y eso. Pero no iban todas, sólo una de ellas era la que iba a venderlos porque tenía el contacto. Otras veces, ayudaba a sus sobrinas a lavar ropa. Pero bueno... siempre eran cosas para tener “su” dinero. Pero como que... era algo que... es difícil. Porque, trabajar, era algo que le ocultaba a mi papá (...) Yo me imagino que es por “esta cosa” de que él se enojaría si supiese (...) no sé, no se lo he preguntado. Pero yo creo que sí, ella lo hacía como pensando “quiero tener mi dinero, pero que él no lo sepa” (Az., 36 años).

Como se puede vislumbrar en este fragmento, si bien algunas de las madres llegaron a negociar su reincorporación al mercado laboral a tiempo parcial o completo, así como otras lo hicieron en pos de incrementar el capital económico de la familia, esta madre fabricó un nuevo marco a partir de un engaño (Goffman, 2006) logrando trabajar a escondidas de su pareja, a pesar que éste no haya querido que lo hiciese.

En este sentido, aunque suene reiterativo, este punto lleva a resaltar el carácter procesual de la experiencia y la capacidad de las y los agentes para modificar los usos y las reglas internas de cada marco, porque “la conciencia práctica” (Williams, 2000) puede ser entendida como algo más que la capacidad o el uso de un determinado marco para desarrollar la vida cotidiana y afrontar las situaciones que irrumpen el devenir rutinario, particularmente, por el hecho que en cada rutina también subyace “una tensión entre la interpretación recibida y su experiencia práctica (...) tensión [que] se manifiesta, a menudo, como una cierta incomodidad, una presión, un desplazamiento, una latencia” (p.153).

Entonces, aun cuando aquí no se apele a postulados economicistas o realizar un abordaje mecanicista, la relación entre trabajo y subjetividad tienen cierta relevancia en la forma en que se experimenta en la vida cotidiana y las formas en que se llega a hacer uso de marcos específicos, porque, aun cuando su padre delegaba una suma de dinero para que su madre administrase los

gastos que hacen al trabajo reproductivo, en este ejemplo es posible advertir dos cuestiones relevantes: que la posesión de ese dinero no implicaba para su madre un enmarque como fruto de su trabajo, dado que, tampoco el gasto que ella hiciese de dicho dinero debía hacerlo en bienes que no fueran aquellos que implicaran solventar el gasto del trabajo reproductivo o para el *beneficio* de sus hijos e hijas.

2.2.4. La re-incorporación al mercado de trabajo

Por último, aun cuando la forma en que las entrevistadas interpretan cómo sus madres llegaron a entablar una relación entre el trabajo productivo y reproductivo al negociar durante su crianza el reingreso al mercado laboral o a tener que ser el principal sustento económico, emocional, afectivo, etc. a partir del divorcio, por otro lado, algunas entrevistadas advierten que sus madres comenzaron a plantearse la posibilidad de proponerse esta relación como consecuencia de una “experiencia negativa” (Goffman, 2006), dado que, a medida que fue reduciéndose la dependencia que ella (la entrevistada) y sus hermanos/as tenían de su madre para la realización de los trabajos domésticos y de cuidados, fueron “desorientándose” de la eficacia del uso de ciertos marcos para interpretar su vida cotidiana dentro del seno doméstico.

Entonces, si bien pareciera que estas mujeres llegaron a transformar el supuesto en el cual reposa que deben relegar toda aspiración propia al beneficio de su familia, la forma en que se produce el retorno al mercado laboral, permite vislumbrar que ello no es producto de una negociación o de una transformación profunda de los roles y las jerarquías, sino que es producto de la traducción que, desde su base de experiencia presente, han hecho sobre un futuro en el cual proyectan un potencial desenmarque de su vida cotidiana, ya que, la ruptura con su vida pasada al tener hijos, ya no se enmarca de la misma forma al haberse reducido el nivel de demandada de sus hijas e hijos para ejercer las tareas que hacen al trabajo reproductivo.

De este modo, algunas de sus hijas relatan ciertas situaciones en las que sus madres daban indicios de estar advirtiendo el inicio de este proceso:

(...) porque, como que, cuando crecimos y nos hicimos medio independientes, mi mamá estaba muy nerviosa y se sentía como que no tenía nada que hacer. Por eso es que comenzó con esos cursos de cocina y repostería. Ahí me contó que quería hacer algo

nuevo y por eso no volvía a su profesión. A parte quería algo con qué ganar dinero (...) Porque estaba esa cuestión de que mi mamá se tuvo que hacer cargo de la casa y poner orden (Dn., 30 años).

Ahorita tiene como su propio negocio de venta de ropa (...) Pero mi papá siempre estuvo en trabajos académicos y había “como un ingreso fijo” y por eso [mi mamá] no trabajaba. Pero mi mamá decía “yo sé reproducir el dinero y ahora lo puedo hacer” (Ir., 33 años).

Nosotros... fue cuando yo estaba en la secundaria. Creo que tenía unos trece años y, de mis hermanos, el más chico tendría unos ocho. Fue “como en esa época” que mi mamá tuvo que trabajar (Sn., 38 años).

Así, a medida que fue sumiendo su vida al porvenir de su familia relegando toda aspiración propia a las demandas del trabajo reproductivo, así como planteaba Williams (1985) en cuanto a la tradición selectiva, en la rutina cotidiana, la acción de ciertos elementos que caracterizan a la maternidad tradicional daban lugar a que, en el día a día, pudiera enmarcar como eficaz su rol de madresposa al verse demandada por su familia para solventar las responsabilidades de un trabajo de cuidados y doméstico que (posiblemente) se le hubiera impuesto.

Sin embargo, aun cuando existe una finitud (Kosseleck, 1988; en Carassale Real y Martínez Pérez, 2016: 19) en la capacidad para ampliar y complejizar la base de la experiencia, el hecho que algunas de estas mujeres hayan sido forzadas o hayan elegido asumir un rol de madresposa signado por una forma tradicional de ejercer maternidad, ello no implica que toda forma de experiencia de una situación o una condición particular conlleve la perpetuidad del enmarque de la misma.

En este sentido, a medida que esta mujer experimentaba situaciones a partir de las cuales se “disolvían” (Goffman, 2006) los esquemas que daban sentido a su devenir cotidiano, se iba percatando de la reconfiguración de un margen de acción que le permitía transformar en clave un MRP o crear nuevos marcos para modificar el devenir de su vida, dado que muchos de los marcos que hacía a su vida cotidiana “como madre”, ya dejaban de ser eficaces en su uso cotidiano.

2.3. La experiencia frente a la maternidad siendo hijas

Como se pudo advertir a lo largo de este capítulo, a pesar de la influencia que tienen los valores tradicionales para condicionar la experiencia de las mujeres, en especial de aquellas que son madres, en estos últimos testimonios pareciera vislumbrarse un punto que remite a la problemática que se está desarrollando en este trabajo: **la forma en que el ejercicio de la maternidad por parte de sus madres, conlleva un encuadre primario de la maternidad en su forma tradicional, entendida como una estructura** que puja y condiciona la vida de toda mujer. Donde no sólo afectaba a su madre, sino que también a ella en tanto hija que debía tomar ciertos recaudos a la hora de actuar y elegir. Motivo por el cual, esta forma de encaminar a la mujer hacia la maternidad implica más que si el proceso de socialización se da dentro de una familia tradicional.

Vivencia que les ha permitido interpretar que, tener hijas o hijos, no siempre es el reflejo de la identidad femenina o del destino de toda mujer porque la maternidad también puede ser enmarcada como un conflicto entre los intereses, deseos o aspiraciones de su una mujer, que han sido interrumpidos y opacados bajos el rol de madre y, por ello, tampoco se condice con un supuesto instinto que conlleva la felicidad y la plenitud.

De este modo, la relación frente a estos valores, partía de un ejercicio en y por el cual cada una llegaba a hacer un uso de un pasado configurativo y de un presente configurado que se materializaba en prácticas, normas, etc., que permiten a cada persona desenvolverse en la vida cotidiana. Así, resulta interesante las advertencias que algunas entrevistadas realizaron sobre cómo interpretaron la forma en que las emociones enmarcadas como “entereza” o “madurez emocional” que se exige a las mujeres para afrontar la producción y reproducción de los lazos afectivos, genera conflictos a nivel individual y dentro del seno familiar. Hechos que evidencian que, al menos para la subjetividad femenina, puede verse como una brecha entre aquello que ella espera del cambio (ser madre) y lo que gesta ese cambio no sólo con su vida como mujer, como trabajadora, etc., sino también con la forma en que se relaciona con su pareja.

De este modo, la forma en que esta imposición y/o reclusión forzada impacta sobre la subjetividad femenina y cómo, desde su lente de niña, adolescente y/o adulta, han interpretado que la maternidad también puede convertirse en una experiencia conflictiva, también interpretan que puede dar paso a una experiencia negativa que lleve a tomar decisiones en pos de modificar su vida cotidiana y las formas en que ejercían su maternidad, dejando entrever que no siempre “la función

materna absorbe la individualidad de la mujer” (Knibiehler, 2001: 8), ya que algunas³⁴ de estas madres lograron gestar otra forma de vivir la maternidad al imponer, en mayor o menor medida, su interés por retornar al mercado laboral o romper con la sumisión de vida a los intereses de su pareja y llegar a divorciarse. Existe la posibilidad de romper con la imposición de lo rutinario y reconfigurar la vida cotidiana y la experiencia como mujeres, ya sea logrando negociar con una pareja la posibilidad de realizar trabajos productivos, al fabricar nuevos marcos.

Aun así, otras entrevistadas son conscientes que en muchos casos la transición de la reclusión en el trabajo reproductivo al retorno o incorporación al mercado laboral no produjo una ruptura, sino que debieron continuar realizando la totalidad del trabajo reproductivo o, al menos, tener la capacidad para procurar que estén dadas todas las condiciones para que otra mujer pudiera hacerlo. Particularmente, porque los vaivenes o “caminos sinuosos” en la independencia económica o la trayectoria laboral de sus madres forman parte de la base de su experiencia como hijas, porque vivenciaron no sólo la frustración de su madre al verse recluida en el rol de madre esposa, sino también al enmarcar las dificultades que conlleva retomar la senda profesional, laboral o académica.

Entonces, si una capacidad biológica (poder gestar y parir un/a bebé) da lugar a la reproducción del efecto simbólico que reside en el binomio o metonimia mujer/madre (Moncó, 2009), la historia de muchas de las madres de las entrevistadas, en ningún caso valida todo lo que conlleva el supuesto binomio a nivel subjetivo, es posible ver que estos mandatos de género, no son *naturales*, dado que pueden generar conflictos. Así, la renuncia de la mujer a sus aspiraciones e intereses laborales o profesionales, pocas veces es producto de que una vocación o deseo de supeditar cualquier otro tipo de interés o vocación al convertirse en madres.

³⁴ No por describir estos sucesos estoy realizando o caracterizando a unas mujeres como agentes heroicas y otras sumisas, sino que, si se propuso que la experiencia y las formas de enmarcar y toma de decisión frente a situaciones específicas en las que las personas se ven inmersas, es producto de una relación y no de una imposición. Entonces, sólo me remito a describir las experiencias que ellas me han narrado sobre un momento particular de su vida y la de sus madres.

CAPÍTULO III: LA TRANSFORMACIÓN DE LOS ESQUEMAS INTERPRETATIVOS

En el capítulo anterior, se intentó vislumbrar la forma en que las entrevistadas interpretaron su experiencia como hijas y la experiencia de su madre en la vida cotidiana. Estas vivencias pasadas, pudieron ser entendidas como parte de un proceso de experiencias internas, externas y negativas en el cual, la relación con distintos valores tradicionales o una tradición selectiva de la cultura, condicionan e influyen en las formas en que su madre ejerció la maternidad, se realizaba la división los roles entre sus padres y madres dentro y fuera del hogar, así como también incidirían en la aprehensión de las normas que se espera que una mujer utilice como enmarque de su situación para desenvolverse y actuar durante su niñez y adolescencia como debe hacerlo “una damita”.

Sin embargo, a pesar que en un primer momento la base experiencial fue constituyéndose en una niñez y adolescencias caracterizadas por una relación con distintas normas, códigos, entre otros elementos valorativos, esta base se fue modificando a medida que las entrevistadas vivenciaron o interactuaron con otros modos posibles de ser madre, ser hija, establecer jerarquías y roles en el hogar, formas de relacionarse con un esposo, designar aquello que puede hacer un varón y que no puede hacer una mujer, etc.

En este sentido, a lo largo de este capítulo se analiza el proceso de modificación de la base y los esquemas interpretativos en los usos de los MRP que les permitieron a las entrevistadas distinguir que, aquello que se interpretaba en su casa sobre las formas en las que debía actuar una mujer, no podría clasificarse como el único esquema interpretativo para tomar elecciones frente a la maternidad y ser hija, dado que tuvieron experiencias frente a situaciones en las cuales advirtieron la existencia de otras formas de ser madre, padre y configurar una familia.

Para desarrollar este punto, dado que se parte del supuesto que no es posible llegar a indagar en cada una de las dimensiones de la base experiencial, se ha optado por analizar una serie de vivencias que dieron lugar a modificaciones en su base experiencial y las formas de interpretar su presente inmediato. Dichas vivencias, pueden entenderse como las detonantes de un proceso de autonomía o alejamiento del uso de MRP específicos en estrecha relación con las normas y valores que encarna su familia en la vida cotidiana.

Asimismo, este proceso de autonomía de la tutela familiar ha sido identificado por las entrevistadas como el producto de dos momentos o etapas de su vida que se han dado de forma

simultánea o alterna: la salida del seno doméstico³⁵ y la trayectoria como profesionistas. Se habla de autonomía y no de ruptura porque, como se verá, ninguno de estos dos eventos se consolidó como un punto de inflexión en su historia de vida, dado que no llegaría a producir o detonar la ruptura tajante frente a las acciones por las que su familia incidía o condicionaba su porvenir.

Por lo anterior, en el primer apartado de este capítulo se indaga en las formas en que se eligió y concretó **la salida del seno doméstico**. Este evento, puede interpretarse en tanto vivencia que permitiese a estas entrevistadas llegar a producir una modificación de su base de experiencia presente, dado que el distanciamiento o desapego de la influencia y el condicionamiento que los valores tradicionales tienen en la experiencia cotidiana de su familia, se convierte en un factor que posibilita transformar los esquemas interpretativos que posibilitan fabricar, modificar o escoger otros MRP para enfrentarse a la vida cotidiana que los característicos de su hogar.

En el siguiente sub-apartado se aborda otra dimensión de este proceso de autonomía, al analizar las formas en que cada una atravesó **el proceso que las llevó a convertirse en profesionistas**, dado que han podido acceder a un determinado empleo y un estatus socio-económico como producto de su formación en el nivel superior. Este hecho, se convierte en una experiencia que influyó en el proceso de reconfiguración de la base experiencial y del uso de ciertos MRP porque, llegar a formarse académicamente y, por ello, proyectar una carrera profesional que les otorgara tanto independencia económica como la posibilidad de enmarcar cierta previsibilidad o estabilidad en su futuro, ha generado las condiciones para que pudieran *pensarse* a mediano y largo plazo en un escenario en el que predomina su vínculo con el mercado laboral, alejándose de aquella senda que se propone como la apropiada para llegar a ser madre y asumir su deber de serlo.

Entonces, si esta experiencia se convierte en un hecho sustancial en su vida, también interesa distinguir las formas en que cada una ha llegado a elegir qué carrera o trayectoria escolar tener, así como los enmarques que realizaron sus padres y sus madres de esta elección. Evidenciando que, aun cuando un cambio cultural ha dado lugar a ciertas expectativas para las mujeres en su formación que distan de lo “esperado” hace pocas décadas y, a su vez, “las cargas y responsabilidades se estrechan en la esfera estatal y se trasladan a las familias, a los jóvenes y a las instituciones educativas” (Rojas Betancour, 2011: 3), el que ellas y una amplia porción de la sociedad enmarquen a la formación femenina como una posible aspiración personal, no conlleva una interpretación homogénea de esta elección por parte de sus padres o sus madres.

³⁵ Sólo una de las entrevistadas dijo seguir conviviendo con su madre. Ver cuadro descriptivo en anexos.

A su vez, en el segundo apartado se indaga en las formas en que la experiencia como mujer asalariada ejerciendo su profesión, configura y reconfigura su base experiencial a partir del enmarque que utilizan para describir su situación como profesionistas. Hecho que, en su experiencia, no se reduce a lograr la independencia económica, sino que conlleva prácticas concretas en las que se vislumbra una ampliación del margen de acción y de acceso a determinados marcos de referencia que les han permitido actuar frente al efecto de distintos mecanismos estructurales. Por último, en este apartado también se indaga en los sentidos que ellas otorgan a su formación y al haberse convertido en profesionistas, así como desarrollar qué implica para ellas haberse ido de su hogar y bajo qué términos negociaron (si lo hicieron) ello con su familia.

3.1. La salida del seno doméstico

Las formas en que una persona deja o intenta dejar de vivir con su familia, ciertas veces están signadas por la adquisición de cierto nivel de ingresos, por la movilidad hacia otra ciudad, porque la familia lo disponga cuando esa persona ingresa en la población económicamente activa y se estima que puede conseguir un empleo y los medios para auto-sustentarse, por la ruptura del vínculo familiar, etc. Sin embargo, para los fines de este trabajo, interesa indagar no sólo qué es lo que su familia interpreta al momento que su/s hija/s proponen salir del hogar, sino que también interesan los modos en que se relaciona la salida del hogar con dicha interpretación.

En este sentido, para desarrollar la forma en que su salida del seno doméstico tuvo como desenlace distintas experiencias que las han llevado a alejarse del patrón que guía la experiencia en sintonía con la maternidad tradicional, en un primer momento, se han ubicado los testimonios de las entrevistadas que narran las formas en que su familia interpretó la salida del seno doméstico. Dado que esta situación no siempre implica que la elección se enmarque por parte de sus familiares bajo las mismas relaciones que por las cuales ellas lo realizan, las entrevistadas alegan que debieron enfrentarse a dos tipos de situaciones: no tomar en cuenta la forma en que la familia enmarcaba su decisión o debieron enfrentarse a las críticas de su familia y negociar con ellos o ellas la salida.

De este modo, primero se desarrollará la forma en que actuaron y decidieron salir de su hogar aquellas que no repararon en la opinión de su familia, donde también es posible advertir la relevancia que tuvo para la concreción de su elección la independencia económica. En un segundo momento se presentan las experiencias de aquellas entrevistadas que debieron negociar con sus

familias las formas en que se diera esta “salida” y bajo qué términos (particularmente dispuestos por su familia) concretarían su decisión de no compartir más con ellas y ellos el seno doméstico. Así, cuando algunas llegaron a negociar que realizarían sus estudios universitarios en la Ciudad de México, ello implicó una reconfiguración de la dependencia económica y, por ende, de las formas en que se ejercía la tutela sobre sus elecciones.

3.1.1. La elección y el margen de acción ante la tutela familiar

Tomar la decisión de salir del hogar y dejar de convivir con la familia, en algunos casos, se enmarca como la única opción para reducir la influencia que tienen ciertos valores, normas y códigos en la vida cotidiana, dado que las formas de relación en cada una de las familias están signadas por ellos. A su vez, a partir de lo desarrollado en el capítulo anterior, esta elección puede interpretarse como la búsqueda por modificar la relación cotidiana con los valores tradicionales.

Empero, la brecha entre la interpretación que cada una o uno realiza de su situación personal para llegar a caracterizarla como la propicia para elegir que es “hora” de dejar de convivir con la familia y llegar a concretar esa elección, no escapa a las dinámicas que caracterizan cada seno doméstico o familiar, porque la influencia que posee la familia, puede relacionarse con ciertos elementos de la cultural, anteponiendo su influencia a la generada por los procesos económicos, sociales y/o políticos que hacen al contexto en el cual se llevará a cabo esta elección.

Sin embargo, la búsqueda por parte de sus padres y madres por prolongar la capacidad que tienen para influir en las decisiones de las hijas, no siempre conlleva la reproducción de una situación que podría verse como una suerte de “status quo hogareño” sino que, en algunas ocasiones, esta presión que ejerce la familia para limitar la acción de sus hijas, se convierte en la vivencia promotora de un proceso de experiencia interna que enmarca la salida del seno doméstico como una proyección a corto plazo.

De este modo, como puede observarse en el testimonio siguiente, la independencia económica y la posesión de un determinado capital económico, se consolidan como una suerte de “fundamentos” que modifican ciertos esquemas interpretativos y transforman la jerarquía en la yuxtaposición de MRP utilizados para interpretar que la situación en la que se encuentra su devenir dentro de ese hogar es desfavorable o se interpone con su forma de hacer previsible el mundo:

Pon tú decirle “es que... por aquí hay una fiesta ¿puedo ir?” y él: “no, no vas. Te quedas aquí”. Entonces, me preguntaba siempre “güey ¿qué hago aquí?”. Entonces, no, así no. Y “me salí” a los veinticinco años... viví sola, con roomies y así. Ahorita tengo treinta y seis, entonces... así fue. No fue como que tuve que salirme de mi casa con él. Sino más bien, me salí porque quería (Az., 36 años).

Entonces, el hecho que se buscara limitar su acción en la vida cotidiana, para una de las entrevistadas, se tradujo en una “experiencia negativa” (Goffman, 2006) que daría paso a un “desborde” de su capacidad para tornar eficaz la vida cotidiana en convivencia con su familia. Sin embargo, este hecho permite repensar las formas en que la carga valorativa se ponen en juego en las dinámicas cotidianas de las mujeres, ya que, aun cuando estaban dadas las condiciones materiales para poder pagar una renta y afrontar los gastos de manutención, la independencia económica no fue la experiencia que hizo que ella enmarcara que la etapa de su vida junto a su familia se había acabado.

A su vez, en el mismo fragmento se puede observar que, en ciertas ocasiones, la decisión de abandonar el seno doméstico no necesariamente responde a un solo factor (la independencia económica), por el cual no se re-enmarca la convivencia y se torna una limitante o un conflicto en sus intereses y los códigos o normas de su familia, sino que esta elección se inscribe dentro de un proceso en el cual, la acumulación de acciones que otros individuos realizaban al intentar limitar su acción, detonan la elección por vivir sola, con su pareja o con otras personas.

En este sentido, es posible vislumbrar cómo, a pesar que la independencia económica se torna un factor decisivo en la elección por “salirse”, no se consolida como el único detonante o en el punto de inflexión que permite una reconfiguración de los esquemas interpretativos, sino que, en este caso, se presenta como una experiencia que incide en el uso de determinados MRP y predomina a la hora en que se toma la elección por dejar de vivir con sus padres y sus madres, así como cuando se concreta esta elección.

Al contrario, aun cuando las entrevistadas hayan advertido la existencia de un conflicto con sus familias producto de la búsqueda por imponer actitudes o limitarlas, en otros de los testimonios recogidos la razón o el detonante de su salida no es esta relación conflictiva, sino el deseo de “hacerse independiente” de su familia.

Por lo tanto, así como llevaría a cabo su salida del hogar la última entrevistada que se ha citado, en el siguiente fragmento en el cual se argumenta la elección de su salida, también se advierte que la forma en que su familia interpreta lo que esperan de ella no fue un factor relevante:

Si quería venir hasta el centro o cualquier cosa, tenía tres horas. (...) fue cuando tuve que tomar la decisión de dejar la escuela o hacerme independiente. Así que, como ya había conseguí el trabajo que te había comentado, decidí irme a vivir sola. Ya tenía veintitrés años cuando decidí vivir sola (...) no estaban de acuerdo, pero tampoco me iban a obligar a irme con ellos tan lejos si tenía mi vida aquí en la ciudad. Creo que lo aceptaron por eso, o porque sabían que ya tenía mi dinero y lo iba a hacer igualmente (Ed., 31 años).

En este testimonio, puede entreverse que la independencia económica resulta ser un elemento que influye en las formas en que se elige y concreta dicha elección. Así, si su padre y su madre aceptaron que la entrevistada saliera del hogar, en su interpretación del hecho, ello se debió a que “sabían que ya tenía” “su dinero” y que su cualquier tipo de oposición o resistencia no modificaría su elección. Entonces, el enmarcar su situación y proyectar que lo haría “igualmente” aun si tuviera resistencia por parte de la familia, para esta entrevistada, la independencia económica jugó no sólo un rol importante en la modificación de su base experiencial ampliando el margen de acción, sino que también fue interpretado por su familia como una transformación de clave del MRP a partir del cual advertían cierta capacidad para influir en las decisiones de hija.

Por otro lado, la independencia económica no siempre es la experiencia que posibilita estas modificaciones en los esquemas interpretativos y en la base experiencial, dando lugar a una reconfiguración del margen de acción de las personas al re-enmarcar ciertas situaciones que hacen a su vida cotidiana, sino que, la acción de otras y otros, muchas veces limita o condiciona esa reconfiguración que puede ser entendida como una experiencia interna, tomando una forma particular si quien busca limitarla es parte de su familia.

De este modo, si bien para algunas entrevistadas la relación en su hogar fue la motivación de la salida del hogar, porque su familia imponía límites a su acción y decisiones, para otras fue el motivo por el cual debieron postergar dicha salida:

(...) hubiera estado bueno vivir esa experiencia de vivir sola o con amigas (...) Porque estaban siempre los comentarios de mis papás cada vez que les decía que pensaba. Y era siempre yo diciendo “fíjate que estaría mejor rentar algo por allí” pero, como mis papás tienen esa idea de ser muy... este... protectores, siempre escuchaba “pero no, es que... ¿cómo vas a estar viviendo tú sola?” (...) A veces, me sentía un poco mal por eso... por no sentirme independiente de alguna manera (...) Entonces, bueno, ya. Así me fui quedando (Sn., 38 años).

Entonces, si en ejemplos anteriores se propuso que la independencia económica o ejercer una profesión se consolidan como vivencias que producen reconfiguraciones en los usos de los MRP, por el hecho que pueden incidir en la forma de interpretar su situación en el mundo, al incidir en la configuración de nuevos esquemas interpretativos que los previstos por su familia. De este modo, para esta entrevistada, llegar a ser económicamente independiente no se convierte en el fundamento que posibilita entablar otra forma de que actuar o responder a la forma en que su padre y su madre buscan incidir en su vida.

Empero, si bien es posible entrever que estas vivencias podrían ser shocks o experiencias originarias para algunas personas, no siempre se traducen como vivencias que producen una reconfiguración de la base experiencial. Del mismo modo que la independencia económica de la familia podría interpretarse para algunas de ellas como una experiencia originaria, tal como sucedía con distintas madres que siendo económicamente independientes no lograban reducir la influencia de su esposo en su vida, este ejemplo permite vislumbrar que la independencia económica de su familia, no necesariamente fue una experiencia que llevara a la ampliación del margen de acción.

Por lo tanto, si se ha advertido que la cultura no es una esfera dependiente de la política y la economía, el hecho que sus padres se interpongan, limiten o condicionen su elección o aspiración para gestar la salida del seno doméstico, responde más a la relación que existe entre la tradición selectiva y el condicionamiento de los valores tradicionales en el uso de ciertos marcos de referencia que realizan sus familiares, que a un efecto causal de la dimensión económica sobre la cultura.

Entonces, la interpretación que ellas hacen de su vida y/o de sus capacidades para desarrollar su vida como mujer adulta, en muchos casos dista de aquella interpretada por sus familias:

(...) pasó algo parecido cuando me quise ir a vivir sola. Porque tampoco le gustó [a mi mamá]. Como un poco que... tenía esa idea... de que... si me iba de la casa... iba a ser para que... pues... como... que... como que pensaba que, si me iba de mi casa, iba para ser... para “andar de libertina”. Como que no lo entendía tampoco. No podía entender que me vaya de la casa porque quería mi lugar (Is., 34 años).

Como se puede vislumbrar, un argumento central de la oposición a su elección que se desprende de la interpretación que hacen sus familiares de su situación como mujer que busca “su lugar”, aquí, puede observarse en el argumento que la madre de la entrevistada interpone para resistirse a la elección de su hija. Donde, al argumentar que la salida del seno doméstico responde a la elección de su hija “para andar de libertina”, permite ver que ella enmarca la elección o la decisión de su hija para vivir “sola” desde un uso de un MRP específico que es distinto al de ella, porque, en su esquema interpretativo, si una mujer toma esta decisión, posiblemente se deba a que busca romper con los límites que se le “deben” imponer en la vida cotidiana.

Entonces, mientras dos de las entrevistadas fabricaron nuevos MRP para reinterpretar su vida cotidiana dejando atrás el uso de un marco en el cual podría encontrarse como un elemento relevante la forma en que la opinión de sus padres y madres influye o limita sus acciones, estas dos últimas entrevistadas, como se verá más abajo, no lograron atravesar esa experiencia sino mediante una transformación en clave de un marco específico junto con su familia.

3.1.2 La salida del hogar como proceso de (re) negociación

Como se planteó en la introducción de este capítulo, en los fragmentos anteriores se pudo observar que tanto la elección como la concreción de la misma, no son pura y exclusivamente experiencias que parten de una reflexión o una voluntad individual, por ello, en muchos casos las formas de salida se dieron de forma consensuada o negociada con los padres y madres.

En este sentido, se puede advertir que la elección por la salida del seno doméstico no siempre responde a la búsqueda por un lugar propio, sino que en otros casos responde a un interés de otro tipo, como lo es migrar hacia la Ciudad de México para poder realizar estudios en el nivel superior. Entonces, la forma en que esta vivencia pueda ser concretada, para mujeres que todavía dependen económicamente de su familia, implica más que la sola voluntad por parte de ellas. De modo que, para poder migrar y realizar sus estudios fuera de su lugar de origen, previamente debieron contar con el sustento económico brindado por su familia para solventar los gastos de la movilidad y residencia en la capital:

(...) en realidad, me vine aquí porque lo que quería estudiar [antropología social] no había allí [en Guadalajara]. Me vine primero a estudiar (...) en la CDMX (...) [luego] hice mi maestría, y terminé haciendo el doctorado (...) Pero sí, ya me “quedé aquí”. El año pasado cumplí veinte años viviendo en la ciudad (Nd., 38 años).

La salida del hogar mediante para estudiar, en estos casos conllevó una dependencia económica de la familia que puede traducirse como una postergación de la autonomía (Rojas Betancour, 2011) de la influencia de su familia frente a sus elecciones como producto de la familia financia no sólo sus gastos, sino su estancia en otro lugar.

En este sentido, aun de forma “diferida”, las formas de tutela persistían e incluso se reconfiguraban. Donde si bien la salida del hogar permitía una reconfiguración del margen de acción de ellas, no siempre sería el evento detonante de un proceso interno de experiencia desde el cual ellas *anularían* la capacidad que su familia tuviera en sus decisiones:

Me vine a la Ciudad de México para estudiar (...) [pero] también estaba el “tema” de mi mamá. Pon tú, ella es muy sobreprotectora. Demasiado, diría yo. Tenía que platicar casi diario con ella y en vacaciones siempre me presionaba para vaya allá. Al principio lo hacía, pero después... como que quería conocer otras cosas y “se hacía complicado” (Ir., 33 años).

A pesar que todas las entrevistadas que han salido de su casa para realizar sus estudios universitarios en la capital, alegan haber recibido algún tipo de reclamo por parte de su familia o

algún intento o constancia en reproducir las formas de tutelaje que se configuran en su hogar, aun cuando lleguen a disentir con su elección o no, el motivo de salida no pareciese ser un gran conflicto porque el factor que habilita esta permisiva, reside en el hecho que, por más que sea de otra forma, persiste un elemento en el cual se sustentan esta tutela: la dependencia económica.

Aun así, esta dependencia económica y la tutela familiar no son mecanismos o acciones por las que se llega a manipular toda acción o elección por parte de ellas, por lo cual, una de las entrevistadas alega que la distancia de su hogar le permitió producir un alejamiento de esta tutela y llegar a elegir convivir con su pareja actual durante su etapa como estudiante de licenciatura sin reparar en lo que interpretarían de ello, aunque ocultándosele a su madre y padre:

(...) para mi mamá era muy complicado tener que lidiar con que convivamos. Entonces, al inicio que me fui vivir con él, ya sabían que éramos novios y lo conocían, pero... mi mamá... todo el tiempo... como que se creó la idea “en la cabeza” de que no convivíamos, sino que éramos roomies porque no estábamos los dos solos. Era como que pensaba “no, no viven juntos porque tienen más roomies” (Sr., 32 años).

Como puede vislumbrarse, estos engaños del uso de un marco de referencia primario determinado, a veces, no implican la sola voluntad de uno/a de sus “usuarios/as” (Goffman, 2006) y por ello una transformación inicua, sino que, tal como puede observarse en el fragmento arriba citado, esta fabricación no tiene razón de ser “sin la cooperación activa de la víctima [porque], al menos en este caso, es improbable que se la pueda engañar” (p.119).

A su vez, en este ejemplo también se revelan las acciones de los individuos destinados a manipular la actividad con el objetivo de falsear los acontecimientos, dado que hay una fabricación de un marco de referencia a *ambas orillas*, ya que no es sólo por parte por quien produce un engaño (la entrevistada), sino también por la persona embaucada o engatusada (Goffman, 2006), su madre. Motivo por el cual, si bien pareciera ser una fabricación, en este MRP fabricado no se engaña a una parte de los participantes, sino que hay una transformación en clave que no se ha dado de forma expresa o mediante una “actividad franca”.

Sin embargo, este ejemplo remite al último fragmento que se retomó del testimonio de Az. en la sección anterior, donde la entrevistada advierte un punto que se podría poner en relación con una cuestión citada: la posibilidad de obtener el permiso de la madre y el padre para poder dejar de

vivir con la familia, “precisa” que se formalice su vínculo amoroso con un varón. Así, si bien Az. no tuvo que “salirse con él” de su casa, su testimonio da indicios para pensar que existe un supuesto común en estrecha relación con la tradición selectiva (Williams, 2000), que puede entenderse como una norma que profesa que una mujer precisa de un hombre que, por un lado, vele por ella para que pueda dejar su hogar, mientras, por el otro, genere expectativas sobre la maternidad en un corto o mediano plazo.

Entonces, la capacidad que tiene la familia para condicionar las elecciones de sus hijas también se extiende a su vida amorosa (y persisten a pesar que todas las entrevistadas se han independizado económicamente de su familia), ya que esta última entrevistada, a pesar de haber ocultado su convivencia, en el largo plazo debió negociar con su familia y apelar a la transformación en clave de un MRP para poder re-enmarcar la convivencia con su pareja frente a sus familias:

Creo que [el habernos casado] sí fue por festejar, pero también... pensando que... como que es una situación importante para nuestras familias. Para la mía mucho más que para la de él. Porque yo sí concibo mi relación igual antes y después de casarnos, pero creo que... ante la familia y ante otras personas... sí se lee diferente una relación cuando estás casado con alguien que cuando no lo estás (Sr., 32 años).

De este modo, tal como se planteaba más arriba, si forman todas estas mujeres están inmersas o forman parte de una cultura en la que la vida cotidiana se encuentra atravesada y condicionada por valores tradicionales, aun cuando esta negociación pareciera ser producto de un acuerdo que no tiene sentido más allá de su núcleo cercano, no niega que también pudiera tener un efecto simbólico en ciertas personas que no forman parte de su propia familia o entorno.³⁶

En este sentido, el hecho que decidieran convivir a pesar de no cumplir con las aspiraciones de su familia, no implica una constante en el grado de autonomía con la injerencia de su familia en sus decisiones, dado que otras también fueron presionadas o llegaron a negociar que contraerían matrimonio no sólo por decisión propia, sino por la presión (o sugestión) para casarse que realizaba tanto su familia como la de él:

³⁶ Tal como se desarrolla en el siguiente capítulo.

Mi papá me lo sugirió. Porque a él le gustan mucho las fiestas de allá (...) Pero para ninguno de los dos significó algo. “Fue pensando” en la fiesta. Para su familia tampoco. Pero sí lo fue para mi familia, porque mis papas son más católicos que los de él. Ahora que lo pienso... creo que, más que nada, lo hicimos porque fue importante para ellos. El civil no. Pero lo católico, fue más para ellos. A parte, el hacer la fiesta, sí o sí implica tener que hacer “la parte católica”. Entonces, sí dijimos si a la fiesta, bueno, pensamos que no estaba tan mal decir que sí a la parte católica (Ir., 33 años).

(...) Mira... yo nunca supe si me iba a casar algún día (...) nunca me gustó eso que me decían “cásate, que es el sueño de toda mujer” y yo les decía “bueno, de algunas” (...) Su mamá fue la que “más chingó” con la boda... “pos”, mira, yo tuve que confirmarme para poder casarme y “eso”, les tuve que ocultar que no hice la primera comunión (...) [porque] la boda y la iglesia, fue más algo que quería él. A mí, la verdad, “me valía”. Digamos, con la boda en el civil, por mí estaba bien (My., 37 años).

Por otro lado, aun cuando se deba exceptuar que algunas de las entrevistadas han contraído matrimonio por registro civil y/o ceremonia religiosa, en los últimos fragmentos es posible advertir que algunas alegan que ni ellas ni su pareja otorgan a esta ceremonia la misma interpretación, dado que, para ellas, no se traduce como una experiencia que reconfigure y atraviere la base de la experiencia en la cual, ella se “auto-enmarca” como futura madresposa y asume su deber ser frente a la maternidad tradicional. Sobre todo, porque mayoritariamente la pareja le otorga (a la boda) un sentido que no va más allá de su deseo, necesidad o idea de “festejo” que conlleva esta práctica religiosa.

En este sentido, a pesar que mayoritariamente las entrevistadas conviven con su pareja³⁷, las opiniones, cuestionamientos y/o presiones de sus familiares cercanos, tienen influencia en la

³⁷ Ver anexos

forma en que visualizan y configuran su pareja. Por lo tanto, estas formas de relación frente a la tutela familiar, dieron lugar a que muchas de ellas debieran negociar con sus padres y madres casarse para que les sea permitido modificar el margen de acción propio al reducir el grado de injerencia ajena para poder decidir sobre no sólo su vida, sino también sobre la forma en que llevarían adelante su vínculo amoroso.

En este punto, es posible dar cuenta que emerge parte de la problemática que se intenta analizar en este trabajo: si estas profesionistas han negociado de formas distintas con sus familiares su salida del hogar, estas pujas también fueron dando lugar a que, al seguir estos “pasos” que se esperan de toda pareja heterosexual, otras y otros interpretaran sus acciones no como negociaciones, sino como efectos de los mecanismos y la acciones que encaminan su acción hacia la maternidad en su forma tradicional. Sobre todo, porque parte de estas presiones llevadas a cabo por su familia, tienen su origen en advertir que la pareja está fallando en otorgar algo que parecieran estar debiéndole a las familias, el cual se puede advertir como un elemento implícito en dicha negociación: tener hijos/as.

3.1.3 La salida del hogar en la reconfiguración de la experiencia cotidiana

La salida del seno doméstico en su experiencia de vida para estas mujeres, en su experiencia de vida ha sido un evento que les ha permitido reconfigurar gran parte de su forma de desenvolverse en la vida cotidiana. Así, si bien su salida haya sido producto de la negociación para migrar hacia la Ciudad de México como tomar la decisión e irse, a algunas de las entrevistadas les permitió producir un distanciamiento con la forma en que la tradición selectiva condicionaba su vida, dado que hoy advierten un cambio sustancial entre cómo ello ha afectado su vida y logrado transformar su base de la experiencia presente:

Mira, hasta que me vine a vivir a la Ciudad de México, no tomé un solo transporte público. O sea, hasta mis dieciocho años [allí] no conocí el transporte público. Y por eso fue un cambio drástico venir luego aquí, porque sí alcancé a vivir un tiempo con mi hermano antes que se vaya (...) Y yo, que venía de esa burbujita de cristal, fue todo un cambio radical (...) Porque tuve una infancia, bueno, una educación de religiosa

de niña. Y todas mis compañeras [de la escuela, hoy están] casadas, con hijos y cumpliendo todos esos roles que se esperan de las mujeres. Esos pasos que nos quieren hacer seguir. Porque, si no los sigues, “híjole”, estás mal vista (Cl., 38 años).

Entonces, dado que la vida en la capital también les permitió interactuar con diferentes símbolos, normas, acciones, etc. que hacen a la vida cotidiana en la metrópoli, ello fue condicionando el uso previo de ciertos MRP, la modificación o elección de éstos, a medida que esta nueva forma de experimentar el presente inmediato, por verse inmersas en otro contexto y, por ende, dentro de otra “selección” del sistema de creencias (Williams, 2000) diferente a la de su lugar de origen y prima en su seno doméstico.

Motivo por el cual, el dejar de hacer uso de MRP específicos o incursionar en nuevos usos de marcos específicos, puede ser producto de un proceso de experiencia interna en el cual, la relación en la capital y la interacción frente a un sinnúmero de personas (sobre todo mujeres) que posibilita interactuar frente a nuevos marcos asibles de escogerse o que hacen otros usos de ciertos MRP que, en otros lugares, puede catalogarse de no propios para las mujeres, si bien no implica una ruptura en términos de un shock o una experiencia originaria, sí puede ser enmarcado como una acceder a otras formas de ver, sentir y pensarse en el mundo cotidiano.

(...) es lo que decía, en [la ciudad de] México la gente tiene otra mentalidad. Por eso me gusta. Porque si dividiera a mis amigas en casadas y no casadas, está la división entre las de aquí y las de T. ¡es terrible! (risas). Siento que allí la tradición es más como... [mis amigas:] o se han casado o tienen hijos. Y, aquí, es como más que no tienen ni idea para dónde va su vida. Y está bien. Porque muchas viven al día y no saben qué van a hacer de aquí a un año (Dn., 30 años).

(...) porque si ves, los de J., la mayoría tiene tres hijos y tiene mi edad, y los de aquí, la mayoría es más grande que yo y son muy pocas las que tienen hijos. Y de las de aquí, soy la única que se casó. Esa diferencia es muy fuerte. Como que son las dos caras de la moneda (Ir., 33 años).

Así, en estos ejemplos es posible distinguir lo propuesto arriba: la vida cotidiana en la Ciudad de México y el llegar a interactuar frente a experiencias cotidianas parcial o totalmente disímiles a las de su lugar de origen, se convierte en una nueva forma ser y estar en el día a día porque, el “recorte o selección” de la cultura capitalina, para ellas es interpretado como una forma de relación con los mecanismos estructurales que difiere a la su hogar porque posibilita otro tipo de relación no sólo con estos valores, sino también frente a la maternidad tradicional en tanto (supuesto) *eje ordenador* de la identidad femenina.

En este sentido, la salida del hogar también puede entenderse como un evento que marca de forma relativa el inicio de un proceso de autonomía de la influencia de su familia en sus decisiones cotidianas, porque permite entrever que aquello que se enmarcaba como lo “correcto” para las personas con las que interactuaba y relacionaba en su lugar de origen en el día a día, distan o son la “otra cara de la moneda” de lo que les sucede al interpretar qué es lo que hacen sus redes en esta ciudad.

Incluso, la salida del hogar también resulta una experiencia que permite la reconversión de la base experiencial para aquellas mujeres que no migraron hacia la Ciudad de México, porque implica repensar las formas en que estas mujeres han experimentado la vivencia de independizarse o dar el paso hacia la autonomía de la tutela familiar porque permite dar cuenta que, así como una de ellas ha propuesto que “los de afuera” influyen en cómo debe ser su vínculo amoroso, permite ver que la experiencia de la vida cotidiana en lugares donde los valores tradicionales tienen una mayor presencia en las formas de enmarque de las y los individuos, conlleva un mayor condicionamiento del margen de acción de cada persona.

Puede ser que algunas cosas no sean para siempre, pero el autoconocimiento y tu experiencia... implican... como... que adquieres mucha capacidad para ver en el exterior y [en] los otros qué es lo que quieres y qué es lo que deseas ¿no? (...) salir de mi casa me implicó muchas cosas nuevas, aunque viva con roomies (...) o, cuando él viene y estamos juntos (Ad., 34 años).

La salida del hogar, si bien no implicó para todas un punto de inflexión, sí dio inicio a un proceso de autonomía de la tutela familia en su vida que, en algunos casos, posibilitaría, tanto que puedan llegar a transformar en clave, así a partir de una fabricación, una serie de formas de

interactuar a partir de ciertos MRP, que no son los usos que hacen de ellos sus padres y madres, por ello, la elección o negociación para llegar a vivir sola, con su pareja o con roomies, implica una modificación crucial de la base de la experiencia, dado que conlleva una (relativa) escisión que existe entre lo que ellas deciden y la forma en que la tutela familiar o el grado de autonomía que tienen de lo que sus padres interpreten de sus acciones y su proyección futura.

Sin embargo, dejar de convivir con la familia, en muchos casos, llega a tornarse una experiencia originaria porque responde a una necesidad, a un interés por conseguir un “espacio propio” o un lugar. Motivo por el cual, en dos de los testimonios de las entrevistadas, se ha podido vislumbrar que la salida del hogar implicó una reconfiguración de su base experiencia produciendo un punto de quiebre con su vida cotidiana anterior no sólo junto a su familia, sino también a las personas con las que se relacionaban y su entorno cercano, quienes continúan viviendo en las ciudades de origen o donde se han criado.

Por último, si en capítulos anteriores se postuló que los mecanismos que confluyen en la legitimidad de la maternidad tradicional, influyen en toda experiencia de vida de las mujeres, el hecho que muchas de estas mujeres otorgaran gran relevancia para su experiencia de vida a la forma en que han llegado a salir de su casa, se debe a que fueron experiencias que les permitieron actuar, sentir y pensarse a partir de una nueva forma de enmarcar cada situaciones que atraviesan en el devenir cotidiano, también permiten vislumbrar que este evento (salir del hogar) tiene una especial influencia en cómo que hoy en día llegan a elegir frente a toda situación que se relacione con lo que se ha propuesto como maternidad tradicional, porque les ha permitido gestar otra forma de relación con los valores tradicionales.

3.2. La profesión en el proceso de autonomía

En el apartado anterior, distintas experiencias permitieron advertir que la salida del hogar no siempre “alcanza” para que una mujer logre modificar las relaciones por las cuales la familia reproduce su capacidad de ejercer una tutela sobre su experiencia de vida, por ello, dentro del proceso que da lugar a la autonomía de esta tutela, puede ubicarse un segundo elemento o vivencia que se relaciona con el anterior: la educación en el nivel superior.

En este sentido, aquí no se buscará distinguir qué entrevistadas producen un desfase con la experiencia de vida de sus madres al momento que eligen y acceden a formarse tanto en el nivel

medio como en el superior³⁸, sino que interesa vislumbrar cómo la formación y la autoidentificación como mujer profesional o profesionista, se convierte en un elemento que atraviesa la mayoría (sino cada uno) de los esquemas interpretativos que permiten poner en acción la base de la experiencia presente.

En este sentido, primero se indagará cómo su decisión por comenzar sus estudios universitarios entró en relación con las formas que tiene la familia para condicionar o incidir en sus elecciones. En un segundo momento se analizará cómo entienden que su formación ha tenido relevancia en su experiencia de vida al haberse convertido en mujeres profesionistas. Por último, se indagará en las formas en que su trayectoria laboral como profesionista les ha permitido proyectar un futuro profesional dentro de cada rama del mercado laboral y qué impacto interpretan que tiene en las formas de experimentar el devenir cotidiano.

3.2.1. La trayectoria hacia la profesión

A pesar que hoy en día se estipula que la educación sigue siendo un motor de movilidad social, en los testimonios que han realizado las entrevistadas, se encontró que sus madres y sus padres, no siempre comparten esta visión sobre la educación si se trata de la formación que les otorgue a sus hijas la posibilidad de ejercer una profesión y, con ello, tomar decisiones que las puedan ir alejando de la trayectoria de vida que las llevaría a cumplir su mandato de género.

En tanto, en el trabajo de campo se ha identificado un evento que pone de manifiesto las formas en que en la yuxtaposición de MRP se ponen en juego experiencias individuales, al momento que las entrevistadas identificaron dos posibles razones o enmarques por parte de su familia al momento en que debieron enfrentarse a una situación en la cual proyectaron que ella, como mujer, estaba tomando elecciones que la alejarían o le permitan llegar a ampliar su margen de acción sobre la imposición o destino del deber ser madre: mientras algunas familias enmarcan que sus hijas elijan convertirse en profesionales y dedicar años de su vida a la formación, los y las lleva a acompañar su elección, por el contrario, otras familias interpretan a la elección de una mujer por estudiar como un evento conflictivo, dado que enmarcan la elección que hacen sus hijas en estrecha relación con los supuestos, normas y valores que emanan del sistema de creencias.

³⁸ Exceptuando dos de ellas. Ver cuadro descriptivo en el Anexo N° 2.

3.2.1.1. La resistencia a la formación femenina

El primero de los posibles “escenarios” ante los cuales ellas llegaron a experimentar la forma en que comunicaron a sus padres y sus madres su elección por estudiar, implica un enmarque de una situación que, si bien no conlleva una experiencia negativa, las ha desorientado. Específicamente, porque allí vivenciaron que dos personas no estaban haciendo un mismo uso de un marco desde el cual sortear dicho evento:

(...) recuerdo que tampoco quería que yo vaya a la universidad. Porque me dijo “¿sabes qué? No tiene caso que yo te pague una universidad” (...) pero yo sí quería seguir estudiando. Entonces, me decía “yo no voy a estar apoyándote. Porque ¿para qué te apoyo si, al final, después vas a... a casarte, a embarazarte y después tu marido te va a mantener?”. Y yo pensaba “¿qué? ¿cómo vas a pensar y querer eso de mí?” y ya me dijo “entonces, si quieres estudiar, ya... yo no te voy a apoyar” (Ed., 31 años).

(...) Igualmente, de donde soy, como que se acostumbra a... salir a estudiar. A irse del pueblo para tener algo mejor. No hay muchas opciones. Incluso, mi mamá fue la primera que se opuso a que saliéramos a estudiar mi hermana y yo (Is., 34 años).

Entonces, este primer “escenario” de interacción frente a la elección de estudiar en la universidad se caracteriza por ser producto de una interpretación en estrecha relación con un conjunto de valores inscriptos en la “tradicción selectiva” (Williams, 2000), los cuales, dado que buscan limitar toda acción que realice una mujer que la alejen su futuro de todo aquello que no implique la maternidad en su forma tradicional (no ser madrespasa, por ejemplo), conlleva que argumenten que su educación o formación en el nivel superior como una pérdida de tiempo por parte de ellas o que su futuro como mujer profesionista sea un “gasto inútil” (Jaiven, 1987), dado que es un elemento que incide en que sus padres y madres se opongan a la formación universitaria o cualquier otra elección por parte de su hija que la pueda alejar de su *camino* hacia la maternidad tradicional y su destino como madre.

Sin embargo, como es posible ver en ambos fragmentos, estas interpretaciones no se realizan desde un enmarque en el cual no intuyen que sus hijas no puedan afrontar los desafíos de una carrera universitaria, sino que pareciera que sus familiares se sienten “embaucados” (Goffman, 2006) porque interpretan que ellas han realizado una fabricación de un nuevo marco de referencia y no proyecta la maternidad y el trabajo reproductivo como parte de su futuro. Esta interpretación, en muchos casos conlleva que, aun cuando pareciera ser que su familia no quiere “apoyar” su elección, ello se debe a que el enmarque de dicha elección se encuentra en relación con los cánones de la maternidad tradicional que logran influir en el esquema interpretativo por el cual llegan a traducir esta elección como un evento por el cual ella no “debería” preocuparse por estudiar ni ser profesionalista, sino por encontrar algún varón que la “mantenga” para luego asumir su deber de ser y ejercer la maternidad tradicional.

Por lo anterior, si bien muchas son conscientes de la existencia de diferencias entre hijas e hijos que sus padres y madres hicieron y hacen, también es interesante identificar cómo sus expectativas se limitan o potencian por las expectativas o intereses que sus padres y madres tenían para el futuro de cada una de ellas, sin interpretar que, en esas decisiones, no debería haber lugar para una negociación o una imposición. Así, en algunos testimonios puede verse que la formación o educación era algo que debía prohibirse para ellas.

3.2.1.2. El acompañamiento de la elección

El segundo de estos escenarios, conlleva un resultado totalmente contrario, dado que la comunicación de su elección no implicó una situación que puede ser entendida como el desenlace de una suerte de “distorsión” entre enmarques diferentes en la cual se vieron inmersas/os al momento en que trajo a colación su elección por estudiar una carrera universitaria, sino que la elección por formarse dio lugar a un que sus madres y padres acompañasen su decisión sobre su futuro:

(...) cada quien decidió qué quería estudiar y dónde quería estudiar, por eso se fueron a otros lados. Mis dos hermanos se regresaron, pero yo no (...) mi papá sabe cómo son las cosas en la academia (...) dijo “mientras queden en la universidad a la que quieren ir, que se vayan” (Ir. 33 años).

(...) quería estudiar antropología social, aunque terminé en lingüística (...) Mi mamá me decía “te buscaste la única carrera que no hay en G.” (...) chilló un poco, pero siempre me acompañó porque la idea era que querían que tenga una carrera ¿no?
(Nd., 38 años).

A diferencia de los casos anteriores, en estos testimonios es posible advertir una transformación en clave de uno o más MRP, debido a que su familia enmarca de la misma forma que ella lo que implica la formación universitaria en la experiencia de vida de cualquier individuo, dando lugar a una transformación en clave de un MRP. Motivo por el cual, aun cuando las madres o padres de estas dos entrevistadas posean una formación y trayectoria universitaria³⁹ o cuando otras/os hayan o no aspirado o concretado una carrera profesional, enmarcan de una forma particular su elección por la cual jerarquizan o priorizan el hecho de ser profesionista o continuar su trayectoria escolar en la educación superior es *lo esperable* para el futuro de sus hijas e hijos, antes que interpretar que se trata de una mujer que se aleja de la senda de la maternidad tradicional al elegir esto.

Entonces, a diferencia de la búsqueda por inculcar valores tradicionales en su niñez o frente a otras situaciones en las cuales debería actuar como una “damita”, estas respuestas frente a una elección particular, se supedita todo un arsenal simbólico y material que se esconde bajo el supuesto deber de ser madre a los elementos que predominan en la dimensión material:

(...) cuando me propuse hacer las dos carreras a la vez, todos me trataban de loca y ellos [padre y madre] me apoyaron desde un principio. Y eso se los agradezco mucho
(Dn., 30 años).

Por lo tanto, el ejercicio del sistema de creencias en la vida cotidiana, puede alterar la jerarquización de elementos culturales ante situaciones particulares que se presentan en la interacción entre personas, tal como sucede en la reconfiguración del margen de acción de estas entrevistadas al momento en que una elección se consolida como un límite o una decisión que implicará un antes y un después en la vida de una persona. Entonces, este último ejemplo permite

³⁹ Ver cuadro en Anexos N° 2.

identificar cómo la yuxtaposición y jerarquización de los elementos que componen los MRP dependen tanto de la experiencia de estas entrevistadas como de sus familias.

3.2.2. Trayectorias académicas

Por otro lado, una vez consumada o llevada a cabo la elección por formarse en el nivel superior, interesa analizar las experiencias que las llevaron no sólo a elegir una determinada carrera, sino las formas en que esta elección logró incidir en la fabricación de nuevos MRP. En este sentido, en el trabajo de campo se han identificado dos posibles razones o interpretaciones de la relación que las entrevistadas tienen con el proceso por el cual, su formación como profesionista incidió de forma particular en los procesos de transformación de la base experiencial que les han posibilitado reinterpretar o hacer otra lectura de distintas situaciones que hacen a su vida cotidiana.

En primer lugar, se analizan los sentidos o interpretaciones que subyacen a las elecciones sobre la profesión, lo cual, permite distinguir entre aquellas mujeres que advierten haber elegido una determinada carrera por ser una proyección de su futuro al momento de terminar los estudios en el nivel medio que se enmarca como un interés o una aspiración propia a concretar; mientras, por otro lado, se ha agrupado a aquellas entrevistadas que tienen una interpretación instrumental de la carrera universitaria, evidenciando que, si bien esta elección también implica una proyección a futuro, las condiciones socioeconómicas de su familia llevan a realzar que se trata de una elección en la que prevalece la dimensión económica por sobre la emotiva o identitaria.

En segundo lugar, amén del enmarque que hayan hecho de una carrera universitaria previo a su trayectoria en el nivel superior, se analiza qué implica para ellas su carrera como profesionista y las distintas vicisitudes que atravesaron para obtener un puesto determinado o consolidarse en un área particular y lograr proyectar y/o ampliar su futuro como mujer profesionista.

3.2.2.1. La profesión como realización personal

Elegir una determinada carrera universitaria, muchas veces se convierte en un evento significativo o una experiencia originaria en la trayectoria de vida de una persona. Dado que, a la par que se elige qué estudiar, se elige una disciplina y una profesión que seguramente vaya a signar el resto de su vida en el mercado laboral.

Sin embargo, la forma en que se llega a tomar la elección por una carrera universitaria, no siempre se hace a partir de una misma trayectoria u experiencia, dado que dicha elección se realiza en base a las oportunidades, el poder de decisión y/o el margen de acción a partir del cual cada persona interpreta o proyecta la forma en que su desenlace afectará.

Por lo tanto, muchas de las profesionistas entrevistadas argumentan que la elección de una determinada carrera universitaria y profesión, reside en una aspiración o deseo de realización personal, dando lugar a que algunas decidieran tanto qué estudiar, como dónde⁴⁰ y en qué forma:

Estudí las dos [carreras] a la par y ya (...) encima eran dos carreras en ciudades diferentes. Así que primero me acomodaba las de [Psicología] y después “veía qué pedo” con [Historia del arte] (...) Tardé como cinco años en hacer las dos (Dn., 30 años).

(...) entré a sociología. De hecho, cuando hice un año, también volví a quedar en Antropología. Y ya estuve un tiempo cursando las dos carreras. Pero llegó un momento en que mi cuerpo me odiaba... tenía la carga completa de las dos carreras. Así que... dejé antropología y terminé sociología (Sr., 32 años).

(...) decidí estudiar economía porque quería saber cómo funcionaba o de donde venía eso de... de poder saber cómo solucionar desigualdades, además... me di cuenta que hay un mercado de trabajo medianamente decente ya que es amplio al poder insertarse en varias ramas (...) pero he abandonado los estudios en dos ocasiones (Ad., 34 años).

(...) mi idea era estudiar arquitectura, pero, la verdad, se hizo “muy pesado” hacerla (...) pero estaba haciendo cursos de computación y algo de programación, me decidí

⁴⁰ Para evitar cualquier indicio que permita identificar las entrevistadas, se han omitido los nombres de las instituciones.

por estudiar algo de eso (...) hice mi carrera [de Ingeniería en Sistemas] en cuatro años (Sn., 38 años).

Como ya se propuso, en muchos casos la concreción de su elección por estudiar no sucedería sino a partir una negociación que tendría como producto el acompañamiento de la familia. Sin embargo, dado que este enmarque es producto de un proceso de experiencia interno y externo que se materializa de forma individual en la base experiencial, tal como el primer enmarque de una mujer se realizaba observando a su madre, la forma en que se eligió una carrera profesional como futuro, en algunos casos pudo haberse realizado a partir de la interacción frente a padres o madres profesionistas:

(...) mi papá es antropólogo y da clases allí en la Universidad (...) siempre “estuvo” en trabajos académicos (...) siempre estuvo fuera por sus trabajos. O vivía aquí o vivía en Chiapas o vivía en Michoacán (...) cuando estaba trabajando en un instituto de investigaciones, se fue por casi dos años (Ir., 33 años).

Y, con eso de que ambos trabajaban, creo que también nos dio pautas de cómo tendríamos que ser. Me sirvió mucho para esforzarme estudiando y ser más independiente. Incluso, mi hermana y yo lo tomamos como ejemplo. Porque fuimos las primeras en irnos de la casa, las primeras en recibirnos y así (...) Pero mi hermano más grande, tiene treinta y dos y sigue dependiendo de mi mamá para un montón de cosas. Como que nosotras dos tenemos un poco más proyectadas nuestra vida y las cosas que queremos (Dn., 30 años).

Motivo por el cual, las formas en que se llega a tomar esta elección, no sólo responden al enmarque de la profesión como condición de realización personal para conseguir o aspirar a tener un empleo acorde a sus expectativas e intereses personales, sino también que también influyen factores materiales, como implica tener la posibilidad de depender económicamente de la familia para trasladarse a otra ciudad a estudiar.

Empero, en estos fragmentos recogidos de las entrevistas, puede verse una constante o una experiencia compartida: tuvieron tanto la posibilidad de decidir que estudiarían, como también pudieron elegir qué y dónde. De este modo, así como algunas llegaron a negociar con su padre y su madre que cambiarían de carrera o la abandonarían temporalmente, otras llegaron a negociar su traslado a la capital para poder realizar estudios que no se ofertan en las instituciones de su ciudad de origen.

3.2.2.2. El enmarque instrumental de la profesión

En ciertas ocasiones, la titulación en el nivel superior y la posibilidad de iniciar una trayectoria como profesionista tiene enmarques del orden instrumental, aun cuando proyecte como un elemento que forma parte de un plan de vida futuro o se enmarque como parte de un objetivo personal. Particularmente, esta elección interesa ser desarrollada porque permite ver que llegar a ejercer una profesión no siempre moviliza sentimientos o emociones, sino que se puede interpretar como el móvil para acceder a un determinado estatus socioeconómico.

En estos casos, la trayectoria escolar de su madre y su padre, se convierte en el elemento que detona esta elección porque, en su experiencia como hija, han percibido que no contar con un título para poder llegar a desempeñarse en el mercado laboral como profesionistas, se interpreta como una limitante (material) de la experiencia de sus familiares ejerciendo la maternidad y paternidad.

Esta decisión, a su vez, se embona con una forma de identificarse como mujer al haber advertido que, en su experiencia como hija, la interrupción de la trayectoria escolar de algunas de sus madres, puede ser entendido como una consecuencia de la supresión subjetiva en el rol de madre que se tradujo en una condicionante del margen de acción de sus madres frente a las imposiciones de su padre, particularmente porque la dependencia económica se convierte en un elemento que acota el margen de acción de forma creciente, limitando la capacidad de acción en amplios ámbitos y momento de la vida en los que buscarse transformar su devenir conflictivo.

De este modo, dos de ellas relatan que:

(...) trabajé un tiempo como asistente de investigación, di clases, [pero fueron] todos trabajos, así como... como con un montón de trabajo: home office, consultorías y “ta

ta ta”. Pero ya después decidí entrar al doctorado (...) por “temas de dinero”. Un poco por “el tema” de la estabilidad del ingreso monetario que te da la beca (Az., 36 años).

(...) tenía que trabajar y no podía elegir una carrera como por gusto o vocación. Sabía que necesitaba un título de lo que fuera, porque ya sabía que iba a tener que trabajar toda mi vida. Yo había empezado a trabajar a los trece años, y ya sabes, con tres mil pesos no “hacía nada”. Entonces, necesitaba ese título y necesitaba ir a una escuela donde no tuviera que pagar nada y, también, me permitiera trabajar (Ys., 40 años).

Como aquí se puede observar, el incentivo para estudiar no es la relación con sus padres y/o madres profesionistas ni una aspiración de este tipo, ya que realizar una carrera universitaria y convertirse en profesionista no siempre es una elección producto de una experiencia interna interpretada en su dimensión simbólica, sino que también pueden referirse a la dimensión material de ejercer una profesión y trascender la experiencia de sus padres y sus madres al conseguir un empleo que les otorgue un ingreso a partir del cual obtener un mejor bienestar que el que tuvo de niña:

(...) yo no quiero que me pase eso. Pero también, es que yo vengo de una familia muy humilde. Mis papás llegaron a la Ciudad de México y casi no sabían hablar español. Entonces, vi que siempre se tuvieron que “ir acomodando” como pudieron ¿no? Entonces, yo vi la escuela como una oportunidad para mí. Como una herramienta de movilidad social. Por eso, mientras estudiaba, trabajaba (Ys., 40 años).

Elegir un tipo de carrera no se realiza sólo en base a su experiencia de vida, sino que también es una elección que se toma teniendo en cuenta qué condicionantes tendrá en su vida social y familiar. En ese sentido, aun cuando la elección por determinadas carreras o instituciones implique la posesión de un capital que garantice esta “inversión” monetaria (como la migración interna, por ejemplo) que no todas sus familias fueron capaces de solventar, en el caso de esta última

entrevistada, su elección se encuentra en las antípodas porque elegir una carrera universitaria implicó una doble carga para ella, dado que fue una experiencia en la cual debió dividir el uso de su tiempo diario entre estudiar y trabajar en simultáneo.

Entonces, la elección por estudiar no sólo implica cumplir con los requisitos de la dinámica y las exigencias de la vida universitaria, sino que, en otros casos, se enmarca en relación a las posibilidades de conseguir un empleo en el cual puedan tener cierta flexibilidad horaria que permita tener tiempo para estudiar, para ir a clases y en donde se otorguen permisos para ausentarse en días de examen, etc. De modo que, en el caso de la experiencia de esta entrevistada ante su elección convertirse en profesionista, no sólo implicó una aspiración personal, sino que se convirtió en el motor que tuvo para no transitar la adultez en condiciones materiales similares a las que tuvieron su padre y su madre.

3.2.2.3. La experiencia como profesionista

La descripción realizada de las trayectorias escolares o académicas y la forma en que estas entrevistadas llegaron a relacionarse con su trayectoria escolar, da lugar a pensar que la decisión de formarse para ejercer determinada profesión, va más allá de otorgarle un sentido o enmarque que implica la posibilidad de gestar acciones que les permitan tomar decisiones por fuera la influencia de la metonimia mujer/madre (Moncó, 2009) y poder acceder a otras formas de relacionarse y experimentar en la sociedad y la cultura en las que hoy se encuentran.

De este modo, en los siguientes fragmentos se puede vislumbrar que el camino recorrido en el mercado laboral hasta llegar a conseguir su ocupación actual, estuvo netamente signado por su formación universitaria:

(...) comencé trabajando con un artista plástico, en la parte de curaduría en un museo

(...) como ya estaba harta, “metí” currículums en la bolsa de trabajo [de la escuela donde estudié], y me salió en esta casa de subastas. En la parte de arte decorativo, [luego] se abrió la posibilidad de entrar al departamento de arte moderno como valuatora y ya, entré y me quedé ahí (...) hace un año, me dijeron que me hiciera cargo

del departamento. Lo que implica más “chamba”, pero también más dinero y más formación. Conseguí muy buen lugar ahorita (Dn., 30 años).

(...) Cuando ya estaba por terminar la licenciatura empecé a trabajar de ayudante de un profesor y eso me hizo conectarme con otro más y ya después... una amiga me dijo que en un centro de investigaciones necesitaban ayudantes para un proyecto de investigación... y fui, me entrevistaron y quedé. Luego hice simultáneamente tres trabajos mientras terminaba mis materias de licenciatura y... así terminé (Ad., 34 años).

(...) “luego luego” de terminar la carrera, comencé a trabajar en una empresa (...) entré en el área de soporte, luego en el área de programación y ya me gané el puesto de líder. Como que fui... probando diferentes roles (Sn., 38 años).

Como se puede distinguir en estos testimonios, llegar a conseguir un tipo de empleo particular o específico, al formarse profesionalmente, pareciera no haber sido problemático para cada una de ellas, dado que han logrado ingresar a un área específica incluso antes de titularse. En este sentido, tanto aquellas que se han diferenciado en la adultez de la experiencia de su padre y madre al consolidar su carrera profesional y superar la situación económica de su familia, así como las que lograron reproducir o ampliar un estatus socio-económico, todas concuerdan en un punto específico aunque lo afirmen en distintos términos: cada una concibe que, tener una carrera profesional, les ha permitido no sólo poder proyectar su futuro como profesionistas dando lugar a diversas modificaciones en su base experiencial, sino que ello también les ha permitido fabricar nuevos MRP para desenvolverse en su experiencia cotidiana como mujeres.

Por lo tanto, en estas experiencias es posible advertir que su trabajo o profesión les provee cierta previsibilidad para planificar su futuro como mujer, como profesional, en su vínculo amoroso:

(...) terminando la maestría hice el examen para seguir en la escuela donde estaba y me aceptaron. Pero, el día que me llegó el correo, me di cuenta que no quería seguir con eso. Entonces, yo ya había estado trabajando antes “como de asignatura” en este lugar de ahora en la prepa (...) me dieron una plaza de tiempo completo (...) me encanta mi trabajo, así que no lo hubiera pospuesto por el doctorado. Tengo posibilidades de crecer en esta institución (Sr., 32 años).

En este sentido, al lograr la independencia económica y una carrera profesional en el mercado de trabajo, ejercer una profesión ha implicado una reconfiguración en su modo de traducir la vida cotidiana como mujer e, incluso, como hija al transitar su devenir cotidiano desde su condición de mujer profesionalista, es posible proponer que la profesión se convierte en una dimensión relevante a la hora de gestar elecciones o acciones que no se condigan con aquello estipulado o dispuesto en la maternidad tradicional, dado que aun hoy continúan proyectando crecer a nivel profesional sin importar en qué medida, para gran parte de sus personas cercanas, ello atrasa o interrumpe su deber de ser madre.

La reconversión de la forma de actuar e implicar cierta previsibilidad en diversas situaciones, no sólo se reduce a una capacidad de acción ante la incertidumbre a la que el futuro desafía a cada individuo, sino que se extiende al presente inmediato, dado que la formación académica modifica y complejiza la base de la experiencia, a la vez que y trasforma la interpretación de ciertas vivencias que traducen el horizonte de expectativas que se ve reflejado en el margen de acción individual.

Este tipo de vivencias, experiencias y cambios en la trayectoria de vida permiten identificar los sentidos subjetivos, la reconfiguración de la capacidad de un individuo o persona para materializar acciones simbólicas. De este modo, ser profesionalista no es una experiencia sin más o rutinaria, sino que para muchas mujeres (e incluso varones) consiste en un elemento que les permite insertarse o relacionarse con el mercado de trabajo desde una óptica que tiene estrecha relación con la posibilidad de planificar por su cuenta el futuro no sólo como trabajadora, sino también como mujer y, con ello, llegar a tomar ciertas decisiones frente a aquel destino como mujer adulta anclado en la maternidad tradicional.

En este sentido, en los ejemplos se pudo entrever que, la posibilidad de haber accedido a la formación en el nivel superior, en ningún caso implicó que todas ellas se apegaran a una forma idéntica de trayectoria y transición del campo académico al mercado laboral, ya que, muchas de ellas continuaron realizando sus estudios en la academia mientras otras debieron o decidieron insertarse en el mercado laboral al salir de “la escuela” o realizar dichas trayectorias en paralelo. Entonces, mientras algunas interpretaron que su experiencia en la academia había terminado al acabar su licenciatura o maestría, otras buscan o buscaron doctorarse.

Por último, si algunas quisieron ser profesionistas para llegar a reproducir una experiencia familiar y replicar un determinado bienestar o al enmarcar que la estabilidad laboral y económica de ejercer una profesión les provee la posibilidad de tener previsión y proyección a futuro en su vida al interpretarla como un motor de movilidad social, en su mayoría, cada una de las entrevistadas advierte que esta profesión les permitió concretar determinada aspiración a futuro.

3.3. Conclusión: la transformación de los esquemas interpretativos

La confluencia de cambios y vivencias que llevaron a cada una de ellas a proyectar su futuro sin tener que atravesar el día a día con su familia, no siempre tuvo los desenlaces previstos. Distintos ejemplos permitieron advertir que salir del hogar implica más que tomar esa decisión, dado que la ruptura con la tutela familiar muchas veces depende más de un proceso de negociación entre la proyección personal de su futuro y las expectativas que otros y otras han *puesto* no sólo sobre este futuro, sino también en cómo debe llevarlo a cabo.

Sin embargo, aun cuando muchas de las entrevistadas han salido de su hogar sin reparar en la interpretación familiar de su elección, lograron realizarlo debido a que la independencia económica les permitió tomar su camino y no realizar algún tipo de una negociación con su familia, en algunos casos se pudo observar que, tanto la independencia económica de la familia como el haberse titulado en una carrera universitaria, no se consolidan como dos eventos o puntos de inflexión que necesariamente dan lugar a una ruptura con la influencia del sistema de creencias, sino que debieron negociar con sus familia la salida del seno doméstico.

Como se puede advertir en un primer momento, la forma en que experimentan su ingreso al mercado laboral, poco o nada se condice con las experiencias de sus madres que se desarrollaron en el capítulo anterior. Razón por la cual, así como a lo largo del segundo capítulo se planteó que

pervive una división sexuada del mercado de trabajo que se condice con una limitante basada en ciertos valores tradicionales que pujan para la mujer no “salga del hogar”, la experiencia de estas mujeres, al haberse convertido en profesionistas, pareciera ampliar el horizonte de expectativas que puede tener una mujer frente a la imposición del deber ser y la maternidad tradicional.

Por otro lado, mientras para algunas la salida del hogar implicaría una reconfiguración de la tutela familiar, por el hecho que implicó reforzar la dependencia económica con su familia para realizar los estudios superiores en la Ciudad de México, para otras, el “permiso” de salida lo obtuvieron tiempo después de haber terminado su formación universitaria y haber adquirido la independencia económica, dado que este “permiso” sería otorgado a la pareja luego de negociar con sus familias la petición de convivir.

Sin embargo, ello no quita que el análisis de las formas y tiempos en los que han salido del seno doméstico y/o han elegido estudiar sea un factor relevante para esta investigación, dado que se ha podido vislumbrar la forma en que ambas experiencias, de forma relativa, les han posibilitado vulnerar y/o modificar los esquemas interpretativos configurados en su hogar y así poder hacer otros “usos” o fabricar nuevos MRP. En este sentido, este proceso de experiencias internas, externas y negativas, de una forma u otra, dio lugar a un modo de interpretar la vida cotidiana que ya no se realizaba en los términos que promovían los valores y prácticas “tradicionales”. Motivo por el cual, comenzarían a tomar elecciones que, al encontrarse en detrimento la influencia de estos valores, las fueron alejando de un futuro en el cual sólo se propone la maternidad como elemento de realización como mujeres. Incluso, dándoles cierto margen de acción para llegar a sostener esa decisión a sus más de treinta años.

En otro orden, las formas de relación con la profesión en su vida han permitido vislumbrar una transición entre su margen de acción previo a los estudios y el actual. Aun así, tal como sucedía en el capítulo anterior, la elección de la profesión no siempre es interpretada como un elemento positivo en la vida de estas mujeres por parte de su familia. Mientras, por otro lado, algunas gozaron de la oportunidad no sólo de tener como ejemplo la trayectoria profesional de alguno/a de sus familiares⁴¹ y, por ello, llegar a enmarcar otras formas de ser mujer o de relacionarse con la maternidad, sino que sus madres y sus padres también esperaban que ella continuase su misma trayectoria escolar o, incluso, que pudiera llegar a formarse para tener mayores oportunidades que

⁴¹ Como puede advertirse en el cuadro descriptivo en el Anexo N° 2, solamente una de las madres de estas entrevistadas ha logrado alcanzar.

ellos, lo cual los y las impulsó a promover o apoyar esta decisión. Así, sea cual sea que haya sido la postura de su familia, todas ellas lograron finalizar (al menos) sus estudios de licenciatura, dando lugar a una proyección como profesional en un área específica que les permite no sólo interpretar la vida cotidiana de otra forma sino poder proyectar un futuro en dicha profesión.

Por último, en el siguiente capítulo se podrá advertir cómo distintos elementos que incidieron en su experiencia como y formarían parte de este proceso de modificación de la base experiencial, también se materializa o se pone en juego a la hora que ellas deben enfrentarse a la situación de responder y responderse la pregunta “¿quiero ser madre?”. Particularmente, porque es una de las dimensiones que constituye la base de la experiencia presente desde la cual eligen frente a la maternidad, dado que en esta elección no sólo influyen aquellas experiencias internas y externas del pasado, sino también la forma en que hacen uso de ciertos MRP en su interacción frente a otras personas que enmarcan su condición mujer profesionalista, en pareja y no habiendo sido madres en una etapa avanzada de su edad reproductiva.

CAPÍTULO IV: EL ENMARQUE PRESENTE DE LA MATERNIDAD

Tenemos que actuar, en todos los momentos de la vida, de acuerdo a nuestro modo de ver y de pensar, de manera que los reproches o las críticas de otra gente encuentren a nuestra individualidad protegida por los más sanos conceptos de responsabilidad y libertad en una muralla sólida que haga fracasar a esos ataques. Por eso debemos ser consecuentes con nuestras ideas.

América Scarfó⁴²

Si en el segundo y el tercer capítulo se intentó vislumbrar la forma en que fue transformándose su base de la experiencia presente a partir de ciertas vivencias organizadas en dos dimensiones, en este último capítulo se busca indagar la forma en que esa totalidad cambiante (que es la base de la experiencia), se organiza de forma desgranada para dar lugar a la acción ante una situación particular: las formas en que las mujeres entrevistadas enmarcan a la maternidad al argumentar su elección frente a ella y cómo entienden la relación entre su condición de no madre y lo estipulado en la maternidad tradicional.

Para desarrollarlo, en el primer apartado se han dispuesto tres formas de elección posible según lo que han narrado las entrevistadas. La primera de ellas, remite a cómo los argumentos o razones de su condición de no madre, dan indicios sobre que no han tomado ningún tipo de elección frente a la maternidad o, al menos, que su decisión sobre la maternidad se torna ambigua en su testimonio. Particularmente, en este apartado se buscará vislumbrar cómo dos de las trece entrevistadas, si bien en un primer momento alegan no querer madres, a lo largo de la entrevista fueron dando argumentos que ponen en duda su primer dictamen. Es por ello que en el análisis de sus testimonios se buscará identificar cómo se ponen en juego no sólo acciones y hechos, sino

⁴² Extracto de carta escrita a Émile Armand publicada el 20/01/1929 en el periódico *L'en dehors*. Recuperado en: <https://periodicoelsolacrata.wordpress.com/2012/05/04/america-scarfo-carta-a-emile-armand/>

cómo estas mujeres también dan lugar a la proyección de un futuro en el cual parecieran no descartar que puedan llegar a experimentar sentimientos o pensamientos que “desborden” su enmarque frente a todo lo que implica ser y convertirse en madre.

En segundo lugar, se han dispuesto los testimonios de aquellas profesionistas que eligieron postergar la primera maternidad. Los mismos, han sido organizados en base al peso que tienen las proyecciones sobre su futuro como mujeres, como profesionistas y como parte de un vínculo amoroso en esta elección. En este sub-apartado, se indaga en el proceso de experiencia interna y externa a través del cual fueron re-enmarcando ciertas situaciones en las cuales interactuaron frente a la maternidad tradicional. El mismo, puede ser entendido como un proceso individual, analizando cómo interpretan su relación con las y los infantes: asumiéndose como una mujer “niñera” toda su vida o a partir de una experiencia negativa al emerger sentimientos o pensamientos a los niños y niñas que nunca antes habían experimentado. Por otro lado, también interesa distinguir la forma en que han tomado esta elección junto a sus parejas y/o las formas en que sus parejas inciden en dicha postergación. En un tercer momento, en este apartado se analizan los testimonios de aquellas entrevistadas que han dado la última respuesta identificada: han elegido no ser madres. El análisis de esta elección sigue el mismo patrón utilizado en el sub-apartado anterior: sus argumentos, el proceso de experiencia de la elección, las formas de relación entre su elección y su pareja.

En otro orden, el segundo apartado de este capítulo se encuentra compuesto por tres partes. En primer lugar, se buscará vislumbrar cómo las personas que forman parte de sus redes reaccionan al momento de entrar en conocimiento de su condición de no madre como de su elección o indecisión sobre ella, buscando identificar en los testimonios ciertos indicios de cómo la comunicación de sus elecciones y (particularmente) su condición de no madre, llegan a ser interpretadas por otras y otros desde un MRP específico que da lugar a acciones y formas de interacción diversas. Por lo tanto, interesa ver no sólo cómo se da un apoyo o acompañamiento a su elección, sino también tratar de identificar cómo los esquemas interpretativos se encuentran fuertemente condicionados por la tradición selectiva al entrever cómo se las cuestiona.

Entonces, dado que interesa distinguir cómo las redes enmarcan su elección, importa distinguir tanto las formas en que sucede (contextos, situaciones, etc.) como las acciones y formas de violencia que llegan a transformarse en experiencias (en términos de que no es una vivencia) mayoritariamente dependiendo quién sea la persona o personas que realicen este tipo de comentarios, sugerencias, críticas, etc.: mientras ciertas personas apoyan su elección, para otros se

convierte en la anátoma fundamental, porque se interpreta como una fabricación de un nuevo marco a partir del cual no asumen un mandato natural o de género.

El tercer punto de este apartado tiene por fin identificar una cuestión que ha surgido a lo largo de las entrevistas y no ha sido encontrada en la revisión de la literatura: la forma en que el inicio del período del reloj biológico se torna una experiencia capaz de modificar los esquemas interpretativos. Cuestión que resulta relevante para el análisis, porque permite vislumbrar cómo esta experiencia interna ligada a un pensamiento o un sentimiento que emerge ante el límite etario para poder gestar y embarazarse en condiciones óptimas (los cuarenta años), para algunas de las entrevistadas se torna en una experiencia ligadas a las emociones o sentimientos que las lleva a poner en duda su elección o que su elección se *ajuste* a estas determinantes biológicas.

4.1. La elección frente a la maternidad

Se ha optado por organizar la división de la información recolectada a partir de tres respuestas obtenidas sobre la forma que actúan y eligen frente a la maternidad ya citadas. Para desarrollarlo, mientras el análisis de las entrevistas de aquellas **indecisas** sobre su elección frente a la maternidad intenta mostrar cómo ello se convierte en un proceso conflictivo al vislumbrar contradicciones en su argumento, en el caso de las entrevistadas que están **postergando** la maternidad, su análisis se ha subdividido en tres ejes: en un principio, se indagan los argumentos que ellas otorgan a sus de las elecciones o indecisiones, en un segundo momento se analiza el relato sobre el proceso de experiencia que las llevó a enmarcar la maternidad de la forma en que lo hacen y, por último, se indaga qué es lo que interpretan o negocian con sus parejas al momento en que ellas comunican o debaten qué eligen frente a la maternidad. Por su parte, la organización de los testimonios de las mujeres que han decidido **no ser madres** se realiza también en tres ejes: si su elección se debe más al rechazo de la identidad de madre o de ejercer el rol de madrespasa, la influencia de la literatura feminista en la elección y el papel que juega su pareja en su decisión.

4.1.1. Profesionistas indecisas ante la maternidad

Como se ha desarrollado a lo largo de esta tesis, las formas en que una mujer elige o se decide frente a la maternidad, no necesariamente es efecto de un mecanismo estructural o de un (supuesto)

instinto materno innato que cada una lleva consigo desde su nacimiento, sino que esta elección es producto del enmarque de una situación futura que se basa en una yuxtaposición de marcos que permiten proyectar cómo su vida cotidiana cambiaría o cambiase al tomar esa elección. En este sentido, dos de las profesionistas entrevistadas parecieran haber atravesado una serie de experiencias a partir de las cuales interpretan que la maternidad no sería parte de su futuro:

Porque en mi familia ya lo saben que no quiero. Saben que yo tengo muchísimas razones para no tener. O sea que, imagínate acerca de “educar a un chamaco”. No, no. Ay, es mucho caos, mucho “pedo”. No quiero (Ad., 34 años).

(...) como que no lo tengo en un proyecto de corto plazo. Como que tener hijos no está en mis planes (...) y no quiero, porque ni siquiera siento como... no tengo una necesidad “imperiosa” de ser mamá (Az., 36 años).

Al momento de ser consultadas sobre cuál es su decisión frente a la maternidad y por qué creen que no han decidido ser madres, ambas respondieron que convertirse en madres no era parte de sus aspiraciones o intereses en el corto o largo plazo, debido a que “no está en sus planes” querer “educar a un chamaco”. Por lo cual, a partir de los argumentos que brindan, podría interpretarse que estas mujeres habrían elegido que no serían madres al momento de ser entrevistadas.

Sin embargo, en el desarrollo de la entrevista, estas dos profesionistas fueron dando indicios que, su enmarque actual de la maternidad, no implicaba que su elección por no ser madres fuese producto de una experiencia que conllevara una ruptura con toda proyección frente a la maternidad, sino que, ellas reparan más en el carácter relacional de la experiencia que llegar a enmarcarlo dentro de una situación en la que, aquello citado, no fuera un producto de una elección inmutable o una última palabra:

(...) ¿niños? No. Pero, tengo un plan. Aunque, no sé. Yo digo que no quiero, pero quien dice que no quiero es mi “yo racional”. Dicen... por ahí cuentan... que de repente (mientras golpea con un nudillo la mesa) el instinto maternal te llama a la puerta (...)

Dice la gente (...) que, por ahí, llega la edad que te agarra y los tienes. Como que te dicen “oye, ¿dices que no quieres tener hijos? Ah, eso es ‘ahorita’. Pero espérate que vas a querer”. No sé, como que son necesidades de reproducción de la especie que están ancladas en nuestro cerebro primitivo. Como que es una cosa que no podemos controlar. Como querer no digerir (Ad, 34 años).

(...) no sé. Tampoco lo había pensado bien. Cuando me mandaste, así como el... como lo que más o menos es lo que querías que platiemos, me he quedado pensando mucho en eso en la semana. Como que me di cuenta que no lo había pensado y se convirtió en un... dije “uy, tema para hablar con mi terapeuta” (risas). Sí, la verdad, porque por muchos momentos sé que no quiero ser madre, lo sé... pero también... no sé (risas). Sí... es que me di cuenta que, a veces, también me quedo mirando y diciendo “¿qué pedo? ¿será que quiero?” (Az., 36 años).

En este sentido, es posible interpretar una suerte de contradicción en estos fragmentos que permiten poner en cuestión el argumento que en un primer momento alegaron a su elección. Dado que, si bien en un principio propusieron que no quieren ser madres, a su vez, se vislumbra que dejan abierta la posibilidad a ser madre en algún momento. Sobre todo, porque creen que, así como se dio una experiencia externa al conocer que otras mujeres llegaron a experimentar a una vivencia que desata una emoción o sentimiento que puede entenderse como el instinto maternal (Badinter, 1980), dan lugar a que puedan llegar a experimentarlo sin que sea premeditado o intencional.

Entonces, si bien pareciera que de forma inconsciente estas dos profesionistas contradijeron en varios pasajes los argumentos sobre su elección de no querer ser madres, en los enmarques que realizan sobre la maternidad es posible advertir una suerte juego entre los elementos que hacen a los distintos marcos de referencia desde los cuales interpretan la relación que tienen con la maternidad. Donde, no es que haya una vulneración de marcos de referencia primarios específicos desde los cuales se traducen los posibles efectos que tuviera la maternidad en sus vidas, sino que, en la yuxtaposición de marcos que actúan al momento de afrontar la pregunta, se pueden identificar

elementos contradictorios que guían la acción verbal, pero distorsionan la acción que permitiera tomar la decisión de no ser madres o plantearse de manera *consciente* si ser o no ser.

Contradicción que posiblemente no resida sólo en el enmarque que ellas realizan de dicha elección o proyección futura, sino que da lugar a pensar que la acción de otros y otras frente a lo que ellas interpretan sobre su situación y sobre lo que están eligiendo, está incidiendo en la toma de decisión. Motivo por el cual, si en capítulos anteriores se advertía el modo o las formas en que la tradición selectiva (Williams, 2000) condiciona el margen de acción de cada persona y parte de la literatura propuso que se legitimar una equivalencia entre ser mujer y ser madre u objetivar la identidad femenina a partir de su capacidad reproductiva, aquí es posible vislumbrar que estos condicionamientos no se gestan en superestructuras o en el mundo de las ideas, sino a través de la acción de las y los individuos:

Creo que es su familia. Pero también creo que en todo el [varón] mexicano está arraigado eso de deber tener una familia. Sobre todo, una familia grande o una familia unida. No sé. Eso es una. Y su familia, no sé si es una familia grande (...) Todos sus hermanos tienen hijos (...) Eso de que él quiere, es más su necesidad emocional de [tener] una familia ¿no? Pero, cuando hablas con él conscientemente, digamos: le das razones, porqués, argumentos, él está totalmente consciente que los hijos no deberían estar en su futuro. Pero, cuando “habla su necesidad emocional”, se le haría lindo tenerlo, quizás (Ad, 34 años).

Testimonios como este, pueden resultar sugerentes para pensar que estas mujeres postergan o deciden no ser madres por una imposición de su pareja, lo cual, a su vez, no sólo implica una forma de violencia de género, sino que se advierte como una acción que tiene la capacidad de generar vulnerabilidad en el uso de distintos MRP por parte de las entrevistadas, que da lugar a que surjan dudas sobre su elección y sobre las formas en que hacen uso de ciertos marcos ante la situación en la cual la maternidad emerge como una proyección a futuro y las implicancias y/o beneficios que tendría para su experiencia como mujer, como hija y como profesionista.

A su vez, en este último fragmento, emergen dos elementos que forman parte o componen la experiencia en el sentido williamsiano y permiten reafirmar su uso como categoría de análisis:

en la base experiencial no se alojan solamente vivencias y formas de hacer, sino también vivencias que desplieguen o generen emociones que, muchas veces, tienen la misma capacidad que las acciones para transformar, influir y/o condicionar las formas en que se interpreta y actúa frente una determinada situación. Así, tal como lo planteaba una de estas entrevistadas, ninguna elección ni ningún sentimiento es eterno o pervive inmutable, sino que ciertas vivencias o hechos que parecieran no tener efectos sobre la base de la experiencia, en ciertas ocasiones, pueden llegar a modificar su enmarque previo.

Por otro lado, la indiferencia frente a ciertas situaciones en la actualidad, puede ser producto o estar fuertemente condicionada por las interacciones en las que esta elección emerge, tal como sería en una plática frente a su pareja o por lo que ellas interpretan sobre la forma en que su pareja interpreta la maternidad en el futuro de la pareja en el corto o mediano plazo. Entonces, el hecho de tener conocimiento o haber experimentado situaciones en las que él (su pareja) ha tenido “sentimientos” o ha proyectado su futuro como padre, se convierten en eventos en los cuales ellas son interpeladas y se produce una desorientación momentánea (no una experiencia negativa) del uso de un MRP específico:

(...) sí, me lo ha planteado. Ajá, lo hemos platicado mucho, muchísimo diría. Porque yo se lo he planteado. Va, es lo que le planteo a cada pareja antes de “empezar a andar en serio”. Y él me dijo que tampoco quería. Pero, de repente, le fueron “saliendo las ganas” de tener hijos. Sobre todo, con comentarios como “ay, estaría lindo ¿no? Tener un niño”. Pero, no sé (...) Pero, sí. Puede ser que en algún momento aparece como parte mis necesidades (...) si el instinto es tal y me gana (Ad., 34 años).

Como puede advertirse en este fragmento, en muchas ocasiones, la indecisión sobre qué elegir ante la maternidad está condicionada más por la lógica propia del proceso de experiencia interna que por una experiencia originaria o un shock por el cual transformar todo esquema interpretativo posible que dé lugar a un enmarque de todas las implicancias que tendría convertirse en madre (pensando en que su elección sea a largo plazo). A su vez, estos ejemplos dan cuenta de la posibilidad de que, esta indecisión, pueda no ser entendida como el producto de un proceso de experiencia individual, sino como el producto de un engaño generado por el uso de un nuevo marco

de referencia primario que su pareja ha fabricado de forma inicua (Goffman, 2006) y ella no tiene conocimiento de ello.

Aun así, este proceso y el uso de los MRP no dejan de estar condicionados por el efecto de los valores tradicionales en muchas de las acciones que ellas han nombrado (como la “necesidad” de una familia grande y unida). Sobre todo, porque la influencia de la maternidad tradicional y el argumento adscripto al instinto innato que, si no nace con ellas, en algún momento “toca a la puerta”, son efectos o productos de enmarques que, aun cuando parecieran no ser propios de ellas, los convierten en una posibilidad y no dan clausura a esta elección. Posiblemente, ello se deba a que, en su experiencia de vida han interactuado con otras mujeres (sean o no cercanas) que han experimentado esta misma emoción o sentimiento, lo que ha producido la transformación o reconfiguración de su base experiencial y, así, han revertido su sentencia frente a la elección que habrían tomado de no querer ser madres.

4.1.2. Profesionistas que deciden postergar la maternidad

4.1.2.1 Las razones de la postergación

A diferencia del apartado anterior, de entre las trece profesionistas entrevistadas, seis de ellas han decidido postergar su primera maternidad. Empero, si bien las razones o argumentos a partir de los cuales han tomado su decisión se diversifican entre sí, se ha optado por dividir los argumentos de su decisión según dos eventos ligados a un proceso de experiencia interna (Williams, 2000). Particularmente, porque cada una de ellas concuerda en que postergar la elección de convertirse en madre se debe a un enmarque de su situación material y emocional (el vínculo amoroso con su pareja) que, en relación a situaciones con las que han experimentado en el pasado, pareciera no estar siendo la “ideal” para llevar a cabo dicha elección:

(...) me dan ganas de tener esa experiencia... o ver como... que piensas en “esa personita que va a ser” o piensas en tener esa fusión entre tú y la persona que amas desde mucho tiempo ¿no? Como que te quedas pensando cómo sería eso ¿no? (...) Pero ya, es como que siento... más en ser profesional, en viajar, en disfrutar, en disfrutarte ¿no? (...) [Y] es que ahorita me voy a hacer una especialización a Canadá,

a Toronto. Bueno, son dos cosas las que voy a aprender. Porque parte de mi “atraso” con mi profesión es que yo no tengo dominio del inglés (Ed., 31 años).

(...) yo no quiero tener hijos para darles amor, sino que es como... tener hijos para yo sentir ese gran amor que te dan. En ese sentido. Y creo que, como experiencia, es... creo que también es eso de dárselo a la otra persona, lo veo más del lado de yo recibirlo (...) [pero] primero estoy yo, y lo que yo quiero antes de hacerlo (...) porque siento que tengo tantas cosas por hacer: quiero especializarme más, hacer un doctorado, tal vez fuera del país (Cl., 38 años).

Estos argumentos posiblemente puedan ser enmarcados por otras personas como una decisión egoísta (Zicavo, 2013) que están tomando al decir “primero estoy yo”. Entonces, en esta yuxtaposición de MRP en la cual la jerarquización de su uso aún se encuentra condicionada por la influencia que los valores tradicionales, estas mujeres eligen otro camino frente a la maternidad que no se condice con la maternidad tradicional, dado que, en su enmarque de la situación o el momento de su vida que se encuentran atravesando, no hacen reparos en poner su subjetividad y sus objetivos individuales “antes” que los intereses de la especie (Beauvoir, 1975) y cumplir su deber de ser madre (Muñiz Gallardo y Ramos Tovar, 2017).

En todo caso, si en capítulos anteriores se indagaba la forma en que distintas vivencias fueron dando lugar a una serie de experiencias internas y externas de su subjetividad como mujeres y como hijas que inciden en el uso de los marcos de referencia primarios, el hecho que logren tomar elecciones que se escinden de los parámetros de la maternidad tradicional y aquellos MRP a partir de los cuales sus familias reproducen la legitimidad de la metonimia mujer/madre (Moncó, 2009), posiblemente se deba a las experiencias previas y las actuales junto a su pareja.

Cuestión que interesa porque, al enmarcar como una prioridad su carrera profesional y sus intereses, en el modo en que su experiencia tiene como producto la elección de postergar la maternidad, reside un punto relevante de esta categoría: distintas trayectorias de experiencia realizadas en distintos lugares, implican valorizar las experiencias propias y compartidas como hechos que tienen como producto que estas mujeres lleguen a interpretar que, si bien quieren ser madres, enmarcan su maternidad junto a una serie de proyectos u objetivos como mujeres y/o como

profesionistas que ellas mismas se han propuesto o proyectado para su futuro y que buscan conquistar previamente a tomar la decisión de frente a la maternidad (Puyana Villamizar y Mosquera Rosero, 2005).

Sin embargo, en los últimos fragmentos es posible vislumbrar la forma en que, en la proyección que hace la entrevistada de su elección futura de “ser madre”, tiene en cuenta todos los aspectos e implicancias que potencialmente conlleva en su propia identidad, subjetividad y vida como profesionales convertirse en madres. Cuestión que ha dado lugar a un enmarque de la maternidad que no es traducida como el producto de un instinto innato que predomina en la jerarquización de MRP, sino que estas entrevistadas, a partir de sus experiencias frente a otras mujeres y (posiblemente) su madre, advierten que elegir la maternidad o convertirse en madre no solamente implica “tener hijos por tener hijos”.

Entonces, dado que han experimentado una serie de situaciones en las que la maternidad tradicional no pareciera ser lo que se profesa, eligen tener hijos y/o hijas “en otro momento” porque, antes de convertirse en madres, prefieren generar las condiciones para afrontar la maternidad y la crianza de los hijos/as bajo sus propios términos y no *guiadas* por un instinto:

Pero hay algo que sí tengo claro, y es que no quiero darle a mi hijo o mis hijos, un bienestar menor al que yo tuve. Entonces, también en parte es eso, el hecho por el que quiero trabajar. No me gustaría que no vivan tan bien como yo siento que he vivido. Por eso es que todavía siento que... tenerlos ahorita... como que es algo que siento que no puedo hacer (Dn., 30 años).

Pero esta postergación no responde solamente a razones o enmarques del orden subjetivo o de realización personal, sino que algunas de ellas plantean que, previamente a tomar la decisión de ser madre y dejar de postergarla, creen que es preciso consolidar su carrera como profesionistas para lograr cierto nivel de ingresos o conseguir cierto empleo que no las lleve a tener que elegir entre ser madre o ser trabajadora. Motivo por el cual, en este último ejemplo, la entrevistada advierte que la principal limitante para concretar su elección es llegar a reproducir o incrementar el estatus socio-económico que tuvo su familia y bajo el cual su padre y madre gestaron las condiciones para su crianza.

Punto que permite vislumbrar que la planificación de la maternidad se da no sólo en términos subjetivos, sino también objetivos. Sobre todo, porque estos “pasos previos” no responden sólo a condiciones o elementos simbólicos, sino que estos están condicionados por ciertos elementos materiales. Entonces, la forma en que se gestan estos “pasos”, parte de la configuración de aquello que cada una de estas mujeres realiza como producto de la interacción o el resultado entre su experiencia interna (como mujer y como profesionista) y su experiencia externa (como hija, como testigo de la experiencia de otras mujeres).

En este sentido, tal como exploya Dn. en el último fragmento recolectado, la concreción de ciertos objetivos que le permitan constituir el sostén material que ella interpreta como el que enmarca el escenario adecuado para llegar a tomar la decisión sobre ser madre. Así, busca generar todas las condiciones objetivas y subjetivas que posibiliten que la experiencia de vida no sea alterada o distorsionada en su totalidad por el posible desenlace que tenga la maternidad en su vida cotidiana, como mujer y como profesionista.

Por otro lado, el modo en que se llega a priorizar o agenciar intereses propios ante el deber de ser madre, refleja que no siempre se prioriza netamente “lo material” o aquellas experiencias que inciden en la identidad de la persona son producto de un proceso de individualización detonado por la adquisición de cierto estatus socioeconómico y una posición en el mercado laboral (Montilva, 2008), sino que es producto de ciertos procesos que se gestan en dos dimensiones de la experiencia, que en muchas ocasiones convergen con las prioridades o proyecciones que tienen ella y su pareja para su vínculo amoroso:

(...) soy yo la que lo está postergando más y más. O sea, sí lo quiero, pero no sé cuándo. Pero ahora, en las condiciones en las que estamos, siento que estamos bien solos. Creo que también, la idea es que estamos construyendo las condiciones para tenerlos. Como que sentimos la necesidad de preparar las cosas para ya ser una familia y tener “otro integrante” (Ir., 33 años).

(...) ya habíamos decidido que no “nos íbamos a embarazar luego luego” [después de la boda]. Pero ya, ese “luego luego”, se fue extendiendo (...) Ya, el año pasado nos decidimos que sí, que sí queremos tener un hijo. Pero, siempre y cuando, todo

“fluyera”. Porque tampoco queremos obsesionarnos (...) Haz de cuenta que... como lo que te decía, como que sí nos gustaría tener un hijo, pero estamos bien los dos solos. Como que... tampoco lo pensamos de manera así... natural (...) estábamos diciéndonos “oye, mira que nos está yendo bien, en otro momento” (Sn., 38 años).

En estos dos fragmentos, se puede advertir otra experiencia que ha producido la elección por postergar la primera maternidad, la cual puede enmarcarse como el producto de una negociación o una transformación en clave entre ella y su pareja al transformar un MRP específico para actuar frente a la acción que implica elegir, en tanto pareja, tener un hijo o una hija alejándose de lo dispuesto en y por los valores tradicionales de la cultura, al anteponer condiciones a algo que debería surgir de forma *natural*.

Entonces, a diferencia de lo que se ejemplificaba en el apartado anterior, esta transformación en clave entre dos personas que forman un vínculo amoroso, no necesariamente pareciera responder a la concreción de un plazo o meta específica, por lo cual, estas entrevistadas alegan que la situación profesional y/o económica en la cual se encuentran, no favorece a la pareja si llegaran a tomar la decisión de tener un/a tercer/a “integrante”, por lo cual, creen que es preciso “preparar las cosas para ser una familia”.

En otro orden, a partir de lo expresado en los testimonios, es posible distinguir otra cuestión que resulta más que relevante para pensar las relaciones entre el deber de ser madre y las elecciones que han tomado las entrevistadas: aun a sus treinta y ocho años, tanto Sn. como Cl., enmarcan que la gestación a una edad avanzada sin problemas, dado que no pareciera ser una complicación o que su edad sea una presión biológica, social o psicológica que la lleva a cambiar sus proyecciones, porque (posiblemente) interpretan que tienen la capacidad económica para acceder a métodos que les permitan llevar adelante un “embarazo medicalizado” (Malcrida y Boulton, 2012).

Cuestión que se embona con que enmarcan sus “pasos” como mujer y como pareja, no sólo en base al margen de acción que le otorga tener alguien a su lado que piensa o interpreta la maternidad en términos iguales o similares, sino que su experiencia como profesionista y como mujer le ha dado elementos para poder complejizar los usos de los distintos MRP que conllevan su elección frente a la maternidad tradicional.

Sin embargo, a partir de lo que platicaba Sn., también es posible identificar una dimensión relevante de este problema: si bien están generando junto a su pareja las condiciones para tener hijos/as, no se quieren “clavar”, sino que piensan dejar que todo “fluya”, en este fluir, dejan abierta la posibilidad a que la postergación, “ese luego luego”, termine por ser una situación en la cual nunca tomen la decisión de tener hija/s o hijo/s. Entonces, aun cuando postulan estar postergando la maternidad, en su experiencia de vida, el enmarque de su condición de no madres y la concreción de su elección, siempre conlleva una superposición de MRP que, por ser parte de un proceso dinámico, no se agota, sino que podría ir complejizándose.

Por lo tanto, tras esta elección de postergar la maternidad, se puede advertir que, aun cuando estas profesionistas hayan elegido por propia experiencia o negociado junto a su parejas los términos en que ella tomaría la decisión de ser madre, en estas formas de postergar la maternidad, también es posible identificar ciertos encuadres de la situación que no se condicen con la maternidad tradicional como situaciones de índole emocional o material que dan lugar a que, aun cuando ellas hayan argumentado estar generando las condiciones para ser madre, contemplan la posibilidad de que no pueda llegar a concretarse, poniendo cada vez más sospechas sobre la existencia de un instinto maternal innato, porque, en caso de que no suceda, tampoco no llegaría a consolidarse como un evento trágico a nivel subjetivo.

4.1.2.2 El proceso de elección

Si bien se propusieron algunos de los argumentos que estas mujeres otorgan al hecho de elegir postergar su maternidad, durante la entrevista, también fueron consultadas sobre la forma en que dicho proceso de experiencia generó tal producto (Williams, 1985). Porque, si bien en el capítulo segundo se indagó en la forma en que hoy interpretan la experiencia de su madre ejerciendo la maternidad, en el argumento su elección, incluyen distintas vivencias (entre las que se encuentran a aquellas propuestas en capítulo tercero) que fueron complejizando la relación frente al binomio mujer=madre e interpretan a su elección como parte de un proceso y no como un punto de inflexión.

Por lo tanto, en un primer momento, es posible distinguir que, algunas de las entrevistadas que se encuentran postergando la elección por ser madres, postulan que llegaron a experimentar de forma interna y externa diversas vivencias, hechos o situaciones a través de los cuales fueron enmarcando la maternidad como parte de su futuro:

Creo que soy “niñera” no porque sepa qué tengo que hacer o qué no, sino porque me gusta, porque disfruto de la compañía de los niños. No me parece que “lo sufra”. Porque sé que hay mujeres a las que, el ver o cargar un niño, no les despierta nada. No les genera el mismo interés o sentimiento (...) en mi caso sí, me gusta. No sé. Porque por mucho tiempo me pasó lo mismo, de tener esa misma relación con los niños y no tener ganas de tener uno (...) pero que cerca de cumplir los treinta años, fue cuando lo pensé bien. Que sí quería (Ir., 33 años).

(...) creo que... que es algo que te surge a cierta edad. Por eso te digo que, después de los treinta, “me descubrí” observando niños de otra forma. Teniendo sentimientos de ternura con ellos que no tenía antes. Incluso, soportar verlos llorar o soportar “berrinches”. Porque ya pienso que está bien bonito ver crecer a alguien y tú hacer el esfuerzo de tener que darle lo mejor (...) Eso es algo que, a los veintes, yo no lo veía. (...) Tampoco de niña, fui, como le dicen aquí, yo no fui “niñera” (Cl., 38 años).

En el primer fragmento, se puede llegar a advertir que, a pesar de haber sido “niñera” toda su vida, ella no experimentó sentimiento alguno sobre la maternidad en una larga cantidad de años. Sin embargo, “cerca de cumplir los treinta”, tuvo una experiencia al interactuar frente a unos niños que “desbordó” (Goffman, 2006) sus esquemas interpretativos sobre la maternidad que dieron lugar a una reconfiguración de la base experiencia que la llevaron a “pensar bien” el enmarque de la maternidad, llegando a experimentar un sentimiento que antes no había tenido que dio lugar a elegir que sí querría convertirse en madre.

En el otro fragmento, en cambio, la entrevistada ha recorrido un trayecto distinto antes de tener una vivencia que la hiciese experimentar un sentimiento afectuoso hacia los niños y niñas. Donde, si hasta “los veintes” nunca había tenido “sentimientos de ternura” hacia las y los infantes ni se asumía como “niñera”, “después de los treinta”, se “descubrió” a ella misma pensando que sería “bien bonito” llegar a convertirse en madre.

En este sentido, aun cuando ninguna de las dos entrevistadas ha postulado a la maternidad o el querer tener niñas/os como producto de un instinto maternal innato que rija en las emociones o sentidos de toda mujer que la lleve a querer o desear ser madre desde pequeña, así como explicaba Elisabeth Badinter (1980), ello no quita que esta sensación, instinto o deseo hacia la maternidad pueda llegar a emerger y transformar un MRP o el uso del mismo como consecuencia de una “experiencia negativa” (Goffman, 2006).

Sin embargo, lo relevante de estos relatos es que dicho instinto no movilizó sentimiento alguno que la lleve a querer ser madre sin importar las condiciones en las cuales llegaría a convertirse y ejercer la maternidad. A su vez, tal como comenta Ir., la forma en que relatan su experiencia con este sentimiento o pensamiento, da lugar a que discutir que esta implique una sumisión a la maternidad tradicional o que han cambiado de decisión por haber cedido ante un mecanismo estructural, sino que, el sólo hecho de postergar y elegir bajo qué circunstancias van a tomar la decisión de ser madres, implica gestar una relación con la maternidad que se aparta de lo dispuesto en su forma tradicional.

Por otro lado, una entrevistada propone que la maternidad se enmarca como una aspiración u objetivo que deviene de una forma “constante” de enmarcar a la maternidad en su experiencia de vida, dado que desde su niñez ha “sostenido” que, su elección frente a la maternidad, es ser y convertirse en madre:

(...) me di cuenta que quería crecer profesionalmente, viajar un montón, deshacer y hacerla... no sé. “Cagarla” con mi vida y volver a “cagarla” si es preciso (risas). Eso, quiero vivir otras cosas. Ya después veré si tengo o no hijos. Pero sí, ahora sé que siempre quise tener hijos, porque fue una constante en mi vida. Solamente lo he pospuesto. Siempre he sido muy “niñera”. Más bien, te diría que nunca llegué a plantearme no ser mamá (Dn., 38 años).

En este sentido, como puede vislumbrarse en este fragmento, aun cuando las experiencias que tuvo a lo largo de vida no hayan cambiado su parecer, sí llegaron a complejizar o reconfigurar su esquema interpretativo de la maternidad tradicional, dando lugar a la *necesidad de fabricar* un

marco de referencia particular, a partir del cual llegaría a interpretar como forma posible de concretar la maternidad o su deseo de ser madre, dar lugar a ciertas experiencias en su vida.

4.1.2.3 La pareja y la elección de la postergación

Si la experiencia permite ver que la maternidad no tiene se basa en una sola elección, sino que existen formas, modos o circunstancias en las cuales una mujer puede, dependiendo su margen de acción, elegir frente a la maternidad y su gestación, o incluso el fundamento a partir del cual se va modificando que dicha elección, un punto relevante de esta forma de elección, es que todas las entrevistadas que decidieron postergar su maternidad, coinciden en que una dimensión relevante de esta decisión, implica poder elegir a la persona con quién llevar a cabo su decisión.

Entonces, si se ha estado proponiendo que la relación entre la elección y la maternidad tradicional es una cuestión propia de la mujer y que se basa en su experiencia de vida, en los términos en que aquí se ha definido la maternidad⁴³ y en los que la han interpretado las entrevistadas, ser madre no implica sólo elegir serlo, sino que también implica tener una relación con un varón para la gestación del embrión.

Por lo tanto, esta elección o decisión, no se configura sólo a partir de la una experiencia individual, sino que ellas también eligen qué tipo de varón creen conveniente o proyectan como padre de su/s futuro/s hijo/s o hija/s, donde la elección sobre la maternidad es tanto el producto de un proceso que involucra su experiencia de vida, como también una “transformación en clave” (Goffman, 2006), de un MRP negociada junto a su pareja.

De modo que, estas mujeres no solamente se proponen decidir cómo, cuándo y por qué quieren tener hijos/as, sino que también deciden con quién tenerlo/s o tenerla/s. Sobre todo, porque advierten que, ser madre en el momento en el que se encuentran en su vida, generará incertidumbre en el devenir de sus proyectos como mujeres, como profesionistas y en su vínculo amoroso. Particularmente, ello se debe a que, como advierten que la maternidad se identifica con la crianza a cargo de las mujeres (Molina, 2006), ellas intentan o proyectan que, al menos, su pareja no sea quien las fuerce a ello, sino que acompañe su decisión de ejercer la maternidad bajo ciertos parámetros.

⁴³ En los modos en la que aquí se la entiende: como gestación biológica, entre dos personas heterosexuales que buscan formar una familia biparental. Ver introducción.

Sin embargo, aun cuando busquen una pareja acorde a sus decisiones y proyecciones de la maternidad, así como algunas han logrado encontrarlo, este enmarque de la situación tampoco conlleva que la planificación y la elección sobre la maternidad junto a otro individuo que piensa, siente y actúa, tenga siempre las consecuencias previstas por ellas:

(...) porque, de momento, no podemos [tener hijos/as] (...) ¿la neta? Ahorita, está más preocupado en hacerse millonario que en pensar si puede tener hijos (...) También, después de seis años ya conoces un poco a la persona. Y hay cosas que me siento y digo “híjole ¿qué pedo?”. Como que me puse a pensar un montón de cosas últimamente (...) También está, que creo que, para tener un hijo con alguien, tienes que estar muy muy muy bien como pareja. También es eso de que ambos estemos en “ese momento” de estar decididos que queremos tener un hijo (Cl., 38 años).

Así, es posible vislumbrar que, en la configuración idílica que tienen de su futuro como madres, sus acciones a futuro deben ser negociadas con aquella persona con la que (posiblemente) elijan transitar el camino de ser una pareja a ser una familia. Empero, a partir de su experiencia interna como protagonistas o como espectadoras en una familia en la que la maternidad y la relación de sus padres y madres es interpretada como un conflicto, también incide en su elección bajo ciertas condiciones que, idílicamente, les permitirían evitar los desenlaces que han visto reflejados en la maternidad de otra/s mujer/es.

Por lo tanto, si ellas no quieren o desean reproducir aquello que advierten como un elemento fundamental de su experiencia (frente a otra/s ex pareja/s) o la experiencia negativa de otras mujeres (ya sea la de sus madres, la de sus amigas), la experiencia junto a su pareja actual le ha dejado entrever a esta entrevistada que no comparten los mismos enmarcación de una serie de situaciones que implican gestar o *encaminar* la concreción de ciertas condiciones que planificaron para llevar a cabo la elección de ser madre y padre.

Así, a diferencia Sn., Dn. e Ir., tanto Cl. como Ct., a lo largo de entrevista fueron dejando indicios de que su decisión de postergar no residía solamente en aquello que dicen argumentar (sus aspiraciones como mujer), sino también en que su pareja se consolida como una limitante o un condicionamiento a la concreción de su deseo:

Me “rompe” un poco esa situación de que él esté allí y, por ahora, que su único objetivo en la vida esté siendo llegar a millonario antes de los cuarenta. Como que, ahora que lo pienso, dudo mucho que quiera llegar a tener un hijo con él (...) Cuando tenga mis hijos, como en unos cinco años, va a ser con una persona con la que pueda comer todas las tardes. Con un “güey” que pueda estar ahí para sus hijos cuando lo necesiten y darles tiempo de cuidado. Como una familia, por feo que suene, “de calidad”. Una disfuncional, no. Esa ya la tuve (...) Ahora, a la distancia, me percaté que, por más que quiera con toda mi alma tener un hijo, no lo puedes tener con cualquiera. Así, no. Porque, puede ser como me pasó a mí... lo piensas un poco y dices “pobres ‘morros’, con estos padres van a salir bien ‘pinches locos’” (Ct. 31 años).

En este sentido, si la planificación también implica, valga la redundancia, “planificar” con quién tenerlo, ellas han fabricado de forma inicua (Goffman, 2006) otro marco de referencia primario desde el cual interpretan su relación amorosa o el vínculo afectivo con su actual pareja. Donde, a pesar que han argumentado estar postergando la maternidad por otros motivos, la extensión de dicha postergación también es producto de quién es su pareja y cómo han experimentado diversas vivencias en su devenir amoroso con su actual pareja.

Por lo tanto, en su experiencia amorosa, estas dos últimas entrevistadas han vivenciado ciertos hechos, actitudes, emociones, etc., por parte de su pareja que ellas vinculan a un pasado como hijas, como parejas, como espectadoras u oyentes de narraciones, que se consolidan como parte fundamental en su base experiencial presente para tomar ciertas elecciones sobre su futuro, dado que, aquello interpretado como parte de un vínculo amoroso, vulnera el marco transformado en clave junto a su pareja debido a que ha fabricado otro marco de forma inicua en pos de enmarcar su pareja (sin importar si haya “cambiado” ella o lo haya hecho él).

Entonces, así como Sn. e Ir., habían sido capaces de configurar una transformación en clave de un MRP con su pareja a través de la cual negociaban la planificación de su futura familia, en sus testimonios, estas entrevistadas dan indicios para interpretar que, la razón de su postergación, reside más en su interpretación de su pareja actual que por cuestiones de índole subjetivo o material.

En tanto, el proceso de experiencia interna por el cual, aquella interpretación primera o inicial que hicieron de él se fue modificando a partir de la interacción a lo largo de los años, no se reduce a que ellas sean capaces de proyectar cierta forma de agenciar las condiciones por las cuales se convertirán en madres, sino que, por estar ligada a una experiencia individual y colectiva que se caracteriza como dinámica, en muchos casos conlleva una brecha entre lo planeado y lo posible.

Por otro lado, si en uno de los primeros fragmentos citados Ed. relataba que su elección por postergar la maternidad se debe a que aún quiere lograr ciertos objetivos como profesionista, así como sucedió con aquellas entrevistadas indecisas, en el desarrollo de la entrevista fue modificando aquello a lo que aludía las causas de su elección por postergar la primera maternidad:

Pero también, lo que me sigue dejando en “este plano” [postergar la maternidad] es que él no quiere ¿no? Porque sí estaría “padre”, estaría bonito, pero es una decisión de dos ¿no? Y yo no quiero forzarlo a él. No es que quiera ser madre soltera tampoco. Porque, si voy a tener un hijo, quiero tener una pareja que lo anhele y que lo disfrute conmigo también (...) Pues... es que él no quiere y eso “está así”. Pero eso “decimos” ahorita. De hecho, es como que... yo a veces trato de convencerlo y tenemos roces. Por... hará un mes, empezamos a ir a terapia los dos juntos. Porque, justo eso ¿no? Que en una pareja están las diferencias entre lo que quiero yo y lo que quiere él. Entonces, como que... sabemos que sí queremos estar juntos, pero, de pronto, vimos que queríamos hacer un montón de cosas diferentes cada quien (Ed., 31 años).

Entonces, como en otra ocasión ella ha buscado negociar la decisión de tener hijos/as y él continúa eligiendo no tener, ella interpreta que, dada su situación, no busca fabricar un nuevo marco de referencia tal y como lo hicieron algunas de las entrevistadas, sino que da lugar a negociar con su pareja una transformación en clave de este marco de referencia primario a través de otras vías que implican llegar a incluir a una tercera persona mediando en tal negociación.

Como se puede observar, las decisiones y argumentos en que se basa la postergación de la primera maternidad, se diferencian entre sí no sólo por el momento y la forma en que ellas creen conveniente tomar la decisión de convertirse en madres, sino también por el trayecto o experiencia

que las ha llevado a decidirlo de una forma diferenciada o alejada de los pasos estipulados en la maternidad tradicional. Entonces, en estos testimonios fue posible encontrar dos tipos de casos, entre aquellas que han llegado a negociar con su pareja la forma en que se proyectarían la forma y el modo en el cual llegar a ser madres y aquellas que han tomado la decisión de tenerlos, pero sienten o interpretan que su pareja que actual es el principal factor que limita o condiciona la postergación, lo cual se da en dos sentidos: o sienten que él no es la “persona correcta” con quien les gustaría tenerlo o él no quiere y es quien más está condicionando que ellas lo posterguen.

4.1.3 Profesionistas que deciden no ser madres

4.1.3.1 Entre la identidad y el rol de madre

Entre las profesionistas entrevistadas que han decidido no ser madres, es posible identificar dos subgrupos que derivan de la forma en que argumentan su decisión, por lo cual, para organizar el análisis de estas decisiones, la organización se ha basado en dos dimensiones de la categoría de experiencia propuestas por Raymond Williams (1985) que se ha estado utilizando a lo largo de este trabajo: experiencia interna y externa.

En el primero de estos subgrupos es posible ubicar a sola una de las entrevistadas, quien alega que su decisión de no ser madre se basa en que no se siente identificada con una proyección futura ejerciendo la maternidad, porque nunca ha tenido algún tipo de vivencia por la cual haya experimentado cualquier tipo de filiación por aquel sentimiento o deseo que, para ella, incide en que una mujer elija convertirse en madre:

No tengo algún recuerdo de mi infancia o adolescencia en el que recuerde decirme “cuando sea grande voy a tener uno o dos hijos”. No. Tampoco fantasear “quiero ser mamá” o pensar cosas así. Este... no recuerdo... nada. Tampoco me recuerdo platicándolo con mi mamá o con mis parejas. No me ha surgido eso... esa necesidad o ese instinto... o curiosidad. No, a mí no me ha tocado. Yo creo que es eso... nunca he tenido esa curiosidad de ser madre (...) Tener curiosidad de “ver qué pedo” teniendo un bebé, no me parecen razones suficientes para tenerlo o hacerlo (Is., 34 años).

La elección por no ser madre se interpreta como una experiencia en la cual no existe una filiación entre los distintos elementos que hacen a la identidad de madre en su relación a la metonimia mujer/madre y sus deseos o aspiraciones como mujer o la realización personal. Así, si desear ser madre o tomar la decisión de serlo se basa en una sensación que se supone que, de forma innata, surgirá en algún momento de la vida de cada mujer, ella advierte que a sus treinta y cuatro años no ha experimentado dicho evento. Incluso, aun cuando no haya tenido ningún tipo de vivencia que tuviese como producto llegar a enmarcar esta relación y decidir ser madre, tampoco cree pertinente experimentar la maternidad para saciar su “curiosidad” o aventurarse a “ver qué pedo teniendo un bebé” por más que sea lo que se profese o intente imponer desde la maternidad tradicional.

Entonces, si las narraciones de otras entrevistadas permitieron vislumbrar que el hecho que emerjan sentimientos maternales hacia las niñas y niños parte de un proceso experiencial ligado a las emociones y pensamientos, quedar embarazada y atreverse a que el proceso de gestación y/o crianza fueren la emergencia de un instinto maternal que permita saciar una “curiosidad”, no llegan a producir un esquema interpretativo desde el cual se produzca la elección de ser madre y transformar su vida para esta entrevistada.

Por otro lado, se encuentran los testimonios de las entrevistadas que argumentan que su elección de no ser madre se entiende como el producto de un juego o interacción entre la experiencia interna y la experiencia externa. A diferencia de la entrevistada anterior, para este grupo de mujeres que no quiere ser madres, el motor inductor de su elección se encuentra en la experiencia externa y aquellas experiencias ajenas con las que han llegado a interactuar y no aquello que han experimentado como protagonistas o espectadoras.

En este sentido, estas cuatro mujeres no hacen alusión alguna a que su elección sea tal por no haber tenido algún tipo de relación con sentimientos que hacen podrían incluirse como parte de un instinto maternal, por el contrario, alegan que la maternidad se convierte en una limitante de su proyecto de vida, porque identifican en ella el inicio de una ruptura con la subjetividad femenina, particularmente a iniciado al momento en que se produce (inevitablemente) la imposición o asunción de la total responsabilidad del trabajo reproductivo (Espino, 2012):

(...) ahora, es como que ya no [quiero tener hijos]. O sea, me gustan mucho los niños, divierto muchísimo con ellos. Me encantan. Soy “niñera” de todos mis sobrinos, de los

hijos de mis amigas, etc. Y, ponle, si estoy en las comidas me la puedo pasar doblada con ellos [los niños] (Nz., 38 años).

Por lo tanto, a pesar de autoidentificarse como “niñera” y que le guste interactuar o relacionarse con niños y niñas, esta entrevistada no da lugar a que este tipo de sentimiento sea el detonante de elegir ser madre, sino que permite interpretar que la aprehensión o sentimientos por parte de una mujer hacia los niños y niñas, no necesariamente implica que ella esté dando indicios de proyectarse un futuro como madre.

Como se puede vislumbrar, no toda forma de experiencia a partir de la que llega a configurarse esta elección de no ser madre, da lugar a la elección de idénticos marcos de referencia para responder ante las mismas situaciones, sino que el uso y la elección de un MRP del reservorio que es la cultura, permite que haya distancias o diferencias en la interpretación de una situación. En este sentido, Nz. y otra de las cinco profesionistas que no quieren ser o han elegido no ser madres, otorgan a la maternidad un significado diferente al que le otorga Is.: no quieren ser madres porque, en su experiencia como espectadoras de lo que le ha sucedido a algunas de allegadas y/o a su madre, no quieren asumir ni el rol de madrespasa (Lagarde, 2005), ni la totalidad de las responsabilidades que implican los trabajos afectivos y de cuidados.

Por su parte, narran de esta forma el por qué o el argumento central de su rechazo a ser madres:

(...) la verdad que no quiero andar ahí “bien sobres” de un niño ¿no? Pero, yo creo que no es así. Porque cada quien busca poner su energía donde la quiere poner ¿no? (...) prefiero poner mi energía en otras cosas como cumplir un objetivo o lo que sea y no en un hijo (My., 37 años).

(...) a veces admiro muchísimo a las que se “avientan” a tenerlos, porque necesitas tener unos “pantalonzotes pa’ aventarte la chamba”. Y yo no, no quiero. No es algo que me haga falta (...) Es eso, también pienso que no quiero porque mis niveles de ansiedad y de aprehensión no son para tener hijos y seguir con mi trabajo. No es para

mí, no es lo mío. Creo que es una “buena verdadera chamba” que no quiero o no estoy hecha para hacerla (Nz., 38 años).

Como es posible percibir, si los trabajos de cuidados implican “poner su energía” en un niño o niña, ellas argumentan que no tienen la capacidad o los “pantalonzotes” necesarios para ser madre, por el hecho que prefieren “invertir” su energía en un objetivo profesional o algún interés personal que tenga otro tipo de beneficios. Entonces, no eligen ser madres o no quieren la maternidad, porque advierten que esta “chamba” recaería sobre ellas por ser mujeres, posiblemente interponiéndose entre alguno de sus “objetivos”.

De modo que, si las dos advierten que se sienten realizadas como mujeres por la carrera profesional y/o laboral que han construido, por el tipo de vínculo que ella y su pareja han logrado consolidar o porque esta “buena verdadera chamba” se interpreta como una ruptura a futuro con su experiencia de vida y profesional previa a la gestación, puede entenderse a partir de la legitimidad que ocupa la maternidad en el sistema de creencias y/o por la experiencia siendo niñas, dado que no interpretan la existencia de otra forma de ejercer la maternidad que aquella en la que la mujer es quien se responsabiliza de todos los trabajos reproductivos, indistintamente de si tiene un empleo o no. Por lo cual, dado que no serán buenas madres (Villani y Ryan, 1997), eligen no serlo.

Entonces, dado que Nz. no argumenta que su madre haya dejado de ejercer su profesión al momento de tener a ella y a su hermano y que, tras el divorcio con su padre, ella debió asumir la jefatura del hogar continuando siendo la responsable de parte del trabajo doméstico, las razones de elegir no ser madre de algunas entrevistadas, pueden ser entendidas como un intento por rechazar toda aquella responsabilidad que implica convertirse en madre y ejercer la maternidad y no repetir (lo que interpretan que fue) la historia de sus madres.

Por otro lado, si en el primer capítulo se mencionaba que una de las dimensiones de la experiencia implica pensarla o asumirla como una constante forma de interpretar, pensar, sentir y traducir aquellas vivencias cotidianas que se va complejizando y/o modificando a medida que un individuo interactúa frente a otros/as en la contingencia, muchas veces, aquello que enmarcan como válido o sensato en un momento de sus vidas, hoy puede llegar a parecer absurdo porque su experiencia produce el mismo enmarque de una misma situación. Estos cambios, en muchas ocasiones responden a un proceso interno de experiencia que, mayoritariamente, pasa

desapercibido porque está conformado por una serie de vivencias que no parecieran tener la relevancia o interacción entre sí que tienen en nuestro proceso interno.⁴⁴

En este sentido, en varios de los testimonios es posible identificar que la decisión de no ser madre, responde a una lógica procesual de la experiencia y no a un simple producto de una experiencia que haya producido una ruptura tajante:

(...) trabajé en el Museo Papalote del Niño y, lo que más aborrecí, fue que me mandasen a la “Isla de Pequeños” a trabajar con los más chiquititos ¿no? A tener que estar cuidando los bebitos de otros. Y me decía “no, no manches” (...) vi a los padres y a las madres tener que andar correteando atrás de sus niños, y no. Ahí me di cuenta que yo no quería... no quiero eso para mí (My., 37 años).

Como narra esta entrevistada, la interacción en su rutina laboral fue una de las experiencias que fueron configurando su enmarque de la maternidad tradicional y la forma en que buscarían relacionarse con ella. Entonces a partir de los distintos argumentos que otorgan a su decisión de no ser madre que han testimoniado cada una de las entrevistas, es posible conjeturar que esta decisión, no es producto de una sensación sin fundamento o una suerte de epifanía que han tenido en algún momento de la vida, sino que esta decisión mayoritariamente puede ser entendida como el producto de un proceso de experiencia.

4.1.3.2 La consciencia feminista

Como se ha intentado explicitar a lo largo de este trabajo, no siempre forma en la que interactúa una persona o las situaciones que le han sucedido a otras/as y se tiene conocimiento, llegan a consolidarse como vivencias determinantes, como experiencias. Sin embargo, existen aquellas experiencias internas que se convierten en una experiencia originaria porque logran embonar en una base en la cual pareciera “estar faltando” un hilo conductor entre formas de enmarcar situaciones disímiles en las que actúan ciertos elementos.

⁴⁴ Como lo es interactuar en varias ocasiones con una persona desconocida, comenzar a conocerla y, así, darse cuenta que no es conveniente continuar teniendo relación con la misma. Tal cual le sucedía a aquellas entrevistadas que enmarcan a su relación como la limitante de su elección de ser madres.

Si una experiencia puede tanto incorporarse a la base de la experiencia como producir un impacto tal sobre la base de la experiencia presente que llegan a modificar el uso de más de un MRP, las formas de elegir ante la maternidad tradicional también pueden ser entendidas a partir de este proceso:

(...) hasta el final de la prepa, siempre pensé y siempre dije que yo quería tener hijos. Pero era, como muy ingenuo mi pensamiento ¿no? Porque me imaginaba cómo los iba a educar y cómo iban a ser. Pero era algo muy de chiquilla. De hecho, incluso cuando empecé a andar con él, mi esposo, le he llegado a decir algún comentario de “y cuando seamos papás ¿cómo le pondríamos a nuestros hijos?” (...) [pero] también había estado haciendo cosas... que me hicieron dar cuenta que no seguía la regla y que había estado tomando mis propias decisiones (...) como buscar... lo que me hace sentir realizada como persona, y el proceso de darme cuenta que no quiero tener hijos (...) es algo que me ha aliviado mucho (...) Como ya pude sentirme bien conmigo misma y mis decisiones, porque es mi realización personal (Sr., 32 años).

En este sentido, aun cuando para distintas entrevistadas la maternidad es interpretada como un cambio que inevitablemente se yuxtapondría a sus aspiraciones como mujeres y como profesionistas a partir de la experiencia compartida con otras mujeres, en otros casos, la elección por no ser madre reside en la configuración de un nuevo “esquema interpretativo” que enmarca la maternidad y se postula como una experiencia originaria o un shock en su vida adulta que permite, siguiendo la metáfora kantiana, cambiar de lentes para ver y actuar en su vida cotidiana de otro modo:

(...) siempre digo que los niños son un error de verano. “Habiendo tanto anticonceptivo”, que todavía tengan hijos, ay... no (...) Y luego, los ves después que tienen y cómo se les va complicando la vida ¿no? Porque, pon tú, lo económico lo puedes resolver de alguna manera. No sé, que los ayuden las familias. Pero se resuelve.

Pero si piensas quién tiene que hacer los trabajos de cuidado, siempre “va” con las mujeres (...) Entonces, cuando vi la teoría feminista, me di cuenta que sí, que eso era lo que pasaba (Ys., 40 años).

Como es posible ver en este último fragmento, la principal cuestión que atribuye esta entrevistada a no elegir ser madre no es sólo advertir que la maternidad es un cambio en la vida de una persona que impacta sobre la trayectoria como profesionista de las mujeres más que en la de los varones, porque la maternidad es un cambio que implica que las mujeres inevitablemente sean forzadas a suprimir sus intereses individuales y su subjetividad y no los varones. Empero, existe una brecha frente al sentido que las anteriores entrevistadas le otorgaron a la maternidad y que le otorgar esta entrevistada, dado que, como bien se vislumbraba en algunos de los capítulos anteriores, su elección de rechazar la maternidad se basa en una lectura crítica de este cambio, al interpretar que el rol de madrespasa y la ruptura con la experiencia de vida anterior a convertirse en madre “va con las mujeres” porque existe un contexto cultural que legitima la división sexuada de los trabajos que influyen en la pervivencia de la maternidad tradicional.

Entonces, si la maternidad es una “chamba” que irremediamente es impuesta a la mujer y, por ello, ninguna mujer puede llegar a elegir ser madre y convertirse en madre sin la capacidad para gestar otro tipo de desenlaces, esta entrevistada ve en ello un problema que va más allá de querer o no asumir una responsabilidad.

En la misma sintonía, la quinta entrevistada que ha decidido no ser madre comenta:

Sí, me dan alegría los niños y me gusta estar con ellos “cuando hay”. Pero, si yo “lo pienso”, no podría estar dedicada toda mi vida a un niño (...) es difícil encontrar un momento específico en el tiempo donde me diera cuenta que no quería tener hijos. Pero creo que fue después de la licenciatura, por ahí. Porque... también influye mucho el haberme acercado a la literatura de género (...) donde me puse a reflexionar un poco de donde venía esa idea que traía yo ¿no? (Sr., 32 años).

Por su parte, en este último fragmento, es posible ver que la reconfiguración de la base de la experiencia que deviene de su formación académica⁴⁵, les ha permitido complejizar los marcos de referencia al incluir en ellos elementos que podrían caracterizarse como propios de una consciencia feminista o de la práctica de la auto-conciencia (De Lauretis, 1989: 23). Así, a diferencia de las anteriores entrevistadas, su experiencia interna frente a la maternidad dio lugar a una reconfiguración de la base presente de la experiencia que les permite complejizar el uso de una serie de MRP yuxtapuestos que, al entrar en relación con la literatura feminista, les permitió re-enmarcar hechos del pasado y advertir en ellos la existencia de una trama sexuada y sexuante que condiciona las formas en que se ejerce, se interpreta y elige la maternidad.

Empero, así como los valores tradicionales atraviesan una serie de MRP, este proceso de experiencia interna que se ha caracterizado como conciencia feminista, implica una reconfiguración de la base de la experiencia, porque permite no sólo diluir en el uso de muchos MRP el efecto o el condicionante del sistema de creencias, sino que también conlleva ampliar los usos de diversos marcos que, posiblemente, estuvieran ocultos o negados a las mujeres.

La contradicción entre los postulados esencialistas (Ferro, 1991) y su concreción real, es ampliamente refutada tanto en este fragmento como en las anteriores experiencias. Sobre todo, porque, de alguna u otra forma, todas ellas concuerdan en que la maternidad es una experiencia que no proyectan en su futuro, ni que precisan atravesarlo para sentirse realizadas personalmente. No precisan de esta experiencia o develar esa “curiosidad” para enmarcar su situación actual como completa o estar emocional y mentalmente a gusto consigo mismas.

De este modo, tal como se vislumbra en sus testimonios, entrar en relación con la literatura feminista las ha llevado a elegir no ser madres como producto de una lectura crítica de la situación en la cual se sumen a distintas mujeres luego de convertirse en madre y advertir que, ciertas prácticas y símbolos que caracterizan al ejercicio de la maternidad, lleva a caracterizarla como una institución (Rich, 2019) o estructura que inevitablemente se impone y opaca toda individualidad o identidad femenina.

A pesar que esta experiencia les haya permitido reconfigurar su base experiencia de una manera sustancial, no por ello se esté planteando que estas dos últimas entrevistadas estén realizando una acción heroica y las anteriores entrevistadas estén produciendo una acción pasiva o sumisa frente a la maternidad tradicional, sino que se propone que estas entrevistadas han tenido

⁴⁵ La cual se ha analizado en el capítulo anterior.

experiencias diferentes que las han llevado a producir las mismas elecciones y el motor de esta decisión está anclado en su experiencia de vida y no en puntos de inflexión o eventos críticos.

Por lo tanto, aun cuando la consciencia feminista produzca enmarques de la maternidad en base a un componente crítico sobre el rol que cumple la maternidad tradicional en las desigualdades entre los géneros, ello no quita que exista otra relación entre ambas formas de negar la maternidad: ninguna de las entrevistadas que no quiere ser madre ha sido capaz de proponer que exista alguna experiencia transformadora de la maternidad tradicional que parta de estas diferencias entre hombres y mujeres (Sendón de León, 2004). Sobre todo, no creen o perciben que pueda llegar a existir una forma distinta o diferente de ser madre o ejercer la maternidad en la que la mujer aparece como una figura subyugada, porque no creen que estén dadas las condiciones, que no haya un margen de acción para gestar una acción transformadora.

Entonces, tras este tipo de argumentos es posible vislumbrar un punto sumamente relevante que ya se ha desarrollado en varios pasajes de esta tesis, estas profesionistas no identifican escenarios posibles en los que una mujer pueda configurar un ejercicio de la maternidad que no implique un cambio en la experiencia de vida que lleve a que el trabajo reproductivo sea impuesto a la mujer y no al varón y se constituya como una limitante para la realización de sus objetivos, es debido a que enmarcan a la maternidad en su forma tradicional como la única forma posible de ser madre o relacionarse con la maternidad.

Motivo por el cual, en la constitución de su propio esquema interpretativo para enmarcar a la maternidad a partir de su experiencia frente a otras mujeres que han sido madres (sobre todo la suya), es posible entrever que estas mujeres legitiman un único modelo posible de maternidad: aquel que conlleva que sea una responsabilidad “exclusiva de las mujeres [que] implica renunciar a proyectos ajenos al cuidado y educación de los infantes” (Castañeda Rentería, 2019: 135). Entonces, de forma subyacente, enmarcan a la maternidad tradicional como la única forma posible de maternidad y al rol de madreposa como la única forma de llevar a la práctica la misma. Así, al no estar “hechas” para poder afrontar la inevitable experiencia de supresión de la individualidad femenina porque los trabajos reproductivos van “con las mujeres”, prefieren no hacerlo o criticarlo, sin proponer ninguna práctica transformadora de las formas de ejercer la maternidad.

4.1.3.3 La pareja y la decisión de no ser madres

Por otro lado, un objetivo que algunas de las entrevistadas han incluido en su proyecto de vida, fue la posibilidad de tener un compañero o pareja, dado que tener un vínculo amoroso resulta ser un elemento relevante para su realización personal. En este sentido, dado que la maternidad es siempre una elección producto de la experiencia de vida de dos personas que tienen una experiencia compuesta por vivencias distintas, debieron comunicar y/o negociar con él su decisión sobre ser madre. Por lo tanto, para muchas de ellas, una parte importante de sostener su elección o darse cuenta de no querer ser madres, remite a la forma en que interpreta su pareja (apoya o acompaña) la elección:

(...) no es que te diga “ay, no me gustan los niños”. Me gustan, pero es como que hacemos muchas cosas juntos: viajamos mucho y nos gusta tal cual es nuestra vida. Como que tener un hijo nunca fue un plan ¿no? Porque él tampoco quiere y eso es una ventaja (Nz., 38 años).

Coincidir, congeniar o negociar no elegir tener hijos con su pareja, parece ser una “ventaja” que se da tanto en términos de su vínculo amoroso como en la forma en que constituyen el vínculo relacional con su pareja. Entonces, tanto en este caso como en otros, la negociación que implica elegir no tener hijo/s o hija/s, se asume como un “cambio” que produce una ruptura con una forma de experiencia de la vida cotidiana y las proyecciones futuras a nivel afectivo individual y en la pareja, así como en el tipo de relación que tienen, lo cual, se da en pos de evitar todo tipo de factor que pueda llegar a alterar la dinámica que tiene la pareja.

Como se puede ver, ello implica que haya experiencias internas que congenian en la transformación o configuración de un nuevo marco de referencia (Goffman, 2006) para enmarcar el parentesco o la maternidad y paternidad. Por ello, en esta transformación en clave que realizan algunas de ellas junto a su pareja, tal como sucedía con las madres que decidían continuar en sus labores en el trabajo productivo o aquellas que negociaban retornar al mercado laboral, precisa que las dos partes de la pareja vulneren, de forma consciente o inconsciente, aquel marco de referencia previo y el condicionamiento de la acción por parte de ciertos valores tradicionales.

Sin embargo, así como a partir de su experiencia frente a distintas vivencias e interacciones estas mujeres fueron dándose cuenta o reafirmando que ser madre no era una aspiración en su vida, no todas sus parejas sostuvieron siempre la misma postura frente a su decisión, sino que, así como en el ejemplo anterior ambas partes de la pareja congeniaron para transformar la estructura interna de un MRP, en otros casos, las parejas de estas mujeres “fabricaron” (Goffman, 2006) un marco secundario desde el cual reconfigurar la forma de relación frente a la maternidad tradicional. Por lo cual, a su vez, fueron dándoles señales que estaban valorando la posibilidad de querer ser padres e, incluso, algunos de ellos llegarían a proponérselo aun cuando habrían negociado que no tomarían esa elección:

(...) cuando veía que iba para serio la relación le dije “yo no quiere tener hijos. Pues, si tú quieres, ya esto es otra cosa. Porque los dos estamos perdiendo nuestro tiempo” ¿no? (...) Estuvo de acuerdo mucho tiempo, pero hará unos años me dijo que se había dado cuenta que sí quería tener hijos. Y lo platicamos ¿no? Le dije “estás tú muy joven, si quieres tener hijos puedes encontrarte alguien con quien tenerlos. Puedes irte (...) Pero se le fue. Yo siento que fue como que... le dio “la cosquillita” en un solo momento. Y ya, después, como que no. Como ya no quería (My., 37 años).

Aquella transformación en clave de un marco, por más que se haya consensuado de forma unánime por ambos, no siempre implica sentenciar un enmarque o forma de relación y acción, sino que puede llegar a tener variaciones y/o modificaciones a lo largo del tiempo. Inclusive, en este caso, esa “cosquillita” que espera que surja en algún momento de su vida a toda mujer, casualmente le surgió a él, un varón.

Por otro lado, algunos de ellos no siempre han llegado a comunicarle a las entrevistadas que han cambiado de opinión, ni ellas han advertido ello y los han interpelado, sino que esta interpretación parte de una intuición basada en un aserie de indicios que su pareja deja entrever en sus acciones:

(...) una vez él me decía que tenía la idea de tener una familia así con los hijos, un perro, una casa y así (...) le dije “¿la neta? yo no quiero tener hijos. Entonces, si ese

es tu plan de vida, pues... con todo lo que te quiero y con todo el dolor de mi corazón, te tengo que decir que no podemos estar juntos” (...) Pero me sorprendió, porque me dijo “la neta, yo quiero estar contigo. Entonces, si no quieres, ‘sin pedos’. No hay problema si tenemos o no tenemos hijos” (...) pero, a veces, me da miedo. Como que no estoy tan segura si quiere o no quiere. Porque no sé si se está resignando o si de verdad lo hace por... porque no quiere tener hijos. No lo sé (Is., 34 años).

En este sentido, el hecho que la pareja no siempre comunica a ella que ha cambiado de parecer, se debe a distintas causas. Sin embargo, en términos de la propuesta goffmaniana, el cambio de elección frente a la maternidad o el nuevo enmarque de su futuro (ahora) como padre puede ser entendido como una “fabricación” (Goffman, 2006) de nuevos marcos, pero no siempre con la complicidad de la persona engañada. Dado que él no da indicios o expresa de forma explícita que ha cambiado de opinión, sino que oculta su “engaño” al interpretar un futuro donde la paternidad está contemplada.

En otro orden, entre las entrevistadas que posterga la maternidad se pueden identificar, por un lado, a aquellas que proponen que su postergación es producto de haber interactuado frente a situaciones de otras mujeres que son madres, les dan indicios de precisar de una planificación o una proyección en la que la concreción de ciertos objetivos (ya sea como profesionista o como mujer) es la mejor forma de afrontar el ejercicio de la maternidad sin producir una ruptura con sus intereses subjetivos, por el otro lado, se ubican aquellas que remarcan que su experiencia pasada como hija o como parte de un vínculo amoroso, ha influido para que, junto a su pareja actual, busquen cumplir ciertos pasos en el orden emocional, sentimental o material que, desde su interpretación de la situación que atraviesa la pareja, no habrían alcanzado al momento de ser entrevistadas.

Por último, dos de las entrevistadas dieron lugar a interpretar su elección como “ambigua” ya que no parecen haber decidido no ser madres, porque dan lugar, en sus narraciones, a que puedan llegar a atravesar algún tipo de experiencia que las pueda llegar a cambiar de opción porque advierten que, este supuesto, se ha validado en la experiencia de otras mujeres con las que han interactuado. Aun así, de entre las que han decidido no ser madres, ninguna enmarca o formula otras formas de ser madre y/o ejercer la maternidad que no impliquen la supresión de la identidad

femenina, dado que no formulan otro tipo de experiencias en las que, elegir o no ser madre, no suprima la subjetividad femenina, porque no ven formas de generar una capacidad transformar o gestar formas diferentes a de ejercerla maternidad por fuera de su forma tradicional, así como se lo han propuesto algunas de las entrevistas que buscan generar las condiciones óptimas para convertirse en madre y ejercer su maternidad alejada del rol de madreposa. Evidenciando que ser madre puede ser una práctica interpretada como el producto de la experiencia de vida, dado que podría llegar a tener otro tipo de desenlace que aquel que tiene al entenderla como una estructura omnipresente en la vida de las mujeres y, por ello, no precisa de rupturas a nivel estructural para transformarse, sino que puede darse como un proceso de cambios en la vida cotidiana.

4.2. El efecto de sus elecciones

En este apartado interesa distinguir el efecto que tienen en la vida cotidiana cada una de las elecciones que ellas han tomado. Por lo tanto, para poder desarrollar este punto, en primer lugar, se indagarán las formas en que su elección se enmarca en diversas situaciones en las que interactúan frente a otras personas, donde su condición de no madre y su elección se detona enmarques en tanto crítica como de apoyo. En segundo lugar, se retoma la forma en que los cuestionamientos o apoyos a sus elecciones toman una forma particular a partir de la interacción con una experiencia subjetiva como lo es el inicio de pérdida de fertilidad, proceso vulgarmente llamado “reloj biológico”, lo cual se expresa o tiene desenlaces como una experiencia interna a nivel individual o como producto de una interacción.

4.2.1 Las redes y la elección

Las razones por las cuales cada una de las entrevistadas elige frente a la maternidad e, incluso, la forma en que (de forma relativa) generan las condiciones para sostener o llevar a cabo dicha elección, han permitido vislumbrar que la maternidad tradicional no es una constante en la experiencia de vida de las mujeres dificulta toda forma de elección que no se condiga con lo establecido en ella, en relación con una tradición selectiva de una cultura. Entonces, muchas veces, en la interacción, dan lugar a un enmarque por parte de otros/as individuos que no necesariamente

se interprete como una elección, sino también como una acción desviada que debe modificarse para recauzar la vida de esta mujer.

Este último punto, remite a un hallazgo que surgió del análisis de la información: sea cual fuere la decisión o la razón por la que estén argumentando su condición de no madre, todas han recibido algún tipo de comentario sobre su elección. Comentario que implica tanto una crítica a ello o un acompañamiento de la misma elección al hacer uso de un MRP bajo esquemas interpretativos similares o idénticos:

(...) “es que mira tu familia lo que piensa... que tu esposo no te quiere ver así... que se va a ir”. Cosas así. En una comida con su familia, me dijo una señora, una tía o algo así “es que, si no quieres tener hijos con él, va a llegar otra que se lo dé y te va a dejar” (risas). Pero sí, son cosas bien raras que dice la gente. Y eso. Porque nadie te pregunta como que... como que no quieren saber cuáles son tus razones. Como que “luego luego” te juzgan (Is., 34 años).

Entonces, cuando una persona se toma la atribución de poder emitir una crítica o cuestionamiento como éste, el mismo no remite a discutir o intentar interpretar todo el proceso por el cual la mujer y su pareja han llegado a tomar dicha elección, sino que se condena tal elección sin reparar en dicho proceso. Sobre todo, porque no advierten que ser profesionista tiene no sólo injerencia en su experiencia como mujer asalariada y económicamente independiente, sino que también conlleva un encuadre de su devenir cotidiano caracterizado por su auto-identificación como mujer en distintas dimensiones por fuera de la económica.

De estas condiciones se interpreta un margen de acción que no es producto de estos cambios a nivel económico, sino que también se entrelaza con otras dimensiones de su base experiencial que dan lugar a seguir eligiendo no madres aun cuando hayan sobrepasado los treinta años haciendo caso omiso a las críticas que emergen al momento en que se les cuestiona que aún no tengan hijos:

(...) [mi mamá] una vez me dijo “pos inténtalo, al menos para saber qué se siente”. Y pensaba “¿para qué quiero saber cómo se siente?”. Le dije, “ora, lo tengo ¿y qué? ¿tú vas a cuidarlo si yo no quiero?” Y me dice “pues, a veces”. Ah sí, ella lo quiere y

yo “me chingo”. Incluso otros amigos. Uno me dijo “pos no quieres porque eres una egoísta” ¿Y yo qué? Si más egoísta es tenerlos sin quererlos ¿no? (My., 37 años).

Aquí surge un punto interesante, dado que, a pesar que al momento de ser interpelada por no tener hijos o hijas y la entrevistada comunica las razones que atribuye a su elección sobre la maternidad, muchas personas a las que se lo comunican, parecieran no estar enmarcando tal elección de la misma forma. Particularmente, porque esta elección entra en relación con una forma de experiencia frente a la maternidad tradicional que implica reproducir la vigencia de una serie de elementos simbólicos y materiales que fuerzan a que, por su capacidad reproductiva, desde su nacimiento toda mujer debiese enmarcar que está en deuda con la familia, la sociedad, la raza humana y, la única forma de saldar dicha deuda es *trayendo vida* al mundo y aceptar su destino maternal y biológico. Lo que conlleva a que, en caso de no hacerlo o alejarse del camino que la “conduce” a cumplir con su mandato de género, principalmente social y cultural, y tomar decisiones en las que prevalecen más sus intereses y/o aspiraciones antes que ese mandato, puede (y debe) ser considerada como “egoísta”.

En este sentido, aun cuando la entrevistada advierta que es “más egoísta tenerlos sin quererlos”, mayoritariamente este tipo de enmarques de la maternidad tienen menor reciprocidad del esperado por ellas. Motivo por el cual, permite distinguir un punto relevante: la crítica no se centra en lo que ella quiere, sino en lo que ella “puede dar y no está dando”. Entonces, como se puede advertir, si es ella la que no está “dando” algo a la sociedad, las críticas recaen sobre ella y no sobre ambos o sobre él.

Algunas han advertido que, así como la tradición selectiva no condiciona de la misma forma el devenir cotidiano de las mujeres que el de los varones, al momento que la pareja comunica la elección que hayan tenido sobre la maternidad, la diferencia sobre el enmarque de la situación y el efecto de dicho mensaje, se interpretará de una forma si es ella quien lo comunica y será enmarcado de otra forma (seguramente muy) distinta que cuando lo hace su pareja:

(...) algo que he notado, es como que... no sé. Si él dice que él no quiere tener hijos, como que “no hay pedo”. Todo el mundo le dice “ah, ok, está chido”. O sea, como que no lo atacan ni lo cuestionan, como que no lo juzgan (...) a mí, cualquier persona, sea desconocido o sea quien sea, siempre me dicen algo. Como que sí es diferente la

reacción de la gente si yo digo que no quiero tener hijos, que si lo dice él (...) Lo mismo si estamos los dos juntos. Ya, si contesta él, “no hay pedo”. Ya, si contesto yo, se vuelven y le preguntan a él de nuevo. Como si fuera que... no sé (Is., 34 años).

Entonces, para muchas personas, el enmarque de su situación no parte de interpretar a la situación de estas mujeres siendo profesionistas, económicamente independientes y/o persona quien ha cumplido una serie de objetivos en su vida, sino que se la enmarca a partir de su “condición” de ser mujer mayor a treinta años, casada o en una relación seria, donde resalta su que no es madre, que se trata de mujer incompleta a la cual le falta algo: cumplir con su deber de ser madre y otorgar aquello que debe darle a la sociedad.

Sin embargo, en las críticas que se realizan a las mujeres en pareja que no tienen hijos, se encuentra un argumento que basa en que, al no “haberle dado” un hijo/a su esposo, él estaría en condiciones de tomar la decisión de irse:

Una vez, hace poco, mi mamá me dijo “yo sé que ahorita no quieres tener hijos” algo así. Pero luego me dijo “es que tú no lo piensas, porque no sabes qué va a pasar a futuro. Que tu esposo... que se va a querer conseguir otra pareja y que te va a dejar” Y bue, yo le dije “será cuestión de terminar con mi pareja si se interesa por alguien más y adiós” (My., 37 años).

Como bien se planteó en el segundo capítulo, esta crítica centrada en la mujer, se encuentra en estrecha relación con la búsqueda por condicionar o limitar todo devenir femenino que no se condiga con un futuro como madrespasa (Lagarde, 2005) y la maternidad tradicional. Hecho que, por otro lado, da lugar a una forma de violencia simbólica sobre la mujer que no se extiende como tal, cuando se cuestiona a “la pareja” sobre su decisión.

Por lo planteado hasta aquí, las críticas propuestas en cada uno de estos discursos se organizan a partir de tres elementos centrales por los cuales se puede advertir una relación o mimesis entre la mujer y la maternidad tradicional condicionada por el efecto que la tradición selectiva (Williams, 2000) tiene en la vida cotidiana: que toda mujer en pareja está obligada y debe

darle hijos a su esposo, que su pareja está con ella sólo por su capacidad de gestar y concebir hijos y que una mujer sin hijas o hijos es una mujer incompleta, a la cual “le falta algo”.

Entonces, como posibilita entrever este fragmento, aun cuando ellas hayan consensuado junto a su pareja la elección que hayan tomado (o no) frente a la maternidad, la forma en que se enmarca llegar a estar inmerso/a en una situación en la que una pareja postula que no quiere tener hijos, varía si ambos se encuentran presentes y surge como tema de plática su decisión, que cuando la respuesta la da sólo ella o sólo él.

En otros testimonios, algunas entrevistadas argumentaron que no sólo los amigos y amigas o familiares cercanos, son las personas que se toman la atribución de poder hacerles esta crítica o cuestionamiento, sino que se extiende a otros ámbitos y a personas ajenas al círculo íntimo o aquellas con las que se interactúa en la vida cotidiana. Así, una de ellas comenta lo siguiente:

(...) estábamos en mi casa haciendo una reunión y ya comenzaron como a cuestionar por qué no tenía hijos (...) se lo comenzaron a preguntar a mis papás y no directamente a mí que estaba ahí frente a ellos (...) les decían “¿entonces no sabes si tu hija te va a dar unos nietos?” y mi mamá se puso mal. Pero les dijo “pues, todavía no quiere” (...) me empezaron a decir “¿cómo crees que puedes hacer esto después de tantos años de casada? Tienes que tener hijos ¿Quién va a procurar por ti cuando estés viejita? ¿quién te va a cuidar?” (Ir., 33 años).

Por lo visto, la maternidad sigue siendo representada en un amplio conjunto de la sociedad como una suerte destino o vocación asignada a las mujeres y, postulada como tal, da lugar a que en muchas ocasiones se convierta en una suerte de sayo que posee de forma innata muchas mujeres a lo largo de su vida por el sólo hecho de que su cuerpo es capaz de reproducir la especie. Así, proferir que toda mujer quiere o “ya va a querer” ser madre, son discursos que implican un enmarque o la misma interpretación y las formas en que ellas eligen hacer uso de MRP específicos que, en su yuxtaposición, jerarquizan más los elementos caracterizados tradicionales que otros. Sin embargo, no siempre el enmarque o interpretación de su decisión conlleva que se deban enfrentar a interacciones en las cuales toda acción sobre ellas implica dar rienda suelta a una crítica sobre su

elección, lo cual, implica que no cada comentario que les llega sobre su elección o indecisión implica una crítica o a un cuestionamiento de lo que ella está haciendo de su vida.

Empero, como se ha vislumbrado en alguno de los testimonios, no siempre saber que, a sus treinta años o más no son madres, genera críticas o cuestionamientos son postulados por distintas personas, sino que también se han encontrado testimonios en los que, tanto amigas, como conocidas o desconocidas que se encuentren (o no) en la misma situación que ellas, enmarcan la situación desde los mismos esquemas interpretativos:

(...) Me dije “qué ‘chido’ que mis primas te digan eso”. Como que sentí “súper bien” que ellas sean honestas en el... en la cuestión de la maternidad. En que no es sólo eso, ni tampoco que te digan otra cosa. Yo sé que ellas son súper felices siendo madres, pero saben que no todas lo van a ser con sus hijos (Az., 36 años).

Como se ha podido vislumbrar, a pesar que existan personas que apoyen esta decisión, será por el enmarque de tal elección que llegue a impartirse (o no) una forma de violencia simbólica hacia ellas que atraviesa, sino todo el arco social y cultural, al menos, mucho más que aquellos contextos en los cuales interactúan en la vida cotidiana.

Será por ello que, otro de los argumentos que plantean en sus testimonios, es que gran parte de sus amistades se encuentran en el mismo “lugar” que ellas (mujeres no madres o parejas sin hijos/as). Experiencia que resulta de gran importancia para ellas, porque se torna un elemento relevante a la hora de interactuar frente a estas críticas, dado que no tienen el impacto que podría intuirse que tendrían si interpretaran que son las únicas mujeres que están llevando a cabo una elección frente a la influencia de la maternidad tradicional en su vida. Entonces, sienten que gran parte de las y mujeres y parejas que conforman sus redes, se encuentran en su misma situación:

Es que muy pocas son mamás todavía. La mayoría no. Sólo dos de ellas tienen. Así que, hasta ahorita, somos mayoría las que no tenemos. Y la mayoría no quiere tenerlos. Y las que tienen, son madres solteras. Así que ya tienen “su pedo” bien fuerte. No creo que lo recomienden. No se quejan de ello, pero saben que está ese factor ¿no? (Ed., 31 años).

Por último, la forma en que se enmarca su elección, en distintas situaciones, detona el uso de un MRP que da lugar a ciertas formas de violencia que puján o presionan a estas mujeres, postulando que llegarán a diluir su experiencia frente a esta experiencia originaria incrustada en su discurso. De este modo, al re-enmarcar su situación y elegir ser o convertirse en madre, debido a que lo han interpretado como “lo más lindo” que alguna vez pueda pasar en la vida de toda mujer, sin reparar en que, hayan elegido lo que hayan elegido, esta elección es producto de una experiencia digitada y condicionada más por su dimensión social y cultural que por la biológica:

(...) siempre son comentarios como “ay, estaría lindo ¿no? Tener un niño” (...) Pero, no sé cómo ellos vayan a satisfacer sus necesidades (risas). Pero, no sé si en algún momento de mi vida aparece como parte mis necesidades el reproducir la especie (Ad., 34 años).

Tal como se puede advertir en estos fragmentos, resulta muy difícil que una experiencia interna, externa o negativa produzca un desenmarque de una dimensión que ha condicionado, condiciona y condicionará la vida de toda mujer. Sin embargo, el esquema interpretativo a partir del cual enmarcan su situación y su condición de no madre, profesionista y mujer en una cultura en la que constantemente son interpeladas por los valores tradicionales y conservadores, precisa de ciertas negociaciones cotidianas. Para algunas de las entrevistadas, pareciera ser que las críticas a sus elecciones no dan lugar a ninguna situación que se enmarque como una experiencia, sino que la finitud de interacciones frente a este tipo de vivencias da lugar a que estas críticas formen parte del orden de la vivencia banal e irrelevante o la simple anécdota en su experiencia de vida, sin importar que la edad o el momento de su vida:

(...) tengo treinta y ocho años, estoy como en el límite de tenerlos “bien” y no es como que piense “me siento incompleta porque no tengo un hijo” (...) También me ayuda que, así como tengo muchas amigas que tienen hijos, tengo muchas que no los tienen. Y yo creo que es válida cualquier decisión para argumentar por qué no quieres tener hijos. Pero sí es algo que sí piensas. Si hay un punto donde piensas: tengo un buen trabajo, una relación estable, una casa y te dices “quiero o no quiero”. O sea, sí, así

como estoy me siento feliz y plena, no necesito un hijo ¿no? No es una obligación (Nd., 38 años).

Entonces, a pesar que todas sean, en mayor o medida cuestionadas, no se sienten interpeladas o no experimentan un desborde de su situación o experiencia negativa por dichas críticas, pero, dado que, en su mayoría, el cuestionamiento o algún tipo de violencia son proferidos por personas que no pertenecen a su círculo íntimo (madres, padres y otros familiares), en el devenir de las entrevistas se pudo observar que, cuando estas son realizadas por personas que les importan o tienen lazos afectivos *fuertes* o que creían que no se interpondrían en sus decisiones, sí molesta.

4.2.2 El reloj biológico frente a la experiencia

Por otro lado, en el último fragmento es posible entrever una cuestión que incide en cómo se toman decisiones sobre la maternidad, dado que existe una limitante biológica o un “el límite” para poder tener “bien” hijas o hijos. Entonces, aun cuando estas mujeres no están en todo momento comunicando o transmitiendo su elección frente a la maternidad, si una de las condiciones con la cual debían contar para poder ser entrevistadas era ser mayor a treinta años, tener conocimiento de su edad y que no hayan sido madres, en muchas personas detona otras narrativas y nuevas formas de enmarcar su condición de no-madre, dado que advierten que han ingresado en el período⁴⁶ del reloj biológico y, por ende, deben “hacer algo”:

Como que mis tías le dicen “ya tiene más de treinta años y no tiene niños ¿qué le pasa?

Se le ‘va a ir el tren’” ¿no? Esas cosas. Pero, así como de decírmelo, no me lo han

dicho. Pues, no mucho, en realidad (...) Como que...a mí, no sé... tampoco me genera

⁴⁶ Si bien ninguna de ellas descarta la existencia de métodos de fertilización o la intervención quirúrgica, el reloj biológico refiere a la existencia de límites para atravesar una gestación sin riesgos que no son delineados social o culturalmente, sino por una biológicamente. *La Guía para Pacientes* de la Sociedad Norteamericana para la Medicina Reproductividad plantea que las mujeres tienen menor probabilidad “de quedar embarazadas y tienen más probabilidades de sufrir abortos espontáneos debido a que la calidad de los óvulos disminuye a medida que la cantidad de óvulos restantes disminuye. Estos cambios son más notables cuando la mujer alcanza la edad de 35 a 39 años” (2013: 5-6).

resquemores. Lo que sí no me preocupa es... que se me pase la oportunidad de tener un embarazo. Porque, no se me antoja (Sr., 32 años).

Empero, en los testimonios que las entrevistadas puedan hacer de sí mismas, de su cuerpo y de su rol (al interior de la pareja y dentro de la sociedad) como mujeres profesionistas, al haber ingresado o estar cerca de una etapa en la cual comienza el decrecimiento de su fertilidad y no haber tenido hijos/as, puede convertirse en una experiencia interna que produce una ruptura con ciertos esquemas interpretativos previos que utilizan en su vida cotidiana.

A su vez, la gestación de este proceso puede darse por las presiones externas o como producto de la interacción. Donde, sumado a la interpretación que ellas tengan de dicho proceso biológico, cada una debe lidiar con las interpretaciones de otros/as individuos sobre la elección que tomen de y sobre sus cuerpos. Así, la crítica a su elección y que posiblemente no cumpla con su deber de ser madre, pueda interpretarse como un uso de un MRP desde el cual se produce la fabricación de un marco específico que lugar a una estigmatización de su elección.

Motivo por el cual, en esta interpretación de su elección, que se traduce en una presión por parte de quienes esperan que tomen la decisión de ser madre, no importa tanto el rol que tenga la emergencia de un cuestionamiento sobre su decisión, sino que dicho cuestionamiento intenta convertirse en un punto de inflexión o una experiencia originaria (Kosseleck, 1988; en Carassale Real y Martínez Pérez, 2016: 19) que lleve a modificar su condición de no-madres:

(...) por la edad... mi mamá me ha dicho algo por el estilo, pero ella lo ve “por el lado de los mitos”, no porque se me acabe el tiempo. Como por esa idea de que, si no tienes hijos, a lo mejor puedes desarrollar algún tipo de cáncer y eso. Pero, ya sí, ya no me dicen tanto. A lo mejor es un “oye, estate checando cómo vienes... no dejes de ir al ginecólogo”. Pero “eso que me dicen”, no es tanto como para... como por temor a que no llegue a tener hijos, sino por estar pendientes de mi salud (Sn., 38 años).

Así, si no han elegido convertirse en madre aun “rozando el límite” etario postulado por el reloj biológico, por más que estas entrevistadas no reparen en ello, sus aspiraciones personales se

imponen a un discurso médico que se embona con los patrones o valores culturales que refuerzan los “mitos” sobre las consecuencias biológicas que implica no tener hijos en el cuerpo femenino.

En este sentido, algunas argumentan que su postergación de la primera maternidad, se debe a una elección por no interrumpir una carrera profesional, la cual, a sus treinta y ocho años, dos de ellas consideran en desarrollo. Por lo tanto, en la interpretación que hacen de su situación en la vida, deja entrever que la experiencia que proyectan para su futuro, implica seguir progresando en el corto plazo como mujeres y como profesionistas:

Como que, la edad puede ser algo que pueda complicarme y complicarle la salud al bebé. Como que sé que es más riesgoso para la salud esperar tanto (...) tampoco hay tanta presión de mis padres. Por ahí, de parte de otras personas de la familia, como los tíos. Pero, como saben que pensamos tener hijos, como que... saben que estamos estudiando, que tenemos trabajo que hacer (...). Yo tengo treinta y tres, pero en mi círculo de aquí, hay amigas que los han tenido a los cuarenta años. Por eso no me preocupa tanto a mí. Porque sé que estas amigas los han tenido a esa edad y no les ha pasado nada. Pero siento que a ellos sí les preocupa, a mi familia (Ir., 33 años).

Entonces, si bien la interpretación de su elección puede tornarse una crítica o motivo de desorientación del enmarque de su situación por parte de otras personas, el hecho que una mujer mayor a treinta años no tenga hijas o hijos, no siempre se interpreta como una elección “egoísta” por parte de la mujer, sino que también da lugar a una preocupación por parte de sus allegados⁷as. Dado que, a sus treinta y ocho años, es muy posible que se le “vaya el tren” y no pueda tener hijos en las “condiciones ideales”

Sin embargo, esta preocupación que implica un intercambio de palabras, en ciertas ocasiones conlleva una vivencia en el orden de las emociones que, en su experiencia frente a sus madres u otros/as familiares, ellas interpreten que deben ceder o hacer un reajuste del marco en los términos que se lo propone su madre. Donde lo relevante no es lo inscripto o lo que subyace en la propuesta, sino que se torna una experiencia debido a quién es quien realiza esa propuesta:

(...) hace poco me dijo “a tu edad no seas tan necia, guarda tus óvulos, yo pago. Pero no desperdices esta oportunidad”. Me dio tanta risa, mi mamá quería pagar algo por lo que yo no quiero y, supuestamente, me iba a servir en un futuro ¿no? Pero sí, ahí como que, un poco por sacarme la duda y otro poco por “hacerle el paro” (...) con lo que me tienen que hacer en el cuerpo para “sacar eso”, me dije “ni madres, yo paso”. Porque, imagínate, también ese tratamiento incluía que guardaran embriones ¿para qué? Pero ese tipo de presión social, sí, “no mames, está cañona” (My., 37 años).

Por otro lado, estas preocupaciones o críticas sobre su condición de mujer no madre con más de treinta años, no sólo resulta o se interpreta como un problema para las otras o los otros, sino que también es algo que muchas de ellas interpretan como una problemática en su futuro. Por lo tanto, a pesar de su experiencia de vida y sus intereses, enmarcan en su situación la posibilidad de que, convertirse en madre avanzado el período del reloj biológico, es una proyección que condiciona las formas en que planifican cómo materializar su elección sobre la maternidad en un futuro no muy lejano:

Con dos amigas, nos pusimos el plazo de hasta finales de 2022. Pero yo, yo sola, sé que no quiero dejar pasar los treinta y cinco años (...) Por cuestiones biológicas. Capaz que hasta los treinta y seis, pero no podría llévalo más allá de esa edad. No tengo la urgencia de ser una mamá joven, solamente sé que no quiero estar frustrada al ser una mamá. Por eso siento que podría alargarlo (Dn., 30 años).

Porque hasta antes de que cumpliera los treinta, yo no quería tener hijos. Porque soy muy hiperactiva, y tener un hijo, lo veía como una limitante. Yo veía a gente con hijos y pensaba “que mal, no tiene ni tiempo para sí misma”. Y, ya. Es como que sabes que vas a estar de por vida teniendo que atender al “nuevo ser”. Pero, después de los treinta, me descubrí a mí misma mirando niños y pensando “qué bonito” (Cl., 38 años).

De este modo, si en los testimonios se pudo observar que existen otras entrevistadas que están postergando la maternidad o que eligieron no convertirse en madres y la posibilidad de no poder gestar un hijo o hija en condiciones poco riesgosas, no implicaría una situación problemática en su experiencia de vida, en cambio, para otras entrevistadas, el paso del tiempo y el ingreso al “ciclo” del reloj biológico se proyecta o se ha convertido en una experiencia interna que las ha llevado a reconfigurar la forma en que interpretan esta situación en la cual se encuentran.

4.3 Conclusión: la elección frente a la maternidad como producto de la experiencia

A lo largo de este capítulo se ha podido vislumbrar cómo llega a transformarse la interpretación que tienen hoy las entrevistadas acerca de porqué, a sus más de treinta años, no son madres más allá de si hayan elegido serlo o deseen serlo. De este modo, sea cual fuere su elección, cada una de ellas advierte que la experiencia individual frente a la maternidad es producto de aquello que han vivido a lo largo de su vida, por ello, se en sus testimonios se pudo identificar que la base de la experiencia presente desde la toman su decisión es puesta en acción a partir de una serie de esquemas interpretativos configurados a partir de una serie de experiencias internas que hacen a su situación actual (amorosa, profesional, sentimental) y por otra cantidad de experiencias externas que devienen de haber interactuado con realidades. En este sentido, su relación con mujeres que han tenido experiencias ejerciendo la maternidad que pueden distar o no de lo dispuesto en su forma tradicional, les permitió identificar elementos que influyen en la forma en que hoy enmarcan qué efectos podría tener a nivel individual ser y convertirse en madre.

Entre las mujeres que han elegido postergar la maternidad, distintas experiencias (negativas o no) le dan indicios que deben generar condiciones acordes a sus intereses y aspiraciones, si buscan no repetir historias en las cuales la maternidad implicó la ruptura con la experiencia de vida previa. Amén de sus experiencias de vida que han llevado a tomar esta elección, cabe que, dado que buscan evitar cualquier práctica de la maternidad que frustre, violente y/o invisibilice su subjetividad, quienes postergan la maternidad incluyen más en su decisión a sus parejas que aquellas que han tomado otras decisiones, porque enmarcan que tener hijos/as y ejercer la maternidad tiene como contracara una forma de ejercer la paternidad y sostener un vínculo amoroso.

Por otro lado, de entre aquellas que han elegido no ser madres, algunas no ven su elección como producto de una experiencia frente a sentimientos maternales que se suponen innatos a cada

mujer, así como no desean la misma experiencia frente a la maternidad que otras mujeres con las cuales han interactuado (incluida su madre). A su vez, entre aquellas que rechazan el rol maternal, dos de ellas realizan una crítica a la imposición del rol de madreposa, dado que caracterizan a la maternidad en su forma tradicional como hecho social y cultural que tiene consecuencias desfavorables para las mujeres, no así para los varones. Aun así, por más que dos de ellas hayan podido formarse políticamente como sujetas políticas, ninguna de estas entrevistadas propone que exista experiencia posible de ejercer por fuera de los designios de la maternidad tradicional.

Entre los casos de las entrevistadas que se encuentran indecisas, permitieron identificar en carácter no sólo procesual, ya que no siempre la elección es producto de un enmarque constante porque advierten que puede el sentimiento o deseo de convertirse en madre puede “tocar a su puerta”. Cuestión que también dejó entrever el carácter social de la elección, porque esta elección no está exenta de lo que ellas interpretan, dado que la presión externa se convierte en un agente que va más allá de lo que son capaces los esquemas interpretativos.

También se pudo observar que estas mujeres hacen caso omiso a las críticas que hacen otras personas frente a su elección o las distintas presiones que también ejercen buscando que modifiquen su enmarque sobre la maternidad en su futuro. Donde, no solamente alegaron que estas críticas no llegan a convertirse en experiencias negativas que forman parte de vivencias sin más, sino que también advierten que muchas de sus amistades (mujeres y sus parejas) se encuentran en la misma situación que ellas o enmarcan de una misma forma su elección.

A su vez, se ha identificado un evento especial que no sólo es utilizado como argumento en esta crítica, sino que consolida como un elemento en estrecha relación con tradición selectiva: el inicio de la pérdida de fertilidad o reloj biológico. El mismo, resulta relevante para tener en cuenta que, al momento que las mujeres están cerca de cumplir o al haber cumplido los treinta y cinco años de edad, pueden comenzar a experimentar sentimientos y pensamientos frente a la maternidad que transforman su enmarque de la maternidad desde una experiencia anclada en sentimientos y emociones y no en vivencias o en interpretaciones de las configuraciones socio-culturales, dado que han experimentado la emergencia de sentimientos frente a la maternidad y antes no lo habrían hecho, se debe al condicionamiento que el reloj biológico tiene sobre su experiencia.

CONCLUSIONES

Esta investigación permitió vislumbrar cómo distintas experiencias a lo largo de su vida permitieron a trece mujeres profesionistas tomar ciertas decisiones que las fueron alejando de lo estipulado en una forma de relacionarse frente a la maternidad que se ha caracterizado como maternidad tradicional y, dado que tiene como insignia que toda mujer deba cumplir con su deber de ser madre, la relación con un sistema de creencias da lugar a la existencia de ciertos modos o caminos “correctos” para convertirse en madre y ejercer la maternidad. Particularmente, porque su elección frente a la maternidad no las exime de la legitimidad que esta forma de ser y convertirse en madre tiene para gran parte de las personas, lo cual, lleva a que deben enfrentarse en su vida cotidiana a situaciones o vivencias al comunicar a otras y otros este sentido sobre su condición de no-madre y sus elecciones frente a la maternidad.

Entonces, tomar a la base experiencial como el trasfondo de cada una de las decisiones, permitió identificar que muchas de las vivencias que estas mujeres fueron teniendo frente a la maternidad a lo largo de sus vivencias como hija, hermana, amiga, compañera, etc., influyeron para transformar la base de la experiencia presente y modificar el uso de MRP específicos por el cual inscriben su relación frente a la maternidad como producto de este proceso dinámico que surge de una gran cantidad de vivencias que han tenido a la largo de su vida y no como el producto de la asunción de un deber de ser madre.

Por otro lado, estas experiencias que modificaron su base experiencial y (hoy) configuran las formas en que cada una de las entrevistadas ha tomado una elección, dieron lugar a que sus decisiones no siempre estén vinculadas o fundamentadas en una acción que parte de un ejercicio político, ni, a su vez, que la concreción de la elección sea mero efecto de la adquisición de un estatus socioeconómico o la interpretación por la cual, aun cuando la relación público/privado entre maternidad y trabajo puede configurarse como producto de las vivencias que a lo largo de su vida dieron lugar a que enmarquen el ser madre y el ejercicio de la maternidad por fuera de lo que se profesa desde su *concepción* tradicional, si la maternidad puede ser entendida como un hecho cultural y el producto de una experiencia de vida, los cambios que se gesten en esta dimensión no son el resultado de procesos económicos, sociales y políticos y, por ello, no necesariamente la adquisición de algunos de estos elementos anule de forma inmediata los distintos elementos culturales que indican la vida cotidiana de las mujeres y que condicionan el rol maternal.

A su vez, en el análisis de su experiencia de vida, también se pudo observar que las tres formas de afrontar la pregunta por la maternidad (decisión ambigua, postergación y no ser madre) y caracterizar su relación frente a lo estipulado en la maternidad tradicional no se reducen a la elección misma y cómo hoy lo interpretan, sino que se identificaron dos dimensiones que conforman su base experiencial y les permite hacer uso de ciertos marcos de referencia primarios y secundarios por los cuales llegan a tomar y sostener esta elección. Dado que, si la maternidad tradicional limita y condiciona la vida de toda mujer, su experiencia como hija y el inicio del proceso de autonomía de la tutela familiar se convirtieron en parte de las experiencias a partir de las cuales sustentan los modos en que llegan a negociar o resistir frente a los efectos de las acciones que otras y otros individuos realizan en pos de recauzar la vida de estas mujeres en la senda de la maternidad tradicional.

En este sentido, su experiencia como hijas permitió validar algunos de los supuestos que parte de la literatura recogida en la introducción, al vislumbrar la existencia de un conflicto entre la imposición o la reclusión de la vida cotidiana de su madre al trabajo reproductivo, lo cual, el enmarque o interpretación que ellas hacían de su madre *siendo* madre, fue parte de cualquiera de las tres elecciones que propusieron. Ya que, aun aquellas que estaban postergando, revelaron haber vivido las limitaciones o el conflicto a nivel subjetivo que conlleva la objetivación su condición de mujer y la ruptura con toda experiencia de vida previa al haberse convertido en madre.

Entonces, si ellas interpretan que la experiencia ejerciendo la maternidad distaba de la aspiración que otorgaron al momento de elegir ser madres, así como lo proyectado como pareja al elegir que fuese su padre *el ideal* para concretar dicha elección, en el devenir de su relación y su forma de practicar la maternidad, fueron advirtiendo que esta elección no podría no tener el mismo desenlace que el planificado. Posiblemente porque, al tener conocimiento que ser “ama de casa” no era la elección o la aspiración primordial que sus madres proyectaron para su experiencia de vida antes de convertirse en madres, a estas entrevistadas les permite entrever que la maternidad de “sus madres” se consolidó como un cambio en su vida y una ruptura con una experiencia cotidiana como mujer, como profesional, como trabajadora, etc. que no era la esperada

Por otro lado, su experiencia como hija también les permitió tener en cuenta que este conflicto interno no implica que tengan una pasividad completa o la maternidad tradicional se torne como determinante esa situación, sino que este conflicto también da lugar a ciertos re-enmarques o experiencias negativas y no a la sumisión perpetua de la mujer ante la imposición del rol de

madresposa. Donde algunas modificaron la división de los roles y jerarquías dentro del seno doméstico, como otras optaron por divorciarse o separarse. De modo que, la experiencia como hijas, influye en la decisión que tienen las entrevistadas sobre la maternidad en, al menos, dos sentidos: en buscar las condiciones para no repetir la historia de sus madres (materiales, amorosas, etc.), lo que da lugar a tomar decisiones por fuera de la maternidad tradicional y establecer una relación con ella bajo sus propios términos.

Este recorrido, a su vez, permitió cuestionar o poner en duda el supuesto que algunas autoras y autores proponen al identificar que el producto de la relación entre independencia económica y el acceso a una formación a nivel universitario, inmediatamente detona un proceso de reestructuración o modificación de la base de la experiencia y los esquemas interpretativos que se ve reflejado en una ampliación del margen de acción frente a las acciones que su pareja, la sociedad e incluso su familia ejerzan para que asuma como propio un mandato de género y el deber de ser madre. Cuestión que permite dar cuenta que la formación universitaria y la adquisición de un empleo como profesionista, no necesariamente conllevan la ruptura con ciertos esquemas, ejercicios o acciones en pos de condicionar sus elecciones y ajustar su devenir a la maternidad tradicional, aun cuando sea interpretado por ellas como una experiencia que incidió en el proceso de modificación de distintos esquemas interpretativos que les incidirían de forma relativa en el modo de interactuar con otros modos de ser mujer.

Por lo tanto, ninguna de las vivencias que forman parte de lo que se ha llamado el proceso de autonomía de la tutela familia por sí solas puede ser tomada en cuenta como un punto de inflexión o una experiencia originaria, sino que embonan en un proceso de vivencias que fue configurado el proceso por el cual se modificó la base de la experiencia presente. Entonces, no serían la causa, pero si parte, de los procesos que daría paso a una reconfiguración de su margen de acción, pudiendo tomar decisiones que las alejaran de aquello estipulado por la cultura y los valores tradicionales (que rigen en cada una de sus familias) sobre lo que implica ser mujer o se espera que actúe. Por lo tanto, el distanciamiento de la vida cotidiana signada por estas lógicas, si bien no les permitió gestar una ruptura con ello, sí les posibilitaría acceder a formas de negociación frente a lo que sus padres y madres que remiten tanto a la formas y condiciones que debieron aceptar para poder salir del hogar (sean solas o con su pareja), así como las formas que su familia tuvo para enmarcar y condicionar tanto su presente inmediato como su futuro, y lo que ellas realizaran o proyectaran.

Motivo por el cual, el *desapego* de cómo su familia incidía en su vida, pudo entenderse como un proceso de negociaciones, frustraciones, imposiciones, planificaciones, resistencias y limitaciones que tenían su reflejo en la vida cotidiana, y no estaban signados por un evento que se postulaba como un límite a cruzar. Particularmente, porque la concreción de la modificación del margen de acción se encuentra fuertemente condicionada y limitada por un conjunto de supuestos que se imponen sobre las capacidades de la mujer que se encuentran relacionados con los valores propios del sistema de creencias y, en última instancia, ligados a la maternidad tradicional.

Este punto, a su vez, permitió comprender que la independencia económica no necesariamente conlleva la autonomía de la mujer para llevar a cabo la salida del hogar en pos de buscar “su lugar”, pero sí puede entenderse a la dependencia económica de la familia como un factor que prolonga o traspone la tutela familiar sobre las decisiones de su hija si la salida del hogar depende o se basa en ello. En este sentido, la elección de la formación incidió en la modificación de la base experiencial y los esquemas interpretativos, pero tampoco llegó a ser el evento o experiencia detonante la ruptura con la tutela familiar sobre sus decisiones, dado que algunas de ellas lograrían dar este paso, a partir de una negociación que implicaría formalizar el vínculo amoroso con su pareja.

Este recorrido en el cual se indagaron ciertos aspectos de distintas experiencias de vida, permitió vislumbrar que muchas veces las elecciones que se toman en la vida y, principalmente, en el devenir cotidiano, conllevan una historia, un trasfondo que se opaca y/o oculta si se las toma en términos de hazañas, efectos o eventos rotundos que desbordan la identidad en cada una de sus dimensiones, sino que mayoritariamente los individuos toman elecciones a partir de esta sucesión, yuxtapuesta de formas de enmarcar la vida cotidiana y actuar en ella. Particularmente, porque de allí partió la pregunta por abordar de otra forma cómo se llega a elegir ser madre, estar indecisa ante esta pregunta, postergar la maternidad hasta cumplir ciertos objetivos personales, profesionales y de la pareja y elegir no ser madre, etc., dado que pudo identificarse como un proceso de experiencias internas, externas y negativas que se abordaron desde dos dimensiones de la base experiencial que configuran esquemas interpretativos desde los cuales hoy en día toman ciertas decisiones por las que supeditan el supuesto deber de ser madre a sus aspiraciones permite cuestionar la existencia de un instinto maternal innato desde otro lado que no implique sólo, elegir no ser madre, sino que la elección o los sentimientos en muchos casos “emergen” como producto de una experiencia negativa, se negocian las formas de llevar a cabo la elección buscando obtener

o lograr una serie de objetivos o prerequisites por el cual lograr una suerte de amortiguación del impacto a nivel subjetivo que causa el ejercicio de la maternidad.

Incluso, también se pudo vislumbrar que el hecho de transmitir que su elección de no querer para ellas experimentar ese sentimiento o saciar la “curiosidad” de ser madres hacia su pareja, su familia y su entorno tampoco se da en los mismos términos en los que en muchos casos se retrata como una acción heroica y no como un diálogo o una interacción entre personas que enmarcan este hecho de formas distintas, y que no necesariamente implica que ello sea un conflicto. En tanto, la categoría de experiencia resultó ser útil para distinguir ciertos elementos que entran se ponen en juego o entran en relación al momento en que ellas interpretan la existencia de un mayor repertorio de MRP para posicionarse frente a la maternidad tradicional que sólo a partir de su enmarque como *experiencia o institución*, sino que pueden elegir la maternidad bajo sus propios términos y no por ello estar cediendo ante las exigencias del mandato de género, equivalencia entre ser mujer y ser madre o la imposición del rol de madresposa como único modo posible de ejercer la maternidad, porque han interactuado frente a otros tipos de ser madre que no necesariamente caen en esta falsa dicotomía así como advirtieron que sus madres lograron cierta ruptura o reconfiguración de su relación frente a la maternidad en algún punto de su vida.

Por lo tanto, en la modificación del modo en que en el devenir cotidiano se llegan a yuxtaponer y jerarquizar ciertos marcos de referencia primarios que usaban frente a situaciones de la vida cotidiana, estas experiencias que modificaron la base de la experiencia presente, les permitieron distinguir otros usos posibles de diversos marcos frente a las situaciones que implican actuar como mujer, como profesionista, como mexicana, como parte de un vínculo amoroso en una sociedad fuertemente signada por una tradición selectiva de la cultura que un mayor condicionamiento en la vida de las mujeres que en la de los varones.

Estas experiencias que les otorgan una ampliación del margen de acción frente a la influencia de los valores tradicionales que la identifican como destinada a una maternidad tradicional, dieron lugar a distintas estrategias o negociaciones con su pareja, en su vida profesional, con la cultura, etc., que influyen en que, la elección que toman sobre la maternidad, en primer lugar, ellas la experimentan como una elección propia y, en segundo lugar, una elección de la pareja. Incluso, si ello partiera de un instinto o sentimiento maternal que puede nacer en algún momento de su vida.

Si parte de este trabajo buscó advertir que la maternidad aun logra constituirse para muchos individuos como el único medio por el cual se postula que una mujer puede sentirse realizada con su vida o como mujer, es posible preguntarse “¿qué sucede con aquellas que *sientan* ser mujeres sin haber sido madre?”, en recorrido realizado se pudo vislumbrar que en el análisis de su experiencia de vida es posible advertir otras de entrever cómo toman decisiones sobre la maternidad y cómo ciertas elecciones que se gestan en la vida cotidiana las van alejando del modelo estipulado en la maternidad tradicional, más allá de los efectos que tengan su conciencia política, feminista o no, así como ser profesionista, económicamente independiente, etc.

Así, el haber tomado decisiones que las alejan de lo establecido en y por la cultura y los valores tradicionales que profesan o sustentan una equivalencia entre ser mujer y ser madre, dado que se realizan tanto de forma consciente o como inconsciente, en la vida cotidiana no se manifiestan en términos de actos de transformación o sumisión, dado que no están todo el tiempo comunicando que no son madres, que no quieren serlo o que lo serán bajo sus propios términos.

Entonces, la elección no se reduce al momento mismo que se llega a enmarcarla como posible o necesaria, sino que *pervive* en el devenir cotidiano, cuestión que se pudo identificar al momento en que debieron lidiar ante cuestionamientos que otros/as personas que no las consideran mujeres por no haberse convertido en madres, permite ver que, en una cultura en estrecha relación con los valores tradicionales, el hecho que muchas mujeres están buscando oportunidades, para “sentirse completamente realizadas y auto determinadas sin prestar atención a lo que la sociedad piense de ellas” (Cain, 2001; en Avila González 2005), puede interpretarse como una elección desviada y asible de criticarse o estigmatizarse. Así, el concepto de experiencia resultó útil para identificar no sólo formas de acción o respuesta ante estas situaciones, sino también al ver que la respuesta dependía mayoritariamente del vínculo, posiblemente sentimental, que tenían con quien las criticaba, así como se reforzaba su selección al interpretar que no era la única que estaba realizando esta elección.

A pesar de lo planteado a lo largo de estas páginas, este ha trabajo dejado entrever una serie de limitantes a la hora de indagar la experiencia de vida de estas mujeres. En primer lugar, una comparación entre aquello que ellas interpretaron de sus madres ejerciendo la maternidad y lo que sus madres realmente interpretan que experimentaron, hubiera sido un elemento central para poner en juego ciertos vínculos o sentidos que dieron lugar a esa interpretación en sus *ojos de niña*. Donde, indagar en las experiencias de aquellas en que se generó un conflicto a nivel subjetivo,

hubiera enriquecido mucho más su rol maternal en lo que sus hijas vieron, al abrir un mayor panorama a aquello que sucedía a espaldas de sus hijas/hijos. En este sentido, una muestra compuesta por una mayor cantidad de casos o testimonios también hubiese permitido encontrar mayor variación en los resultados.

Otra limitante fue no contar con las opiniones o argumentos de las elecciones que tienen sus parejas sobre la forma en que su pareja ha elegido frente a la maternidad, lo cual, lleva a plantear para una investigación futura que busque indagar en la forma en que las experiencias de vida inciden en cómo se elige frente a la maternidad, a tomar como una dimensión más que relevante de la base experiencial sus experiencias amorosas pasadas y actuales.

También cabe destacar una posible veta centrada en las emociones, particularmente la forma en que los procesos corporales son traducidos a nivel subjetivo como una experiencia. Donde, si bien se ubicó al reloj biológico como un elemento relevante a la hora de entrever que las emociones, inciden en las acciones y las formas de interpretar distintas situaciones, también se podrá incluir en un futuro análisis, indagar todo lo que implica a nivel corporal convertirse en madre, buscando indicios de si puede ser un elemento relevante en elección.

A lo largo de estas páginas se ha buscado no sólo dar voz otras formas de elegir ante la maternidad evitando recaer en clasificaciones que permiten identificar cada elección como inmersas en un proceso de vida y como producto del mismo. Entonces, insistir que la relación que una mujer entabla frente la maternidad tradicional puede entenderse como *desviada* a la esperada o liberadora, posiblemente no permite dar cuenta de los procesos que hacen a este desvío un producto de negociaciones, intervenciones, resistencias y dinámicas que hacen no sólo a su subjetividad, donde no influye cómo se relaciona o posiciona frente a sus cercanos.

Por último, supeditar el análisis de todo fenómeno a su dimensión política o económica, deja de lado que no todo se mide entre blancos y negros, en agentes y sumisas, en poseedoras y no poseedoras, sino que aquí se buscó reivindicar la forma en que estas dimensiones están relativa autonomía de la cultura y viceversa. Entonces, si, tal como pretendió entrever Williams, la cultura es algo ordinario y, por ello, los límites están latentes allí donde se producen y reproducen las formas de vida en su conjunto... si en la vida cotidiana es donde tienen lugar las acciones que dan sentido a las estructuras, allí es donde se debe seguir indagando.

REFERENCIAS

- ALEXANDER, Jeffrey (2005) "Pragmática cultural: Un nuevo modelo de performance social" en *Revista Colombiana de Sociología* N° 24. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- ALEXANDER, Jeffrey C. y SMITH, Philip (2019) "¿Sociología cultural o sociología de la cultura? Hacia un programa fuerte para la segunda tentativa de la sociología" en Alexander, Jeffrey C., *Sociología cultural: Formas de clasificación en las sociedades complejas*. FLACSO México, CDMX.
- ALMOND, Barbara (2011) *The Monster Within: The Hidden Side of Motherhood*. University California Press, Berkeley.
- ALTHUSSER, Louis (1967) "Contradicción y Sobredeterminación" en *La Revolución teórica de Marx*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- AMPARÁN, Aquiles Chihu (2018) "Los marcos de la experiencia" en *Sociológica*, N° 93, año 33, pp.87-117. UAM-Azcapotzalco, CDMX. ISSN 2007-8358. Recuperado en: <http://www.sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/1282>.
- AQUINO MORESCHI, Alejandra (2013) "La subjetividad a debate" en *Sociológica*, año 28, N° 80, pp. 259-278. UAM-Azcapotzalco, CDMX. ISSN: 0187-0173. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/pdf/3050/305029973009.pdf>.
- ARCHENTI, Nélica y PIOVANI, Juan Ignacio (2018) "Los debates metodológicos contemporáneos" en MARRADI, Alberto; ARCHENTI, Nélica y PIOVANI, Juan Ignacio (comp.) *Manual de Metodología de las Ciencias Sociales*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- ARIZA, Lucía (2014) "La construcción narrativa de la infertilidad. Mujeres que narran la experiencia de no poder concebir" en *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana* N.18, pp. 41-73. DOI: <https://dx.doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2014.18.05.a>
- ARFUCH, Leonor (2006) "Las subjetividades en la era de la imagen: de la responsabilidad de la mirada" en Daniela Gutiérrez (ed.) *Educación la mirada: Políticas y pedagogías de la imagen*. Editorial Manantial, Buenos Aires.
- ARTEAGA BOTELLO, Nelson (2019) "Introducción. La sociología cultural: los horizontes morales de la acción" en Jeffrey C. Alexander *Sociología Cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*. FLACSO Sede México, CDMX.
- ARTEAGA BOTELLO, Nelson y ARZUAGA MAGNONI, Javier (2016) "Del neofuncionalismo a la conciencia icónica: ensayo crítico para pensar la sociología cultural de Jeffrey Alexander" en *Sociológica*, año 31, número 87, enero-abril de 2016, pp. 9-41. Recuperado en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732016000100001
- ASAKURA, Hiroko (2005). "Cambios en significados de la maternidad: la emergencia de nuevas identidades femeninas (un estudio de caso: mujeres profesionistas de clase media en la Ciudad de México)" en *Nuevas maternidades y derechos reproductivos*. El Colegio de México, CDMX.
- ÁVILA GONZÁLEZ, Yanina (2005) "Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres" en *Revista Desacatos* N° 17. CIESAS-Occidente, Guadalajara. ISSN 2448-5144. Recuperado en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2005000100007&lng=es&tlng=es.

- BADINTER, Elisabeth (1980) *Existe el instinto maternal: historia del amor maternal siglos XVII al XX*. Paidós: Barcelona.
- BAFFONE, Cristina (2013) “La maternidad subrogada: una confrontación entre Italia y México” en *Boletín Mexicano de Derecho Comparado, nueva serie, año XLVII, núm. 137, pp. 441-470*. DOI: [http://dx.doi.org/10.1016/S0041-8633\(13\)71139-6](http://dx.doi.org/10.1016/S0041-8633(13)71139-6).
- BATESON, Gregory (1998) *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Editorial LOHLÉ-LUMEN, Buenos Aires.
- BERNE Naomi (1988) “Psychology of Childbirth” en Offerman-Zuckerberg J. (eds) *Critical Psychophysical Passages in the Life of a Woman*. Springer, Boston, MA. DOI: https://doi.org/10.1007/978-1-4684-5362-1_9.
- BONDER, Gloria (1998) “Género y subjetividad: avatares de una relación no evidente” en *Género y Epistemología: Mujeres y Disciplinas*. Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEG), UNAM, CDMX.
- BOURDIEU, Pierre (1982) “Les rites comme actes d'institution” en *Actes de la recherche en sciences sociales. Vol. 43: Rites et fétiches. pp. 58-63*. Maison des sciences de l'homme, París. DOI: <https://doi.org/10.3406/arss.1982.2159>.
- (2012) *Bosquejo para una teoría de la práctica*. Prometeo, Buenos Aires.
- BURIN, Mabel; MONCARZ, Esther; VELÁZQUEZ, Susana (1991) “La mujer y los estados depresivos” y “La tranquilidad recetada” en *El malestar de las mujeres la tranquilidad recetada*. Paidós, México.
- CARASSALE REAL, Santiago y MARTÍNEZ PÉREZ, Liliana (2016) “Estudio introductorio: experiencia, cultura y observación” en Carassale Real, Santiago y Liliana Martínez Pérez (coords.) *La experiencia como hecho social: ensayos de sociología cultural* FLACSO México, CDMX.
- CASTAÑEDA RENTERÍA, Liliana Ibeth (2015) “Referentes, tensiones y rupturas identitarias. Mujeres profesionistas y sus familias de origen” en *Avances en Psicología Vol.23, N°2, 191-201*. Universidad Femenina del Perú. DOI: <https://doi.org/10.33539/avpsicol.2015.v23n2.162>.
- (2019) “Mujeres profesionistas sin hijos: la defensa del modelo tradicional de maternidad desde la no maternidad” en *Revista Desacatos N° 60, pp. 134-149*. CIESAS-Occidente, Guadalajara. DOI: <https://doi.org/10.29340/60.2095>.
- CELOTTA, Beverly (1982) “New Motherhood: A Time of Crisis?” en *Birth, 9: 21-23*. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1523-536X.1982.tb01598.x>.
- CEVASCO, María (2013) “El Materialismo Cultural” en *Diez Lecciones sobre Estudios Culturales*. Editorial La Marca, Buenos Aires.
- CHANETON, July y VACAREZZA, Nayla (2011) *La intemperie y lo intempestivo. Experiencias del aborto voluntario en el relato de mujeres y varones*. Marea Editorial, Buenos Aires.
- CIXOUS, Hélène (1995) *La risa de Medusa: Ensayos sobre la escritura*. Editorial Anthropos, Buenos Aires.
- CLIMENT, Graciela (2003) “La maternidad adolescente, una expresión de la cuestión social. El interjuego entre la exclusión social, la construcción de la subjetividad y las políticas públicas” en *Revista Argentina de Sociología, vol. 1, núm. 1, noviembre-diciembre, 2003, pp. 77-93*. Consejo de Profesionales en Sociología, Buenos Aires. ISSN: 1667-9261. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/pdf/269/26900106.pdf>.



- DAVIS, Angela Y. (2005) “El legado de la esclavitud: modelos para una nueva feminidad” en *Mujeres, raza y clase*. Editorial Akal, Madrid.
- DE BEAUVOIR, Simone (1975) *El Segundo Sexo. Tomo II*. Editorial Siglo XX, Buenos Aires.
- DE CERTEAU, Michel (2000) “Capítulo XII. Leer: una cacería furtiva” en *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana, CDMX.
- DE LAURETIS, Teresa (1989) “Technologies of Gender” en *Essays on Theory, Film and Fiction*. Macmillan Press, Londres.
- DE MIGUEL, Ana (1995) “Feminismos” en Amorós, Célia (comp.) *Diez palabras clave sobre Mujer*. Ediciones Verbo Divino, Pamplona.
- DIETZ, Mary (2005) “Las discusiones actuales de la teoría feminista” *Revista digital Debate Feminista, N° 32: Matrimonio homosexual familia homoparental*. Traducción: Cecilia Olivares Mansuy. DOI: <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2005.32.1229>.
- DONATH, Orna (2016) *Madres Arrepentidas*. Reservoir Book, CDMX.
- ESPINO, Alma (2012) “Perspectivas teóricas sobre género, trabajo y situación del mercado laboral latinoamericano”, en *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*. ONU Mujeres, Santo Domingo.
- FERNÁNDEZ, Ana María (1992) *La Mujer de la Ilusión: Pactos y Contratos entre hombres y mujeres*. Paidós, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, Juan Antonio y TOBIO SOLER, Constanza (1998) “Las familias monoparentales en España” en *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas, N° 83, pp. 51-85*. ISSN: 0210-5233. Recuperado en: http://ih-vm-cisreis.c.mad.interhost.com/REIS/PDF/REIS_083_04.pdf.
- FERNÁNDEZ OSSANDÓN, Rosario (2017) “Trabajo doméstico pagado: la ‘solución perfecta’ para la ‘familia feliz’ en Chile”, en Jorge Pavez (ed.) *(Des)orden de género. Políticas y mercados del cuerpo en Chile*. Cramn Editores, Santiago de Chile.
- FERRO, Norma (1991) *El instinto maternal o la necesidad de un mito*. UAM, Madrid.
- FIGUEROA, Katia; FIGUEROA SANDOVAL, Benjamín; FIGUEROA RODRÍGUEZ, Benjamín y HERNÁNDEZ ROSAS, Francisco (2012) “Análisis de los valores que constituyen la identidad del mexicano” en *Culturales vol. VIII, N° 16*. UABC, Baja California. Recuperado en: <http://culturales.uabc.mx/index.php/Culturales/article/view/137>.
- FLAQUER, Lluís (1998) *El destino de la familia*. Ediciones Ariel, Barcelona.
- FOLBRE, Nancy (2006) “Measuring Care: Gender, Empowerment, and the Care Economy” en *Journal of Human Development and Capabilities, vol. 7, issue 2: Revisiting the Gender-related Development Index (GDI) and Gender Empowerment Measure (GEM)*. DOI <https://doi.org/10.1080/14649880600768512>.
- FREEDMAN, Jane (2004) *Feminismo: unidad o conflicto*. Narcea Ediciones, Madrid.
- FULLER, Norma (1997) “Fronteras y retos: varones de clase media del Perú” en *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- GARGALLO, Francesca (2004) *Las ideas feministas latinoamericanas*. Universidad Nacional Autónoma de México, CDMX.
- GAYET, Cecilia y JUAREZ, Fátima (2016) “Necesidades no satisfechas de métodos anticonceptivos” en *Situación de la Salud Sexual y Reproductiva*. República Mexicana. Consejo Nacional de Población, CDMX.
- GEERTZ, Clifford (1992) “1. Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura” en *La interpretación de las culturas*. Editorial Gedisa, Barcelona.
- GOFFMAN, Erving (1970) *Estigma. La identidad Deteriorada*. Amorrortu, Buenos Aires.



- (1972) “Fun in games” en *Encounters Two Studies in the Sociology of Interaction*. Penguin University Books, Middlesex, Inglaterra.
- (2006) *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI, Madrid, España.
- GOGNA, Mónica (2005) *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas*. Ministerio de Salud de la Nación Argentina, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, Noé (2009) “Revisión y renovación de la sociología de la familia” en *Espacio Abierto*, vol. 18, núm. 3, pp. 509-540. Universidad del Zulia Maracaibo, Venezuela. ISSN: 1315-0006
- GONZÁLEZ, Gerardo y RAMÍREZ, Valeria (1979) “V. Las Políticas Relativas a la Fecundidad” en CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA, *Cuadernos del CELADE: La Política de Población en América Latina, 1974-1978*. Santiago de Chile. Recuperado en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/8657/S7900560_es.pdf?sequence=1
- GLICKMAN, Rose (1995) *Daughters of feminist: Young women with feminist mothers talk about their lives*. St. Martin’s Press, New York.
- GONZÁLEZ, Electra, MOLINA, Temístocles y LUTTGES, Carolina (2015) “Características de la educación sexual escolar recibida y su asociación con la edad de inicio sexual y uso de anticonceptivos en adolescentes chilenas sexualmente activas” en *Revista chilena de obstetricia y ginecología*, Vol. 80, N° 1, pp. 24-32. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-75262015000100004>.
- GREEN, Fiona Joy (2011) *Practicing feminist mothering*. Arbeiter Ring Publishing, Canadá.
- GUBER, Rosana (2001) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Enciclopedia latinoamericana de sociocultural y comunicación. Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- GUTIÉRREZ, María Alicia (2018) “Feminismo en acción: el debate de la Ley de Interrupción Voluntaria del embarazo” en *Revista Sociales en Debate N° 14: Lo que la marea verde nos dejó*. FSOC-UBA, Buenos Aires.
- GUTIÉRREZ CAPULÍN, Reynaldo; DÍAZ OTERO, Karen Yamile; ROMÁN REYES, Rosa Patricia (2016) “El concepto de familia en México: una revisión desde la mirada antropológica y demográfica” en *Ciencia Ergo Sum*, vol. 23, núm. 3. Universidad Autónoma del Estado de México. Recuperado en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10448076002>.
- HALL, Stuart y DU GAY, Paul (2003) *Las Cuestiones de la Identidad Cultural*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires.
- HASSOUN, Jacques (1996) *Los contrabandistas de la memoria*. Editorial Ciudad, Buenos Aires
- HERRERA, Manuel y SORIANO, Rosa María (2004) “La teoría de la acción social en Erving Goffman” en *Papers N° 73*, pp. 59-79. Universitat Autònoma de Barcelona, BCN. Recuperado en: <https://papers.uab.cat/article/view/v73-herrea-soriano/pdf-es>.
- HILL COLLINS, Patricia (1994) “Shifting the center: Race, class, and feminist theorizing about motherhood” en Nakano Glenn, Evelyn; Change, Grace y Forcey, Linda Rennie *Mothering: Ideology, Experience, and Agency*. Routledge, New York.
- HIRATA, Helena y KERGOAT, Daniele (2000) “Una nueva mirada a la división sexual del trabajo”, en MARUANI, Margaret; ROGERAT, Chantal y TORNIS, Teresa (dirs) *Las nuevas fronteras de la desigualdad. Hombres y mujeres en el mercado del trabajo*. Editorial Icaria, Barcelona.

- HOOKS, Bell (2004) “Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista” en *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid, Traficantes de Sueños. Disponible en: <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Otras%20inapropiables-TdS.pdf>
- ILLIC VIGIL, Valentina y MARCHANT RUIZ-TAGLE, Valentina (2018) “Maternidad tardía. ¿Una decisión? Una lectura de las claves teóricas para la comprensión de la construcción biográfica de la maternidad actual en CÁRDENAS TOMAZIC, Ana y YÉBENES RAMÍREZ, Ana María (Comp.) *Mujer(es), familia(s), trabajo(s). Un debate internacional*. Teseo, Buenos Aires
- JAIVÉN, Ana Lau (1987) *La nueva ola del feminismo*. Editorial Planeta, CDMX, México.
- JELIN, Elizabeth (1984) *Familia y Unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Editorial CEDES, Buenos Aires. Disponible en: <http://repositorio.cedes.org/handle/123456789/3500>
- KNIBIEHLER, Yvonne (2001) *Historia de las Madres en Occidente; Repensar la Maternidad*. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.
- KVALE, Steinar y BRINKMANN, Svend (2009) *InterViews: Learning the Craft of Qualitative Research Interviewing*. SAGE Publications, New York.
- LAMAS, Marta (2009) “La despenalización del aborto en México” en *Revista Nueva sociedad*, Vol. 220. Recuperado en: <https://nuso.org/articulo/la-despenalizacion-del-aborto-en-mexico/>.
- LAGARDE, Marcela (2005) *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. UNAM, CDMX.
- LASTRA, Soledad (2010) *Del exilio al no retorno. Experiencia narrativa y temporal de los argentinos en México*. FLACSO-México, CDMX. (Tesis de Maestría: http://flacso-primo.hosted.exlibrisgroup.com/52FLA:52FLA:52FLA_Aleph000082835).
- LAVEE, Yoav, SHARLIN, Shlomo, & KATZ, Ruth (1996) “The effect of parenting stress on marital quality: An integrated mother–father model” en *Journal of Family Issues*, Vol.17, N°1, pp. 114–135. <https://doi.org/10.1177/019251396017001007>.
- LIN, Ann Chih (1998) “Bridging Positivist and Interpretivist Approaches to Qualitative Methods,” en *Policy Studies Journal* N° 26. SAGE. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1541-0072.1998.tb01931.x>.
- LUENGO, María y GUTIÉRREZ, Prudencia (2011) “Los feminismos en el siglo XXI: pluralidad de pensamientos” en *Brocar: Cuadernos de Investigación Histórica* Vol. 35. Universidad de La Rioja, España. DOI: <https://doi.org/10.18172/brocar.1610>.
- MALACRIDA, Claudia y BOULTON, Tiffany (2012) “Women's Perceptions of Childbirth "Choices": Competing Discourses of Motherhood, Sexuality, and Selflessness” en *Gender & Society* Vol° 26 N° 5. DOI: <https://doi.org/10.1177/0891243212452630>.
- MENDIZÁBAL, Nora (2006) “Capítulo 2: Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa” en Vasilachis de Gialdino, Irene (coord.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona, Gedisa.
- MITCHELL, Juliet (1971) “Concepts of Women’s Liberation” en *Women’s Estate*. Penguin-Random House, Nueva York. Recuperado en: <https://www.marxists.org/subject/women/authors/mitchell-juliet/womens-estate.htm>
- MOLINA, María Elisa (2006) “Transformaciones histórico culturales del concepto de maternidad y sus repercusiones en la identidad de la mujer” en *Revista PSYKHE* 15. Universidad de Santiago de Chile, Chile. DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22282006000200009>.



- MONCÓ, Beatriz (2009) “Maternidad Ritualizada: un análisis desde la antropología de género” en *Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 4, núm. 3, pp. 357-384. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/pdf/623/62312914005.pdf>.
- MONTECINO, Sonia (1992) *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Ediciones Cuarto Propio, CEDEM, Santiago de Chile.
- MUÑIZ GALLARDO, Érika y RAMOS TOVAR, María Elena (2019) “Presión social para ser madre hacia mujeres académicas sin hijos” en *Nóesis. Revista de Ciencias sociales y humanidades* Vol. 38, N° 55. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Chihuahua.
- MURARO, Luisa (1994) *El Orden Simbólico de la madre*. Editorial Horas y Horas, Madrid.
- OBSERVATORIO LABORAL (2018) *Panorama profesional por estados*. Gobierno de México, CDMX. Disponible en: www.observatoriolaboral.gob.mx/static/estudio-s-publicaciones/Panorama_profesional_estados.html
- ORTIZ, Renato (1997) “Modernidad-Mundo e Identidades” en *Revista Estudios sobre las Culturas contemporáneas*. Universidad de Colima, México.
- ÖSTBERG, Monica y HAGEKULL, Berit (2000) “A Structural Modeling Approach to the Understanding of Parenting Stress” en *Journal of Clinical Child Psychology*, Vol.29 N°4, 615-625, DOI: https://doi.org/10.1207/S15374424JCCP2904_13.
- O'REILLY, Andrea (2010) “Introduction” en *Twenty-first Century Motherhood. Experience, identity, policy and agency*, New York, Columbia University Press.
- PARSONS, Talcott (1986) “I. La estructura social de la familia” en Erich Fromm (coord.) *La Familia*. Editorial Península, España.
- PATEMAN, Carole (1996) “Críticas feministas a la dicotomía público-privado” en Carme Castells (comp.) *Perspectivas feministas en teoría política*. Paidós, Barcelona.
- PICCHIO, Antonella (2012) “Trabajo productivo y trabajo reproductivo”, en *La economía feminista como un derecho*. Red Nacional de Género y Economía, Ciudad de México.
- PIOVANI, Juan Ignacio (2018) “La Entrevista en Profundidad” en MARRADI, Alberto; ARCHENTI, Néida y PIOVANI, Juan Ignacio (comp.) *Manual de Metodología de las Ciencias Sociales*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- PRIDMORE-BROWN, Michele (2008) “Professional Women, Timing, and Reproductive Strategies” en O'REILLY, Andrea (ed.) *Feminist Mothering*. State University of New York Press, Albany, EEUU.
- PUYANA VILLAMIZAR, Yolanda y MOSQUERA ROSERO, Claudia (2005) “Traer hijos o hijas al mundo: significados culturales de la paternidad y la maternidad” en *Revista latinoamericana de ciencias sociales, niñez y juventud*, 01 January 2005, Vol.3 (2), p.111-140. ISSN: 1692-715X; E-ISSN: 2027-7679. Recuperado en: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1692-715X2005000200005.
- RAGIN, Charles (2007) *Estrategias de Investigación social*. En *La Construcción de la investigación social*. Editorial Siglo del Hombre, Bogotá.
- RICH, Adrienne (2019) “Prólogo” en *Nacemos de Mujer*. Editorial Traficante de Sueños, Madrid.
- RODGERS, Antoniette Y. (1993) “The assessment of variables related to the parenting behaviour of mothers with young children” en *Child. Youth Services Review* N° 15, 385–402. DOI: [https://doi.org/10.1016/0190-7409\(93\)90011-W](https://doi.org/10.1016/0190-7409(93)90011-W).
- ROMO MORALES, Gerardo (2016) “Capítulo 4. La familia como institución y universal. Análisis de los cambios modernos” en ROMO MORALES, Gerardo (coor.) *La familia como institución. Cambios y permanencias*. Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Tonalá, Jalisco.

- SALETTI CUESTA, Lorena (2008) “Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad” en *CLEPSYDRA* N° 8, pp. 169-183. Universidad San Cristóbal de la Laguna, Tenerife. Recuperado en: https://riull.ulles.es/xmlui/bitstream/handle/915/14275/CL_07_%282008%29_11.pdf?sequence=1&isAllowed=y.
- SANCHEZ BENITEZ, Natalie (2016) “La experiencia de la maternidad en mujeres feministas” en *NÓMADAS* N° 44: *Inclusión, equidad y mercado: ¿objetivos de la educación superior?* Universidad Central, Bogotá. Recuperado en: http://editorial.ucentral.edu.co/ojs_uc/index.php/nomadas/article/view/2499.
- SCOTT, Joan W. (1991) “The Evidence of Experience” en *Critical Inquiry*, Vol. 17, N°4, pp. 773-797. The University of Chicago Press. Recuperado en: https://lucian.uchicago.edu/blogs/ea-media-project/files/2018/02/Scott_TheEvidence_1991.pdf.
- (2008) “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en *Revista Género e Historia*. FCE-UACM, CDMX.
- SEGURA, Ramiro (2008) “Superar dualismos: determinación, proceso, totalidad, prácticas. Raymond Williams, una tradición selectiva” en *Revista Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, n° 3. Publicación del Posgrado en Ciencias Sociales UNGS-IDES, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Recuperado en: https://www.academia.edu/20294421/Superar_dualismos_determinaci%C3%B3n_proceso_totalidad_pr%C3%A1cticas_Raymond_Williams_una_tradici%C3%B3n_selectiva.
- SENDÓN DE LEÓN (2004) *¿Qué es el feminismo de la diferencia?* Disponible en: <http://www.mec.maestrias.unach.mx/images/tablas/1/sendn.pdf>
- SNOW, David y MORRIL, Calvin (2003) “Elaborating analytic ethnography. Linking fieldwork and theory” en *Ethnography* Vol. 4, Issue 2. UCLA, California. DOI: <https://doi.org/10.1177%2F14661381030042002>.
- SOCIEDAD NORTEAMERICANA PARA LA REPRODUCCIÓN (2013) *Edad y Fertilidad. Guía para Pacientes*. American Society for Reproductive Medicine. Birmingham, Alabama. Disponible en www.reproductivefacts.org/globalassets/rf/news-and-publications/bookletsfact-sheets/spanish-fact-sheets-and-info-booklets/edad_y_fertilidad.pdf
- SOMMER, Susana E. (1993) “Mujeres y reproducción: las nuevas tecnologías” en *Debate Feminista*, Vol. 8, pp. 76-85. PIEG-UNAM, CDMX. Recuperado en: http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/articulos/008_06.pdf.
- SWIGART, Jane (1991) *The Myth of the Bad Mother: The Emotional Realities of Mothering*. Doubleday, New York.
- TABBUSH Constanza y GENTILE Florencia (2014) “Madres transgresoras y bebés ‘tumberos’: La regulación de la maternidad y la crianza tras las rejas” en TARDUCCI, Mónica (comp.) *Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina*. Librería de mujeres editoras, Buenos Aires.
- TARDUCCI, Mónica (2014) “Hitos de la militancia lesbofeminista de Buenos Aires (1984-1995)” en TARDUCCI, Mónica (comp.) *Feminismo, lesbianismo y maternidad en Argentina*. Librería de mujeres editoras, Buenos Aires.
- THOMPSON, Edward Palmer (2012) “Prefacio” en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Captain Swing Ediciones, Madrid.



- TOBIN, Phyllis Ziman y ARIA, Barbara (1998) "Choosing: The rite of passage" en *Motherhood optional: A psychological journey*. Jason, New York
- TRIGUEROS, Álvaro Alonso (2014) "Antonio Gramsci en los estudios culturales de Raymond Williams" en *Methodos. Revista de ciencias sociales*, vol. 2, núm. 1, pp. 8-22. Universidad Rey Juan Carlos, Madrid. Recuperado en: <https://www.redalyc.org/pdf/4415/441542971002.pdf>.
- TUBERT, Silvia (1996) "Introducción" en TUBERT, Silvia (ed.) *Figuras de la madre*. Ediciones Cátedra-Universidad de Valencia, Valencia.
- URIBE DÍAZ, Patricia (2007) "Familias monoparentales con jefatura femenina, una de las expresiones de las familias contemporáneas" en *Revista Tendencias & Retos*, N°. 12, págs. 81-90. ISSN 0122-9729. Recuperado en: <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/revistas/co/re-v-co-tendencias-0012-05.pdf>.
- VERÓN, Eliseo (1987) "El Sentido como producción discursiva" en *La Semiosis Social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa, Barcelona.
- VASILACHIS, Irene (2006) "Capítulo 1: La investigación cualitativa" en Vasilachis, Irene (coord.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona, Gedisa.
- VELA PEÓN, Fortino (2013) "Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa" en *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. El Colegio de México - FLACSO México, CDMX.
- VILLANI, Sue Lance y RYAN Jane E. (1997) *Motherhood at the Crossroads: Meeting the challenge of a changing role*. Insight Books, New York.
- VINCENT, Gérard (1987) "Secretos de Familia" en Philippe Ariès y Georges Duby (eds.) *Historia de la vida privada: La vida privada en el siglo XX*, Tomo 9. Madrid: Taurus.
- WEISS, Robert (1994) "Why we interview?" en *Learning from Strangers*. The Free Press, New York.
- WILLIAMS, Raymond (1985) "Experience" en *Keywords*. Oxford University Press, Oxford.
- (2000) *Materialismo y Cultura*. Editorial Península, Madrid.
- (2001) *El campo y la ciudad*. Siglo XXI Editorial, Buenos Aires.
- ZAMBERLIN, Nina (2015) "El estigma asociado al aborto como objeto de estudio: los primeros pasos en América Latina" en RAMOS, Silvina (comp.) *Investigación sobre aborto en América Latina y el Caribe. Una agenda renovada para informar políticas públicas e incidencia*. Centro de Estudios de Estado y Sociedad-CEDES, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- ZICAVO, María Eugenia (2013) "Dilemas de la maternidad en la actualidad: Antiguos y nuevos mandatos en mujeres profesionales de la ciudad de Buenos Aires" en *La ventana [online]*. Vol.4, N° 38, pp.50-87. ISSN 1405-9436. Recuperado en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-94362013000200004&script=sci_abstract

ANEXOS

ANEXO N° 1. GUION DE LA ENTREVISTA

Dimensión de la experiencia a indagar	Preguntas
Configuración del seno doméstico y experiencia como hijas.	<p>1) ¿Dónde vives (ahora)?, ¿por qué vives ahí?, ¿tú naciste ahí?, ¿te criaste ahí?, ¿por qué vives en CDMX? (en caso que no sea oriunda de la capital)</p> <p>2) ¿Cómo era la relación con tu padre y madre de niña, eran permisivos/estrictos/invasivos?, ¿Te llevabas mejor con uno que con otro o igual? ¿daban lugar a que tomaras decisiones, una cierta dependencia/independencia?, ¿cuánto(a)s hermano(a)s tienes (o tuviste) ?,</p> <p>3) ¿Cómo era tu familia? ¿Cómo estaba compuesta?</p>
Experiencia como profesionista y (formación y situación laboral y/o profesional, pasada y presente)	<p>4) ¿Por qué estudiaste la carrera que estudiaste? ¿Es la única que querías? ¿Has dejado alguna que te interesara por alguna razón? ¿Si/no? ¿Por qué?</p> <p>5) ¿Qué trabajo realizas actualmente?, ¿Dónde?, ¿desde cuándo?, ¿en qué posición jerárquica te encuentras?, ¿Cómo te sientes en él?, ¿Crees que tienes futuro en ese ámbito y/o lugar?</p>
Vínculo amoroso	<p>6) ¿conviven?, ¿por qué?, ¿cómo se conocieron?, ¿hace cuánto tiempo están juntos?, ¿cuál es su empleo/ocupación?, ¿Tienen proyecciones a futuro (como pareja)?</p>
La experiencia y la elección frente a la maternidad	<p>7) ¿Alguna vez pensaste o quisiste tener hijos?, ¿por qué sí/ no?, ¿qué implicaría para ti, hoy, decidir serlo? ¿qué piensa o dice de esto tu pareja actual?</p> <p>8) ¿Cómo fue que te diste cuenta que querías/no querías? ¿alguna vivencia o hecho en particular?</p> <p>9) (en caso de indecisión) ¿Lo pensaste? ¿Si/No? ¿Por qué crees?</p>
Cuestionamientos y apoyos a su elección	<p>10) ¿Cómo están conformadas las familias?, ¿cómo es la relación que tiene la familia de tu pareja contigo?, ¿y la tuya con él?</p> <p>11) El hecho que aún no tengan hijos/as ¿tu familia y/o la familia de tu pareja dice algo sobre esto?, ¿de qué forma?, ¿cuándo surge</p>



	<p>(si es que surge)?, ¿cuáles son los argumentos para ejercer presión?</p> <p>12) ¿Con sus amistades o personas del ámbito laboral/profesional sucede lo mismo?, ¿surge de la misma forma?, ¿si/no?, ¿por qué piensas que pasa ello? ¿Le das la misma importancia a todas las intervenciones sobre tu situación de no ser madre? O sea, si alguien en particular te apoya/cuestiona, ¿reconforta o molesta más que si fuera otro/a quien lo dijese?</p> <p>13) ¿Qué crees que lleva a la gente a reaccionar así ante tu elección?</p>
--	--

ANEXO N° 2. TABLA DESCRIPTIVA DE LAS ENTREVISTADAS

N°	Nombre	Edad	Ondas cronológicas de la entrevista	Formación	Profesión	Ocupación y nivel de estudios alcanzado por la madre durante su proceso de crianza	Visión de su madre	Experiencia como hija	Elección			Argumento principal de su decisión	Edad de salida del seno doméstico sola, con la pareja, amistades o romías?	Razón de salida del seno doméstico	Tipo de vínculo con la pareja actual	Tiempo junto a su pareja	Casamiento Si/No/¿?	Postura de la pareja frente a su decisión
									Posterga	No quiere	Indecisa							
1	Ad	34	2	Lic. en Economía	Consultora económica en empresa del sector privado	Secundaria - Ama de casa	Madre frustrada	Se crió con su familia hasta los nueve años. Luego vivió con distintos familiares en distintas partes del país.			X	"No están dadas las condiciones" socioeconómicas para tenerlo/a. Pero deja abierta la posibilidad a serlo.	30 años. Pareja	Buscar "su lugar"	Unión libre (conviven solo cuatro días de la semana)	Cinco años	No	Contraria (quiere con ella)
2	Az	36	5	Mtra. en Sociología	Doctoranda / Candidata a doctora	Secundaria - Ama de casa	Madre frustrada y autoritaria	Familia tradicional - conflictos con el padre			X	No quiere interrumpir su carrera profesional, ni tampoco quiere correr los riesgos del embarazo biológico. Pero deja abierta la posibilidad a serlo.	25 años. Sola	Buscar "su lugar"	Unión libre	Seis años	No	No quiere
3	Dn	30	8	Lic. en Psicología y Lic. en Historia del Arte	Valuadora de obras de arte	Secundaria - Ama de casa	Madre frustrada y autoritaria	Familia con valores tradicionales y católicos.	X			No quiere interrumpir su carrera profesional. Espera hasta que "estén dadas las condiciones".	25 años. Sola	Buscar "su lugar"	Unión libre	Cuatro años	No	Concuerda
4	Ct	31	7	Lic. en Economía	Consultora económica y empresaria (dueña de una librería especializada en textos de economía)	Preparatoria - Empresaria	Mujer independiente	Infancia monoparental (padre ausente)	X			No cree que su actual pareja sea "la persona correcta"	Todavía convive con su madre	-----	Noviazgo. Relación a distancia.	Un año y medio	No	Contraria (quiere con ella)
5	Ed	31	12	Lic. en Mercadotecnia	Gestora Freelance	Técnica - Ama de casa	Madre frustrada y violentada (verbal y físicamente)	Familia ampliada y disfuncional	X			Quiere, pero su pareja no. Tiene conflictos internos con esta cuestión	23 años. Sola	Buscar "su lugar"	Unión libre	Seis años (cinco y medio de convivencia)	No	Contraria (no quiere)
6	Ir	33	6	Mtra. en Lingüística	Doctoranda / Candidata a doctora	Secundaria - Ama de casa	Madre autoritaria y sobreprotectora	Familia tradicional e indígena - conflictos con una madre muy autoritaria y sobreprotectora	X			No quiere interrumpir su carrera profesional, ni la de su pareja. Espera/ñ hasta que "estén dadas las condiciones".	21 años. Sola	Migración interna por estudios	Casada (civil e iglesia -ismo-)	Doce años (tres de noviazgo, dos de convivencia, siete de matrimonio)	Estabilidad económica	Concuerda
7	Cl	38	9	Lic. en Actuaría	Actuaría en empresa del sector privado	Doctorado - Funcionaria del Estado	Madre frustrada y sola	Infancia monoparental (padre ausente)	X			No cree que su actual pareja "sea la persona correcta", ni quiere interrumpir su carrera profesional	18 años. Sola	Migración interna por estudios	Unión consensual	Seis años	No	Concuerda (aunque ella no quiere tener hijos/as con él)
8	Sn	38	11	Ingeniera en Sistemas	Empresaria (propietaria de una empresa de software -apps para android- junto a su esposo)	Primaria incompleta - Ama de casa	Madre frustrada y autoritaria	Familia con valores tradicionales y evangelista (padre pastor)	X			No están dadas las condiciones económicas.	28 años. Esposo	Casamiento	Casada (civil)	Diez años (seis meses de noviazgo, 9 años y medio de casado)	Presiones de su familia	Concuerda
9	Si	32	13	Mtra. en Ciencias Sociales	Profesora en nivel superior y preparatoria en institución privada	Terciario - Docente de primaria	Madre sobreexigida (doble jornada)	Familia con valores tradicionales y muy católica		X		Está segura que no quiere ser madre.	20 años. Romías	Migración interna por estudios	Casada (civil e iglesia)	Ocho años (cuatro de convivencia y tres de casada)	Se casó por presiones de su familia, la de su esposo y ajenas (sino "verían tu relación distinta")	Concuerda
10	Is	34	1 (Entrevista piloto)	Lic. en Economía	Analista de mercado en empresa del sector privado	Secundaria - Ama de casa	Madre frustrada y autoritaria	Familia con valores tradicionales y católica		X		Nunca tuvo/sintió la "necesidad o curiosidad" de ser madre.	28 años. Sola	Buscar "su lugar"	Casada (civil e iglesia)	Quince años (once de noviazgo, cuatro de casados)	Se casó por presiones de su familia	Contraria (quiere y espera que le surjan ganas en algún momento)
11	My	37	3	Ingeniera en Sistemas	Empresaria (dueña de una empresa de software)	Preparatoria - Ama de casa	Madre frustrada y autoritaria	Familia con valores tradicionales y católica		X		Se siente realizada sin ser madre. Ve a la maternidad como una responsabilidad que no quiere tener.	27 años. Esposo	Casamiento	Casada (civil e iglesia)	Trece años (seis de noviazgo, siete años casados)	Se casó por presiones de la familia política	Concuerda
12	Nz	38	4	Doctora en Letras	Investigadora a tiempo completo	Licenciatura - Dentista	Mujer independiente y exitosa profesionista	Familia reconstituida (padre ausente)		X		No se ve "haciendo esa chamba". Es una responsabilidad que no quiere asumir.	18 años. Sola	Migración interna por estudios	Convivimc. Próxima a casarse (civil)	Siete años	Próximamente e civil (por cuestiones legales, administrativas y "hacer una fiesta con los amigos")	Concuerda
13	Ys	40	10	Lic. en Trabajo social	Administrativa en centro de investigaciones académicas público	Primaria incompleta - Vendedora callejera	Madre autoritaria	Familia extendida (once integrantes) con valores tradicionales		X		No se ve "haciendo esa chamba". Es una responsabilidad que no quiere asumir. También tiene a su madre y a su hermana con síndrome de down a cargo.	31 años. Ex esposo	Casamiento	Unión libre	Seis años	No. Pero está divorciada.	Concuerda
TOTAL									6	5	2	TOTAL	6 casadas	6 unión libre/cons.	1 relación a distancia			